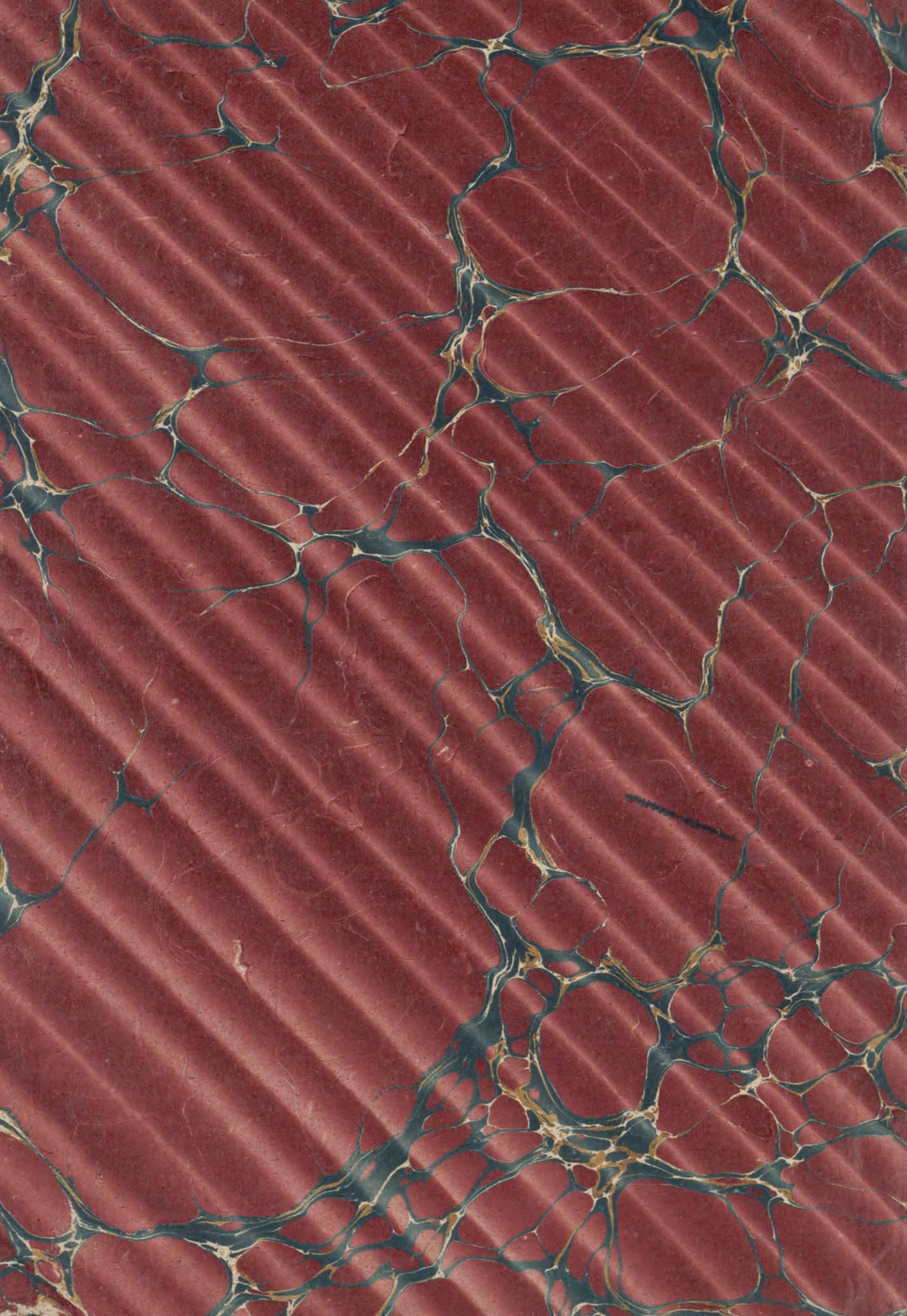


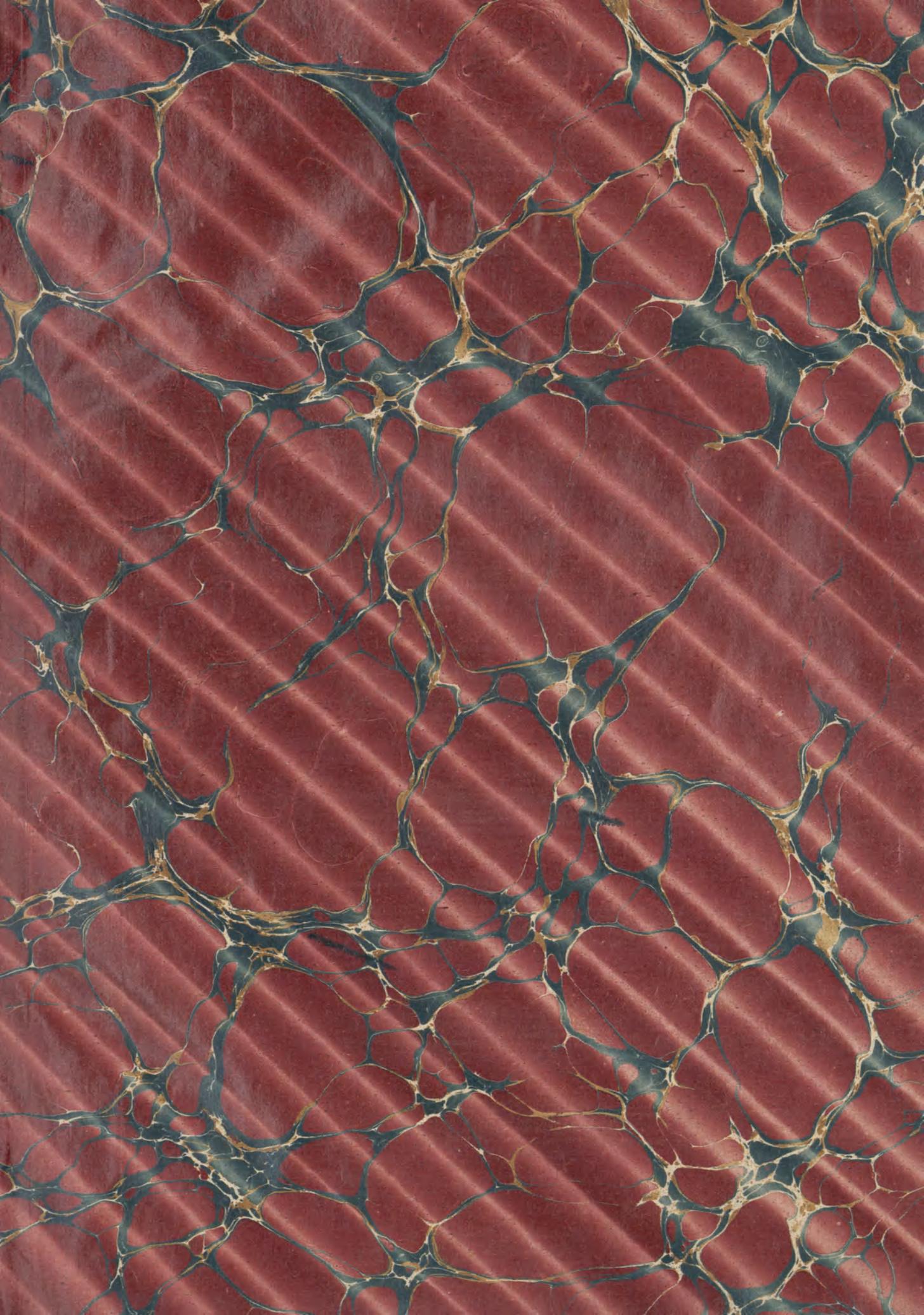
EL MANAQUE  
DE LA  
ILUSTRACION

1885

MADRID









Librería Rodríguez  
12000 ptes

12.000  
V=170



R-2060

# ALMANAQUE

DE

# LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

# 1885

ESCFITO POR LOS SEÑORES

ALARCON (D. Pedro A. de), ALAS (D. Leopoldo, «Clarín»), BELMONTE MULLER (D. G.),  
 BUSTILLO (D. Eduardo), CAVESTANY (D. Juan Antonio),  
 CALCAÑO (D. Eduardo), CAMPO ARANA (D. José), CASTELAR (D. Emilio), CERVERA BACHILLER (D. Juan),  
 FABRA (D. Nilo), FERNANDEZ BREMON (D. José), FERRARI (D. Emilio), FIGUEREDO (D. Carlos B.), GASPAR (D. Enrique),  
 LANDERER (D. José J.), LOPEZ CARVAJAL (D. F.), MAS Y PRAT (D. Benito),  
 MARTINEZ DE VELASCO (D. Eusebio), ORTÍZ DE PINEDO (D. Manuel), PALACIO (D. Manuel del),  
 PALACIO (D. Eduardo), REINA (D. Manuel), RUEDA (D. Salvador), SBARBI (D. José María),  
 VALERO DE TORNOS (D. Juan), VIDART (D. Luis) y ZORRILLA (D. José).

~~~~~  
 AÑO XII.  
 ~~~~~



26 FEB 2001



MADRID,

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,  
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.

Paseo de San Vicente, núm. 20.

1884.

ALMA MATER

# LA INSTITUCION

DE LA ESCUELA

1888

---

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---



# ÍNDICE GENERAL.

## TEXTO.

Págs.	Págs.		
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.....	5	Platos del día, por D. Eduardo Palacio.....	81
Año astronómico, por D. C. Pujazon.....	5	Adán y Eva, por D. Eduardo Bustillo.....	83
Santoral.....	6	Lamento, por D. Eduardo Calcaño, individuo correspondiente de la R. A. Española.....	90
Las Horas, por el Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcón, individuo de número de la R. A. Española.....	11	Cuadros de España (de cómo se pela la pava), por D. Salvador Rueda.....	91
El Teniente general Marqués de Santa Cruz de Marcenado, por Don Luis Vidart.....	18	Alminares, Torres y Campanarios, por D. Benito Mas y Prat.....	97
<i>Far-From</i> , por D. F. López Carvajal.....	31	¿Caen piedras del cielo? por D. José J. Landerer.....	105
Zurita, por D. Leopoldo Alas ( <i>Clarín</i> ).....	32	La visita de mi Musa, por D. Enrique Gaspar.....	112
«Á Cervantes», por D. Guillermo Belmonte Muller.....	48	Supersticiones vulgares, por D. José M. Sbarbi.....	116
La Lira Triste, por D. Manuel Reina.....	50	«Pensamientos», por D. Manuel del Palacio.....	119
D. Ruperto de Algarra, de profesion curial, por D. Juan Valero de Tornos.....	56	María (poema), por D. Juan Antonio Cavestany.....	120
El Sermón del Apocalipsis (episodio del siglo X), por D. José Fernandez Bremon.....	59	«Desde el Cielo», por D. Antonio F. Grilo.....	124
En el Álbum de S. A. R. la Infanta Doña Eulalia, por el Excmo. Señor Marqués de Valmar, individuo de número de la R. A. Española....	65	Los Amores de una flor, por D. Carlos B. Figueredo.....	125
Un Embajador castellano en Granada (leyenda del siglo XV), por el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, individuo de número de la R. A. Española.....	66	Góngora, por D. Ensebio Martinez de Velasco.....	127
En el Arroyo (boceto), por D. Emilio Fernari.....	75	El Cántico de los grados, por D. José Campo Arana.....	133
		«El Rey de la Creación», soneto, por D. Nilo M. Fabra.....	139
		«Amar la muerte!», id., por D. M. Ortiz de Pinedo.....	
		«La Locomotora», por D. J. Cervera Bachiller.....	
		Á una actriz tan hermosa como honrada, por D. José Zorrilla, Académico electo de la Real Española.....	140

## GRABADOS.

Págs.	Págs.		
<b>BELLAS ARTES.</b>		<b>RETRATOS.</b>	
«Malvina», cuadro de Roland Banduin.....	4	Excmo. Sr. D. Abelardo de Cárlos y Almansa, fundador de <i>La Ilustracion Española y Americana</i> .....	10
«El Halconero», por Benziger.....	14	D. Álvaro de Navia Osorio, Marqués de Santa Cruz de Marcenado....	20
«Húsar de la Princesa», por Garcia Ramos.....	24	M. Cárlos Gounod, célebre maestro compositor.....	80
«Puerta de la Presentacion en la Catedral de Toledo».....	29	D. Antonio Fernandez Grilo, poeta lirico.....	126
«Las primeras hostilidades» (escuela alemana contemporánea).....	36	Excmo. Sr. D. Antonio Garcia Gutierrez, autor dramático.....	135
«Germania» (estátua en bronce).....	40		
«Lagunas de Escocia» (escuela inglesa contemporánea).....	52	<b>VARIEDADES.</b>	
«Los hermanos Mozart, tocando en presencia de la Emperatriz Maria Teresa», por Borckmann.....	58	Vistas de Madrid.....	45
«Sepulcros de D. Álvaro de Luna y de su esposa en la Catedral de Toledo».....	62	Miguel Ángel.....	47
«Flores pintadas á la acuarela», por el Excmo. Sr. Marqués de Valmar.....	65	Vistas de Barcelona.....	55
«La Adoracion», cuadro de Mantegna.....	68	En el jardín.....	98
«Una nota falsa», cuadro de Mantegazza.....	72	Día de campo.....	102
«Copa de marfil del siglo XVII».....	77	Peces del Tamesis.....	104
«En el Parque», cuadro de Hennings.....	81	En la estufa.....	111
«Herrar ó quitar el banco», cuadro de Mélida.....	87	Floricultura.....	115
«Alamedas del castillo de Schleissheim», cuadro de Hennings.....	90	Vistas de Berlin.....	122
«Silueta de Toledo», cuadro de Espina.....	93	La torre de Galata.....	131
«Sin testigos», cuadro de Krauss.....	109	Sala de conciertos en Leipzig.....	139
«Retrato de Góngora», cuadro de Velazquez.....	129	Noche buena.....	142
«La pintura de Historia y la de género», cuadro de Fontana.....	132	Vifietas varias.....	17, 31, 48, 50, 54, 64, 74, 83, 96, 107, 112, 118, 130, 124

Roland Bauduin  
1882  
Malvina



«MALVINA.»

CUADRO DE ROLAND BAUDUIN, EXPRESAMENTE GRABADO POR BRENDAMOUR, PARA «LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.»

# PRELIMINARES.

## AÑO RELIGIOSO.

### CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número. . . . .	5	Indiccion romana. . . . .	XIII
Epacta. . . . .	XIV	Letra dominical. . . . .	d
Ciclo solar. . . . .	18	Letra del martirologio romano. . . . .	p

### FIESTAS MOVIBLES.

Duodécimo Nombre de Jesús. . . . .	18 de Enero.
Septuagésima. . . . .	1 de Febrero.
Sexagésima. . . . .	8 de Febrero.
Quincuagésima. . . . .	15 de Febrero.
Miércoles de Ceniza. . . . .	18 de Febrero.
Pascua de Resurreccion. . . . .	4 de Abril.
Patrocinio de San José. . . . .	26 de Abril.
Letanias. . . . .	11, 12 y 13 de Mayo.
Ascension del Señor. . . . .	14 de Mayo.
Pascua de Pentecostes. . . . .	24 de Mayo.
La Santísima Trinidad. . . . .	31 de Mayo.
Santísimo Corpus Christi. . . . .	4 de Junio.
Dominicos entre Pentecostes y Adviento. . . . .	26
Santísimo Corazon de Jesús. . . . .	12 de Junio.
Purísimo Corazon de Maria. . . . .	14 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Jesucristo. . . . .	7 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora. . . . .	16 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario. . . . .	4 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora. . . . .	8 de Noviembre.
Adviento. . . . .	29 de Noviembre.

### TEMPORAS.

I. — El 25, 27 y 28 de Febrero.	III. — El 16, 18 y 19 de Setiembre.
II. — El 27, 29 y 30 de Mayo.	IV. — El 16, 18 y 19 de Diciembre.

### DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.  
 Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora cae en Viernes ó Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves próximo precedente.  
 La Vigilia de Pentecostes (con abstinencia de carne). . . . . 23 de Mayo.  
 Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Temporas.  
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne). . . . . 27 de Junio.  
 De Santiago Apóstol. . . . . 24 de Julio.  
 De la Anuncion de Nuestra Señora (con abstinencia de carne). . . . . 14 de Agosto.  
 De Todos los Santos. . . . . 31 de Octubre.  
 De Navidad (con abstinencia de carne). . . . . 24 de Diciembre.  
 También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa. 1, 2, 3 y 4 de Abril.

**ADVERTENCIA.** Ningun día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.  
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la remueven deben guardar abstinencia todos los dias de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

### VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 13 de Abril, y se cierran respectivamente el 31 de Enero y el 28 de Noviembre.

### DIAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 10 y 24 de Febrero; el 7, 8, 15, 27 y 28 de Marzo; el 8 de Abril, y el 28 y 30 de Mayo.

## AÑO ASTRONÓMICO.

### POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . .	40° 24' 30" N.
Longitud. . . . .	0° 10' 42" al E. del Observatorio de San Fernando.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Auario, el 19 de Enero.	En Leo, el 22 de Julio. — <i>Cancida.</i>
En Piscis, el 18 de Febrero.	En Virgo, el 22 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo.— <i>Primavera.</i>	En Libra, el 23 de Setiembre.— <i>Otoño.</i>
En Tauro, el 19 de Abril.	En Escorpio, el 23 de Octubre.
En Géminis, el 20 de Mayo.	En Sagitario, el 22 de Noviembre.
En Cáncer, el 21 de Junio. — <i>Estío.</i>	En Capricornio, el 21 Dic.— <i>Invierno.</i>

### CUATRO ESTACIONES.

**PRIMAVERA.** — Entra el 20 de Marzo á las 10 h. y 14 m. de la mañana.  
**Estío.** — Entra el 21 de Junio á las 6 h. y 36 m. de la mañana.  
**Otoño.** — Entra el 22 de Setiembre á las 0 h. y 1 m. de la noche.  
**Invierno.** — Entra el 21 de Diciembre á las 3 h. y 12 m. de la tarde.

### ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

**MARZO 18.** *Eclipse anular de Sol,* invisible en Madrid.  
 El eclipse principia en la Tierra á 3° 2' 6, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 133° 16' O. de Madrid y latitud 13° 24' N.  
 El eclipse central principia en la Tierra á 4° 24' 8 (U), y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 152° 1' O., y latitud 35° 51' N.  
 El eclipse central á mediodía sucede á 5° 59' 6, en la longitud 87° 43' O., y latitud 56° 18' N.  
 El eclipse central termina en la Tierra á 6° 47' 1, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud 11° 25' O., y latitud 71° 20' N.  
 El eclipse termina en la Tierra á 7° 59' 2, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 29° 20' O., y latitud 49° 1' N.  
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y Asia, en toda la América Septentrional, en el estrecho de Behering, en parte del Océano Atlántico y Pacífico, y en parte del Mar Polar Ártico.  
**MARZO 30.** *Eclipse parcial de Luna,* invisible en Madrid.  
 Principio del eclipse á las 2<sup>h</sup> y 43<sup>m</sup> de la tarde.  
 Medio del eclipse á las 4<sup>h</sup> y 20<sup>m</sup> de la tarde.  
 Fin del eclipse á las 5<sup>h</sup> y 55<sup>m</sup> de la tarde.  
 El principio de este eclipse será visible en toda el Asia, en una pequeña parte de Europa, Africa y de la América Septentrional, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Indico y Pacífico, en gran parte del Mar Polar Antártico y en parte del Ártico,

El fin del eclipse será visible en casi toda Europa, Asia y Africa, en la Australia, en las Islas Filipinas, en todo el Océano Indico, en parte del Pacífico y del Atlántico, en gran parte del Mar Polar Antártico y en una pequeña parte del Ártico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0'880, tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 41° de su vértice austral hacia Oriente (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 76° de su vértice austral hacia Occidente (vision directa).

**SEPTIEMBRE 8.** *Eclipse total de Sol,* invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra, á 6° 21' 3, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 175° 24' E. de Madrid, y latitud 16° 15' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 7° 41' 6, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 158° 35' E. y latitud 41' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 8° 56' 1, en la longitud 136° 33' O., y latitud 57° 46' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 9° 32' 5, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud 73° 58' O., y latitud 74° 43' S.

El eclipse termina en la Tierra á 10° 53' 8, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud 80° 31' O., y latitud 80° 30' S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la Australia y América Meridional, en parte del Océano Pacífico y del Mar Polar Antártico.

**SEPTIEMBRE 24.** *Eclipse parcial de Luna,* invisible en Madrid.

Principio del eclipse á las 6<sup>h</sup> de la mañana.  
 Medio del eclipse á las 7<sup>h</sup> y 33<sup>m</sup> de la mañana.  
 Fin del eclipse á las 9<sup>h</sup> y 7<sup>m</sup> de la mañana.

El principio de este eclipse será visible en las dos Américas, en una pequeña parte de Europa, Asia y Africa, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Pacífico, en casi todo el Atlántico y en parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse será visible en toda la América Septentrional y en gran parte de la Meridional, en gran parte de la Australia, en una pequeña parte de Asia, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Pacífico, en una pequeña parte del Atlántico y en parte de los Mares Polares.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0'785; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 37° de su vértice boreal hacia Oriente (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 73° de su vértice boreal hacia Occidente (vision directa).

(1) Siempre tiempo medio astronómico de Madrid.

# ALMANAQUE PARA EL AÑO 1885.

Otras del Sol	ENERO.	Otras del Sol	FEBRERO.	Otras del Sol
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
7.23	1 Juev. <i>Fiesta.</i> LA ASCENSION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Obispo.	4.45	1 Dom. <i>de Septuagésima.</i> San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires. — <i>Antima.</i>	5.19
	☉ <i>Luna Nueva</i> , á las 5 h. y 12 m. de la m., en Cáncer.		2 Lún. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurion, obispo.	5.20
7.23	2 Viér. La Aparicion de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.46	3 Márt. San Blas, obispo y mr., y el beato Nicolas de Longobardo.	5.21
7.24	3 Sáb. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46	4 Miér. San Anselmo Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cir.	5.22
7.24	4 Dom. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros mártires.	4.47	5 Juev. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Baulista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5.23
7.24	5 Lún. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Skilla.	4.48	6 Viér. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25
7.24	6 Márt. <i>Fiesta.</i> LA EPIFANIA O LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 10 h. y 23 m. de la n., en Escorpio.	
7.24	7 Miér. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort. — <i>Abrense las relaciones.</i>	4.50	7 Sáb. San Romaldo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
7.23	8 Juev. San Luciano, presbítero, y compañeros mártires.	4.51	8 Dom. <i>de Sexagésima.</i> San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 3 h. y 22 m. de la m., en Libra.		9 Lún. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.23	9 Viér. San Julian, mártir, y en su onom. santa Basilia, virgen.	4.52	10 Márt. Santa Escolastica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
7.23	10 Sáb. San Nicetas, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53	11 Miér. San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, y los beatos siete Siervos de Maria, fundadores.	5.31
7.23	11 Dom. San Higinio, papa y mártir.	4.54	12 Juev. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslacion de san Egenio, arzobispo de Toledo.	5.32
7.22	12 Lún. San Benito Escop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin, canónigo de Leon.	4.55	13 Viér. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rixis, virgen.	5.33
7.22	13 Márt. San Gemesindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	14 Sáb. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.	5.34
7.22	14 Miér. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57	15 Dom. <i>de Quincuagésima.</i> San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35
7.22	15 Juev. San Pablo, primer armitaño, y san Mauro, abad.	4.58	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 2 h. y 7 m. de la mañ., en Acuario.	
7.21	16 Viér. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00	16 Lún. San Julian y 3.000 compañeros, mártires.	5.37
	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 5 h. y 22 m. de la m., en Capricornio.		17 Márt. San Julian de Capadocia, mártir.	5.38
7.21	17 Sáb. San Anton, abad.	5.01	18 Miér. <i>de Cenas.</i> San Euladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotimo, confesor. — <i>Principia el ayuno de Cuarema.</i>	5.39
7.20	18 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesus, la Catedral de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02	19 Juev. San Gabino, presbítero y mártir, y san Alvaro de Córdoba.	5.40
7.20	19 Lún. San Caetano, rey, san Manio, santa Maria, san Andifaz y san Absac, mártires.	5.03	20 Viér. San Leon y san Eleuterio, obispos.	5.41
7.19	20 Márt. San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	5.04	21 Sáb. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
7.19	21 Miér. San Fructuoso, obispo, san Anjurio y san Eulogio, diáconos, y santa Ines, virgen, todos mártires.	5.05	22 Dom. <i>1 de Cuarema.</i> La Catedral de san Pedro en Antioquia, y san Pasasio, obispo.	5.44
7.19	22 Juev. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 h. y 16 m. de la m., en Géminis.	
7.17	23 Viér. <i>Fiesta en el arzobispado de Toledo.</i> SAN ILDEFONSO, arz. de Toledo, y sta. Emerenciana, vg. y mr., patrona de Teruel.	5.08	23 Lún. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
7.17	24 Sáb. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	24 Márt. San Matías, apóstol, y san Modesto, obispo. — <i>Ayuno.</i>	5.46
	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á la 1 h. y 12 m. de la mañ., en Tauro.		25 Miér. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio. — <i>Tempora. — Ayuno.</i>	5.47
7.16	25 Dom. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	26 Juev. San Alejandro, obispo.	5.48
7.15	26 Lún. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana.	5.11	27 Viér. San Baldomero, confesor. — <i>Tempora. — Ayuno.</i>	5.49
7.14	27 Márt. San Juan Crisostomo, ob. y mr., y san Julian y comps. mrs.	5.12	28 Sáb. San Roman, abad, santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mrs. — <i>Tempora. — Ayuno. — Ordenes.</i>	5.50
7.13	28 Miér. San Julian, obispo y patron de Ouenca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y compañeros mártires, y la Ascension de santa Ines, virgen y mártir.	5.14		
7.13	29 Juev. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5.15		
7.12	30 Viér. San Lemas, abad, patron de Burgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.16		
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 4 h. y 5 m. de la t., en Leo.			
7.11	31 Sáb. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Mercedes, viuda. — <i>Abrense las relaciones.</i>	5.17		

## MARZO.

6.24	1 Dom. <i>II de Cuarema.</i> El santo Angel de la Guardia, y san Rosendo, obispo.	5.52	16 Lún. San Julian de Anazarbo, mártir.	6.08
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 46 m. de la m., en Virgo.		☉ <i>Luna nueva</i> , á las 5 h. y 22 m. de la t., en Piscis.	
6.23	2 Lún. San Lucio, obispo.	5.53	17 Márt. San Patricio, obispo y confesor.	6.09
6.21	3 Márt. Santos Emelado y Celestino, mrs., patronos de Calahorra.	5.54	18 Miér. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.20	4 Miér. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.	5.55	19 Juev. San José, esposo de Ntra. Sra., patron de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mr.	6.11
6.20	5 Juev. San Ensebio y compañeros mártires.	5.56	20 Viér. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mr. — (PRIMAVERA.)	6.12
6.27	6 Viér. Santos Victor y Victoriano, mártires.	5.57	21 Sáb. San Benito, abad y fundador. — <i>Ordenes.</i>	6.13
6.26	7 Sáb. Santo Tomas de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires. — <i>Antima.</i>	5.58	22 Dom. <i>de Pasión.</i> San Desgracias y san Bienvenido, obispos.	6.14
6.23	8 Dom. <i>III de Cuarema.</i> San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad. — <i>Antima.</i>	5.59	23 Lún. San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Orzi, presbítero.	6.15
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 6 h. y 39 m. de la t., en Sagitario.		☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 h. y 8 m. de la t., en Cáncer.	
6.22	9 Lún. Santa Francisca, viuda, romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.	6.00	24 Márt. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José Maria Tomasi, cardenal.	6.16
6.20	10 Márt. Santos Meliton y 89 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01	25 Miér. <i>Fiesta.</i> LA ANUNCACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL Hijo de Dios, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17
6.19	11 Miér. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03	26 Juev. San Brando, obispo de Zaragoza.	6.18
6.17	12 Juev. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04	27 Viér. Los Dolores de Nuestra Señora, y san Ruperto, ob. — <i>Antima.</i>	6.19
6.15	13 Viér. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	6.05	28 Sáb. San Sixto III, papa, san Castor y san Doroteo, mrs. — <i>Antima.</i>	6.20
6.14	14 Sáb. Santa Matilde, reina, y la Traslacion de sta. Florentina, vg.	6.08	29 Dom. <i>de Ramos.</i> San Estasio, abad.	6.21
6.12	15 Dom. <i>IV de Cuarema.</i> San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisberto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longinos y compañeros, mártires. — <i>Antima.</i>	6.07	30 Lún. <i>Santo.</i> San Juan Címaco, abad.	6.22
			☉ <i>Luna llena</i> , á las 4 h. y 25 m. de la t., en Libra.	
		6.46	31 Márt. <i>Santo.</i> Santa Balbina, virgen, san Amos, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23

ABRIL.		MAYO.	
Ortos del Sol.	Ortos del Sol.	Ortos del Sol.	Ortos del Sol.
5.44	1 Miér. <i>Santo</i> . San Venancio, ob. y m. — <i>Abstinencia de carne.</i>	4.59	1 Viér. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, san Orenolo y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo.
5.43	2 Juév. <i>Santo</i> . San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitente — <i>Abstinencia de carne.</i>	4.57	2 Sáb. San Atanasio, ob. y fr., y la beata Mafalda, reina de Castilla.
5.41	3 Viér. <i>Santo</i> . San Pancracio, obispo, san Ulpleno, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundofora, virgen — <i>Abstinencia de carne.</i>	4.56	3 Dom. La Invenzion de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mra., y san Juvenal, ob.
5.39	4 Sáb. <i>Santo</i> . San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia — <i>Abstinencia de carne.</i> — <i>Urdenes.</i>	4.54	4 Lún. Santa Mónica.
5.38	5 Dom. PASCEA DE RESURRECCION, San Vicente Ferrer, patron de Valencia, santa Imita, y la beata Juliana, virgen.	4.53	5 Márt. San Pio V, papa, san Sacerdote, obispo, y La Conversion de san Agustin.
5.36	6 Lún. San Celestino, papa y mártir.	4.52	6 Miér. San Juan Antio-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.
5.34	7 Márt. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.	4.51	7 Juév. San Estanislao, obispo y mártir.
5.33	8 Miér. <i>Quarto menguante</i> , á las 2 h. y 28 m. de la t., en Capricornio.	4.50	8 Viér. <i>Quarto menguante</i> , á las 3 h. y 28 m. de la m., en Acuario.
5.31	9 Juév. San Dionisio, obispo, y el beato Julian de san Agustin. — <i>Urdenes.</i>	4.49	9 Viér. La Aparicion del arcángel san Miguel.
5.30	10 Viér. San Daniel y san Esquivel, profetas.	4.48	10 Dom. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mártires.
5.28	11 Sáb. San Leon Magno, papa y doctor.	4.47	11 Lún. Nuestra Señora de los Desamparados, san Mamerto, obispo, y san Anastasio, mártir, patron de Lérida. — <i>Urdenes.</i>
5.27	12 Dom. de <i>Cinco</i> ó <i>la obla</i> . San Victor, m. y san Canon, ob.	4.46	12 Márt. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires. — <i>Urdenes.</i>
5.25	13 Lún. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir. — <i>Abrense las oraciones.</i>	4.45	13 Miér. San Pedro Regalado, cf., patron de Valladolid. — <i>Urdenes.</i>
5.23	14 Márt. San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro Gonzalez Telmo, patron de Tuy.	4.44	14 Juév. <i>Fiesta</i> . LA ASCENSION DEL SEÑOR, y san Bonifacio, mártir.
5.22	15 Miér. Santa Basilia y santa Anastasia, mártires.	4.43	15 Viér. <i>Fiesta en Madrid</i> . SAN ISIDRO LABRADOR, patron de Madrid, san Forenato y seis compañeros, obispos y mártires, y san Vlasindo, mártir de Córdoba.
5.20	16 Juév. Santa Ingracia, vg., y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	4.42	16 Sáb. San Juan Nepomuceno, proto-mártir del siglo de la confesion, san Ubaldo, obispo, y el beato Simon Stock.
5.19	17 Viér. San Amiceto, papa y mártir, la beata Maria Ana de Jesus, y los santos mártires de Córdoba, Elna, Pablo e Isidoro.	4.41	17 Dom. San Pascual Bailon, confesor.
5.18	18 Sáb. San Rientero, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andres Hibernon.	4.40	18 Lún. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio.
5.16	19 Dom. San Vicente de Colibec y san Hermógenes, mártires.	4.39	19 Márt. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Duasias, mártires, y santa Eudenciana, virgen.
5.15	20 Lún. Santa Ines de Monte-Pulciano, virgen.	4.38	20 Miér. San Bernardino de Sena, confesor.
5.13	21 Márt. san Anselmo, obispo y doctor.	4.38	21 Juév. Santa Marie de Cervellon ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir.
5.12	22 Miér. <i>Quarto creciente</i> , á las 11 h. y 6 m. de la n., en Leo.	4.37	22 Viér. Santa Quiteria y santa Julia, vírgenes y mártires, san Aton, obispo, el beato Pedro de la Asuncion, m., y la beata Rita de Casia, viuda.
5.10	23 Juév. San Jorge, mártir.	4.36	23 Sáb. La Aparicion de Santiago, apóstol, san Basilio y san Epifacio, obispos y mrs. — <i>Ayuna con abstinencia de carne.</i>
5.09	24 Viér. San Félix de Simeringis, mártir, y san Gregorio, obispo.	4.35	24 Dom. de <i>Peñicotes</i> . San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs., y la Prudacion de santo Domingo de Guzman.
5.07	25 Sáb. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo. — <i>Urdenes mayores.</i>	4.35	25 Lún. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa Maria Magdalena de Pazzis, virgen.
5.06	26 Dom. El Patrocinio de san Jose, santos Cleto y Marcelino, papas y mártires, la Tradacion de santa Leonilda, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	4.34	26 Márt. San Felipe Neri, confesor, y san Rientero, papa y mártir.
5.05	27 Lún. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	4.34	27 Miér. San Juan, papa y mártir. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>
5.03	28 Márt. San Prudencia, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	4.33	28 Juév. San Justo, ob. de Urgel, y san Justo, confesor. — <i>Urdenes.</i>
5.02	29 Miér. San Pedro de Verona, mártir.	4.33	29 Viér. <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 16 m. de la n., en Sagitario.
5.01	30 Juév. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbitero, Pedro y Luis.	4.32	30 Sáb. San Maximino, ob. y san Restituto, m. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>
		4.32	30 Sáb. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Urdenes.</i> — <i>Urdenes.</i>
		4.32	31 Dom. La Santissima Trinidad, Nuestra Señora, Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos German, Paulino, Justo y Sicio, mártires, y santa Petronilla y santa Angela de Merici, vírgenes.

JUNIO.

4.32	1 Lún. San Sabaudo, obispo y mártir, san Ídigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	4.29	16 Márt. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.
4.21	2 Márt. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbitero.	4.29	17 Miér. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de Leon, y los santos Anastasio, Félix y santa Digna, mártires de Córdoba.
4.21	3 Miér. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	4.29	18 Juév. Santos Marco y Marcoliano, y san Ciriaco y santa Paula, mártires.
4.20	4 Juév. <i>Fiesta</i> . SACRIFICIUM CORPUS CHRISTI, y san Francisco Caracciolo, fundador.	4.29	19 Viér. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.
4.20	5 Viér. San Bonifacio, obispo y mártir.	4.29	20 Sáb. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.
4.20	6 Sáb. San Norberto, arzobispo y fundador del Orden premostratense.	4.29	21 Dom. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro. — (Escri.)
4.22	7 Dom. San Pedro y compañeros mártires, monjes, de Córdoba.	4.29	22 Lún. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañero, mártires.
4.23	8 Lún. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	4.29	23 Márt. San Juan, presbitero y mártir.
4.23	9 Márt. San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	4.29	24 Miér. La Natividad de San Juan Bautista.
4.23	10 Miér. Santa Margarita, reina de Escocia, san Orsepio y san Restituto, mártires.	4.29	25 Juév. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.
4.23	11 Juév. San Bernabé, apóstol.	4.29	26 Viér. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.
4.23	12 Viér. El Santisimo Corazon de Jesus, san Juan de Sabagan, san Onofre, anacoreta, y los santos Basildes, Cirno, Nabor y Nazario, mártires.	4.29	27 Sáb. San Zolfo, mártir, y san Ladislao, rey de Hungría. — <i>Ayuna con abstinencia de carne.</i>
4.23	13 Sáb. San Antonio de Padua, y san Pandilla, presbitero y mártir.	4.29	28 Dom. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir.
4.23	14 Dom. El Purisimo Corazon de Maria, san Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	4.29	29 Lún. <i>Fiesta</i> . SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.
4.20	15 Lún. San Vito, san Modesto, santa Crescentia y santa Benilde, mártires.	4.29	30 Márt. La Commemoracion del apóstol san Pablo, y san Marcial, ob.

JULIO.		AGOSTO.	
Otros del Sol.	Ocasos del Sol.	Otros del Sol.	Ocasos del Sol.
4.33	1 Miérc. San Casto y san Eusebio, mártires.	4.57	1 Sáb. San Pedro Adrivencula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Félix, mártir de África.
4.34	2 Juév. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mártires.	4.58	2 Dom. Nuestra Señora de los Angeles, san Alfonso María de Li-gorio, obispo y doctor, san Pedro, obispo de Osona, y la beata Juana de Asa. — <i>Jubileo de la Povecinola.</i>
4.35	3 Viér. San Trifón y compe. mrs. y el bto. Raimundo Lulio, m. r.	4.58	3 Lún. La Invencción del cuerpo de san Estéban, proto-mártir. ☉ <i>Cuarto menguante, á las 3 h. y 41 m. de la n., en Tauro.</i>
4.36	4 Sáb. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono.	4.59	4 Márt. Santo Domingo de Guzman, fundador de la Orden de Predicadores, confesor.
4.37	5 Dom. La Preciosísima Sangre de Ntro. Señor Jesucristo, santos Cirilo y Metodio, obispos, y san Miguel de los Santos.	5.00	5 Miérc. Ntra. Señora de las Nieves, y san Abeló Abelarido, abad.
4.38	☉ <i>Cuarto menguante, á las 12 h. y 11 m. de la n., en Aries.</i>	5.01	6 Juév. La Transfiguración del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, mártires, patronos de Alcalá de Henares, san Sixto II, papa y mártir, y los santos Feliciano y Agapito, diáconos y mártires.
4.39	6 Lún. Santa Lucía, mártir.	5.02	7 Viér. San Cayetano, fundador de los Teatinos, san Alberto de Sicilia, san Estéban, abad, y compañeros mártires, y san Donato, obispo y mártir.
4.40	7 Márt. San Fortun, obispo y mártir, san Odon, obispo, san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.	5.03	8 Sáb. Santos Ciríaco, Largo y Esmeraldo, mártires.
4.41	8 Miérc. Santa Isabel, reina de Portugal.	5.04	9 Dom. San Roman, mártir.
4.42	9 Juév. San Cirilo, obispo y mártir.	5.05	10 Lún. San Lorenzo, diácono, m. r., y santa Filomena, vg. y m. r.
4.43	10 Viér. Los santos doce Hermanos, mártires, santa Amalia ó Amelia, vg. y los santos Justina y Segunda, vgs. y mrs.	5.06	☉ <i>Luna nueva, á las 11 h. y 59 m. de la m., en Leo.</i>
4.44	11 Sáb. San Pio I, papa y mártir, san Abundio, mártir, y santa Verónica de Julianna, virgen.	5.07	11 Márt. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mártires.
4.45	12 Dom. San Juan Gualberto, abad, santos Nabor y Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mártir.	5.08	12 Miérc. Santa Clara de Asis, virgen, fundadora de las Clarisas.
4.46	☉ <i>Luna nueva, á las 3 h. y 1 m. de la m., en Cáncer.</i>	5.09	13 Juév. San Hipólito, san Casiano, sta. Centola y sta. Elena, mrs.
4.47	13 Lún. San Anselmo, papa y mártir.	5.10	14 Viér. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono, mártir. — <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>
4.48	14 Márt. San Buenaventura, obispo y doctor.	5.11	15 Sáb. Fiesta. LA ASOCIACION DE NUESTRA SEÑORA y san Alipio, obispo.
4.49	15 Miérc. San Camilo de Lellis, fundador de los Agonizantes, san Enrique, emperador, y los bnos. noventa mrs. del Brasil.	5.12	16 Dom. San Joaquín, esposo de santa Ana y padre de Nuestra Señora la Virgen María, san Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mártir.
4.50	16 Juév. El Tránsito de la Santa Cruz, Nuestra Señora del Cármen, y san Sisemundo, diácono, mártir de Córdoba.	5.13	17 Lún. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.
4.51	17 Viér. San Alejo, confesor.	5.14	☉ <i>Cuarto creciente, á las 1 h. y 32 m. de la t., en Escorpio.</i>
4.52	18 Sáb. Santa Sinfrosina y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todas mártires.	5.15	18 Márt. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, virgen.
4.53	☉ <i>Cuarto creciente, á las 12 h. y 5 m. de la n., en Libra.</i>	5.16	19 Miérc. San Luis, obispo, san Magin, ermitaño, y el beato Pedro de Zúñiga, mrs.
4.54	19 Dom. San Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad, santa Justa y santa Rufina, virgenes y mártires, patronas de Sevilla, y santa Aurea, virgen y mártir.	5.17	20 Juév. San Bernardo, abad y doctor.
4.55	20 Lún. San Elias, profeta, san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Lirada y Margarita, virgenes y mártires.	5.18	21 Viér. Sta. Juana Francisco Fremiot de Chantal, fra. de la Orden de la Visitación en compañía de san Francisco de Sales.
4.56	21 Márt. Santa Práxedes, virgen.	5.19	22 Sáb. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinfrosiano, mrs.
4.57	22 Miérc. Santa María Magdalena, penitente.	5.20	23 Dom. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.
4.58	23 Juév. San Apollinar, ob. y m. r., san Liborio, ob., y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs. — <i>Ayuno.</i>	5.21	24 Lún. San Bartolomé, apóstol.
4.59	24 Viér. Sta. Cristina, vg. y m. r., y san Francisco Solano, cf. — <i>Ayuno.</i>	5.22	25 Márt. San Luis, rey de Francia, san Ginés de Arlés, san Gerencio, ob., y los beatos Pedro Vazquez y Luis Sotelo, mrs.
4.50	25 Sáb. Fiesta. SANTIAGO APÓSTOL, patron de España, y san Cristóbal, mártir.	5.23	☉ <i>Luna llena, á las 5 h. y 31 m. de la t., en Pscia.</i>
4.51	26 Dom. Santa Ana, madre de la Santísima virgen María.	5.24	26 Miérc. San Celerino, papa, y san Victor, presbítero, mártires.
4.52	27 Lún. San Pantaleón, san Cuenclato, sta. Juliana y sta. Somprounana, vgs. y mrs., patronas de Mascoró, san Jorge, diácono, san Félix, san Amelio, santa Natalia y santa Lidia, mártires.	5.25	27 Juév. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, san Rufo, obispo, y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesus.
4.53	☉ <i>Luna llena, á las 2 h. y 8 m. de la madrugada, en Acuario.</i>	5.26	28 Viér. San Agustin, obispo y doctor, y san Hermos, mártir.
4.54	28 Mart. Santos Navario, Celeso y Victor, papa, mártires, san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás, virgen.	5.27	29 Sáb. La Degollación de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.
4.55	29 Miérc. Santa María, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mártires.	5.28	30 Dom. Santa Rosa de Lima, vg., y san Félix y san Adauerto, mrs.
4.56	30 Juév. San Abelón, san Semen y san Teodonio, mártires, y el beato Manfredo de Guzman, confesor.	5.29	31 Lún. San Ramon Nonnato, cardenal, y sto. Domingo de Val, m. r.
4.57	31 Viér. San Ignacio de Loyola, fundador de la Comp. de Jesus, cf.	5.30	

## SEPTIEMBRE.

5.27	1 Márt. San Vicente y san Lelo, mártires de Toledo, los santos doce Hermanos, mrs., san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.	5.41	16 Miérc. San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufenia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>
5.28	2 Miérc. Ntra. Sra. de la Consolación y Correa, san Estéban, rey de Hungría, y san Antolin, mártir, patron de Valencia.	5.42	☉ <i>Cuarto creciente, á las 6 horas de la m., en Sagitario.</i>
5.29	☉ <i>Cuarto menguante, á las 8 horas de la m., en Géminis.</i>	5.43	17 Juév. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asis, sta. Genoveva, vg. y m. r., y el bto. Pedro Arbués, m. r.
5.30	3 Juév. San Basilio, m. r., san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesus y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japon.	5.44	18 Viér. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, confesor. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>
5.31	4 Viér. Sta. Catalina, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, vgs.	5.45	19 Sáb. San Genaro, obispo, y compañeros mártires, santa Pomposa, virgen y mártir, y el beato Alonso de Orozco. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Ortodoxo.</i>
5.32	5 Sáb. San Lorenzo Justino, obispo, la Conmemoración de san Julian, ob. de Cuenca, y santa Obdulia, vg. y m. r.	5.46	20 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, san Esteban y compañeros mártires, san Rogelio y san Starvo de Dios, mártires de Córdoba, y el beato Francisco de Posadas.
5.33	6 Dom. San Eugenio y compañeros, mártires.	5.47	21 Lún. San Mateo, apóstol y evangelista.
5.34	7 Lún. Santa Regina, virgen y mártir.	5.48	22 Márt. San Maurilio y compañeros mártires.
5.35	8 Márt. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y san Adrian, m. r.	5.49	23 Miérc. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mártires, santa Jantipa y santa Polixena. — <i>Ortodoxo.</i>
5.36	☉ <i>Luna nueva, á las 5 h. y 29 m. de la n., en Virgo.</i>	5.50	24 Juév. Ntra. Sra. de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, cf.
5.37	9 Miérc. San Gorgonio, mártir, santa María de la Cabeza, esposa de san Pedro Labrador, san Gregorio Ost, y el beato Pedro Claver, confesor.	5.51	☉ <i>Luna llena, á las 7 h. y 40 m. de la m., en Aries.</i>
5.38	10 Juév. San Nicolas de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el bto. Francisco de Morales y compe. mrs. del Japon.	5.52	25 Viér. San Lope, ob., san Fortunio, m. r., y el sto. niño Cristóbal.
5.39	11 Viér. San Froto y san Jacinto, hermanos, mártires.	5.53	26 Sáb. San Cipriano y santa Justina, vg., mrs., y san Garcia, abad.
5.40	12 Márt. San Leonelo y compañeros, san Vicente, abad, y los beatos Tomás de Zambraga y Apollinar Franco, todos mrs.	5.54	27 Dom. San Cosme y san Damian, hermanos, mártires.
5.41	13 Dom. El Dulcísimo Nombre de María, y san Felipe, mártir.	5.55	28 Lún. San Wenceslao, duque de Bohemia, san Arnulfo y san Juan, mrs., sta. Eustaquia, vg., y el bto. Simon de Rojas, cf.
5.42	14 Lún. La Exaltación de la santa Cruz, y santa Catalina de Genova, virgen.	5.56	29 Márt. La Dedicación del arcángel san Miguel.
5.43	15 Márt. San Nicomedes, presbítero y mártir, san Emilia, diácono, y san Jeronimo, mártires de Córdoba.	5.57	30 Miérc. San Jeronimo, presbítero y doctor, y santa Sofia, virgen.

OCTUBRE.		NOVIEMBRE.	
Oros del Sol.	Oraones del Sol.	Oros del Sol.	Oraones del Sol.
5.56	1 Juev. El santo Angel de la Guardia, tutelador de España, y san Ramiglo, obispo.	6.29	1 Dom. LA FIESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
	☉ <i>Cuarto menguante</i> , á las 11 h. y 14 m. de la n., en Cáncer.	6.31	2 Lón. La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y santa Eustaquia, virgen y mártir.
5.57	2 Viér. San Olegario, obispo y mártir, y san Saturno, anacoreta, patron de Soría.	6.32	3 Márt. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, obispo.
5.58	3 Sáb. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macías.	6.33	4 Miérc. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícola, mártires.
5.59	4 Dom. Nuestra Señora del Rosario, y san Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.	6.34	5 Juev. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
6.00	5 Lón. San Placido y compa, mra., san Froilan y san Atilano, obs.	6.35	6 Viér. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.
6.01	6 Márt. San Bruno, fundador de los Cartujos.		☉ <i>Luna nueva</i> , á las 8 h. y 48 m. de la n., en Escorpio.
6.02	7 Miérc. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Obi, abad.	6.36	7 Sáb. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.
6.03	8 Juev. Santa Brigida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador ó de los Britanos, y san Pedro, m. de Sevilla.	6.38	8 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, y los santos Severo, Severino, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.
	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 7 h. y 17 m. de la m., en Libra.	6.39	9 Lón. La Dedicacion de la Basílica del Salvador (San Juan de Letran), en Roma, y san Teodoro, mártir.
6.04	9 Viér. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Bástico y Eleuterio, mártires.	6.40	10 Márt. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifon, Respicio, y Ninfa, virgen.
6.05	10 Sáb. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	6.41	11 Miérc. San Martín, obispo, y san Mena, mártir.
6.06	11 Dom. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	6.42	12 Juev. San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Millan, presbítero.
6.07	12 Lón. Nbra. Era. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mra., y san Serafin de Montegrano, cf.	6.43	13 Viér. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.
6.08	13 Márt. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Genaro y san Marcela, mártires.	6.45	14 Sáb. San Serapio, mártir, san Lorenzo y san Rufo, obispos.
6.09	14 Miérc. San Calisto, papa y mártir.		☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 9 h. y 45 m. de la n., en Acuario.
6.10	15 Juev. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora de la Descalcez carmelitana, y compatrona de las Españas.	6.46	15 Dom. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leopoldo, confesor.
6.12	16 Viér. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	6.47	16 Lón. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Ines de Asís, virgen.
	☉ <i>Cuarto creciente</i> , á la 1 h. y 8 m. de la mañ., en Capricornio.	6.48	17 Márt. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.
6.13	17 Sáb. Santa Edvigis, viuda, y la beata Maria de Alacogne.	6.49	18 Miérc. La Dedicacion de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Roman.
6.14	18 Dom. San Lucas, evangelista.	6.50	19 Juev. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa y mártir.
6.15	19 Lón. San Pedro de Alcantara, cf., patron de Coria.	6.52	20 Viér. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.
6.16	20 Márt. San Juan Dancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mra.	6.53	21 Sáb. La Presentacion de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mártires.
6.17	21 Miérc. San Hilario, abad, santa Ursula y compa., ves. y mra.	6.54	22 Dom. Santa Cecilia, virgen y mártir.
6.18	22 Juev. Santa Salomé, viuda, santa Nonilo y santa Alodia, virgenes y mártires.		☉ <i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 25 m. de la n., en Géminis.
6.19	23 Viér. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san German, patronos de Cádiz.	6.55	23 Lón. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 8 m. de la n., en Tauro.	6.56	24 Márt. San Juan de la Cruz, san Crisogono, mártir, santa Flora y santa Maria, virgenes y mártires de Córdoba.
6.20	24 Sáb. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, obispo.	6.57	25 Miérc. Santa Catalina, virgen y mártir.
6.21	25 Dom. San Oriento y santa Darin, san Gabino, san Proto, san Genaro, san Crispin y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	6.58	26 Juev. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.
6.22	26 Lón. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marceliano, san Valentin y santa Enegrada, mártires.	6.59	27 Viér. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.
6.23	27 Márt. San Vicente, santa Sabina y santa Cristina, hermanas, mártires, patronos de Avila y de Talavera de la Reina.	7.01	28 Sáb. San Gregorio III, papa. — <i>Cierranse las vacaciones.</i>
6.25	28 Miérc. San Simon y san Jodas Taden, apóstoles.	7.02	29 Dom. I de Adolfo. San Saturnino, obispo y mártir.
6.26	29 Juev. San Narciso, obispo, y san Marcelo Contarion, mártires.		☉ <i>Cuarto menguante</i> , á la 1 y 42 m. de la m., en Virgo.
6.27	30 Viér. Santos Claudio, Lupercio y Victoria ó Vitorico, mártires, y el beato Alonso Rodríguez.	7.03	30 Lón. San Andres, apóstol.
	☉ <i>Cuarto menguante</i> , á las 5 h. y 43 m. de la l., en Leo.		
6.28	31 Sáb. San Quintín, mártir y la Conmemoracion de la batalla del Salado. — <i>Ayuno.</i>		

DICIEMBRE.

7.04	1 Márt. Santa Natalia, viuda.	4.35	17 Miérc. San Valentin y compañeros, mra. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>	4.35
7.05	2 Miérc. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elba, virgen y mártir.	4.34	17 Juev. San Lázaro, obispo y mártir, y san Franco, confesor.	4.36
7.06	3 Juev. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.	4.34	18 Viér. La Expectacion de Nuestra Señora, vulgarmente Nuestra Señora de la O. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>	4.36
7.07	4 Viér. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Erasmo Galvez, mártir del Japon. — <i>Ayuno.</i>	4.34	19 Sáb. San Nemesio, mártir. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Ordenes.</i>	4.37
7.08	5 Sáb. San Sabas, abad, y san Amatasio, mártir. — <i>Ayuno.</i>	4.34	19 Dom. IV de Adolfo. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.09	6 Dom. II de Adolfo. — San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.		20 Lón. Santo Tomás, apóstol. — (Invictus.)	4.37
	☉ <i>Luna nueva</i> , á la 1 h. y 2 m. de la l., en Sagitario.	4.34		
7.09	7 Lón. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34	22 Márt. San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38
7.10	8 Márt. Fiesta. LA ISMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	23 Miérc. Santa Victoria, virgen y mártir.	4.38
7.11	9 Miérc. Santa Leonadia, virgen y mártir, patrona de Toledo.	4.34	24 Juev. San Gregorio, presbítero y mártir. — <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>	4.39
7.12	10 Juev. La Traslacion de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Baladía (ó Ojalá) de Mérida y santa Julia, virgenes y mártires.	4.34	25 Viér. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.40
7.13	11 Viér. San Damaso, papa. — <i>Ayuno.</i>	4.34	26 Sáb. San Esteban, proto-mártir.	4.41
7.14	12 Sáb. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Bernogones y san Donato y compañeros, mártires. — <i>Ayuno.</i>	4.34	27 Dom. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.14	13 Dom. III de Adolfo. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Marinoni, cf.	4.34	28 Lón. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
7.15	14 Lón. San Nicasio, ob. y mra., san Espiridion y san Pompeyo, obs.	4.35		
	☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 6 h. y 7 m. de la n., en Piscis.	4.35	29 Márt. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
7.16	15 Márt. San Eusebio de Vercell, obispo y mártir.	4.35	30 Miérc. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros mártires.	4.45
			31 Juev. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.45



EXCMO. SR. D. ABELARDO DE CÁRLOS Y ALMANSA,

FUNDADOR DE «LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA».

Nació en Cádiz el 3 de Noviembre de 1822; † en Madrid el 6 de Abril de 1884.

# LAS HORAS.

El hombre tiene exagerada idea  
Del dolor y el placer: vendrán las horas,  
Y ellas sabrán sacarte bienhechoras  
De l'espanto y dolor que te rodea.

(AYALA.—R(1)ca.)

## I.

### PRETERICIONES Y PROGRAMA.

SE ha escrito ya tanta y tan doctoralmente acerca de todas las cosas visibles é invisibles (suponiendo que en el mundo haya algo visible en totalidad, ni oscuridades absolutas para la prodigiosa intuición del alma humana), que bastan y sobran algunos minutos de trabajo físico, como, v. gr., hojear libros compuestos por el prójimo y copiar de ellos disimuladamente juicios y noticias, para que el hombre más ignorante y obtuso, sin necesidad de haber manejado el telescopio, el microscopio, la balanza ni el alambique pueda aparecer de pronto más sabio que Lepe, que Lepijo y que su hijo, ante los espantados ojos, con gafas ó sin ellas, de esos escritores y preceptistas sin humanidades, que sólo conocen las comedias y zarzuelas de repertorio, las poetas modernas de mayor fama, tal ó cual novela mejor ó peor, los libretos de *Otelo*, *Fausto* y *Macbeth* (pero no las grandes obras de que están sacados), y toda la inútil predicación contra el idealismo, que todavía no ha enseñado á sus autores á escribir un libro que pueda leerse....

Por ejemplo: si yo quisiera engañar á semejantes literatos y críticos, echándomela de filólogo, matemático, astrónomo, relojero, canonista, etc., etc., hoy, que pienso zureir un artículo titulado *Las Horas*, no tendría más que extraer habilidosamente, y vender como descubiertas por mí, todas las noticias lingüísticas, históricas, geográficas y litúrgicas que acabo de hallar en mi propio despacho con sólo abrir media docena de libros ajenos.... Os revelaría, supongamos, la etimología de la palabra *hora*, no meramente en latín y en griego, sino también en sanscrito, en persa, en irlandés, en armónico, en primitivo gótico, en escandinavo, en kurdo y en armenio, explicándolos con la mayor frescura las relaciones que existen, al decir de los que las han estudiado, entre los vocablos *hara*, *hōra* óros, *vāra*, *warah*, *bōr*, *heur*, *jēr*, *gear*, *jār*, *ar* y *jahr*.... —Padría discurrir como el más digno académico de Ciencias exactas sobre la hora *sideral*, la hora *media* y la hora *solar*, diciéndolos los kilómetros y hasta las pulgadas que recorre cada astro durante la *hora* verdadera.... —Habría cuanto me

diese la gana de la *hora de la plea-mar*, asunto importantísimo, pues que todavía no hay acuerdo sobre el instante en que deba ser determinada, si cuando aparentemente deja de subir al Océano, si cuando principia á descender, ó si en el promedio del fenómeno, según las fases de la Luna, sus declinaciones y las del Sol, y la distancia á que cada día se hallan de la Tierra aquellos astros.... —Y, en fin, para lo tocante á *horas canónicas*, seguiría paso á paso los cambios que el tiempo, las costumbres.... y los vicios han ido introduciendo en la liturgia de varias y distintas Iglesias, con relación al llamado *curso*, y luciría grandemente los conocimientos.... de aquellos beneméritos autores que tratan á fondo acerca del rezo de *matines* y *laudes*, *prima*, *tercia*, *sesta*, *nona*, *vísperas* y *completas*, con distinción de siglos, pueblos, estaciones, climas, reglas más ó menos estrechas y otras circunstancias terrenales....

Pues; no digo nada, si me metiese á hablar de las *horas mitológicas* de la India, del Egipto, de Grecia, de Escandinavia y de otros países donde, en mejores tiempos, hubo dioses y diosas!.... —Mi aparente erudición ó instrucción rayaría en lo maravilloso; con lo que me nombrarían individuo honorario de todas las Academias europeas, bien que irrogara gran perjuicio á los genuinamente sabios que han gastado las mejores *horas* de su vida en averiguar todas esas cosas falsas, pero raras, y tienen, por ende, perfecto derecho á que se respete su propiedad científica y á que el público les compre sus divertidas obras cuando quiera saber tanto como ellos....

¡No! no voy á escribir un artículo erudito acerca de las *horas* consideradas en abstracto.... Ni tan siquiera pienso explicar las razones porque la plebe romana cuenta todavía de un solo tiro, pasando de las doce á las trece, y de las trece á las catorce, y así sucesivamente hasta llegar á la hora veinticuatro; ni mucho menos intento referir la historia del reloj de bolsillo que le gané al dominó á Narciso Serra en tiempos del general San Miguel; ni cómo me las computase, hace pocos meses, para trazar yo mismo, con mis propias manos, un reloj de sol; ni quién inventó los relojes de agua y de arena; ni cómo, en opinión de otro gran poeta contemporáneo, le faltan precisamente al día las seis horas necesarias para escribir versos.... —Lo único que me propongo hacer hoy es fantasear un poco, en la órbita de la vida común, real y positiva, acerca del empleo que solemnemente damos á las *horas*; examinar el reparto de nuestros placeres, ócios y trabajos dentro de la unidad cronológica de cada día; mirar, en fin, bajo este aspecto los entretenimientos y sandeces que constituyen casi toda la llamada *existencia* durante la breve temporada que reside en el globo terráqueo el raro y misterioso viajero llamado *hombre*.

Tal es la materia, nada recóndita ni peregrina, del pre-

sente artículo. Sin embargo, para mayor orden y claridad del discurso, dividiré en tres grupos ó secciones las veinticuatro horas diarias, por el orden ó método siguiente, cuya invención no me pertenece tampoco en manera alguna:

1.ª sección: *La Mañana.*

2.ª sección: *El Mediodía y la Tarde.*

3.ª sección: *La Noche.*

Aun de esta ingeniosa clasificación resultarán forzosamente, atendidas la diversidad de costumbres de cada clase social y la vária manera de ser de sus individuos, que para muchas personas no hay *mañana*; que para otras no hay *noche*, y que aun el *mediodía* y la *tarde* son á veces indeterminados, segun la hora de almorzar y de comer de cada quisque.....—Pero todo ello lo tendremos en cuenta en nuestra disertación, como vais á ver inmediatamente.

## II.

### LA MAÑANA.

¿Á qué hora principia la *mañana*?

Dicho se está que principia á la variable hora del *amanecer*; y como hasta los más baritos *Almanaques* expresan el minuto y el segundo en que sale el sol cada día del año, segun la longitud y la latitud del punto de que se trate, no tengo necesidad de entrar en más pormenores astronómicos.....

Pero no hay que confundirse, caballeros. Todo esto se refiere á la *mañana natural*.—La *mañana convencional*, ó de cada hombre, depende de otras reglas ménos seguras ó simétricas.

Comprobación: Para las buenas gentes del campo, y para las malas, que son algunillas, comienza la mañana ántes del primer bostezo de la aurora..... Cuando Dios echa sus luces, ya sale humo por el cañon de toda rústica chimenea, pues ya están haciendo las migas ó las gachas en los hogares pastoriles y agrícolas, así como en las posadas, ventas y paradores..... El repiqueteo del almiré suena, por consiguiente, ántes que el canto de las aves, exceptuando al gallo y á las tórtolas y palomas, que toman las vísperas con más tiempo.

Y aquí me sorá licito, y á vosotros muy agradable, traer á la memoria algunas de las cosas bellísimas, cuanto ciertas, que dice nuestro maestro fray Luis de Leon, en *La Perfecta Casada*, acerca de las ventajas y las delicias del madrugar.—Celebra primeramente, con Salomon, á la solícita labradora que *ganó por la mano al lucero y amaneció ántes que el sol*, y añade que *cha de madrugar la casada para que madrugue su familia*. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo, y ella el alma del, y que, como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las mueva ella, y las levanta y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama, y no la teniendo por testigo, es peor que madruguen; porque entónces la casa..... es como pueblo sin rey ni ley, y como comunidad sin ca-

beza, y no se levantan á servir, sino á robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos.....

—Discurre luego este fino amante de la Naturaleza acerca de lo saludable y grato que es levantarse á *aquella hora en que despierda el mundo todo junto* y en que *la luz nueva, saliendo, abre los ojos á los animales todos*; censura á los que *hacen honra y estado y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone..... y pierden por un vicio dormír lo más deleitoso de la vida, que es la mañana*, y describe esta hora con los vivos, hermosos y naturales colores que vais á ver:—.....«Entónces la luz, como viene despues de las tinieblas, y se halla despues de ser perdida, parece ser otra y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo, y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer de la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entónces más dulcemente? Y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella..... así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol, se alegran, y como para recibirle se hermosean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes..... El fresco del aire entónces templea con gran deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud, y lava las tristezas del corazon, y no sé en qué manera lo despierda á pensamientos divinos ántes de que se ahogue en los negocios del día.»

Despues de este lísono al amanecer, tan propio del cantor de la vida en su huerto y de la noche serena, reanudo yo mi árida enumeración y declaro que otra de las mayores complacencias matutinas es oír, en ásperos y extranjeros montes, al cabo de largas horas de oscuridad y desamparo, pasadas bajo militar tienda de lona, el toque de la *diana de campaña*.....—¡Nada tan alegre y triunfante!; Nada tan gozoso y bendito! Resucitase juntamente á la vida y al afán de gloria, pareciendo dicha envidiable el morir de día, abrazado á la bandera de la patria, en comparación de la pasada noche de angustia y abandono.....—De cuantos sueños se pueden dormir en tales campamentos, ninguno parece más dulce que el sueño de una honrosa muerte.

Pero dulce es también vivir: dulce es, entre los lances propios de la *mañana*, tomar, en tiempo de paz y de invierno, chocolate con pan recién salido del horno, y sentarse muy tranpranito delante de la mesa del despacho, bien forrados de ropa y con muchos cigarrillos de papel al alcance de la mano, á escribir ensañadas historias, sin miedo á visitas inoportunas de personajes de carne y hueso.....

Dulce es, en tanto que ensillan vuestro caballo para que continuéis larga caminata por tierras moriscas no conquistadas del todo, tomar el aguardiente á la luz de un candel, aun no siendo arriero, y salir de lóbrega venta, como segundo don Quijote, á entrar en posesion de un mundo que comienzan á esclarecer las risas de la aurora.....—Porque la verdad es que el alcohol, si bien implacable en lo de arriunar el sistema nervioso, despierda en el alma ideas é intonaciones de indefinible lucidez y atrevimiento, como lo demuestran las obras de Edgard Poe y de algunos grandes poetas alemanes..... y las aventuras de ciertos candidatos á la diputación por su país.

Y dulce es una *misa de pastores* en vísperas de Navidad, en Andalucía, con acompañamiento de zambombas y pandeteras, cuando uno no ha descendido todavía de niño á hombre; — dulce el *toque del alba* en Granada la católica, ó sea aquellas tres majestuosas campanadas de la Catedral, que ponen ahora término á las señales con que durante toda la noche sigue la vieja campana de *la Vela*, como en los tiempos de Boabdil, regulando los riegos de la extendida vega que fué de los moros; — dulce levantarse con estrellas y salirse traidoramente á los nativos campos, con vastísimas redes de hilo bramante, á cazar chamarines, alondras y otros pajarillos dormidos, que luego, al salir el sol, dan brinco bajo las tendidas mallas, como peces recién sacados del mar....; — dulce es, á propósito de esto último, la pesca de salmones, sorprendidos en sus madrigueras, al comienzo de las rías del Cantábrico, entre el agua marina y el agua fluvial, aunque al propio tiempo llueva sobre vosotros el agua del cielo....; — y dulces, en fin, son los paseos matutinos á la *Fuente de la Salud* que tiene cada pueblo del globo; paseos en que seguramente hallais por primavera infinidad de pálidas niñas, que á la vuelta son rozagantes mujeres, por resultas de haberse bebido cada una tres vasos de agua del acreditado manantial....

Todo esto ocurre en la primera ó segunda *hora* de la mañana, según la estación.... Entre tanto, suenan ya los golpes del trabajo de artesanos y obreros, en cuyo concierto lleva la voz cantante el martillo del herrador; repican en las malsanas capitales muy populosas las campanillas de las burras de leche ó de los carros de la limpieza; áhrense las casas y salen las cocineras á la compra, mucho más peinadas que lavadas; grita el fatídico enterrador llamado trapero; bárense las calles; tocan á *misa* en las pocas iglesias que van quedando (hablo de Madrid), y regresan á su domicilio los trasnochadores de todas clases, después de comerse al paso media docena de buñuelos ó una ensaimada aquellos que no han perdido en el garito hasta el último ochavo....

Á las *siete* se levantan los niños, por muy principal que sea su familia, y á las *ocho* están ya camino del colegio, aunque llueva ó nieve, con sus bufanditas al cuello y la enorme carpeta de libros pendiente del hombro, en busca de la pícaro sabiduría, que á tal ó cual de ellos podrá muy bien servirle de algo, pero que no es indispensable seguramente para llegar á ser rico y poderoso, ni muchísimo ménos para ser feliz....

Á las *nueve* tiene que estar de pié todo empleado del Gobierno ó de empresa particular; con lo que, á las diez ó las once se hallará cada uno en su respectiva oficina, medianamente almorzado y contento, y provisto de aquella manguilla de percalina negra que les sirve á todos estos emucos pecuniarios para no ostropear la levita propia en su contacto con los millones públicos ó ajenos....

Á las *diez* han entrado ya alevosamente por debajo de las puertas (según nos en esta villa y corte) los periódicos de la mañana, como una notificación malévolamente de muchas más desgracias que venturas; comienzan á saltar del lecho las personas no desarregladas del todo, de las clases aristocrática ó eminentemente política, y entra á engañarlas en su cuarto de lavarse la madrugadora adulación, llevando á remolque la injustificada solicitud, sin considerar que en definitiva tiene más de escarnio que de premio la consiguiente

larguza del vanidoso lisonjeado....; siguen durmiendo, en el interior, otros magnates de ambos sexos y los demás ciudadanos y ciudadanas que, de grado ó por fuerza, tienen trocadas las *horas*, y quién sueña todavía con el baile, quién con el juego, quién con la comedia ó novela que está escribiendo, quién con el robo, quién con la amorosa cita, quién con la orgía brutal de la noche anterior.... hasta que suenan las críticas *doce* y concluye la verdadera *mañana*....

Es el *mediodía*, aunque para estos últimos principie el día en aquel momento.

Es la hora del pasajero descanso, la hora de la tregua, la hora de....

Pero éstas son cosas que pertenecen ya á otro capítulo.

### III.

#### EL MEDIODÍA Y LA TARDE.

Hemos dicho que las *doce* *suenan*, y ahora tenemos que añadir que en Madrid no son *oidas* sino por aquellos que tienen péndula en su casa ó viven debajo del Ministerio de la Gobernación, de Palacio, de la Trinidad, de San Juan de Dios ó de cualquier otro edificio público. Muy al contrario, en provincias, del propio modo que ya *sonaron*, de nueve á diez, donde hay Catedral, las tres campanadas del *Credo*, con gran lucimiento de la campana gorda y dando ocasión á todos los fieles católicos para que, donde quiera que les pilla, recen el *símbolo de los Apóstoles*...., suenan también y son *oidas* las *doce*, y, además de las doce, las otras tres gordas campanadas que se llaman las *Áve-Marias*, que asimismo reza piadosamente todo *pobre de espíritu*, como ya rezarían otras tres al *toque del alba* cuantos se hallasen despierertos, y cómo luego habrán de rezar las del *toque de oraciones*....

Y todo esto, ¿por qué? — ¡Ah! Porque no se sabe fijamente á qué hora el arcángel San Gabriel anunció á María que concebiría por obra y gracia del Espíritu Santo. — Y ¿por qué lo otro? Quiero decir: ¿por qué termina la mañana al sonar las doce? — Porque en tal instante ha llegado el sol al respectivo meridiano (dado que no esté descompuesto el reloj que sirva de aviso); con lo que todos los jornaleros y peones sueltan las herramientas y se marchan á *comer*, mientras que los que viven á la francesa dicen al criado que les sirva el *almuerzo*.

Al llegar aquí repató en que me he dejado atrás las *once*, dado que las *once* de que se trata representen una hora fija. Diré, pues, que las *once*, ó *tamar las once*, para las gentes que comían ó todavía comen el puchero al llegar el sol al cenit, es, genuinamente hablando, beberse con una hora de anticipación el vino que luego se echa de ménos en su comida.... ¡El vino, en la taberna! ha dicho siempre toda *perfecta casada* á la antigua española, particularmente la andaluza, sin consentir que en la bendita mesa figure otro líquido que el agua clara, *regalo de Dios*.... Para los canónigos, curiales y demás señores de provincias que comían (y aún siguen comiendo en muchos pueblos) á las dos de la tarde,



EL HALCONERO. — CUADRO DE BENZIGER.

la hora clásica de tomar *las once* es la una, con la circunstancia de que su vino es *de pulso*, quiero decir, añejo y más ó ménos generoso, y va acompañado de un bizcochillo ó cosa tal.... Y hay otras *once*, que se toman á las dos ó á las tres, por la corrupcion de los tiempos, ó sea por haberse almorzado ó *las tantas* y no contar con caer sobre sopa hasta las cuatro; pero al fin acontece que, en fuerza de tardanzas y moratorias, estos piscolábys y trinquis vespertinos llegan á perder su denominacion, y entónces usurpan la de *merienda*, en remembranza vergonzante de aquellas legítimas meriendas españolas que *se hacian* á la puesta del sol (para mí todo esto es ya *pretérito*), y con las cuales se podía tirar hasta « las ánimas », hora en que se servía la cena....

Pero volvamos al mediodía.

La misma diversidad y confusion que respecto de los almuerzos y de las comidas, existe respecto de la *siesta*. Muchos señores provincianos la duermen de doce á dos, ántes de comer, y entónces se llama *la canóniga*. Indudablemente es la más dañina, por cuanto se tiene el estómago desocupado, y estableciéronla los canónigos, como ya lo dice su nombre. Puede, sin embargo, ocurrir (yo no digo que ocurra) que algun prebendado vuelva á dormirse en el coro de tres á cuatro, durante las Visperas, especialmente en estos pícaros meses de estío. La gente obrera y labradora duerme tambien siesta desde Junio hasta Setiembre; pero es despues de haber comido, y termina á las tres en punto, hora en que vuelve á sus faenas. Muchos seglares acomodados, y que, por consiguiente, comen más de lo preciso, la duermen, en fin, de tres á seis, y se despiertan de muy mal humor, por no haber adelantado mucho en la digestion de los fideos, los garbanzos, las judías, el tocino, la carne, los tomates, los pimientos, las patatas, el revoltillo, el gazpacho, la fruta y el dulce que constituyen el ordinario banquete nacional en el verano....

Acerca de las carnívoras personas de Madrid que viven á la francesa ó á la inglesa y acaban de comer á las nueve ó diez de la noche, nada tenemos que revelar en punto á *siesta*.... ¡Estos señores se lo duermen todo de un tirón ántes de darse á luz por la mañana! Volvamos, pues, á nuestras provincias, y decláremos que pocas *horas* tan deliciosas pueden pasarse sobre la tierra como una siesta andaluza, de esas nocivas á la salud y rayanas con la apoplejía, de tres á siete de la tarde, en una sala haja lindante con el patio; oyendo entre sueños el monótono susurro del caño de agua que vela mientras todos duermen; aspirando el aroma de las muquetas de alhabaca, adornos ó claveles, defendidos del sol por toldos y cortinas; luchando con alguna mosca que burló vuestras precauciones y que es mantiene en cierto fantástico *duerme-vela*, ó sea entre la realidad de tan fresco y poético sitio y las orientales quimeras de la imaginacion, poblada siempre de huries en aquellas endiabladas zonas, cuando se es jóven, como lo ha sido alguna vez todo el mundo.... *Esta aquí*.... (dice el ensueño).—*No está aquí; que es la mosca; pero la verá á la noche*.... (responde la vigilia).—*Me besa*.... (murmura la ilusion).—*No me besa; que es la pícaro mosca*.... (contesta el discernimiento).— Y entre tanto suena allá, en la calle, en el mundo del sol de la canícula, algun grito de achicharrado vendeddor de *agua helada*, ó el enjaulado canario, medio dormido, tararea alguna trova de amor, hasta que el mundo despierta de su

letargo, y discorren el toldo, y vuelven á formalizar su concierto las golondrinas, y corre el rienteillo de la tarde, y llegan el hermano ó el camarada diciéndonos: ¡*Arriba, perezoso!*.... ¡*Vámonos á la cabaña, ó la huerta ó á la era!*.... ¡*Á la noche dormirás más!*

Saltemos otra vez á Madrid, y digamos algo de sus *tardes* de verano y de invierno, con perdon de los respetables lectores moratinianos que se hayan cansado de tanto viajar por el presente artículo y ochen de ménos las unidades de accion, tiempo y lugar, que ya sólo se estilan dentro de la tumba....

Verdaderamente en Madrid no hay verano para las personas de alto copete, supuesto que todas ellas, y algunas sin copete ninguno, se marchan á provincias ó á tierra extranjera tan luégo como aprieta el calar, y las restantes viven escondidas en los camarotes de su respectivo medio piso, con todos los balcones herméticamente cerrados, cuidando del botijo de agua fresca, que constituye todas sus delicias, y defendiendo contra la polilla su equipaje de invierno, hasta que, cerca del oscurecer, se remenan en el Prado de San Jerónimo, donde continúan asfixiándose y aburriéndose, sin más recreo que ver alguna vez á tal ó cual amigo, tambien fastidiado, que les recuerda ó promete los placeres de la chimenea, del paletot, de la capa, del abrigado café lleno de humo, del caldeado Teatro Real, etc. etc.

Estos placeres del invierno de Madrid consisten, por la *parte*, en dos cosas principalísimas: para los hombres ó caballeros, en hablar de política, ya sea en las Cortes, ya en los cafés, ya en los casinos, ya tomando el sol en los paseos públicos.... (porque la política es todo, ó el camino de todo, en estos tiempos de régimen constitucional); y para las mujeres ó damas, en envidiar ó criticar las unas los vestidos y sombreros de las otras, ó sus carruajes y caballos, salvo el fugitivo momento que dedican á mirar al mozalbeta favorito, cada vez que pasa por delante de ellas....—No negaré, empero, que, precisamente en los más crudos meses invernales, cuando hace buen tiempo, lo cual acontece largas temporadas, las tardes de paseo de Madrid son deliciosísimas, especialmente en el Buen Retiro, en la Fuente Castellana y en Atocha....—¡Qué cielo tan azul y diáfano! ¡Qué sol tan cariñoso! ¡Qué vista la del *Cerrillo de los Angeles*, por ejemplo, desde el gran balcón del Paseo de los Coches en el llamado Parque de Madrid! ¡Y qué madrileñas...., no de mis pecados, sino de los vuestros, pues que vosotros estais todavía en activo servicio! ¡qué madrileñas, siempre renovadas, ya por los afetes, ya por la reproduccion ó sucesion natural! ¡qué madrileñas, digo, síntesis de las varias razas de la Península, y cruce, por consiguiente, de todas las hermosuras, discreciones y donaires en que es tan fecunda esta patria de eúscaros, godos, árabes y lemosines!

Por la inversa, nada más soso y aburrido que las *tardes* de invierno en provincias.—Desde que pasan las Ferias; desde que los veraneadores se reconcentran en Madrid ó en las grandes capitales, el tedio acampa en las ciudades de segundo ó tercer orden. Las *horas* parecen siglos: la incomunicacion engendra la ictericia; toman el sol, de tres á cuatro, en distintos y solitarios andurriales, los hijos de aquellas sedentarias poblaciones, disgregados por intestinas guerras; la envidia, la impotencia y los rencores tradicionales, cristalizados por el frío de la pereza y el desaliento, convierten la

vida en páramo infernal, no enseñado por el autor de *La Divina Comedia*, pero del cual hizo menudo análisis el autor de *La Comedia humana*. — Es, por tanto, un refrán de invierno aquel que aconseja á cuantos puedan disponer de sí propios: *Ó córte, ó cortijo*.

## IV.

## LA NOCHE.—LA VELADA.—EL SUEÑO.

## Es de noche.

En Madrid durante el invierno comienza la gran vida, empieza el verdadero día social, principian las doradas horas en que el gas, el petróleo, la luz eléctrica ó la estearina hacen olvidar todos los decantados esplendores del sol. — Regresan á sus casas los que han sido paseantes en coche, á caballo ó á pié, así como los que han pasado la tarde en las Cortes, en la Bolsa, en el Bolsin, en las oficinas, en los escritorios particulares, en el *Velos-Club* ó en otros casinos más ó menos veloces.... — Vistense por tercera vez las señoras (y aún se vestirán por cuarta, si es noche de baile); pónense el frac los caballeros, y á cosa de las siete acude á comer la mitad del personal conocido á casa de la otra mitad. Es decir, que en más de tres mil casas, la comida constituye una verdadera fiesta, casi un banquete, y hasta sin casi en muchísimas de ellas. La inimitable *conversación* de Madrid; esta conversacion que, por su originalidad no buscada, por su variedad característica y por sus espontáneos primores, no tiene igual en el mundo y se deja cien leguas atrás la famosa *causerie* francesa, igual en todas las bocas, hija del calor y la imitación, árida como el egoísmo y llena de violentísimas paradojas; la conversacion madrileña, repito, fluye entonces como un río de oro entre los comensales, y el chiste culto, el arranque de sentimiento, la inocente burla, el grito de verdadero entusiasmo, la ingeniosa agudeza, la genuina gracia, el donoso requiebro alegran ó conmueven á todos aquellos personajes de verdad, que realmente aman, creen, odian, sufren y opinan; y están dispuestos, no sólo á matarse, sino á morir, en aras de los afectos que tan amena y festivamente dibujan en sus chispeantes disputas....

De ocho y media á nueve, veinte ó treinta mil almas ocupan los teatros. El resto de la poblacion de levita se disemina por cafés, casinos y tertulias, arrojándose en éstas los muchos millares de partidas de tresillo, de dominó ó de lotería en que olvidan los hombres todos los cuidados de la jornada, para no pensar más que en el valor de un naipe, en el palo de una ficha ó en el número de un boliche.

Estas horas de la *velada* madrileña, que se van como agua, aunque en realidad andan al mismo paso que todas, son también, en teatros ó tertulias, las del amor cortesano y las de la creacion de la fama ó reputaciones. — Durante ellas se reúnen y se hablan, ó no se hablan y se miran, ó no se miran, pero se ven, los que con el tiempo han de ser mujer y marido. Entónces se juzgan los cuadros, las comedias, las batallas, los libros, los discursos, y se furman ó se deshacen las celebridades de la patria. Entónces la murmuración

ó la alabanza dan ó quitan la honra.... Entónces reciben el vano galardón del aplauso ajeno el dinero, el lujo, la elegancia, la querida costosa, la buena suerte en el desafío, la cartera, aunque sea inmerecida, el donativo, aunque proceda de dinero robado.... Entónces, para decirlo de una vez, hace sus balances y liquidaciones la sociedad, casi siempre con ligereza, error ó injusticia. — Afortunadamente, además del tribunal público, existe el tribunal de la propia conciencia.

Á la *velada* de provincias llegan confusos ecos de la *velada* de Madrid, tergiversados más y más por falta de memoria ó de buena fe de tal ó cual viajero ó por falta de entendimiento ó de caridad de tal ó cual periódico; con lo que la fama corre toda la nacion, mudando continuamente de forma, como los acróbatas corren á caballo mudando continuamente de traje, y la llamada *gloria* es cosa fantástica y gratuita, que no mereceria grandes afanes, si no fuera acompañada á veces de *provecho*. — Pero siempre resulta, y es á lo que vamos en el presente artículo, que nada hay tan chistoso para un cortesano, cuando no se aburre, como oír juzgar en una tertulia ó casino de provincias á los grandes hombres ó á las grandes mujeres de Madrid.... — Recuerdo que en un cuento denominado *La Belleza ideal* hablé ya de estas cosas.... — ¡Compradlo, y no lo habrémos perdido todo!

Todavía, en pueblos subalternos, mucha gente comienza los quehaceres de la *velada* por ir al Rosario á la parroquia respectiva. Visitanse luego algunas comadres y hablan de los cuidados ajenos. Los novios formales entran en casa de sus suegros futuros, y sentándose al brasero junto á la *nina boba*, señora de sus pensamientos (quien sabe más que todas las parisienas habidas y por haber), le habla al oído hasta la *hora de la queda*, mientras que el padre, la madre ó el hermano de la beldad dan cabezadas en el polo opuesto de la tarima, pidiendo á Dios que se case pronto el ya medio atontolinado pretendiente, y suspirando en el faterin por que les deje aquella noche cenar y acostarse.

Resumiendo: la *velada* es la hora de la vida *ideal*, que no me atreveré á llamar *fugida*, pues no considero mucho más real la de los afanes calificados de serios y positivos. — Quiero significar con esto que, durante la *velada*, unos gastan las horas en el teatro, prestando suma atencion á imaginarios lances, inventados por embustero poeta; otros libran á los azares del juego, con mucha fe en la *judia*, la *contra-judia*, la *martingala* y otras cadenas de la suerte, la efectividad de su posicion y la de su familia; otros dedican largos discursos á la exposicion de recetas políticas ó filosóficas con que labrar la dicha del género humano, sean cualesquiera las leyes naturales ó providenciales, y otros cifran en la posesion del cuerpo de su novia el talisman de la ventura de toda la vida....; por lo que hay algunos que prolongan la *velada* hasta el amanecer y pelan la pava y aún el pavo por la roja, hasta que el escudero de Marte da el grito de alarma....

Sigue la *danza de las horas*, aquella danza representada en un famoso cuadro por doce niñas con alas de mariposa, que juegan al corro como unas devanaderas, y llega, por fin, para todos, más tarde ó más temprano, la primera hora del *sueño*, que conduce al hombre á otra vida también ficticia.... — Porque, una de dos: ó durmiendo *soñamos*, en

cuyo caso vivimos en perpétua falsedad todo aquel tiempo, ó no soñamos, en cuyo caso no vivimos, sino que yacemos en muerte anticipada. — ¡Ah! ¿qué es dormir, con ensueños ó sin ellos? ¿qué es ese estado en que pasamos la tercera parte de la llamada existencia? ¿Difiere mucho de las otras dos terceras partes de nuestra vida? — ¡Tal vez es una misma cosa! ¡tal vez se reduce todo á matar el tiempo, como lo mata, con cualquier distracción pueril, aquel que, á la mitad de penoso viaje, tiene que hacer alto en pobre ventorillo!

Y, si no, decídmelo: ¿qué fuera la estancia sobre la tierra, sin esto que llamais las costumbres y que yo he solido llamar *entretenimientos del ocio*? ¿Qué fuera la vida, sin las necesidades convencionales, arbitrarias y fútiles, del lujo, de la erudición y de otras sandeces? ¿En qué emplearíamos las horas del destierro en este planeta, ya demasiado conocido, si no hubiéramos inventado tantas prendas de ropa, tantas alhajas, tantas artes, tantas ciencias, tantas categorías, tantas decoraciones, tantas ceremonias, tantos cumplidos y tantas palabras huecas?

Indudablemente, lo único grave y serio de la vida es la vida misma, ó sea el propio hecho de vivir;



el hecho de este nuestro incomprensible viaje; el hecho de encontrarnos de paso en el presente mundo, donde dijo Espronceda (y fué lo que mejor dijo):

«Que, siendo al alma la materia odiosa,  
Aquí, para vivir en santa calma,  
Ó sobre la materia, ó sobre el alma.»

FRANCISCO A. DE ALARCON.

Julio de 1884.

# EL TENIENTE GENERAL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO.

## APUNTAMIENTOS BIOGRÁFICOS.

Las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida.

CHAVANTES.

### I.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.—NOTICIA DE ALGUNOS AUTORES QUE HAN TRATADO DE LA VIDA Y DE LOS ESCRITOS DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO.



RANDRE es el número de los españoles ilustres cuyos altos merecimientos están casi olvidados en su patria, y atinadamente avalorados en las naciones extranjeras. De los muchos ejemplos que se pudieran citar en confirmación de tan evidente como triste verdad, es uno de ellos la gloriosa vida y heroica muerte del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, autor de la obra intitulada *Reflexiones Militares*, insigne personaje que supo unir á la pericia del caudillo el arrojo del soldado, y á la cortesía del diplomático la ciencia del erudito, y que, á

pesar de estas relevantes cualidades de su inteligencia y de su carácter, la poca nombradía de que en España gozó es pálido reflejo de la fama que sus escritos le han granjeado en Francia y en Alemania.

Y comenzando á demostrar la exactitud de las afirmaciones que acabamos de hacer, consignaremos aquí lo escaso é incompleto de las noticias biográficas del Marqués de Santa Cruz que hasta el presente se han publicado. Tan sólo el distinguido publicista D. Joaquín de Maldonado y Macanáz ha escrito una biografía algo extensa del autor de las *Reflexiones Militares*, biografía que vió la luz pública en el tomo correspondiente al año 1853 de ese archivo de nuestras glorias nacionales, fundado por el inolvidable don Ramón de Mesonero Romanos, el *Semanario Pintoresco Español*; pero el escrito del Sr. Maldonado y Macanáz, aun siendo el

más extenso de los trabajos históricos referentes al Marqués de Santa Cruz, al fin y á la postre se halla encerrado en los estrechos límites de un artículo de periódico, y por lo tanto el autor no pudo dar á su relato todo el desenvolvimiento que la importancia y novedad del asunto lógica y justamente exigían.

Algunas noticias acerca de la vida y de los escritos del Marqués de Santa Cruz de Marcenado se hallan en la colección de *Retratos de los Españoles ilustres, con un epitome de sus vidas* (Madrid, Imprenta Real, 1791); en la obra de don Manuel Juan Diana, titulada *Capitanes ilustres y Revista de libros militares* (Madrid, 1851); en la reimpression de las *Reflexiones Militares* que publicó la *Biblioteca militar portátil*, por los años de 1850; en el diccionario de *Bibliografía militar de España* (Madrid, 1876) del general de Ingenieros D. José Almirante; en el número de *La Ilustración Gallega y Asturiana*, correspondiente al día 20 de Abril de 1879; en los apuntes para un diccionario de militares escritores, del comandante D. Manuel Seco y Shelly, titulados: *La Pluma y la Espada* (Madrid, 1877); en el libro, *Milicia y Organización* (Habana, 1861), que forma el tomo IV de las obras completas del capitán D. Ubaldo Passaron; y en la *Biblioteca Asturiana*, copia de un manuscrito del siglo pasado, que publicaron los Sres. D. Manuel Remon Zarcu del Valle y D. José Sancho Rayon en el *Ensayo de una biblioteca de libros españoles raros y curiosos, formada de los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo*; pero, aun reuniendo todo lo que se dice en estos impresos de tan varia índole, no sería posible escribir un estudio biográfico donde apareciese la noble figura del gran tratadista de milicia, del insigne autor de las *Reflexiones Militares*, tal como en la realidad debió existir, á juzgar por los hechos más culminantes de su vida, que la historia en sus páginas consigna.

Escasos, y lo que es aún peor, en mucha parte contradictorios, son los datos biográficos acerca de D. Alvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado y vizconde del Puerto, que hasta el presente se han publicado; y no obstante, nosotros, fiando en nuestra buena voluntad, fiando en el vehemente deseo que nos anima de conmemorar los singulares merecimientos de tan preclaro escritor como valeroso militar, acometemos la empresa de redactar estos apuntamientos acerca de su vida y sus obras didácticas, porque nos parece que quizá nuestra tarea no sea infructuosa, si conseguimos llamar la atención pública sobre los méritos de un español ilustre; méritos injustamente olvidados, ó cuando ménos, no tan conocidos como la justicia de la historia imperiosamente reclama.

Honrar la memoria de los varones insignes por su virtud ó por su ciencia es la más indirecta, pero acusa también la más eficaz de las censuras que cabe hacer de la maldad y de la ignorancia. Así es la historia enseñanza moral, maestra de la vida, según la acertada frase del gran orador romano.

## II.

NACIMIENTO Y LINAJE DE D. ÁLVARO DE NAVIA OSORIO, Y BREVE RESÚMEN DE LOS SERVICIOS QUE PRESTÓ A SU PATRIA COMO MILITAR Y COMO DIPLOMÁTICO.

Se sabe que D. Álvaro José de Navia Osorio Vigil, marqués de Santa Cruz de Marcenado y vizconde del Puerto, nació en Astúrias; según la biografía de la colección de *Retratos de Españoles ilustres*, el lugar de su nacimiento fué Veiga; según la anteriormente citada *Biblioteca Asturiana*, lo fué Anleo; nosotros nos inclinamos á aceptar como verdadera la primera afirmación, porque es de creer que el redactor de unas noticias biográficas que se escribían pocos años después de la muerte del Marqués, y que se publicaban con carácter oficial, no había de encontrar grandes dificultades para adquirir su partida de bautismo, y nos confirma en esta idea la exactitud con que fija la fecha de su nacimiento en el día 19 de Diciembre de 1684.

Los hereditarios títulos de nobleza que acompañan el nombre del autor de las *Reflexiones Militares* hacen innecesario decir que su familia era de ilustre abolengo; y como en la época en que le tocó vivir, las altas jerarquías del ejército se alcanzaban fácilmente sin pasar por las inferiores cuando los gloriosos hechos de los antepasados daban la esperanza de que podrían ser imitados por sus descendientes, no es de extrañar que el Vizconde del Puerto, á la temprana edad de diez y ocho años, fuera nombrado Maestro de Campo de las tropas que levantó el principado de Astúrias, en 1702, para ayudar al rey D. Felipe V á defender sus derechos al trono de España, en la llamada en nuestra Historia nacional guerra de sucesión.

Las reformas en la organización del ejército, llevadas á cabo por D. Felipe V, hicieron desaparecer muchos de los tradicionales nombres de las tropas españolas; así el nombre de *Tercio* fué sustituido por el de *Regimiento*; así el antiguo *Maestre de Campo*, si por la semejanza del nombre parece que se ha transformado en el actual *Mariscal de Campo*, bien examinado el asunto, resulta comprobado que en la organización que al presente tiene el ejército español, los *Coroneles* desempeñan funciones análogas á las de los antiguos *Maestros de Campo*. Por esta causa vemos que algunos biógrafos dicen (y nosotros lo hemos repetido aquí) que el Marqués de Santa Cruz comenzó su carrera militar siendo nombrado Maestro de Campo, y otros afirman que el primer empleo que en la milicia disfrutó fué el de coronel, y lo probable es que fuese considerado como Maestro de Campo hasta que definitivamente se organizaron los regimientos de Infantería, que en un principio fueron conocidos, unos por el nombre de sus coroneles, y otros con el de los antiguos tercios que habían servido de base para su formación; llegando á tanto el desorden de tal nomenclatura, que con fecha 28 de

Febrero de 1707 se dictó una Real orden, en la que se dispuso que los regimientos de Infantería fuesen conocidos con el nombre que en ella se les designaba; y en esta Real orden aparece el Vizconde del Puerto como coronel del regimiento de Astúrias (1).

«El reino de Valencia, dice un biógrafo, fué testigo de los primeros hechos de armas del Vizconde del Puerto; y después de haberse distinguido sobremanera en el sitio de Tortosa, se embarcó con su regimiento para Sicilia. Donde quietamente estuvo causaba la admiración de todos por su erudición y por la circunstancia de ver en un joven oficial la pericia que pudiera esperarse de un viejo guerrero. Llamó sobre todo la atención del Conde de Montemar, que le encomendaba operaciones difíciles y arriesgadas, y á cuyo lado estuvo en muchas ocasiones.»

Nombrado Mariscal de Campo en el año de 1718, se le confió el mando de las tropas que operaban en Cerdeña, en cuyo mando dió tan altas pruebas de su inteligencia y de su buen arte en el manejo de los negocios, que el Gobierno consideró lo muy fructuosos que podrían ser sus servicios en el desempeño de los cargos diplomáticos, y le nombró representante de España en la corte de Turin. Bien pronto la casa del embajador español fué el punto de reunión de sabios y literatos, y singularmente de los jóvenes de la nobleza que manifestaban afición al estudio de las letras, á los cuales se complacía el Marqués en señalarles asuntos para que escribiesen acerca de ellos, y en estos ejercicios literarios se desenvolviesen y mostrasen sus talentos, de conformidad con sus naturales aptitudes. Proenraron algunos envidiosos malquistar con el Soberano á nuestro hábil diplomático, suponiendo que las doctas asambleas que en su casa se celebraban encubrían un fin político; pero Víctor Amadeo II, que á la sazón reinaba, concurrió en persona á estas asambleas, y convencido de la injusticia de la acusación, y prendado del amable carácter y clarísimo ingenio del Marqués de Santa Cruz, llegó á cobrarle tal afecto, que, según dicen algunos historiadores, le confiaba hasta los negocios secretos de su casa y familia, pidiéndole su parecer en los casos dudosos, y siguiéndolo la mayor parte de las veces. Sin duda esta influencia de Santa Cruz sobre el ánimo de Víctor Amadeo II, fué la causa que impidió que Cerdeña tomase parte en la liga de Hannover; liga que, como es sabido, fué formada por el recelo de las naciones, que temían que España consiguiese recobrar el poderío que había tenido durante el siglo XVI y parte del XVII.

(1) Según dice el Conde de Clonard en su *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas*, el regimiento de Astúrias fué creado en el año de 1703, en sustitución del antiguo tercio que llevaba también la denominación de Astúrias, habiendo sido coronel de este regimiento el Vizconde del Puerto desde su creación hasta el año 1718, en que fué ascendido á mariscal de campo, sin duda se hallaría en todos ó en la mayor parte de los hechos de armas en que tomó parte el expresado cuerpo, cuyos hechos de armas, hasta dicho año, resume Clonard en la forma siguiente:

*Guerra de sucesión.* — 1703 á 1709. — Toma de la isla de Cádiz. Embarcos de Alhaya y Villamayor. Defensa y capitulación de Ciudad-Rodrigo. Sitio de Magallon. Asalto de Egea de los Caballeros. Combate de Javiere. Asalto de Ainsa. Acojones de Lascuare, Naval y Benavarre. Sitio y rendición de Tortosa y defensa de la plaza.

*Guerra de Italia.* — 1710 á 1719. — Expediciones á la isla de Elba y á Toscana. Toma y capitulación de Porto-Ferale.

*Guerra de Cataluña.* — 1714. — Acción de Bagá. Sitio y asalto de Barcelona.



DON ÁLVARO DE NAVIA OSORIO,

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO,

GRAN TRATADISTA DE MILICIA, EXPERTO GENERAL Y HÁBIL DIPLOMÁTICO

Nació en Veiga, el 19 de Diciembre de 1684; murió en el campo de batalla, el 21 de Noviembre de 1732.

En Turin escribió y publicó el Marqués los diez primeros tomos de su notabilísimo tratado de milicia, que se intitula *Reflexiones Militares*, y allí también ideó la formación de un *Diccionario universal*, de cuyo proyecto nos ocuparemos más adelante con toda la extensión que su importancia merece.

Las fecundas tareas científicas del Marqués de Santa Cruz fueron interrumpidas en el año de 1727 por la orden en que se le nombraba representante de España en el Congreso de Soissons, cuyo Congreso había de resolver todas las cuestiones que en aquel entonces amenazaban turbar la paz de Europa; misión que muchas veces se ha confiado á reuniones diplomáticas, sin que nunca se haya conseguido, ni quizás pueda conseguirse por completo, el resultado apetecido. El Congreso de Soissons no fué excepción de esta regla, y cuando se disolvió, el Marqués de Santa Cruz fué nombrado embajador extraordinario en París. Durante su permanencia en la corte de Francia publicó el undécimo volumen de las *Reflexiones Militares*, y se ocupó en hacer varias experiencias con una pistola de arzon y una pieza de artillería de su invención, cuya pieza, con una onza de pólvora, arrojaba una bala de libra y media de peso á la distancia de ochocientos pies. Propuso al Gobierno español la adopción de un fusil, cuyo mecanismo no reveló, pero dijo que se podrían disparar con él cuatro tiros de mayor alcance en el mismo tiempo que se empleaba en un solo tiro de los fusiles entonces usuales. También pidió que se le relevase del cargo de embajador, y se le concediese el mando de un regimiento para organizarlo por un sistema que tenía ideado, cuyas grandes ventajas se mostrarían en la práctica del servicio militar; pero esta pretensión fué desatendida por el Gobierno del rey D. Felipe V.

Quizá sería por esta época cuando, á más de sus experimentos militares, se ocupaba Santa Cruz en preparar una historia de los tratados internacionales en que España había tomado parte, á contar desde el reinado de Doña Isabel la Católica, de cuya obra en proyecto da noticia en su libro titulado *Rapsodia económico-política* (1), impreso en Madrid, el año de 1732.

Terminada la misión diplomática en la corte de Francia del autor de las *Reflexiones Militares*, parece que á su regreso á Madrid el Rey trató de nombrarla ministro de la Guerra, en reemplazo del Marqués de Castelár, que acababa de dejar este cargo; pero la esposa de Felipe V se opuso á tan acertado nombramiento; y, según frecuentemente sucedía, prevaleció la voluntad de la Reina.

Por aquel entonces quizá bullía ya en la mente del ministro D. José Patiño la idea de preparar una expedición á África, y esto puede explicar que á un general de tan relevante mérito como el Marqués de Santa Cruz se le diese el mando de la plaza de Ceuta; mando al parecer no tan importante como lo requería la alta clase social y dilatados servicios del militar y diplomático que acababa de ejercer el cargo de embajador extraordinario de España en la corte del reino de Francia.

Tiempo es ya de que pongamos fin á este capítulo, dejando para el siguiente el relato del hecho más glorioso entre

los gloriosos hechos que constituyen la historia de la vida y muerte del insigne escritor militar Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

### III.

MOTIVOS QUE EXPLICAN LA POPULARIDAD QUE ALCANZAN EN ESPAÑA LAS EXPEDICIONES Á ÁFRICA. — CONQUISTA DE ORÁN EN 1732. — RELACION DE LA BATALLA EN QUE MURIÓ DELEANDO EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

No cabe duda de que España, si ha de realizar la misión á la que parece se halla destinada por la Historia y la Geografía, es y debe ser el pueblo encargado de la civilización de la mayor parte del continente africano. Y por esta causa, las expediciones militares á África siempre han sido sancionadas por la opinión pública de la nación española, lo mismo cuando el cardenal Cisneros hacía tremolar la bandera de Castilla sobre los muros de Orán, que cuando el Conde de Lucena venció á los marroquíes en Vad-Ras y ocupaba con tropas españolas la plaza de Tetuan.

Reconstitución del Estado y de la nacionalidad ibérica, civilización de África, paz y fraternal alianza con las repúblicas hispano-americanas, tales son los *objetivos*, usando aquí una calificación del arte militar, á que debe dirigirse la política de España y de Portugal, de los dos pueblos en que, para su mutua desgracia, se halla dividida, fraccionada ó rota la unidad etnográfica, geográfica é histórica de la Península Ibérica.

Vemos que nos alejamos mucho del asunto de que ya debíamos haber tratado; asunto que se reduce á recordar la expedición que al mando del Conde y después Duque de Montemar se dirigió á África en Julio de 1732 y se apoderó de la plaza de Orán en tan breve tiempo, que el célebre don Ignacio de Luzan cantó esta conquista recordando el famoso *Ulegé, vi y venci* del gran Julio César. El Marqués de Santa Cruz tomó parte activa en los preparativos de esta empresa como gobernador de Ceuta; fué ascendido á teniente general, y cuando el futuro vencedor de Bitonto recibió orden de reembarcarse con la mayor parte del ejército expedicionario, cuyo número se elevaba á cerca de treinta mil hombres, fué nombrado gobernador de Orán.

El Conde de Clonard, en su *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas*, dice que quedaron en Orán ocho mil hombres «bajo la conducta del Marqués de Santa Cruz, oficial de eminentes cualidades, que, dotado de un talento poderoso, había sabido mirar con el áspero ejercicio de las armas, el suave cultivo de las letras.»

«Bien se necesitaban sus cualidades, continúa diciendo Clonard, para sostener aquella conquista (2). Los moros, inflamado su ánimo por la ausencia de nuestro ejército y escuadra, se propusieron arrebatarlos la plaza, ó por lo menos alguno de los castillos que la circundaban y protegían. Engreído por esta idea el bey Mustafá, avanzó á la cabeza de doce mil hombres y atacó con furia el de San Andrés;

(1) Se hallan curiosas noticias acerca de este libro en la *Biblioteca de Economistas españoles* de D. Manuel Colmeiro. El catedrático de economía política en la universidad de Sevilla, Sr. Barón de Sabasona, considera al Marqués de Santa Cruz como economista digno de loable memoria.

(2) La relación de la batalla en que murió el autor de las *Reflexiones Militares*, que se halla en las *Memorias políticas y militares para servir de continuación á los Comentarios del Marqués de San Felipe* (Madrid, 1732), por don José del Campo-Bazo, en lo esencial, poco ó nada difiere de la del Conde de Clonard, que en el texto copiamos.

pero el nutrido fuego que hizo la guarnición sobre aquella masa que combatía al descubierto, causó en ella considerable estrago, y al fin la fuga más desconcertada. Dejaron los moros en el campo dos mil cadáveres, y el bey Mustafá, movido por su piadoso celo, envió un mensajero al gobernador suplicando que les diera sepultura.

»Mustafá, tan duramente escarmentado, no repitió sus ataques; pero los argelinos, mejor disciplinados, endurecidos en una vida de arriesgadas aventuras y mandados por jefes intrépidos, podían inspirar más serios temores. Ya en los primeros días de Octubre (1732) se presentaron ante la plaza con fuerzas respetables, alguna artillería y una escuadra protectora. El castillo de Santa Cruz fué desde luego el blanco de sus esfuerzos, y aunque la guarnición hizo prodigios de intrepidez, rechazando cuantos asaltos intentaron, no desistieron, sin embargo, firmemente persuadidos de que el tiempo siempre concede ventaja al número sobre el valor.

»También lo comprendió así el Marqués de Santa Cruz, y asistido por los refuerzos que acababan de llegar de España, se propuso hacer una vigorosa salida para escarmentar reclamemente al enemigo, incapacitándolo para cualquier tentativa ulterior.

»El día 21 de Noviembre (1732), después de haber asegurado completamente la plaza y los castillos, avanzó el Marqués sobre el campo contrario, á la cabeza de ocho mil hombres. El plan del Marqués era muy hábil y acomodado á las circunstancias, naturaleza del terreno é índole de los enemigos. Los Marqueses de Valdecañas y de Bay marcharon por la derecha y la izquierda, comprimiendo los flancos de los argelinos, mientras que el Gobernador, con seis batallones, formados en cuadro, y cuatro piezas de campaña, despedazaba su frente, embistiéndolo con imponderable brío. El choque fué sangriento, y obstinados los moros, demostraron un valor extraordinario, y no cedieron el terreno hasta que experimentaron pérdidas muy considerables. Siguieron los nuestros el alcance con ardor más que prudente, cebándose en la retaguardia enemiga y sembrando aquel campo de muertos y moribundos.

»Pero no tardó en alterarse la fisonomía de la acción. Rehicieron los moros en el borde de un profundo barranco, abierto en la falda de una eminencia, y desde allí lanzaron su caballería, á la que secundó rápida y enérgicamente la infantería. Los españoles, inflamados por el celo de la persecución, habían roto sus filas, y cargados en esta peligrosa coyuntura, vacilaron al principio, abandonándose después á la fuga. Allí se hubiera perdido la mayor parte de la guarnición española, y con ello la plaza de Orán, sin el denuedo heroico de Santa Cruz, que se precipitó en medio del torruento enemigo con algunas tropas de refresco. Este golpe imprevisto desconcertó á los moros, quienes se detuvieron en su victoriosa marcha, dando lugar á los españoles para que se reorganizasen; pero el ilustre Marqués perdió la vida en lo más recio de la pelea, terminando con gloriosa muerte una existencia que servía de orgullo á su patria.

» Aunque el combate se hubiera restablecido, todavía era muy crítica la situación de los españoles; porque los enemigos, hallándose en una llanura ancha y despejada, podían hacer manobrar con grandes resultados su numerosa caballería. Con efecto, ya habían destinado un cuerpo de mil quinientos jinetes para cortar la retirada de los nuestros; ma-

niobra audaz, cuya realización hubiera adjudicado la victoria á los argelinos. Por fortuna, algunos refuerzos españoles, pertenecientes á los regimientos de Ultonia y de Aragón, que acababan de desembarcar, atraídos por las detonaciones, volaron al campo de batalla, y se hallaron frente de los mil quinientos caballos moros, que habían descrito una curva bastante extensa para ocultarse á la vigilancia de los nuestros. Verlos, acometerlos con admirable ardimiento y derrotarlos, fué todo obra de pocos instantes. Los moros repelidos se abrigaron en el cuerpo principal de sus columnas, é introdujeron en ellas algun desorden. Al mismo tiempo los refuerzos se enlazaban enérgicamente con la guarnición, y recobrando ésta la ofensiva, encierra al enemigo en sus trincheras, penetra en ellas y le precipita en la fuga más tumultuosa.»

## IV.

LA BIOGRAFÍA DE SANTA CRUZ ESCRITA POR EL SEÑOR MALDONADO Y MACANAZ. — EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DEBE SER CONSIDERADO COMO INICIADOR DEL PENSAMIENTO QUE DIÓ ORIGEN Á LA FUNDACION DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Hemos relatado breve y sumariamente los servicios militares y diplomáticos que prestó á su patria el Marqués de Santa Cruz; hemos transcrito algunas páginas de la *Historia orgánica de los Armas de Infantería y Caballería españolas*, porque en ellas aparece puesto en punto de evidencia que el cultivo de las letras, que el sosegado estudio de las ciencias, no amenguó el valeroso esfuerzo del general que supo morir en el campo de batalla cuando la ocasión así lo exigía; aun nos resta tratar de los méritos del escritor didáctico, cuyo magistral tratado de milicia ha sido traducido al francés, al italiano y al alemán, y cuya sabiduría militar mereció las alabanzas del gran rey de Prusia Federico II.

Pero ántes de tratar del asunto que acabamos de indicar, apuntaremos algunas particularidades biográficas, que nos parecen oportunas para dar á conocer con la mayor exactitud que nos sea posible las condiciones personales del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

En el artículo del *Semanario Pintoresco Español*, que citamos en los comienzos del presente escrito, dice el señor Maldonado y Macanaz: «D. Alvaro de Navia Osorio había casado tres veces y tenido nueve hijos de sus diferentes mujeres; era de mediana estatura, pero proporcionado; algo grueso; de hermoso rostro; de genio muy fácil de irritar, pero más pronto aún en aplacarse y en pedir perdón de su falta, cualquiera que fuese la condición del ofendido; su generosidad rayó en exceso y dejó su casa muy empeñada por el servicio y decoro de la monarquía. Fué, como ciudadano, honrado padre de familia, noble, amable, desinteresado; como soldado, uno de los más entendidos y valientes de aquel tiempo, que produjo los Montemar, Gages y Minas; como literato, uno de los más eruditos de aquel siglo de erudición.»

Justo es dejar aquí claramente expresado que el motivo que produjo la disminución de los bienes patrimoniales del Marqués de Santa Cruz fué no tan sólo su noble liberalidad, sino más principalmente que, no percibiendo los sueldos que le correspondían, por el estado de escasez en que se

hallaba el Erario, procuraba suplir esta falta, y hacia gastos superiores á sus rentas, para representar á su patria con el decoro que exigian los altos cargos diplomáticos que le fueron confiados.

El artículo de D. Joaquín de Maldonado y Macanáz, en que nos estamos ocupando, se intitula: *Biografía de D. Álvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, vizconde del Puerto y fundador de la Academia de la Historia*, y para explicar la última parte de este título, su autor dice así: «Hemos dado al Marqués de Santa Cruz el título de *fundador de la Academia de la Historia*, que habrá llamado la atención de nuestros lectores, porque en nuestro concepto él fué quien concibió la idea de formar aquella corporación, á semejanza de otra que acababa de inaugurarse en Turin, donde á la sazón se hallaba D. Álvaro de embajador. Citarémos en apoyo de nuestra opinión un opúsculo que existe impreso, titulada: *Últimas ideas del Marqués de Santa Cruz para compartir las memorias y efectuar el trabajo de un Diccionario histórico-geográfico, con distinción de si ha de ser bajo un solo alfabeto ó de muchos. Aviso para la más fácil ejecución del Diccionario universal*, en cuyo capítulo XVIII se lee: «El contexto de los muchos diccionarios que se hallan impresos, quitando la duplicación que nos hacen de lo que otros dicen, se reducirá á ménos de una cuarta parte de lo que juntos todos cuestan de compra y lectura; así que el formar de ellos uno solo sería de grande alivio y alorro á los curiosos. Las mayores ventajas que de tal obra en español resultarían á España quedan ya expresadas. Casi todos los diccionarios impresos fueron compuestos por hombres doctos, y corregidos y aumentados por centenares de personas eruditas, que suministraron el trabajo para las muchas reimpressiones que se hicieron de aquellas obras.»

»Aconseja después formar un solo diccionario de todos los ya publicados, de los cuales cita hasta cuarenta y siete, y concluye su proyecto de *Diccionario* de un modo que manifiesta lo sencillo y generoso de su carácter. Dice así:

«Entre el *Diccionario* de la edición de Moret de 1725 y el de Trevoux de 1721, los cuales juntos componen once volúmenes, abrazan lo principalísimo de cuanto contienen los demas diccionarios. Si aun el trabajo reseñado en el anterior capítulo pareciese pesado á mis amigos de España, animense á lo ménos, en servicio de la nación, á formar una obra de las dos expresadas, que vendrá á quedar en ocho tomos, quitando á Moret la confusion de genealogías, y trocando lo que la una obra duplica por lo que en la otra se halla. *Prometo adelantar los gastos de la imprenta y componer yo uno de los tomos, y dejaré á mis compañeros toda la ganancia, siendo para mí sobrada la que en nuestra patria logre la obra y entre con el tiempo en el gusto de mejorarla.* Cuando tambien esta proposición relusen mis paisanos, puedo llorar su literaria negligencia, pero no excusarles el sonrojo de que los caballeros de la corte de Turin y algunos habitantes de la misma emprendian por vender un trabajo, para cuya parte no se ha presentado bastante número de hombres de tantas provincias como España tiene, habiendo en ellas centenares de sujetos capaces de mayor asunto.»

»Estas son las razones en que nos apoyamos para dar al Vizconde del Puerto el título de *fundador de la Academia*

*de la Historia*, pues si ha merecido el Marqués de Villena el de fundador de la Academia de la Lengua, sólo porque aconsejó su creación, con mayor motivo lo es debido á aquél, pues no sólo invitó y animó á los caballeros españoles dándole en cara con el ejemplo de los de la corte de Turin, si que ademas formó el plan de sus tareas, las repartió entre ellos, les indicó la marcha que habian de seguir en sus trabajos, y se ofreció generosamente á costear la obra, á pesar de los excesivos gastos que ocasionaba entónces una empresa de esta naturaleza. Ciertó que la Academia de la Historia no fué creada hasta algunos años despues de la muerte de Santa Cruz; pero indicándose en el decreto de erección que el objeto de su formacion era el de componer un *Diccionario histórico*, debemos creer que no se hizo más que seguir la idea dada por aquél, para cuya realizacion habia trabajado tanto. Así, pues, la Academia de la Historia le debe en justicia una indemnizacion por el olvido en que le ha tenido; así como la de la Lengua está en obligacion de demostrar con algun acto ostensible la que le merece su creador el ilustre Marqués de Villena.»

Pesando bien todos los razonamientos que acabamos de copiar, mediante los cuales entiende el Sr. Maldonado que se puede adjudicar al Marqués de Santa Cruz el honroso título de *Fundador de la Academia de la Historia*, parécenos que pudiera modificarse algun tanto este calificativo, para que se hallase enteramente de acuerdo con la exactitud de los hechos. ¿No bastaría decir que el Marqués de Santa Cruz de Marcenado fué el *iniciador del pensamiento que produjo la creación de la Academia de la Historia*? Dejando al buen criterio de nuestros lectores la contestacion de esta pregunta, justo es hacer constar aquí el elogio que merece D. Joaquín de Maldonado y Macanáz por haber dado noticias de un opúsculo del Marqués de Santa Cruz casi desconocido; puesto que tan sólo en la biografía del Marqués que forma parte de la coleccion de *Retratos de los españoles ilustres* es donde se hallan algunas indicaciones acerca del proyecto de un *Diccionario enciclopédico*, que están de acuerdo con los extractos y citas que ha hecho el Sr. Maldonado; pero en las dichas indicaciones se calla el origen que las sirve de fundamento, y que prueba su validez ante el tribunal de la Historia!

Gracias sean dadas al Sr. Maldonado por haber puesto en punto de evidencia la importancia de las *Últimas ideas del Marqués de Santa Cruz para compartir las memorias y efectuar el trabajo de un Diccionario histórico-geográfico*, porque este escrito bastaría por sí solo para que nadie pudiese dudar de que su autor era un generoso magnate, un gran erudito, y lo que aun vale mucho más, un buen patriota y un inteligente conocedor de los bienes que proporciona la universalizacion de los conocimientos humanos.

## V.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE LA CIENCIA DE LA GUERRA.—ELOGIO DE LAS «REFLEXIONES MILITARES» DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Así como en el sér humano el pensamiento precede á la accion, antes de *hacer* es preciso pensar lo que se *trata de*



«HUSAR DE LA PRINCESA.» — (ACUARELA DE GARCÍA RAMOS.)

hacer; por semejante manera, en las naciones las ideas de los publicistas preceden á los hechos que llevan á cabo gobernanantes y legisladores. Las ideas de los tratadistas de derecho natural, si son justas, siempre llegan, más ó ménos pronto, á convertirse en preceptos legales. Las aspiraciones de los publicistas políticos, si están de acuerdo con las realidades de la vida social, llegan á transformarse en hechos tan grandes como los que recientemente hemos visto: la unidad de Italia y la de Alemania. Las enseñanzas de los moralistas, si se hallan de acuerdo con la naturaleza humana, producen la abolición del tormento como prueba jurídica, la de la esclavitud y la de las penas infamantes. El propagandista que tiene razón puede abrigar la seguridad del triunfo de sus ideas.

En las antecedentes consideraciones hemos procurado insinuar la suma importancia que encierra el estudio de la historia de la literatura, tomando esta última palabra en su más amplio significado. El sesudo escritor D. Martín Fernandez de Navarrete decía con evidente acierto: «La historia de las ciencias es la historia de los progresos, de la razón y del entendimiento humano, y tanto más útil y sublime, cuanto la parte intelectual y del ánimo excede á la material y corpórea de los hombres en excelencia y hermosura.»

El estudio crítico de la historia de la literatura militar de España pondría en punto de evidencia muchas verdades, de las cuales podrían deducirse enseñanzas de útil aplicación en el sistema orgánico de las instituciones militares. Como la presente ocasion no permite desenvolverse con toda la necesaria amplitud las someras indicaciones que acabamos de hacer, habrémos de limitarnos á señalar que el carácter propio de los tratados generales de milicia los coloca desde luego entre las obras pertenecientes al grupo de las llamadas ciencias morales y políticas ó ciencias sociales. Nuestro famoso erudito D. Nicolas Antonio, en su estimable *Biblioteca*, colocaba los libros militares en el mismo grupo que los tratados de taumatología y de arte de la caza. Tal y tan estúpido error, y otros muchos no menores, tienen su origen en la escasa atención que se ha prestado, y lo que es más triste, en la escasa atención que se presta al estudio de la historia de la literatura militar; estudio importantísimo, que debiera constituir una de las asignaturas de todas las academias y colegios militares; estudio mediante el cual podría saber el ejército español que las obras de nuestros tratadistas de milicia de los siglos XVI y XVII eran traducidas y admiradas en todos los pueblos civilizados; estudio del cual resultarían tantas ventajas, que traspasaríamos los límites del presente escrito si tratásemos de enumerarlas.

Ejemplos y pruebas de la verdad que encierran las consideraciones que anteceden, se hallan en el inmortal libro del Marqués de Santa Cruz, que ya varias veces hemos mencionado. Allí aparece el moralista, profundo conocedor de los sentimientos y de las pasiones que agitan á los seres humanos; allí aparece el hábil político, versado en las artes de la vida cortesana; allí aparece el experto caudillo, que sabe aquilatar la valía de las tropas segun las condiciones de su organización y procedencia; allí aparece el incomparable erudito, que amontona citas, guiado por la modestia que pide la confirmación histórica de los juicios personales, y no por la ostentosa vanidad de pedantesca ciencia; en suma, allí

aparece D. Alvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, con todas sus grandes cualidades de general y de escritor didáctico.

Críticos descontentadizos habrá que acaso motejen como exagerados nuestros elogios de las *Reflexiones Militares*; pero si tal sucediese, nosotros contestaríamos que las obras científicas han de ser juzgadas en relacion al estado que alcanzaba la ciencia á que pertenecen en la época en que se publicaron, y mediante esta sencilla consideración, nadie puede poner en tela de juicio las eminentes dotes de escritor didáctico que reveló el Marqués de Santa Cruz en su notabilísimo tratado de ciencia y arte de la guerra.

En efecto, durante la Edad Media, la ciencia militar, lo mismo que las demas ciencias, habia llegado á tal estado de prostración, que apenas puede señalarse algun mediano libro en que de ella se trate; dándose el singular caso de que en Italia una mujer, Cristina de Pizzano, sea el tratadista de milicia que mayormente ensalzan críticos é historiadores. Llegó el siglo XV, y en aquella época, justamente llamada el Renacimiento de las artes y de las ciencias, el célebre Nicolas Maquiavelo escribió un tratado de milicia, que marca un jalón — si vale la palabra — en la historia de la ciencia militar, y el periodo que inaugura el secretario florentino, ciérralo con llave de oro el autor de las *Reflexiones Militares*.

Después del Marqués de Santa Cruz, el *Ensayo general de táctica* del Conde de Griibert, las ingeniosas extravagancias de Mauricio de Sajonia, los ejemplos de las gloriosas campañas de Federico II, las guerras de la Revolución francesa, la epopeya militar del imperio napoleónico, la última guerra franco-alemana, las obras de tan insignes escritores como Lloyd, Jomini, Willinson, Clausewitz, Rostow y nuestros inolvidables Villamartin y Marqués del Duero; en suma, después de la época en que vivió D. Alvaro de Navia Osorio, el rápido progreso de la civilización moderna ha hecho que cambien muchas de las ideas que ántes prevalecían en la enseñanza del arte y de la ciencia de la guerra; y, sin embargo, aún puede sacarse provechoso fruto de la lectura de las *Reflexiones Militares*, porque la mayor parte de las teorías que en este libro se desenvuelven se hallan fundadas, no en las vanas imaginaciones de su autor, sino en el estudio de la historia y del corazón humano; estudio que en las ciencias sociales, milicia, jurisprudencia, política y las demas del mismo grupo es, sin duda alguna, el camino más seguro para poder conseguir el conocimiento de la verdad.

Aun cuando en España no hubiesen florecido los ilustres escritores é inventores de artillería é ingeniería militar Pedro Navarro, Cristóbal de Rojas, Firrufino, Ufano, el Marqués de Leganés, D. Diego de Alava, el Comendador Escrivá, Cristóbal Lechuga, Prósperi, D. Pedro de Lucuze, D. Vicente de los Ríos, D. Tomás de Morla y algunos otros, ni los tratadistas é historiadores militares Palacios Rubios, Diaz de Gamez, Diego de Salazar, Valdés, D. Bernardino de Mendoza, Melo, Moncada, D. Sancho de Londoño, D. Francisco Dávila, el Conde de Rebollo, D. Tomás de Puga y Rojas, Martín de Eguiluz, Jerónimo de Urrea, Fernandez de Oviedo, Marcos de Isaba, Ayora, Hurtado de Mendoza, D. Vicente Ferraz, D. Francisco Ventura de la Sala, el Marqués de la Mina, el Duque de Montemar y otros

muchos; aun cuando España no hubiese producido más que las *Reflexiones Militares* del Marqués de Santa Cruz en el siglo XVIII, y las *Nociones del Arte militar* de D. Francisco Villamartin en el siglo XIX, bastarian estos dos libros para que la patria de sus autores alcanzase honroso puesto en la historia científico-militar de las naciones europeas.

## VI.

DIGRESION NECESARIA PARA DESVIUJAR UN REPARO QUE PODRIA OPONERSE A LAS APROCIACIONES QUE SE HACEN EN EL PRESENTE ESCRITO.

Antes de terminar lo que aun nos resta por decir acerca del Marqués de Santa Cruz de Marcenado y de su inmortal libro de milicia, parécenos conveniente responder aquí á cierta objecion que se nos podría hacer, encaminada á destruir por su base las ideas fundamentales que en el presente escrito estamos exponiendo. La guerra es un mal, podrá decir algun filántropo más cándido que cauto, luego los escritores que en sus obras se ocupan del arte ó ciencia de la guerra contribuyen á la enseñanza del mal; y por ende, cuanto mejores sean sus obras, serán tambien más perniciosas y ménos dignas de alabanzas. Existiendo tantas ciencias cuya bondad aparece indudable con sólo enunciar su objeto: la Teología, en que se trata del conocimiento de Dios; la Moral, enseñanza del bien humano; la Jurisprudencia, determinación de los principios del derecho y de la justicia; y otras muchas, ¿por qué emplear el entendimiento en el estudio de la milicia, la ciencia y el arte de la guerra; ciencia cuyo fin consiste en alcanzar triunfos por medio de la fuerza, sin parar mientes en que bien pudiera auacer que la razon estuyese de parte de los vencidos? Si los grandes conquistadores, que, guiados por su ambicion, han perturbado tantas veces la paz del mundo, han sido considerados como grandes criminales, los tratadistas de arte militar, puesto que enseñan el arte de vencer en la guerra, deben ser considerados como sus maestros y sus cómplices. Y si se dijese que los grandes capitanes no aprendieron en los libros, porque el genio no necesita maestros, entónces los tratados de milicia son inútiles, y sus autores son indignos de la atencion de la critica, por haber empleado su tiempo en formular los principios de una ciencia que, segun parece, no se pueden aprender.

Si el filántropo, cuyos posibles razonamientos acabamos de exponer, no existiese, es innegable que las teorías que le hemos atribuido se hallan ámpliamente desenvueltas en multitud de discursos y folletos de muchos apóstoles de la paz universal; y por lo tanto, como de ser exactas tales teorías, las *Reflexiones Militares* del Marqués de Santa Cruz, por nosotros tan encomiadas, serian un libro de pernicioso, ó cuando ménos de inútil lectura, creemos que no parecerá inoportuno si hacemos aquí algunas consideraciones, en las cuales procuraremos demostrar las excelencias y la utilidad del arte y de la ciencia de la guerra (1).

(1) Nuestro buen amigo el ingeniero civil D. José Antonio Rebolledo ha publicado un libro, que se titula *Los Héroe de la civilizacion* (Madrid, 1879),

Comencemos por definir. Por guerra entendemos la lucha por medio de las armas, entre colectividades humanas. Las naciones son las que luchan en las guerras llamadas por los tratadistas, exteriores ó extranjeras; los partidos, parcialidades ó banderías por la diversidad de sus ideas, ya religiosas, ya políticas, ó las provincias y municipios por la diversidad de sus intereses, son los factores de la lucha en las guerras civiles.

No cabe duda de que la guerra es un mal, pero ciertamente que este mal reviste tales caracteres de permanencia y de universalidad, que puede decirse que es un hecho que aparece sin interrupcion, segun se halla comprobado desde la primera página legible de la historia de la humanidad, hasta la crónica de los últimos números de las revistas y de los periódicos ilustrados que llenan las mesas de nuestros gabinetes de lectura.

Siendo la guerra un mal, es evidente la conveniencia de buscar medios para que la paz sea el estado permanente de la sociedad. ¿Y cómo proponer los medios que hayan de servir para la conservación de la paz, sin saber lo que es la guerra, y las causas ó leyes á que obedece la produccion de este hecho social?

Cervántes, con la poderosa intuicion de su soberano ingenio, escribió que *las armas tienen por objeto y fin la paz; que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida*; y así es la verdad, porque la ciencia militar, al exponer las causas y leyes de la guerra, indica los medios de evitar esta perturbacion social; y el arte militar, enseñando los principios apropiados para vencer, procura disminuir los males de la guerra, acortando su duracion por medio de grandes victorias, que obliguen al enemigo á hacer las paces lo más pronto posible.

En un libro que está excitando la atencion pública en los días que escribimos estas líneas, *Los Alemanes y la Francia*, del P. Didon, se hace observar que la *escuela* y el *cuartel* son los dos signos externos que caracterizan actualmente á la nacionalidad alemana. Y es lógico que así suceda. Representa la *escuela* la inteligencia, la cultura, la idea; representa el *cuartel* la fuerza, la salud, la virilidad de la nacion.

Nuestro inolvidable amigo, el insigne Villamartin, decía

dedicado á sublimar las artes de la paz, y en el cual se afirma que la guerra jamás ha producido ningun género de bienes. En todas y en cada una de las páginas de *Los Héroe de la civilizacion* se revelan las dotes de talento de su ilustrado autor; pero la tesis tan radical y exagerada que sostiene el señor Rebolledo acaso podría ser rebatida con otra exageracion en opuesto sentido, segun lo ha hecho el coronel D. Luis Martínez Monje en su estimable obra intitulada *La Razon de la guerra*. Acerca de la cuestion aquí iniciada, averiguar lo que constituye la esencia de la guerra, además de los dos libros citados en el texto, merecen consultarse el notable folleto del malogrado Villamartin, *Napoleón III y la Academia de Ciencias* (Madrid, 1864), la *Disertacion sobre la filosofía y progreso de la guerra* (Pamplona, 1868), por don Ramon Maria Ansalategui, y un librito, publicado en Paris, en 1872, que se titula *Essai sur la philosophie de la guerre*. Tambien hemos leído dos folletos muy curiosos, en que se trata de cuestiones estrechamente enlazadas con el indicado asunto. Uno de estos folletos se titula *Discurso sobre la nobleza de las Armas y las Letras* (Madrid, 1790), por D. Mariano Madrazo y Galatayud; y el otro, *Disertacion de la milicia en su esencia y efecto* (Sevilla, 1825), por D. J. M. L. La *Filosofía de la Guerra*, del Marqués de Chantilly, se parece á la *Filosofía de la Elocuencia*, de D. Antonio de Capmany; en ambas obras sólo se halla una palabra de filosofía: la que está escrita en sus respectivas portadas.

que de los conocimientos militares dependian la salud y la vida de las naciones, y así es la verdad. La enseñanza científica y el organismo de las instituciones militares: hé aquí las dos cuestiones que más deben preocupar á estadistas y legisladores. Quizá estas dos cuestiones puedan reducirse á una sola, porque la base del organismo militar se halla en lo que generalmente se denomina servicio obligatorio, á lo cual llamariamos nosotros *instrucción militar obligatoria*, nombre que fijaría claramente la duracion del plazo de permanencia en las filas del ejército activo, é indicaría al propio tiempo la razon en que se funda la personal obligacion del servicio de las armas.

Volvemos á repetirlo; la guerra es un mal, pero no cabe duda de que en la guerra el vencedor padece ménos que el vencido; no cabe duda de que las naciones débiles viven sin gloria y suelen morir sin honra.

Alemania procede sabiamente concediendo tanta importancia al *cuartel* como á la *escuela*, porque en último término el *cuartel* es tambien una *escuela*, en la cual se aprende á servir á la patria y á morir por ella, si la ocasion así lo exige.

El propagandista de las mayores exageraciones del libre pensamiento, el célebre Proudhon, y el apóstol de las mayores exageraciones del ultramontanismo, el no ménos célebre Luis Venillot, al ocuparse de lo que significa ante el tribunal de la historia y de la conciencia humana el *hecho de la guerra*, han estado conformes en concederle capital importancia, y á pesar de la radical oposicion de sus ideas, Proudhon, en su libro *La Guerra y la Paz*, y Venillot en el suyo, *La Guerre et l'homme de guerre*, han mostrado que no sin razon conceden los pueblos á los grandes capitanes lauros y coronas, que acaso escatiman á los varones que alcanzan renombre en otras esferas de la actividad humana. Y para que así suceda hay fundamentos de justicia de fácil y evidente conocimiento. La *razon de la fuerza*, si se medita atentamente sobre las últimas consecuencias de sus victorias, se verá que siempre está de acuerdo con la *fuerza de la razon*.

La *milicia*, que según la define el Diccionario de la Academia Española en su edicion del año 1803, es á la vez ciencia y arte de la guerra; la *milicia*, cuya definicion podría expresarse en esta ó parecida forma: ciencia y arte del Estado en su relacion con el hecho de la guerra; la *milicia* constituye una ciencia cuyo conocimiento es necesario para el estadista y para el caudillo, y cuyos rudimentos debieron formar parte de la cultura general, porque mal podrá el ciudadano cumplir las obligaciones militares que exige la conservación del orden interior y la defensa de la honra y de la integridad de su patria, si desconoce los motivos en que se funda el necesario cumplimiento de tan sagradas obligaciones.

Creemos que lo dicho basta para que claramente se comprenda toda la gravedad de las cuestiones que se dilucidan en los tratados de milicia; y de aquí fácilmente puede deducirse el mérito de sus autores cuando aciertan á resolver estas cuestiones con la grandeza de miras que su importancia requiere. Llegar á esta conclusion, demostrando el absurdo de arraigadas preocupaciones, esto, y no más, era lo que nos propusimos llevar á cabo en esta larga, pero, á nuestro entender, útil y necesaria digresion.

## VII.

ELOGIOS QUE SE HAN TRIBUTADO Á LAS «REFLEXIONES MILITARES» DE SANTA CRUZ POR REPUTADOS ESCRITORES NACIONALES Y EXTRANJEROS.—ENSEÑANZA DE APLICACION PRÁCTICA QUE PUEDE DEDUCIRSE DE ESTOS APUNTAMIENTOS BIOGRÁFICOS.

Aun cuando á todos los argumentos de autoridad se les puede aplicar la donosa ocurrencia del agudo crítico don Mariano José de Larra, que decía: «el Diccionario de la Academia es una gran autoridad cuando tiene razon», tambien es cierto que la casi unanimidad de opiniones respetables declaradas en favor de una obra científica ó literaria constituye la única prueba histórica que de su mérito puede darse. Y hemos dicho la *casi unanimidad de opiniones*, porque la unanimidad de juicios favorables no lo ha conseguido hasta el presente, ni es probable que jamas lo consiga, ninguna produccion del entendimiento humano. Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, ó, lo que es lo mismo, es ley de la razon humana la lucha por la verdad, como es ley de los seres materiales la lucha por la existencia.

Poniendo coto á estas consideraciones, puesto que la ocasion no permite su lógico desarrollo, y volviendo al asunto en que ahora nos ocupamos, copiaremos aquí algunos de los juicios que se han formulado acerca del Marqués de Santa Cruz y de sus *Reflexiones Militares*, y la autoridad de estos juicios señalará hasta qué punto es merecedor de eterna loa el más ilustre de nuestros antiguos tratadistas de ciencia y arte de la guerra.

En la publicacion oficial *Retratos de los Españoles ilustres, con un epitome de sus vidas*, se dice lo siguiente: «Considerado como escritor el Vizconde del Puerto, merece un lugar distinguido por sus *Reflexiones Militares*, obra clásica en su género, escrita en estilo claro y sencillo, con buen método, y un plan vasto, juicioso y felizmente ejecutado; algo recargada de alusiones y de citas, defecto más bien hijo de su modestia que de su ostentacion. El mérito intrínseco de ella es bien conocido de los buenos militares; Federico II nunca la separaba de su mesa, y ha sido en extremo útil á los enciclopedistas autores del *Diccionario militar*. La elevacion de sus ideas se ve en el *Proyecto de un Diccionario Universal*.... Este pensamiento, inspirado por el amor á la gloria y utilidad de su patria, tenía acaso el primer lugar en su cuidado. Concibióle con grandeza, combinióle con madurez, llevó la atencion más exquisita desde el plan general de la obra hasta las partes más menudas, convidó á todos los sabios de la Nacion para que concúriesen á efectuarla; ofrecióse el mismo á trabajar cuanto cupiese en sus fuerzas; no se detenía en costos ni en sacrificios; recomendábale á la Academia y al Rey; y, finalmente, si las circunstancias del tiempo no permitieron que se efectuase una empresa tan vasta y tan sublime, por lo ménos el ingenio que pudo idearla, el anhelo laudable que el progreso de las letras, una erudicion tan grande, y una aplicacion tan continua, son prendas admirables en un hombre ocupado siempre en negociaciones de política ó en operaciones de guerra.»

El general D. José Almirante, en su *Bibliografía militar de España*, despues de dar cuenta de que las *Reflexiones Militares* constan de once volúmenes en cuarto, los diez

prínceros, impresos en Turin desde el año 1724 al de 1727, y el undécimo valdunen en Paris en 1730, y de citar algunas traducciones de esta obra y los dos compendios que de ella se han hecho, uno publicado en Alemania, en 1735, y el otro en España, en 1787, por el general Cantrenas, escribe lo siguiente: «Esta es una de esas obras inmensas en que no entra ó no debe entrar el escalpo de la critica. Hay que aceptarlas y respetarlas tales como son; como su autor las hizo.... Al Marqués de Santa Cruz hay que tomarle *en serio* con sus once volúmenes macizos; con su pasmosa y exuberante erudición; con su buen instinto militar, que tanto contrasta con las pueriles ridiculeces de su tiempo.... En resumen, la obra de Santa Cruz es un monumento de la literatura militar española, y levantado cabalmente en los tiempos en que las letras, la milicia y el país entero alcanzaba el nivel más bajo que registra la historia. Por supuesto que en el extranjero es más conocido que en España.» Este *par supuesto*, propio del peculiar estilo del Sr. Almirante, es hoy una gran verdad, que todos los que de veras amamos á nuestra patria, y singularmente los que visten y los que hemos vestido el uniforme militar, debemos procurar que deje de serlo en el plazo más breve que nos sea posible (1).

Continuemos nuestras citas. El historiador de la vida de Felipe II y de D. Agustín Argüelles, el ilustre Duque de San Miguel, decía en el prólogo del libro *Capitanes Ilustres*, del Sr. Diana, conmemorando las glorias del ejército español: «Las *Reflexiones Militares*, título demasiado humilde para una obra que abraza tantas cosas, fueron una producción magna, muy admirada en su tiempo por los extranjeros y por nosotros mismos, sin que el transcurso de mucho más de un siglo la haya sepultado en el olvido.» Nótese que la frase del Duque de San Miguel que hemos subrayado, y por nosotros mismos, es muy parecida al *par supuesto* del general D. José Almirante.

Don Manuel Juan Diana, en el libro que acabamos de mencionar, dice así: «D. Alvaro José de Narvá Osorio, vizconde del Puerto y marqués de Santa Cruz de Marcenado, uno de los hombres que más honran á la patria que los ve nacer, tomando ora la espada, ora la pluma, conquistó jus-

ta celebridad como experto general y como escritor profundo.»

En el *Manuel de l'Officier d'État Major* (Paris, 1827), del jefe de batallón M. Eugenio Labaume, se lee lo siguiente: «Las *Reflexiones Militares* de Santa Cruz encierran una multitud de citas, ejemplos y enseñanzas útiles á los militares y á los diplomáticos. Se hallan traducidas al francés en once volúmenes en octavo con tres láminas. Sería conveniente que para el uso de los oficiales jóvenes se hiciese un compendio en que se conservase todo lo más esencial de esta obra, fruto de una larga experiencia militar, de una lectura inmensa y de una memoria prodigiosa.»

El capitán D. Ubaldo Pasaron y Lastra, en su libro *Milicia y organización*, se expresa en esta forma: «Al frente de todos los escritores militares de nuestra patria figura como escritor profundo y experto general el inmortal autor de las *Reflexiones Militares*.... Astúrias, la nunca domada por los romanos, el inexpugnable baluarte contra los moros, la cuna de nuestra independencia, la que primero alzó el grito en España contra el coloso del siglo, la escogida patria de los sabios y de los buenos, la madre patria del Duque de Estrada, de Bancés Candamo, del P. Trelles, de Mendo Rodríguez de Sanabria, del Cardenal Cienfuegos, de Jovellanos, Argüelles, Campománes, Perez Villanil, Marina, Florez Estrada (2) y tantos otros varones sabios ó patriotas; la afortunada Astúrias tiene tambien la honra de haber producido al llamado *Príncipe entre los escritores militares de España, y á ninguno segundo de las demas naciones*. Cuando las *Reflexiones Militares* de Santa Cruz fueron traducidas al francés por M. Verdy, nada habia en Francia, ni en parte alguna del mundo, tan completo sobre las cuestiones sublimes del arte militar, sobre todo en cuanto á la parte moral y á la alta estrategia. El único defecto que pudiera acaso imputarse á esta obra seria la latitud de su materia; pero esta materia, dice Carrion Nisas, se halla tan bien repartida, y con tal orden, que nunca causa, siendo ademas tan selecta, que nunca podrá dejar de aprovechar quien recurra á ella.... La *Enciclopedia metódica* copió de Santa Cruz hasta medios volúmenes enteros, y son muchas las versiones que de su brillante obra se han hecho en todas partes.»

El autor de la *Biblioteca Asturiana*, recordando la juvenil edad en que Santa Cruz comenzó sus servicios militares, dice: «Lo que más admira en este incomparable soldado, saliendo á la guerra en tan tierna edad y sin previos estudios de carrera escolástica alguna, se hiciese tan sabio entre los mismos trabajos y faenas militares, que en sus obras no se echa ménos erudición alguna, de tantas que son menester para la constitución de un sabio.»

En el prólogo de la edición de las *Reflexiones Militares* que publicó en 1850 la *Biblioteca militar portátil* se dice lo siguiente: «Pocos escritos habrá que tanta erudición ostenten como el trabajo que vamos á publicar; pocos habrá que como él hayan aparecido completamente acabados en medio de circunstancias enteramente contrarias, cuando nada existía que pudiera abreviar la tarea del autor, cuando el

(1) Para condicionar el fin que en él se indica, el autor de estas líneas ha iniciado la idea de conmemorar solemnemente el segundo centenario del nacimiento del Marqués de Santa Cruz, aprovechando la circunstancia de que la fecha en que se cumple este centenario es en el día 19 de Diciembre del presente año. Nuestro pensamiento ha sido muy bien acogido por la prensa militar y por muchos periódicos políticos, y en los momentos que escribimos esta nota parece que se puedan tener algunas esperanzas de que el Marqués de Santa Cruz será honrado como de justicia lo correspondiente cumplire el segundo centenario de su nacimiento; puesto que en varios periódicos de hoy, 3 de Junio de 1884, aparece el siguiente sueto: «Ayer se reunieron en casa del teniente general Marqués de San Roman los generales Bos de Glano, Reina (D. José), Arceche, Ibarra y D. Carlos J. Buzarán, Arceche, La Haya (D. Pedro), Sorval y Hernandez Reina; el brigadier Ibarra y los Eres, Fernandez Diaz, Zamora y Vidart, que se hallan conformes en la idea de conmemorar el segundo centenario del nacimiento del Marqués de Santa Cruz de Marcenado en el día 19 de Diciembre del año actual, y después de una amplia discusión se acordó por unanimidad la forma en que parece conveniente llevar á cabo dicha conmemoración. También se acordó promover una reunión más numerosa, á la cual se someterá la definitiva resolución de este asunto. Los nombres de los congregados en casa del Marqués de San Roman, entre los cuales hay algunos de celebridad europea, son ya una garantía de que el tributo que se trata de rendir á la memoria del autor de las *Reflexiones Militares* será digno de España y del ejército español.»

(2) En esta conmemoración de asturianos ilustres deben añadirse los nombres del Conde de Tuxeno, inmortal autor de la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, del ilustre escritor militar D. Brunato San Miguel, del P. Cuevas y del célebre ministro D. Pedro José Pidal.



CATEDRAL DE TOLEDO.—PUERTA DE LA PRESENTACION.

terreno por donde penetró era del todo nuevo, cuando había que luchar con ajenas preocupaciones, y crear, por decirlo así, un arte nuevo. Un escritor militar francés, Rocquancourt, al hablar del Marqués de Santa Cruz, hace de él un pomposo elogio, diciendo que los españoles escriben poco, pero cuando lo hacen, sus obras son maestras y descuellan entre todas las de su época.»

Por no alargar en demasía la materia de que tratamos, no referimos una anécdota del gran Federico II (1), en que se dice que este monarca, en pública y solemne ocasión, tributó grandes elogios al tratado de milicia de Santa Cruz, ni extractamos el artículo laudatorio que de esta obra se publicó en las famosas *Memorias de Trevoux*; pero no queremos pasar en silencio que el sábio Feijóo ensalzaba al Vizconde del Puerto por el honor que había dado á España entre las naciones extranjeras con sus excelentes libros de *Reflexiones Militares*.

Si Barán y algun otro escritor militar no se hallan de acuerdo con los juicios que dejamos citados y otros muchos que podrían citarse, tales disidencias no destruyen, ni pueden destruir, la casi unanimidad de autorizadas opiniones que proclaman y demuestran históricamente la singular valía del Marqués de Santa Cruz y de sus *Reflexiones Militares*.

El espíritu positivista de la sociedad contemporánea suele pedir cuenta á los escritores acerca de la verdad práctica ó de la útil enseñanza que en sus obras puede hallarse, y en la ocasión presente nos parece oportuno ceder á esta exigencia por la grandísima importancia de las consecuencias que cabe deducir meditando un poco sobre la vida y muerte del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Bien sabido es que en las turbaciones de la crisis contemporánea no faltan profetas de desventura, que afirman que la civilización europea está amenazada de una guerra sin cuartel entre el proletariado de una parte, y de la otra las dos clases que poseen la riqueza territorial, la aristocracia y

la clase media; guerra cuyas deplorables consecuencias con facilidad pueden suponerse. La llamada cuestión social: hé aquí la negra nube que amenaza cubrir el sol de la moderna cultura y desatarse más tarde en furiosa y asoladora tempestad. No consiente la índole del presente escrito ni siquiera el intento de tratar fundamentalmente de tan gravísima cuestión; pero, sin salir de los límites del asunto en que ahora nos ocupamos, podemos recordar á las clases cuyos intereses se creen en peligro más ó ménos remoto, aquel lema de un escudo de armas: *Has la que debes, y sucede lo que quiera*; lema que constituye una regla de conducta, cuya eficacia para el bien es superior á todo encarecimiento.

¿Qué demagogía no enmudecería ante el acendrado aristócrata que cumpliera con todas las múltiples obligaciones que imponen la estirpe ilustre y la heredada riqueza? Del exacto cumplimiento de tan grandes obligaciones pueden presentarse como ejemplo digno de eterna alabanza la vida y muerte del insigne autor de las *Reflexiones Militares*. Don Alvaro de Navia Osorio, nacido en noble cuna y rodeado de la opulencia que correspondía al hijo de los poderosos señores de la villa y del puerto de Navia, pudiendo pasar su vida en indolente ociosidad, apenas trascurridos los primeros años de su adolescencia, abraza la carrera de las armas, y deja el regalo de su casa solariega, por la fatiga de los campamentos y el peligro de las batallas. Vizconde del Puerto primero, y después tercer Marqués de Santa Cruz de Marcenado, no se engreie con estos títulos de histórica nobleza, y procura alcanzar otros nuevos que ilustren su nombre, sirviendo á su patria como valeroso soldado y diestro diplomático, escribiendo páginas de provechosa enseñanza científico-militar é ideando los medios de contribuir poderosamente al progreso de la cultura de sus conciudadanos. Si no percibe los sueldos que le corresponden por los cargos diplomáticos que se le confían, gasta todas sus rentas, y hasta llega á empeñar su patrimonio, para que no padezca menoscabo el decoro de la representación de España en las córtes extranjeras. Y por último, si suena una hora infausta en que teme sean vencidas por la merisma las tropas que bajo sus órdenes combaten, determinase á morir lidiando y asegura con el sacrificio de su vida el triunfo de las armas españolas. Así murió heroicamente el Marqués de Santa Cruz, que durante su no larga existencia había empleado su actividad en el servicio de su patria, su inteligencia en el estudio, y su riqueza en el mantenimiento del buen nombre de España entre las naciones extranjeras. Oportuno sería preguntar ahora, imitando dos versos de un poeta sevillano:

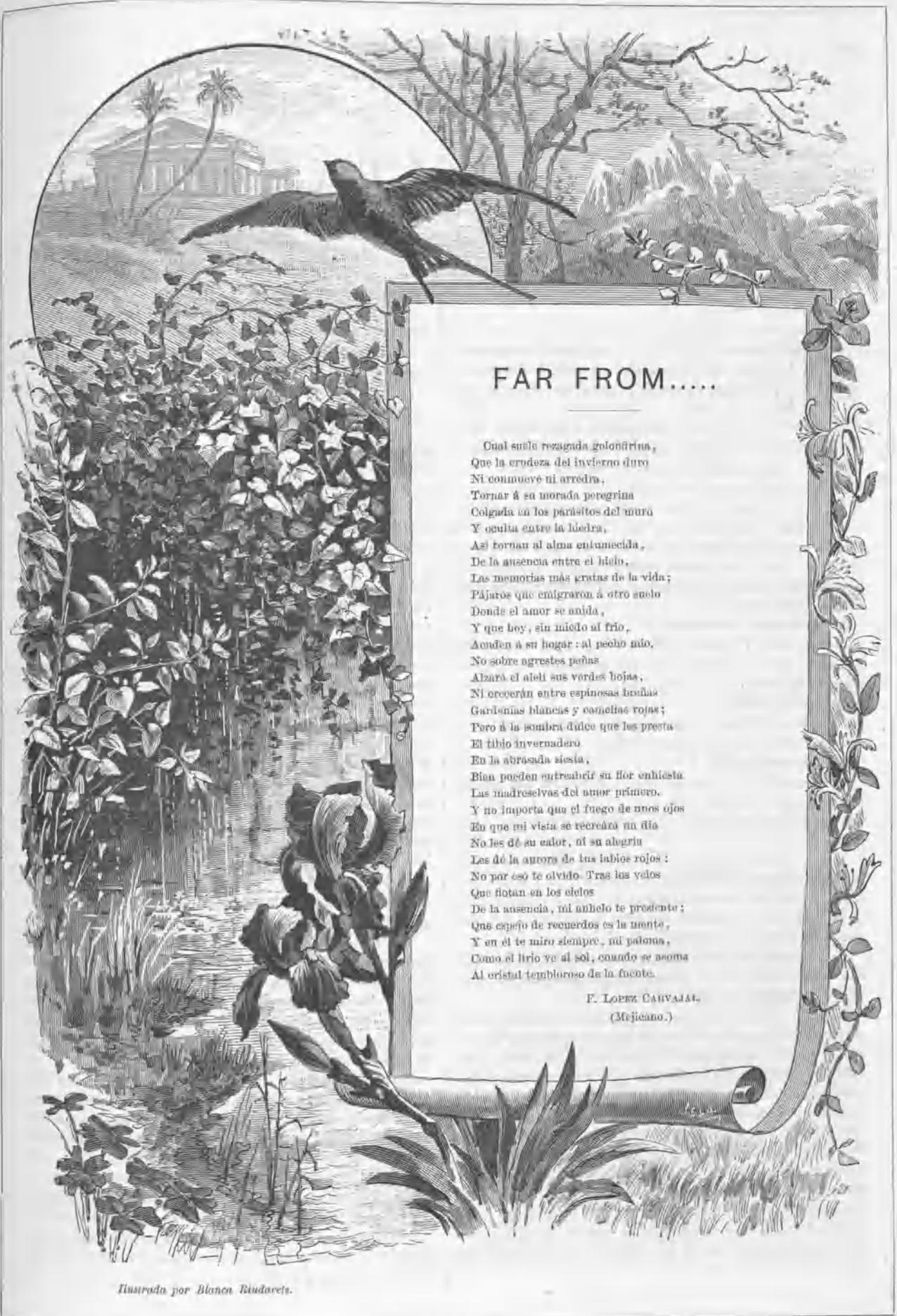
*Los que viven así, ¿para qué mueren?  
Y los que así no viven, ¿por qué nacen?*

Volviendo á insistir en la idea que nos propusimos exponer en la terminación de estos apuntamientos biográficos, manifestaremos que, según nuestro juicio, fácilmente se conjurarían esos temerosos conflictos de futuras guerras entre las diversas clases sociales, si los poderosos de abolengo y los *burgueses* enriquecidos practicasen las altas virtudes cívicas de que dió tantos y tantos ejemplos dignos de imitación el ilustre D. Alvaro de Navia Osorio, tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado.

LUIS VIDART.

Madrid, 22 de Abril de 1884.

(1) A pesar de lo dicho en el texto, no podemos resistir al deseo de dar á conocer aquí la anécdota á que aludimos. Lamentándose D. Antonio Vallecillo, en su *Apología de Villanartha* (Madrid, 1886) de la indiferencia con que se acogían en España las obras de los escritores de milicia, dice: «Por último (y esto se ve en caso en que de ira ó vergüenza tiemblan las carnes), el Marqués de Santa Cruz de Marcenado escribió en la última década de su vida su grandiosa obra en once tomos, titulada *Reflexiones Militares*: obra que solo sirvió para utilidad y gloria de Federico II de Prusia, y no para provecho de España, donde ni fué conocida, ni bajo ningún concepto apreciada, como lo comprueba la bochornosa escena ocurrida en Berlín entre dicho monarca y nuestro general D. Juan Martín Álvarez Solomayor, más adelante Conde de Colomera y capitán general de ejército. El caso fué como sigue. Á la fama de la nueva táctica inventada por Federico, con la que conseguía tan señaladas ventajas en sus gloriosas campañas de mediados del pasado siglo, se apresuró toda Europa á mandar á Prusia sus comisionados para que del mejor modo posible se enterasen de ella en sus principios y en sus aplicaciones, y con los que se manifestó siempre fiel y propio aquel ilustrado soldado. Al presentarsele el general español con la manifestación de su deseo, le contestó el Rey que extendía mucho su viaje á Prusia para aprender la táctica que había él aprendido en España. Confuso Álvarez Solomayor con esta réplica, ó misteriosa ó sarcástica, se apresuró á preguntar al monarca si conocía las *Reflexiones Militares* del expresado autor, á lo que, mordisqueando los labios, replicó el general español que aunque tenía alguna idea de la existencia de la obra, *no la había leído*. El Rey le dijo entonces, con la modestia propia de su elevado mérito, que la táctica de que todos en Europa le oían hablar había él deducido de la lectura de la expresada obra, y que por eso debía haberla aprendido en España; porque, si bien nunca había estado en la Península, debía su conocimiento á un autor español.»



## FAR FROM.....

Qual suele rezagada golondrina,  
Que la crudeza del invierno duro  
Ni conmueve ni arredra,  
Tornar á su morada peregrina  
Colgada en los parásitos del muro  
Y oculta entre la lúeña,  
Así tornan al alma entumecida,  
De la ausencia entre el hielo,  
Las memorias más gratas de la vida;  
Pájaros que emigraron á otro suelo  
Dónde el amor se anida,  
Y que hoy, sin miedo al frío,  
Acuden á su hogar: al pecho mío,  
No sobre agrestes peñas  
Alzará el alete sus verdes hojas,  
Ni crecerán entre espinosas brujas  
Gardenias blancas y camelias rojas;  
Pero á la sombra dulce que les presta  
El tibio invernadero  
En la abrasada siesía,  
Bien pueden entreabrir su flor enhiesta  
Las madreselvas del amor príncono.  
Y no importa que el fuego de mis ojos  
En que mi vista se recreará un día  
No les dé su calor, ni su alegría  
Les dé la aurora de sus labios rojos:  
No por eso te olvido. Tras los velos  
Que flotan en los ejelos  
De la ausencia, mi anhelo te presente:  
Que espejo de recuerdos es la mente,  
Y en él te miro siempre, mi paloma,  
Como el lirio ve al sol, cuando se asoma  
Al cristal temploroso de la fuente.

F. LÓPEZ CARRASCA,  
(Méjicano.)

# ZURITA.

## I.

**C**ómo se llama V.? — preguntó el catedrático, que usaba anteojos de cristal ahumado y bigotes de medio punto, crizados, de un castaño claro.

Una voz que temblaba como la hoja en el árbol respondió en el fondo del aula, desde el banco más alto, cerca del techo:

— Zurita, para servir á V.

— Ese es el apellido; yo pregunto por el nombre.

Hubo un momento de silencio. La cátedra, que se aburría con los ordinarios preliminares de su tarea, vió un elemento dramático, probablemente cómico, en aquel diálogo que provocaba el profesor con un desconocido que tenía voz de niño lloron.

Zurita tardaba en contestar.

— ¿No sabe V. cómo se llama? — grito el catedrático, buscando al estudiante tímido con aquel par de agujeros negros que tenía en el rostro

— Aquiles Zurita.

Carcajada general, prolongada con el santo propósito de molestar al paciente y alterar el orden.

— ¿Aquiles ha dicho V.?

— Si..... señor — respondió la voz de arriba, con señales de arrepentimiento en el tono.

— ¿Es V. el hijo de Peleo? — preguntó muy serio el profesor.

— No, señor, — contestó el estudiante cuando se lo permitió la algazara que produjo la gracia del maestro. Y sonriendo, como burlándose de sí mismo, de su nombre y hasta de su señor padre, añadió con rostro de jovialidad lastimosa: — Mi padre era alcarreño.

Nuevo estrépito, carcajadas, gritos, patadas en los bancos, bolitas de papel, que buscan, en gracioso giro por el espacio, las narices del hijo de Peleo.

El pobre Zurita dejó pasar el chubasco, tranquilo, como un hombre empapado en agua ve caer un aguacero. Era bachiller en artes, había cursado la carrera del Notariado, y estaba terminando con el doctorado la de Filosofía y Letras; y todo esto suponía multitud de cursos y asignaturas, y cada asignatura había sido ocasión para bromas por el estilo, al pasar lista por primera vez el catedrático. ¡ Las veces que se habrían reído de él porque se llamaba Aquiles! Ya se reinó él también; y aunque siempre procuraba retardar el momento de la vergonzosa declaración, sabía que al cabo tenía que llegar, y lo esperaba con toda la filosofía estoica que había estudiado en Séneca, á quien sabía casi de memoria y en latín, por supuesto. Lo de preguntarle si era hijo de Peleo era nuevo, y le hizo gracia.

Bien se conocía que aquel profesor era una eminencia de Madrid. En Valencia, donde él había estudiado los años anteriores, no tenían aquellas ocurrencias los señores catedráticos.

Zurita no se parecía al vencedor de Héctor, según nos le figuramos, de acuerdo con los datos de la poesía.

Nada ménos épico ni digno de ser cantado por Homero que la figurilla de Zurita. Era bajo y delgado, su cara podía servir de puño de paraguas, reemplazando la cabeza de un perro ventajosamente. No era lampiño, como debiera, sino que tenía un archipiélago de barbas, pálidas y secas, sembrado por las mejillas enjutas. Algo más pobladas las cejas, se contraían constantemente en arrugas nerviosas, y con esto y el titilar continuo de los ojillos amarillentos, el gesto que daba carácter al rostro de Aquiles era una especie de resaca ideal esparcido por ojos y frente; parecía, en efecto, perpetuamente deslumbrado por una luz muy viva que le hería de cara, le lastimaba y le obligaba á inclinar la cabeza, cerrar los ojos convulsos y arrugar las cejas. Así vivía Zurita, deslumbrado por todo lo que quería deslumbrarlo, admirándolo todo, creyendo en cuantas grandezas le anunciaban, viendo hombres superiores en cuantos metían ruido, admitiendo todo lo bueno que sus muchos profesores le habían dicho de la antigüedad, del progreso, del pasado, del porvenir, de la historia, de la filosofía, de la fe, de la razón, de la poesía, de la crematística, de cuanto Dios crió, de cuanto inventaron los hombres. Todo era grande en el mundo ménos él. Todos oían el himno de los astros que descubrió Pitágoras; sólo él, Aquiles Zurita, estaba privado, por sordera intelectual, de saborear aquella delicia; pero en compensación tenía el consuelo de gozar con la fe de creer que los demás oían los cánticos celestes.

No había acabado de decir su chiste el profesor de las gafas, y ya Zurita se lo había perdonado.

Y no era que le gustase que se burlaran de él; no, lo sentía muchísimo; le complacía vivamente agradar al mundo entero; mas otra cosa era aborrecer al prójimo por burla de más ó de ménos. Eso estaba prohibido en la parte segunda de la Ética, capítulo tercero, sección cuarta.

El catedrático de los ojos malos, que tenía diferente idea de la sección cuarta del capítulo tercero de la segunda parte de la Ética, quiso continuar la broma de aquella tarde á costa del Aquiles alcarreño, y en cuanto llegó á la ocasión de las preguntas, se volvió á Zurita y le dijo:

— Á ver, el señor don Aquiles Zurita, llámame V. el favor de decirme, para que podamos entrar en nuestra materia con fundamento propio, ¿ que entiende V. por conocimiento?

Aquiles se incorporó y tropezó con la cabeza en el techo; se desconchó éste, y la cal cubrió el pelo y las orejas del estudiante. ( *Risas.* )

—Conocimiento..... conocimiento..... es..... Yo he estudiado *Metafísica* en Valencia.....

—Bueno, pues..... diga V., ¿qué es conocimiento en Valencia?

La cátedra estalló en una carcajada: el profesor tomó la cónica seriedad que usaba cuando se sentía muy satisfecho. Aquiles se quedó triste. «Se estaban burlando de él, y esto no era propio de una eminencia».

Mientras el profesor pasaba á otro alumno, para contener á los revoltosos, á quien sus gracias habían soliviantado, Zurita se quedó meditando con amargura. Lo que él sentía más era tener que juzgar de modo poco favorable á una eminencia como aquella de los anteojos. ¡Cuántas veces, allá, en Valencia, había saboreado los libros de aquel sabio, leyéndolos entre líneas, penetrando hasta la médula de su pensamiento!

Tal vez no había cinco españoles que hubieran hecho lo mismo. ¡Y ahora la eminencia, sin conocerle, se burlaba de él porque tenía la voz débil y porque había estudiado en Valencia, y porque se llamaba Aquiles, por culpa de su señor padre, que había sido amanuense de Hermosilla!

Si, Aquiles era un nombre ridículo en él. Su señor padre le había hecho un flaco servicio; pero ¡cuánto le debía! bien podía perdonarle aquella ridiculez recordando que por él había amado los clásicos, había aprendido á respetar las autoridades, á admirar lo admirable, á ver á Dios en sus obras y á creer que la belleza está en todo y que la poesía es, como decía el gran *Jovellanos*, «el lenguaje del entusiasmo y la obra del genio.» ¡Oh dómíne de Azuqueca, tu hijo no reniega de tí, ni de tu pedantería, á la que debe la rectitud clásica de su espíritu, alimento fuerte, demasiado fuerte para el cuerpo débil y torcido con que la Naturaleza quiso engalanarle interinamente.

Pero, aquel mismo señor catedrático, seguía pensando Zurita, ¿hacía tan mal en burlarse de él? ¡Quién sabe! Acaso era un humorista, sí, señor, uno de esos ingenios de quien hablan los libros de retórica filosófica al uso. Nunca se había explicado bien Aquiles en qué consistía aquello del *humour* inglés, traducido después á todos los idiomas, pero ya que hombres más sabios que él lo decían, debía de ser cosa buena. ¿No aseguraban algunos estéticos alemanes (¡los alemanes! ¡qué gran cosa ser alemán!) que el humorismo es el grado más alto del ingenio? ¿Que cuando ya uno, de puro inteligente, no sirve para nada bueno, sirve todavía para reírse de los demás? Pues de esta clase, sin duda, era el señor catedrático: un gran ingenio, un humorista, que se reía de él muy á su gusto. Claro, ¿á quién se le ocurre llamarse Aquiles y haber estudiado en Valencia?

## II.

Tenía ya treinta años. Hasta los quince había ayudado á su padre á enseñar latín; á los veinte se había hecho bachiller en artes en el Instituto de Guadalajara; después había vivido tres años dando paso de Retórica, Psicología, Lógica y Ética á los niños ricos y holgazanes. Un caballero acaudalado se lo llevó á Oviedo en calidad de ayo de sus hijos, y allí pudo cursar la carrera del Notariado. Á los veinticinco años la historia le encuentra en Valencia sirviendo de ayuda

de cámara, disfrazado de maestro, á dos estudiantes de leyes, huérfanos, americanos. Á cada nuevo título académico que adquiría Zurita cambiaba de amo, pero siempre seguía siendo criado con aires de pedagogo. Parecía que su destino era aprenderse de memoria, á fuerza de repetir las lecciones que debían saber los demás. Al cabo supo todo lo que ignoraban los que medraron mucho más que él. Zurita les enseñaba..... y ellos no aprendían; pero ellos subían y él no adelantaba un paso.

Estas reflexiones no son de Zurita. Aquiles seguía pensando que era muy temprano para medrar. Á los veintisiete años emprendió la carrera de Filosofía y Letras, que, según él, era su verdadera vocación. «Ahora me toca estudiar á mí», se dijo el infeliz, que no había crecido de tanto estudiar; que tenía una palidez eterna, como reflejo de la palidez de las hojas de sus libros.

¿De qué vivía Zurita después que dejó de enseñar Retórica y cepillar la ropa á sus discípulos? Vivía de sus ahorros. El ahorro era una religión y una tradición familiar para Aquiles. El amanuense de Hermosilla, el que había copiado en hermosa letra de Torío toda la *Iliada* en endecasílabos, había sido, además de humanista, avaro; guardaba un cuarto y lo ponía á parir, y á veces los escritos del dómíne de Azuqueca parían gemelos. Desde niño Aquiles, que tenía la moral casera por una moral revelada, se había acostumbrado al ahorro como á una segunda naturaleza. La idea del fruto civil le parecía tan inherente á las leyes de la creación como la de todo desarrollo y florecimiento. Así como la tierra — ó sea Demetera según Zurita — de su fecundo seno saca todos los frutos, así el ahorro en el orden social produce el interés, su hijo legítimo. Malgastar un cuarto le parecía al tierno Aquiles tan bárbara acción como hacer malparir á una oveja ó aplastarle en el vientre los póstumos recenales, ó como destroz ar un árbol robándole la misteriosa savia que corría á nutrir y dar color de salud á los frutos incipientes.

Cuando leyó, hombre ya, la apología que escribió Bastiat del *petit centime*, Aquiles lloró enternecido. Bastiat fué para él un San Juan del evangelio económico.

Aquello que la ciencia le decía lo había él adivinado. Pero ¡con qué elocuencia lo demostraba el sabio! ¡La religión del interés! ¡La religión del ahorro! ¡Las armonías del tanto por ciento!..... Esto era lo que él había aprendido empíricamente en el hogar bendito. «El dómíne de Azuqueca era, además de un Quintillano, un Bastiat *inconsciente*! Zurita alababa la memoria de su padre, que tenía un altar en su corazón. Y prestaba dinero á interés á sus discípulos. Como él era estoico, le costó poco trabajo vivir como un asceta; apenas comía, apenas vestía; su posada era la más barata de Valencia; le sobraba casi todo el sueldo que le daban los estudiantes americanos, como ántes le había sobrado toda la soldada que recibía del ricacho de Oviedo. Cuando Zurita se decidió á estudiar de veras, con independencia, sin dar lecciones ni limpiar botas, reunía, merced á sus ahorros y á los que heredara de su padre, una renta de dos mil trescientos reales, colocada á salto de mata, en peligrosos parajes del crédito, pero á un interés muy respetable, en consonancia con el riesgo. Cobraba los intereses á toca-teja, sin embargo, merced á su fuerza de voluntad, á su constancia en el pedir y á la pequeñez de las cantidades que tenían que entregarle sus deudores. Por cobrar una pe-

seta de intereses daba tres vueltas al mundo, y abrumaba al dador con su presencia, y se dejaba insultar. Siempre cobraba. Peseta á peseta, y á lo más duro á duro, recogía sus rentas, las rentas de aquel capital esparcido á todos los vientos. De los dos mil trescientos reales le sobraban al año los trescientos para aumentar el capital. Las matriculas no le costaban dinero, sino disenterias, porque las ganaba á fuerza de estudiar. Su presupuesto exigía que los estudios se los pagase el Estado. Tenia, por consiguiente, que ganar de seguro el premio llamado... *matricula de honor*; tenia que estudiar de manera que á ningun condiscipulo pudiese ocurrirle disputarle el premio. Y conseguia su propósito. No habia más que sacrificar el estómago y los ojos. Con sus dos mil reales pagaba la posada y se vestia y calzaba. Su ambicion oculta, la que apenas se confesaba á sí mismo, era ir á Madrid. Su gran preocupacion eran las *eminencias*, á quien tambien llamaba *aquellos lumbreras*. Aunque sus aficiones intelectuales y los recuerdos de las enseñanzas domésticas le inclinaban á las ideas que se suelen llamar reaccionarias, en punto á *lumbreras* admiraba las de todos los partidos y escuelas, y lo mismo se pasmaba ante un discurso de Castelar que ante una lamentacion de Aparisi. Si él pudiese oír algun día y ver de cerca á todos aquellos sabios que explicaban en la Universidad Central, en el Ateneo y hasta en el Fomento de las Artes! Á los muchachos valencianos que estudiaban en Madrid les preguntaba, cuando volvian por el verano, mil pormenores de las costumbres, figuras y gestos de las *lumbreras*. Leia todos los libros nuevos que caian en sus manos, y se desesperaba cuando no entendia bien las *modernas teorías*.

Quedarse zaguero en materia científica ó literaria se le antojaba el colmo de lo ridiculo, y los autores que le atraian á su causa en seguida eran los que trataban de ignorantes, fanáticos y trasnochados á los que no seguian sus ideas. Por más que el corazon le llamaba hácia las doctrinas tradicionales, al espiritualismo más puro, los libros de cubierta de color de azafrán, que entónces empezaban á correr por España anunciando, entre mil galicismos, que el pensamiento era una secrecion del cerebro, trastornaban el juicio del pobre Zurita.

La duda entró en su alma como un terremoto, y sus entrañas padecieran mucho con aquellos estremecimientos de las creencias. Muchas veces mientras sacaba lustre á las botas de algun discipulo muy amado, su pensamiento padecia torturas en el potro de una duda acerca de la permanencia del *yo*. — ¿El *yo* de hoy es el *yo* de ayer, señor Zurita? — le habia preguntado un filósofo que acababa de cursar el doctorado de Letras en Madrid, y venia con una porcion de problemas filosóficos en la maleta.

Zurita á sus solas meditaba: « Mi *yo* de hoy ¿ es el mismo de ayer? Este que limpia estas botas ¿ es el mismo que las limpió ayer? » Y para sacar mejor el lustre, contrayendo los músculos de la boca, arrojaba sobre la piel de becerro el aliento de sus pulmones.

El aliento salia caliente, y está le recordaba la teoria de Anaximenes y en general las de toda la escuela jónica, y el materialismo antiguo, empalmada con el moderno, se le volvía á aparecer, mortificándole con sus negaciones supremas de lo espiritual, inmortal y suprasensible. El pobre muchacho pasaba las de Cain con estas dudas. En materias li-

terarias tambien su pensamiento habia sufrido una *revolucion*, como decia Zurita, imitando sin querer el estilo de las *lumbreras*. — Él, que se habia criado en el estilo más clásico que pudo enseñar amanuense de retórico! — Ya se habia acabado la retórica complicada de las figuras, y segun veia por sus libros, y segun lo que le decian los estudiantes que venian de Madrid, ahora la poesia era objetiva ó subjetiva, y el arte tenia una *finalidad propia*, con otra porcion de zarandajas filosóficas, todas extranjeras. Para enterarse bien de todas estas y otras muchas novedades, deseaba, sin poder soñar con otra cosa, verse en la corte, en las cátedras de la Universidad Central, cara á cara con el profesor insigne de Filosofia á la moda y con el de literatura trascendental y enrevesada.

Llegó el día esperado con tal ansia, y Zurita entró en la corte, y ántes de buscar posada, fué á matricularse en el doctorado de Filosofia y Letras. Licenciado ya se habia hecho, segun queda apuntado.

En la fonda de seis reales sin principio en que habia de acomodarse, encontró un filósofo cejijunto, taciturno y poco limpio, que dormia en su misma alcoba, la cual tenia vistas á la cocina por un ventanillo cercano al techo... y no tenia más vistas.

Era el filósofo hombre, ó por lo ménos filósofo, de pocas palabras, y jamás á los disparates que decian los otros huéspedes en la mesa queria mezclar los que á él pudieran ocurrirle. Zurita le pidió permiso la primera noche para leer en la cama hasta cerca de la madrugada. Separaba los dos miserables catres el espacio en que cabia apenas una mesilla de nogal mugrienta y desvencijada; allí habia que colocar el velon de aceite (porque el petróleo apestaba), y como la luz podia ofender al filósofo, que no velaba, creyó Zurita obligacion suya pedir licencia.

El filósofo, que tendria sus treinta y cuatro años, y parecia un viejo mal humorado, seco y frío, se desnudaba mirando á Zurita, que ya estaba entre sábanas; con gesto de lástima orgullosa, y contestó:

— Usted, señor mio, es muy dueño de leer las horas que quiera, que á mí la luz no me ofende para dormir. El mal será para V., que con velar perderá la salud y con leer llenará el espíritu de *prejuicios*.

No replicó Zurita, por falta de confianza, pero no dejó de asombrarle aquello de los *prejuicios*. Poco á poco, pero no sin trabajo, fué consiguiendo que el filósofo se dignara soltar delante de él alguna sentencia, no á la mesa al almazar ó al cenar, sino en la alcoba, ántes de dormirse.

Como Zurita observase que el señor don Cipriano, que así se llamaba, y nunca supo su apellido, sobre todo asunto de ciencia ó arte daba sentencia firme, y en dos palabras condenaba á un sabio y en media absolvía á otro, se le ocurrió preguntarle un día que á qué hora estudiaba tanto como necesitaba saber para ser juez inapelable en todas las cuestiones. Sonrió don Cipriano y dijo:

— Ha de saber el licenciado Zurita que nosotros no leemos libros, sino que *«aprendemos en la propia reflexion ante nosotros mismos todo lo que hay puesto en la conciencia para conocer en vista inmediata, no por saberlo, sino por serlo.»*

Y se acostó el filósofo sin decir más, y á poco roncaba. Zurita aquella noche no podia parar atencion en lo que

leía, y dejaba el libro á cada pocos minutos, y se incorporaba en su catre para ver al filósofo dormir.

Empezaba á parecerle un tantico ridiculo buscar la sabiduría en los libros, mientras otros roncando se lo encontraban todo sabido al despertar.

Algunas veces había visto al don Cipriano en los claustros de la Universidad; pero, como sabía que no era estudiante, no podía averiguar á qué iba allí.

Una noche, en que la confianza fué á más, se atrevió á preguntárselo.

El filósofo le dijo que él también iba á cátedra, pero no con el intento de tomar grados ni títulos, sino con el de comulgar en la ciencia con sus semejantes, como también Zurita podía hacer, si le parecía conveniente.

Contestó Aquiles que nada sería más de su agrado que estudiar desinteresadamente y comulgar en aquello que se le había dicho.

Á los pocos días Zurita comenzaba á ser krausista como el Sr. D. Cipriano, con quien asistía á una cátedra que ponía un señor muy triste. Sin dejar las clases en que estaba matriculado, consagró lo más y lo principal de su atención á la nueva filosofía (nueva para él) que le enseñaba el señor tuciturno, con ayuda del filósofo de la posada. Don Cipriano le decía que al principio no entendería ni una palabra; que un año, y aun dos, eran pocos para comenzar á iniciarse en aquella filosofía armónica, que era la única; pero que no por eso debía desmayar, pues, como aseguraba el profesor, para ser filósofo no se necesita tener talento. Estas razones no le parecían muy fuertes á Zurita, porque ni él necesitaba tales consuelos, ni había dejado de entender una palabra de cuantas oyera al profesor.

Á esto replicaba don Cipriano que lo de creer entenderle era un puro *prejuicio*, preocupación subjetiva, y el declarar que entendía, prueba segura de no entender.

Cada día iba estando más clara para el buen Aquiles la doctrina del maestro; pero, como don Cipriano se obstinaba en probarle que era imposible que comprendiese de buenas á primeras lo que otros empezaban á vislumbrar á los tres años de estudio, el dócil alcarraño se persuadió al cabo de que vivía á oscuras y de que el ver la luz de la razón iba para largo. Tendría paciencia. Cuando el catedrático de los anteojos le preguntó si era hijo de Peleo y lo que era conocido en Valencia, Aquiles desabogó la tristeza que le produjo el ridiculo en el pecho de su filósofo de la posada.

—Merceda se tiene V. esa humillación, por asistir á esas cátedras de pensadores meramente subjetivos, que comienzan la ciencia desde la abstracción, imponiendo ideas particulares como si fueran evidentes.

—Pero, señor don Cipriano, como yo necesito probar el doctorado....

—Déjese V. de títulos y relumbrones. ¿No es V. ya licenciado? ¿No le basta eso?

—Pero, como quiero hacer oposicion á cátedras....

—Hágalas V.

—¿Cómo sin ser doctor?

—Á cátedras de Instituto.

—Pero ésas no tienen ascensos, ni derechos pasivos, y si luego á casarme....

—¡Ta, ta, ta! ¿Qué tiene que ver la ciencia con las clases pasivas ni con su futura de V.? El filósofo no se casa si no

puede. ¿No sabe V., señor mio, amar la ciencia por la ciencia?.... Concrétese V. á una aspiración; determine V. su vocación, dedicándose, por ejemplo, á una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, y prescinda de lo demas. Así se es filósofo, sólo así.

Zurita no volvió á la cátedra del señor de los anteojos ahumados.

Perdió el curso, es decir, no se examinó siquiera, ni volvió á pensar en el doctorado, que era su ambición única allá en Valencia.

Lo que á él le importaba ahora ya no era un título más, sino *encontrar á Dios en la conciencia, siendo uno con Él y bajo Él*.

Buscaba Aquiles, pero Dios no parecía de ese modo.

Su vida material (la de Zurita) no tenía accidentes dignos de mencion. Pasaba el día en la Universidad ó en su cuartito junto á la cocina. En la mesa le dejaban los peores bocados y los comía sin protestar. La patrona, que era viuda de un escritor público y tenía un lunar amarillo con tres pelitos rizados cerca de la boca, la patrona miraba con ojos tiernos (restos de un romanticismo ahumado en la cocina) á su huésped predilecto, al pobre Zurita, capaz de comer suelas de alpargata si venían con los requisitos ordinarios de las chuletas rebozadas con pan tostado. Nunca atendía al subsuelo Aquiles. Debajo del pan, cualquier cosa; él de todos modos lo llamaría chuleta. Mascaba y tragaba distraído; si el bocado de estopa, ó lo que fuese, oponía una resistencia heroica á convertirse en bolo alimenticio y no quería pasar del gazuato, á Zurita se le pasaba por la imaginación que estaba comiendo algo cuya *finalidad* no era la deglución ni la digestión; pero se resignaba. ¡Era cuestion tan baladí averiguar si aquello era carne ó pelote!

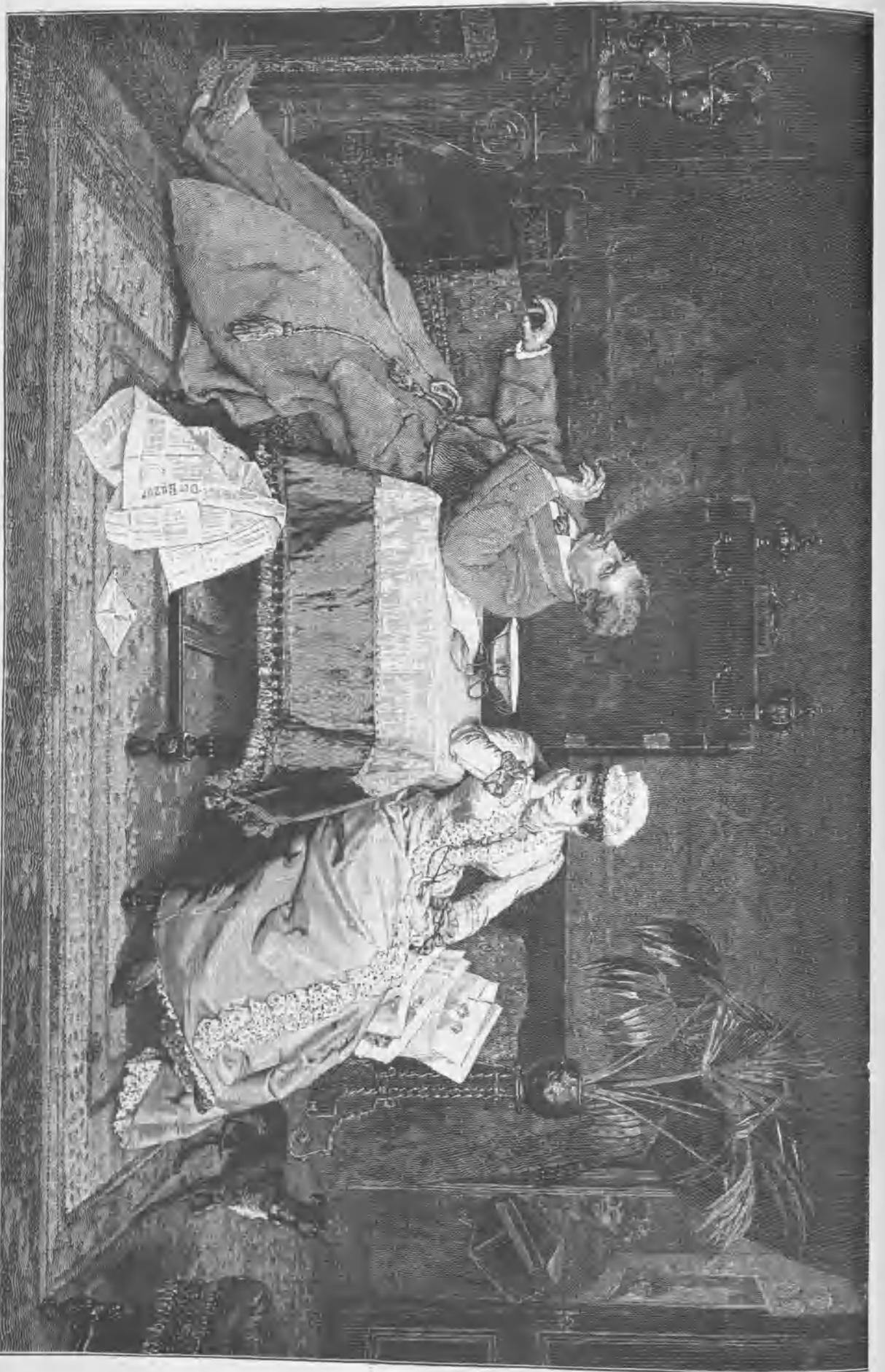
¡Con qué lástima miraba Aquiles á un huésped, estudiante de Farmacia, que todos los días protestaba las chuletas de doña Concha (la patrona), diciendo que «aquello no constituía un *plato fuerte*, como exigían las bases del contrato, y que él no quería ser víctima de una mistificación!» ¡Si estaría lleno de *prejuicios* aquel estudiante! Doña Concha le servía un par de huevos fritos sucedáneos de la chuleta. El estudiante de Farmacia, por fórmula, pedía siempre la chuleta, pero dispuesto á comer los huevos. La criada acudía con el plato *no constituyente*, como le llamaban los otros huéspedes; el de Farmacia, con un gesto majestuoso, lo rechazaba y decía «¡huevos!» como pudiera haber dicho *Delenda est Carthago*. La chuleta del estudiante, según los maliciosos, ya no era de carne, era de madera, como la comida de teatro. Esto se confirmó un día en que doña Concha, haciendo la apología de la paciencia gástrica de Zurita, exclamó: «¡Ese ángel de Dios y de las escuelas sería capaz de comerse la chuleta del boticario!»

Don Cipriano ya no almorzaba ni comía en la casa. No venía más que á dormir.

Zurita le veía pocas veces en la cátedra del filósofo triste. El otro le explicaba su ausencia diciendo:

—Es que ahora voy á oír á Salmerón y á Giner. Usted todavía no está para eso.

En efecto, Zurita, aunque empezaba á sospechar que su profesor de filosofía armónica no daba un paso, se guardaba de dar crédito á estas *aprensiones subjetivas*, y continuaba creyendo al sabio melancólico bajo su palabra.



«LAS PRIMERAS HOSTILIDADES.»—(CUADRO DE LA ESCUELA ALEMANA CONTEMPORANEA.)

Una noche don Cipriano entró furioso en la alcoba; Zurita, que meditaba con las manos cruzadas sobre la cabeza, metido en la cama, pero sentado y vestido de medio cuerpo arriba; Zurita, volviendo de sus espacios imaginarios, le preguntó:

—¿Qué hay, maestro?

—¡Lea V.!—gritó don Cipriano, y le puso delante de los ojos un papel impreso en que al filósofo de seis reales sin principio y á otros como él les llamaban, sin nombrarles, *attachés*, ó sea agregados del krausismo. Zurita se encogió de hombros. No comprendía por qué don Cipriano se irritaba; ni ser agregado de la ciencia le parecía un insulto, ni quien escribía aquello, que era un pensador *meramente discursivo*, de ingenio, pero *irracional* (según la suave jerga de don Cipriano), merecía que se tomase en cuenta su opinión.

El filósofo llamó idiota á Zurita y apagó la luz con un soplo cargado de ira.

### III.

Muy en serio habia tomado Aquiles lo de ver dentro de sí—siendo uno con él—á Su Divina Majestad. Se le antojaba que de puro zote no encontraba en sí aquella unidad en el Sér que para don Cipriano y el catedrático triste era cosa corriente.

El filósofo se retiraba tarde, pero dormía la mañana. Aquiles se acostaba para que no se le enfriasen los pies al calentarse la cabeza; y sentado en el lecho, que parecía sepultura, meditaba gran parte de la noche, primero acompañado de la mísera luz del velón, después de las doce á oscuras, porque la patrona le habia dicho que aquel gasto de aceite iba fuera de la cuenta del pupilaje. Mientras don Cipriano roncaba y á veces reía entre sueños, Zurita pasaba revista á todos los recursos que le habian enseñado para prescindir de su propio yo, *como tal yo finito* (*este que está aquí, sin más*). El sueño le rendía, y cuando empezaban á zumbarle los oídos, y se le cerraban los ojos, y perdía la conciencia del lugar y la del contacto, era cuando se le figuraba que iba entrando en el *yo en sí, antes de la distinción de mí á lo demás*..... y en tan preciosos momentos se quedaba el pobre dormido. De modo que no parecía Dios.

Se quejaba el infeliz á su mentor, y don Cipriano le decía:

—Cómprase V. una cafetera y tome mucho café por la noche.

Así lo hizo Aquiles, aunque á costa de grandes sacrificios. Como se alimentaba poco y mal, y no tomaba ordinariamente café, por espíritu de ahorro, el moka de castañas y otros indígenas le produjeron los primeros días excitaciones nerviosas, que le ponian medio loco. Hacía muecas automáticas, guiñaba los ojos sin querer y daba brinco sin saberlo. Pero conseguía su propósito: no se dormía.

Aunque el Sér en la Unidad no acababa de presentarsele, tenía grandes esperanzas de poseer la apetecida vision en breve. ¡El café le hacia pensar cada cosa! Á lo mejor le entraba, sin saber por qué y sin motivos racionales, un amor descomunal á la Humanidad de la Tierra, como decía él, copiando á don Cipriano. Lloraba de ternura considerando las armonías del Universo, y la dignidad de su categoría de sér consciente y libre le ponía muy hueco. Todo esto á oscuras y mientras roncaba don Cipriano.

Pero ¡oh dolor! al cabo de pocas semanas el café perdió su misterioso poder, y le hizo el mismo efecto que si fuese agua de castañas, como efectivamente era. Volvía á dormirse en el instante crítico de disolverse en lo Infinito, *siendo uno con el Todo*, sin dejar de ser este que individualmente era, Zurita.

—Pero V., don Cipriano—preguntaba desconsolado el triste Aquiles al filósofo cuando éste despertaba (ya cerca de las doce de la mañana)—¿V. ve realmente á Dios en la Conciencia, siendo uno con Él?

—Y tanto como veo—respondía el filósofo mientras se ponía los calcetines, de que no haré descripción de ningún género. Baste decir, por lo que respecta á la ropa blanca del pensador, que no habia tal blancura, y que si era un sepulcro don Cipriano, no era de los blanqueados por fuera; la ropa de color habia mejorado, pero en paños menores era el mismo de siempre.

—Y diga V., ¿dónde consiguió ver por primera vez la Unidad del Sér dentro de sí?

—En la Moncloa. Pero eso es accidental; lo que conviene es darse grandes paseos por las afueras. En las Vistillas, en la Virgen del Puerto, en la Ronda de Recoletos, en Atocha, en la Venta del Espíritu Santo y en otros muchos parajes por el estilo he disfrutado muchas veces de esa vista interior por que V. suspira.

Desde entonces Zurita dió grandes paseos, á riesgo de romper las suelas de los zapatos, pero no consiguió su propósito; le robaron el reloj de plata que heredara de sus mayores, mas no se le apareció el Sér en la Unidad.

—¿Pero V. lo ve?—repetía el aprendiz.

—¡Cuando le digo á V. que sí!

Zurita empezaba á desconfiar de ser en la vida un filósofo sin *prejuicios*. «Este maldito yo finito, de que no puedo prescindir!»

Aquel *yo* que se llamaba Aquiles le tenía desesperado.

Nada, nada, no habia medio de verse en la Unidad del sér pensado y el sér que piensa bajo Dios. ¡Y para esto habia él perdido el curso del Doctorado!

El hijo del dómine de Azuqueca se hubiera vuelto loco, de fiño, si Dios, que veía sus buenas intenciones, no se hubiera compadecido de él apartando de su lado á don Cipriano, que se fué á otra posada, y no volvió por la de Zurita ni por la Universidad, y trayendo á España nuevas corrientes filosóficas, que también habian de volverle la cabeza á Aquiles, pero de otro lado.

Por aquel tiempo recibió una carta de una antigua amiga de Valencia que se habia trasladado á Madrid, donde su esposo tenía empleo, y le llamaba para que, si era tan bueno, diese lección de latín á un hijo de las entrañas, mucho más mocoso que amigo de los clásicos. No pensaba Zurita aceptar la proposición, pues aunque sus rentas eran lo escasas que sabemos, á él le bastaban, y la filosofía, además, no le permitía perder el tiempo en niñerías por el vil interés. Pero fué á ver á la señora para decirsele todo en persona.

Era la dama, ó rica, ó amiga de aparentarlo, porque su casa parecia de gran lujo, y allí vió, palpó y basta olió Zurita cuanto inventó el diablo para regalo de los sentidos perezosos. Lo peor de la casa era el marido, casi enano, bizzo, y de tan malos humores, que los vomitaba en forma de improperios de la mañana á la noche; pero estaba poco en casa,

de lo que se mostraba muy contenta la señora. Esta, llamada doña Engracia, era beata de las orgullosas, de las que se ponen muy encarnadas, si se habla mal de los curas malos, como si fuesen ellas quien los cria; su virtud parecía cosa de apuesta, más la tenía por tesoro que por gracia de Dios, que era como no tenerla. Siempre hablaba de privaciones, de penitencias; pero, como no fuera de lo desagradable, lo pobre y lo feo, no se sabía de qué se privaba aquella señora, rodeada de seda y terciopelo, pisando en blanduras, recostando el cuerpo, forrado de batista, en muebles que hacían caricias suaves como de abrazos al que se sentaba ó tendía en ellos. Verdad es que ayunaba y comía de vigilia siempre que era de precepto, y otras veces por devoción; pero sus ayunos eran pobreza del estómago, que no resistía más alimento, y sus vigiliass comer mariscos exquisitos y pescados finos y beber vinos deliciosos. No tenía amante doña Engracia, y como el marido bizco y de forma de chaparro no hacía cuenta, sus veintinueve años (los de la dama) estaban en barbecho. No le faltaban deseos, tentaciones, que ella atribuía al diablo; pero por salir con la suya rechazaba á cuantos se le acercaban con miras de pecar. Mas la ciega lascivia urgaba, y como no tenía salida, daba coces contra los sentidos, que se quejaban de cien maneras. Pasaba la señora el día y la noche en discurrir alguna traza para satisfacer aquellas ansias sin dejar de parecer buena, sin que hubiera miedo de que el mundo pudiese sospechar que las satisfacía. Y al cabo el diablo, que no podía ser otro, le apuntó lo que había de hacer, poniéndole en la memoria al don Aquiles Zurita que había conocido en Valencia.

Para abreviar (que no es ésta la historia de doña Engracia, sino la de Zurita), la dama consiguió que el filosofastro «le sacrificara», como ella dijo, una hora cada día para enseñar latín al muchacho. Al principio la lección la tenían á solas maestro y discípulo; pero, pasada una semana, la madre del niño comenzó á dejar olvidados en la sala de la lección pañuelos, ovillos de hilo, tijeras y otros artículos, y al cabo no hacía ya más que entrar y salir, y más al cabo no hacía más que entrar y no salir; con lo que Zurita, á pesar de su modestia ó inocencia pristina, comenzó á sospechar que doña Engracia se había aficionado á su persona.

¡Bara coincidencia! Observación parecida había hecho en la posada, notando que la patrona, doña Concha, suspiraba, bajaba los ojos y retorcia las puntas del delantal en cuanto se quedaba sola con él. Los suspiros eran de bomba real allá en la noche, cuando Aquiles meditaba ó leía, y la viuda, que dormía pared por medio, velaba distraída en amorosas cavilaciones. En una ocasión tuvo el eterno estudiante que dejar las ociosas plumas (que eran de paja y pelote duro) porque la disenteria le apuraba — ¡tanto estudiar! — y á media noche, descalzo y á oscuras, se aventuró por los pasillos. Equivocó el camino, y de golpe y porrazo dió en la aleva de doña Concha. La viuda, al sentir por los pasillos al jóven, había apagado la luz y esperaba, con vaga esperanza, que una resolución heroica del muchacho precipitase los acontecimientos que ella en vano quería facilitar á fuerza de suspiros simbólicos. Doña Concha era romántica tan consecuente como Moyano, y hubiera preferido una declaración á la luz de la luna y por sus pasos contados, con muchos preparativos, graduada y *matizada*; pero, ya que el ardiente doncel prefería un ataque brutal, ella estaba dispuesta á

todo, aunque reservándose el derecho de una protesta tímida y débil, más por lo que se refería á la forma que por otra cosa. Doña Concha tenía cuarenta años bien conservados, pero cuarenta....

Cuando conoció su error, que fué pronto, Zurita se deslizo en excusas y buscó precipitadamente la puerta. Entónces el pudor de la patrona despertó como el león de España en 1808 y comenzó á gritar: «¡ladrones! ¡ladrones! ¿Quién anda ahí?.... ¡Oigan la mosquita muerta!», y otros tópicos de los muchos que ella conocía para situaciones análogas. El amor propio no le dejó á la viuda creer lo de la equivocación, y se inclinó á pensar que el prudente Aquiles, en un momento de amor furioso, se había levantado y había acometido la empresa formidable de que luego se arrepintiera, tal vez por la pureza de su amor secreto.

Ello es que la viuda siguió suspirando, y hasta se propuso, cuando vino la primavera, á dejar todas las mañanas en un búcaro de barro cocido un ramo de violetas sobre la mesilla de noche del filosofastro.

Comprendiendo Aquiles que aquella pasión de doña Concha le distraía de sus reflexiones y le hacía pensar demasiado en las calidades del *yo finito*, decidió dejar la posada de las chuletas de carton-piedra, y sin oír á los sentidos, que le pedían el pasto perpétuamente negado, salió con su baul, sus libros y su filosofía armónica de la isla encantada en que aquella Circe, con su lunar junto á la boca, ofrecía cama, cocido y amor romántico por seis reales.... sin principio.

Más peligrosa era la *flirtation* de doña Engracia, que cada día se insinuaba con mayor atrevimiento. Vestía aquella señora en casa unos diablitos de batas de finísima tela que se pegaba al cuerpo de diosa de la enaiga como la hiedra al olmo; se sentaba en el sofá, y en la silla larga, y en el confidente (todo ello blando, turgente y lleno de provocaciones), con tales posturas, doblándose de un modo y enseñando unas puntas de pié, unos comienzos de secretos de alabastro y unas líneas curvas que mareaban, con tal arte y hechicería, que el misero Zurita no podía pensar en otra cosa, y estuvo una semana entera apartado de su investigación de la Unidad del Sér en la conciencia, por no creerse digno de que ideas y comuniones tan altas entrasen en su pobre morada.

Segun huían los pensamientos filosóficos, despertaban en el cerebro del hijo del dómine recuerdos de los estudios clásicos y se le aparecía Safo con aquel *sumbar de oídos*, que á él también le sorprendiera algunas veces cuando doña Engracia se le acercaba hasta tocarle las rodillas con las suyas. Entónces también le venía á la memoria aquello de Ovidio en la Elegía IV de *Los Amores*:

*Quidquid ibi poteris tangere, tange me....*

¡Ovidio! De coro se lo sabía Aquiles, pero ¡con qué desinterés! Sin que un mal pensamiento surgiese en su mollera, consagrada á las humanidades, en la juventud risueña Aquiles había traducido y admirado, desde el punto de vista del arte, todas las picardías galantes del poeta de las *Metamorfosis*. Sabía cómo había que enamorar á una casada, las ocasiones que se debían aprovechar y las maniobras á que se le sujetaba para que no pudiera inspirar celos al amante el marido. Pero todo esto le parecía ántes á Zurita bromas de Ovidio, mentiras hermosas para llenar exámetros y pentámetros.

Mas ¡ay! ahora los dísticos del poeta de los cosméticos volvían á su cerebro cobando fuego, cargados de aromas embriagadores, con doble sentido, llenos de vida, significando lo que ántes Aquiles no podía comprender. ¡Cuántas veces, mientras estaba al lado de doña Engracia, como un palomino aturdido, sin dar pié ni mano, venían á su imaginación los péfidos consejos del poeta lascivo!

¡Y qué extraña mezcla harían allí dentro los versos del latino y los sanos preceptos de los *Mandamientos de la Humanidad* vulgarizados en frances por el simpático filósofo de Brusélas Mr. Tiberghien! «¡Vaya una manera de buscar lo Absoluto dentro de mí, siendo uno conmigo!», pensaba Zurita.

—Sin embargo—añadía—yo no sucumbiré, porque estoy decidido á no declararme á doña Engracia, y ella, es claro que no se atreverá á ser la que envide, porque, como dice el condenado pagano, no hay que esperar que la mujer emprenda el ataque, aunque lo desee:

*Vix prior accedit; vix verba precantia dicent:  
Excipiet blandas comiter illa preces.  
Ut potare roga; tantum cupit illo rogari.*

Á pesar de tanto latin, Aquiles y Ovidio se equivocaron por esta vez, porque doña Engracia, convencida de que el tímido profesor de Humanidades jamás daría el paso definitivo, el que ella anhelaba, se arrojó á la mayor locura. Pálida, con la voz temblona, desgreñada, se declaró insensata un día al anochecer, estando solos. Pero Aquiles dió un brinco enérgico y dejó el baston (pues capa no tenía) en casa de aquella especie de Pasifae enamorada de un cuadrúpedo.

—¡Si, un cuadrúpedo!—iba pensando por la calle él—porque debiendo haber huido mucho ántes, esperé á esta vergüenza, y estoy en ridículo á los ojos de esa mujer, y no muy medrado á los de mi conciencia, que mucho ántes quiso el remedio de la fuga, y no fué nada.

Pero si al principio se apostrofó de esta suerte, más tarde, aquella misma noche, reflexionando y leyendo libros de moral, pudo apreciar con más justicia el mérito de su resistencia. Comió muy mal, como soñía, pues para él mudar de posada sólo era mudar de hambre, y las chuletas de aquí sólo se diferenciaban de las de allá en que las unas podían ser de jaco andaluz y las otras de rocín gallego; mas para celebrar aquel triunfo moral del *ángel sobre la bestia*, como él decía, se toleró el lujo de pedir á la criada vino de lo que costaba á dos reales botella. Ordinariamente no lo probaba. Salió de su casa Aquiles á dar un paseo. Hacía calor. El cielo ostentaba todos sus brillantes. Debajo de algunos árboles de Recoletos, Zurita se detuvo para aspirar aromas embriagadores, que le recordaban los perfumes de Engracia. ¡Oh, sí; estaba contento! ¡Había vencido la tentación! ¡aquella hermosa tentación!.... ¿Quién se lo hubiera dicho al catedrático de los anteojos ahumados? Aquel pobre Aquiles tan ridiculo había rechazado en poco tiempo el amor de dos mujeres. Dejemos á un lado á doña Concha, aunque no era grano de anís; pero ¿y doña Engracia? Era digna de un príncipe. Pues bien, se había enamorado de él, le había provocado con todas las palabras de miel, con todos los suspiros de fuego, con todas las miradas de gancho, con todas las posturas de lazo, con todos los contactos de liga.....

y la mosca, la salamandra, el pez, el bruto, el ave no habían sucumbido. ¿Por qué se había enamorado de él aquella señora? Zurita no se hacía ilusiones; áun ahora se veía en la sombra, entre los árboles, y reconocía que ni fantaseada por la luz de las estrellas su figura tenía el patron de Apolo. Doña Engracia había amado en él el capricho y el misterio. Aquel hombre tímido, para quien un triunfo que otros divulgan era una abominación, un pecado irredimible, callaría hasta la muerte. El placer con Zurita era una singular manera del placer solitario. «Ademas, añadía para sus adentros Aquiles, yo sé por la Historia que ha habido extrañas aberraciones del amor en ilustres princesas; una se enamoró de un mono, otra de un enano, aquella de un cretino.... y Pasifae de un toro, aunque esto es fabuloso; ¿por qué no se ha de enamorar de mí una mujer caprichosa?» Esta humildad positiva con que Zurita reconocía la escasez de sus encantos, esta sublime modestia con que se comparaba á un mono, le inundaba el alma de una satisfaccion y de un orgullo legítimos.

Y así, muy en su derecho, suspiró, como quien respira despues de un aprieto, mirando á su sombra desairada, y en voz alta, para oírse á sí mismo, exclamó contento (*compos volé*, pensó él):

—¡Oh, lo que es psicológicamente considerado.... no soy una vulgaridad!

## IV.

Pasaron meses y meses, y un año, y más. Zurita seguía en Madrid asistiendo á todas las cátedras de ciencia armónica, aunque en el fondo de su fuero interno—como él lo llamaba—ya desesperaba de encontrar lo Absoluto, el Sér, así en letra mayúscula, en el propio *yo* «no como éste, á distincion de los demas, sino en sí, en lo que era ántes de ser para la relacion del límite, etc.» El misero no podía prescindir del *yo* finito aunque le ahorcasen.

Sin embargo, no renegaba del armonismo, aunque por culpa de éste se estaba retrasando su carrera; no renegaba porque á él debía su gran energia moral, los solitarios goces de la virtud. Cuando oía asegurar que la satisfaccion del bien obrar no es un placer intenso, se sonría con voluptuosa delicia llena de misterio. ¡Lo que él gozaba con ser bueno! Tenía siempre el alma preparada como una tacita de plata para recibir la presencia de lo Absoluto, que *podía ser un hecho* á lo mejor. Así como algunos municipios desidiosos y dinásticos limpian las fachadas y asean las calles al anuncio de un viaje de SS. MM., Zurita tenía limpio, como ascua de oro, la pobre pero honrada morada de su espíritu, esperando siempre la visita del Sér. Ademas, la idea de que él era uno con el Gran Todo le ponía tan hueco y le daba tales infulas de personaje impecable, que el infeliz pasaba las de Caín para no cometer pecados ni siquiera de los que se castigan como faltas. Él padría no encontrar lo Absoluto, pero el caso era que persona más decente no la había en Madrid.

Y cuando discutía con algun descreído decía Aquiles triunfante con su vocecilla de niño de coro:

—Vea V.; si yo no creyera en lo Absoluto, sería el ma-



«GERMANIA.»

ESTATUA EN BRONCE, QUE CORONA EL MONUMENTO DE LA UNIDAD ALEMANA, ERIGIDO EN EL «NIEDERWALD».

por tunante del mundo; robaria, seduciría casadas y doncellas y viudas.

Y despues de una breve pausa, en que se imaginaba el bendito aquella vida hipotética de calavera, repetía con ménos convicción y ménos ruido:

— Sí, señor, sería un pillo, un asesino, un ladrón, un libertino.....

Por aquel tiempo algunos jóvenes empezaban á decir en el Ateneo que el mentir de las estrellas es muy seguro mentir; que de tejas arriba todo era conjeturas; que así se sabía lo que era la esencia de las cosas como se sabe si España es ó no palabra vascongada. Casi todos estos muchachos eran médicos, más ó ménos capaces de curar un constipado, alegres, amigos de alboratar y despreocupados como ellos solos. Ello es que hablaban mucho de Matemáticas, y de Física, y de Química, y decían que los españoles éramos unos retóricos, pero que afortunadamente ellos estaban allí para arreglarlo todo y acabar con la Metafísica, que, según parecía, era lo que nos tenía arruinados.

Zurita, que se había hecho socio transeunte del Ateneo, merced á un presupuesto extraordinario que amenazaba *labrar su ruina*, Zurita oía con la boca abierta á todos aquellos sabios más jóvenes que él, y algunos de los cuales habían estudiado en París, aunque pocos. Los enemigos de la Metafísica se sentaban á la izquierda, lo mismo que Aquiles, que era liberal desde que era armónico. Algunas veces el orador antimetafísico y empecatado decía: «*Los que nos sentamos en estos bancos* creemos que tal y que cual.» Zurita saltaba en la butaca azul, porque él no creía aquello. Su conciencia comenzó á sufrir terribles dolores.

Una noche un joven que estaba sentado junto á él y á quien había visto dos años atrás en la Universidad cursando griego y jugando al toro por las escaleras, se levantó para decir que el krausismo era una *inanidad*, que en España se había admitido por algunos, porque acabábamos de salir de la primera edad, ó sea de la teología, y estábamos en la metafísica; pero era preciso llegar á la edad tercera, á la científica ó positiva.

Zurita no durmió aquella noche. Lo de estar en la segunda edad le parecía un atraso y, francamente, él no quería quedarse á la zaga.

Volvió al Ateneo, y..... nada, todos los días lo mismo.

No había Metafísica; no había que darle vueltas. Es más, un periódico muy grande, á quien perseguía mucho el Gobierno por avanzado, publicaba artículos satíricos contra las *astras* que creían en la *psicología vulgar*, y los equiparaba á los reaccionarios políticos.

Zurita empezó á no ver claro en lo Absoluto.

Por algo él no encontraba el Sér dentro de sí, ántes del límite, etc., etc.

«¿Sería verdad que no había más que hechos?»

«Por algo lo dirían aquellos señoritos que habían estudiado en París, y los otros que sabían, ó decían saber, terminodinámica.»

Discutiendo tímidamente en los pasillos con un paladín de los *hechos*, con un enemigo de *toda ciencia a priori*, Zurita, que sabía más lógica que el otro, le puso en un apuro, pero el de los hechos le *aplastó* con este argumento:

—¿Qué me dice V. á mí, santo varón, á mí, que he conocido tres veces con Claudio Bernard, y le di una vez la

toalla á Vulpian, y fui condiscípulo de un hijo del secretario particular de Iátré?.....

Zurita calló, anonadado. ¡Se vió tan ridículo en aquel momento! ¿Quién era él para discutir con el hombre de la toalla?..... ¿Cuánto había comido él con nadie?

Dos meses despues Aquiles se confesaba entre suspiros «que había estado perdiendo el tiempo lastimosamente.» El armonismo era una *bella, bellísima y consoladora* hipótesis..... pero le faltaba la base, los hechos.....

«¡No había más que hechos, por desgracia!»

— Bien; pero ¿y la moral?

¿En virtud de qué principio se le iba á exigir á él en adelante que no se dejara seducir por las patronas y por las señoras casadas?

«Si otra Engracia.....», y al pensar esto se le apareció la hermosa imagen de la provocativa adúltera, que le enseñaba los dientes de nieve en una carejada de sarcasmo. Se burlaba de él, le llamaba necio, porque había rechazado groseramente los favores sabrosos que ella le ofrecía..... y resultaba que no había más que hechos, es decir, que tan hecho era el pecado como la abstención, el placer como la penitencia, el vicio como la virtud.....

«¡Medrados estamos!» pensaba Zurita, desanimado, corrido, mientras se limpiaba con un pañuelo de hierbas el sudor que le caía por la espaciosa frente.....

«Y á todo esto, yo no soy doctor, ni puedo aspirar á una cátedra de Universidad; tendré que contentarme con ser catedrático de Instituto, sin ascensos y sin derechos pasivos; es decir, tengo que renunciar á la familia, al amor casto, mi sueño secreto de toda la vida..... ¡Oh, si yo cogiese ahora por mi cuenta al pícaro de don Cipriano, que me metió en estos trotes de filosofía armónica!.....»

Y la Providencia, ó mejor, los hechos, porque Zurita ya no creía en la Providencia (por aquellos días á lo ménos), la casualidad en rigor, le puso delante al mismísimo don Cipriano, que volvía de los toros con su familia.

¡Sí, con su familia! Venía vestido de negro, con la levita muy limpia y flamante, y sombrero de copa, que tapaba cuidadosamente con un pañuelo de narices, porque empezaban á caer gotas; lucía además el filósofo gran pechera con botonadura de diamantes, cadena de oro y una cara muy afeitada. Daba gozo verlo. De su brazo derecho venía colgada una señora, que trascendía á calle de Toledo, como de cuarenta años, guapetona, blanca, fina de facciones y grande de cara, que no era de muchos amigos. La filósofa, que debía de ser garbancera ó carnicera, ostentaba muchas alhajas de mal gusto, pero muy ricas. Delante del matrimonio una pasiega de azul y oro llevaba como en procesion un enteco infante, macrocéfalo, muy emperifollado con encajes, seda y cintas azules.

En otra ocasion Zurita no se hubiera atrevido á detener á don Cipriano, que pasaba fingiendo no verle, pero en aquel momento Aquiles tuvo el valor suficiente para estorbar el paso á la pareja rimbombante y saludar al filósofo con cierto aire triste y cargado de amarga ironía. Temblábale la voz al decir:

— Salud, mi querido maestro; ¡cuántos siglos que no nos vemos!

La filósofa, que le comía las sopas en la cabeza á Zurita, le miró con desprecio y sin ocultar el disgusto. Don Cipriano

se puso muy colorado, pero disimuló y procuró estar cortés con su antigua víctima de trascendentalismo.

En pocas palabras enteró á Zurita de su nuevo estado y próspera fortuna.

Se había casado, su mujer era hija de un gran maragato de la calle de Segovia, tuvieron un hijo, á quien había bautizado porque *había que vivir en el mundo*; él ya no era krausista, ni los había desde que Salmeron estaba en París. El mismo don Nicolás, según cartas que don Cipriano decía tener, iba á hacerse médico positivista.

— Amigo mío — añadía el ex-filósofo poniendo una mano sobre el hombro de Zurita — estábamos equivocados; la investigación de la Esencia del Sér en nosotros mismos es un imposible, un absurdo, cosa inútil; el armonismo es pura *inanidad* (¡ Dale con la palabreja! pensaba Zurita); no hay más que hechos. Aquello se acabó; fué bueno para su tiempo; ahora la experimentación..... los hechos..... Por lo demás, buena corrida la de esta tarde; los toros como del Duque, el *Gallo* superior con el trapo, desgraciado con el acero..... Rafael, de azul y oro, como el ama, algo tumbón, pero inteligente. Y ya sabe V., si de algo puedo servirle..... Duque de Alba, 7, principal derecha.....

La hija del maragato saludó á Zurita con una cabezada, sin soltar, es decir, sin sonreír ni hablar; y aquel matrimonio de mensajerías desapareció por la calle de Alcalá arriba, perdiéndose entre el polvo de un derribo.....

— ¡ Estamos frescos! — se quedó pensando Zurita. — De manera que hasta ese Catón se ha pasado al moro; no hay más que hechos..... don Cipriano es un hecho..... y se ha casado con una acémila rica..... y hasta tiene hijos..... y diamantes en la pechera..... Y yo ni soy doctor..... ni puedo acaso aspirar á una cátedra de Instituto, porque no estoy al tanto de los conocimientos modernos! Sé pensar y procurar vivir con arreglo á lo que me dicte mi conciencia; pero esto ¿ qué tiene que ver con los hechos? En unas oposiciones de Psicología, Lógica y Ética, por ejemplo, ¿ me van á preguntar si soy hombre de bien? No por cierto.

Y suspirando añadía:

— Me parece que he equivocado el camino.

En un acceso de ira, ciego por el desencanto, que también deslumbra con sus luces traidoras, quiso arrojarse al crimen..... y corrió á casa de doña Engracia, dispuesto á pedirle su amor de rodillas, á declarar y confesar que se había portado como un beduino, porque no sabía entonces que todo eran hechos, y nada más que hechos.....

Llegó á la casa de aquella señora. El corazón se le subió á la garganta cuando se vió frente á la portera, que en tanto tiempo no había vuelto á pisar.....

— El señor Tal, ¿ vive aquí todavía?

— Sí, señor; segundo de la izquierda.....

Zurita subió. En el primer piso se detuvo, vaciló..... y siguió subiendo.

Ya estaba frente á la puerta; el boton dorado del timbre brillaba en su cuadro de porcelana; Aquiles iba á poner el dedo encima.....

¿ Por qué no? No existía lo Absoluto, ó por lo ménos, no se sabía nada de ello; no había más que hechos, pues para hecho, Engracia, que era tan hermosa.....

— Llamo — se dijo en voz alta para animarse.

Y no llamó.

— ¿ Quién me lo impide? — preguntó á la sombra de la escalera.

Y una voz que le sonó dentro de la cabeza respondió:

— Te lo impide..... *el imperativo categórico*..... Haz lo que debes, suceda lo que quiera.

Aquiles sacudió la cabeza en señal de duda.

— No me convenzo — dijo; pero dió media vuelta y á paso lento bajó las escaleras.

En el portal le preguntó la portera.....

— ¿ Han salido? pues yo creía que la señora estaba.....

— Sí — contestó Zurita — pero está ocupada..... está..... con el *imperativo categórico*..... con un alemán..... con el diablo; ¿ señora!..... ¿ á V. qué le importa?

Y salió á la calle medio loco, según se sacó del contexto.

## V.

Aquiles Zurita frisaba con los cuarenta años cuando, según el estilo de un periódico de provincia que se dignó dar la noticia, *vió, al fin, coronados sus esfuerzos con el merecido galardón* de una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, en el Instituto de Lugarucos, pueblo de pesca, donde un americano pródigo había fundado aquel centro de enseñanza para los hijos de los marineros que quisieran ser pilotos.

Cinco oposiciones había hecho Aquiles ántes de *obtener, al fin, el merecido galardón*. Dos veces había aspirado á regentar una clase de Retórica, y tres á una de Psicología. En el primer combate le derrotó un orador florido; en el segundo, un intrigante; en el tercero, el Ministro, que no quiso darle la cátedra á pesar de ir Aquiles en el lugar principal de la terna, *por considerarle peligroso para la enseñanza*. El Ministro se fundaba en que Zurita había llamado á Dios Sér Supremo en el programa, y así, con letra mayúscula (1).

Cuando, lleno de canas y arrugas, casi ciego, llegó á firmar la nómina, Aquiles aborrecía ya el oficio mecánico de sabio de Real orden. Aquella ciencia que él había amado tanto sin pensar en el interés, les servía á otros para ganar un mendrugo falsificándola, recortándola y dislocándola, á gusto del que repartía la sopa universitaria.

« Unos cuantos lugares comunes, que se repetan cien y cien veces en los ejercicios, algunas perogrulladas profesadas con pedantería, unos pocos principios impuestos por la ley, predicados con falso entusiasmo, para acreditar *buenas ideas*..... esto, y nada más, era la ciencia de las oposiciones.»

— ¡ Dios mío, qué asco da todo esto! — pensaba el pobre Zurita, el eterno estudiante, que había nacido para amarlo y admirarlo todo, y que se veía catedrático de cosas que ya no amaba, ni admiraba ni, creía.

« ¡ Todo extremo, todo insensatez! En los Ateneos, mozalvetes que reniegan de lo que no han estudiado, audaces lampiños que se burlan de la conciencia, de la libertad humana; que manifiestan un rencor personalísimo á Su Divina Majestad, como si fuesen quisquillas de familia..... y ante el Gobierno, esos mismos jóvenes, ya crecidos, á otros parecidos, quemando incienso ante la ciencia tras-

(1) Histórico.

nochada del programa oficial.... ¡qué asco, Señor, qué asco!

«Ni aquello es ciencia todavía, ni esto es ciencia ya, y aquí y allí, ¡con qué valentía se predica todo! Es que los opositores y los atencistas no son completamente honrados; no lo son.... porque aseguran lo que no saben, sostienen lo que no sienten.»

Estos monólogos, y otros muchos por el estilo, los recitaba el catedrático de Lugaricos enfrente de las olas, en la playa solitaria, melancólica, de arena cenicienta.

Zurita era una de las personas más insignificantes del pueblo; nadie hablaba de él para bien ni para mal. Su cátedra en el Instituto era de las que se consideraban como secundarias. El fundador se había empeñado en que se enseñase Psicología, Lógica y Ética, y se enseñaba, pero ¿para qué? Allí lo principal eran las Matemáticas y la Náutica, la Geografía y la Física después, la Economía mercantil acaso; pero la Psicología, ¿para qué les servía a los muchachos? El director le había advertido a Zurita desde el primer día que en su cátedra no había que apurar mucho a los alumnos, que necesitaban el tiempo para estudios técnicos de más importancia que la filosofía.

Aquiles había bajado la cabeza, mientras despedazaba con los dientes un palillo. Estaba conforme, de toda conformidad; los pilotos de Lugaricos no necesitaban para nada absolutamente saber que el alma se dividía en tres facultades, sobre todo considerando que después resultaba que no había tal cosa, ni menos saber que la inteligencia tiene once funciones, cuando no las tiene tal.

—¡Ya me guardaré yo—le decía Aquiles al mar—de enervar el espíritu de esos chicos robustos, morenos, tostados por el sol, ágiles, alegres, valientes, crédulos, ansiosos de aventuras y tierra nueva! Que aprendan a manejar los barcos, y a desafiar las tormentas, y a seguir las corrientes del agua, a conocer las lenguas y las costumbres de los países lejanos; que aprendan a vivir al aire libre, por el ancho mundo.... y en cuanto a Psicología, Lógica y Ética, hasta una salve. ¡Mal haya el afán de saber Psicología y otras invenciones diabólicas, que así me tiene a mí de medrado física y socialmente!

Zurita, por cumplir con la ley, explicaba en cátedra el libro de texto, que ni pinchaba ni cortaba, lo explicaba deprisa, y si los chicos no entendían, mejor; si él se embrollaba y hacía oscuro, mejor; de aquello más valía no entender nada. En cuanto hacía buen tiempo y los alumnos querían salir a dar un paseo por mar, ¡ancha Castilla! se quedaba Zurita solo, recordando sus aventuras filosóficas como si fueran otros tantos recordamientos, y comiéndose las uñas, vicio feo que había adquirido en sus horas de meditación solitaria. Era lo que le quedaba del krausismo de don Cipriano, el morderse las uñas.

En una ocasión exponía Zurita en clase la teoría de las armonías preestablecidas, cuando estalló un cohete en el puerto.

—¡Las Gemelas!—gritó en coro la clase....

—¿Qué es eso?

—Que entran las Gemelas, el bergantín de los Zaldóas....

Y todos estaban ya en pie, echando mano al sombrero.

—¡Un bergantín en Lugaricos!

La cosa era mucho más importante que la filosofía de Leibnitz. Además era un hecho....

—¡Vayan ustedes con Dios!—dijo Zurita sonriéndose y encogiendo los hombros. Y quedó solo en el aula.

Y cosas así muchos días.

La Psicología, la Lógica y la Ética en Lugaricos no tenían importancia de ningún género, y a los futuros héroes del cabotaje les tenía sin cuidado que la volición fuese esto y la razón lo otro y el sentimiento lo de más allá.

Además, ¿qué filosofía había de enseñar a estos robustos hijos de marineros, destinados también a la vida del mar?

—No lo sé—decía a las olas Zurita.—¿La filosofía moderna, la que pasa por menos fantástica? De ningún modo. Una filosofía que prescinde de lo Absoluto.... mala para marineros. ¿Que no se sabe nada de lo Absoluto!.... pues y ¿el mar? ¿Dónde habrá cosa más parecida a ese Infinito de que no quieren que se hable?....

Quitáries la fe a los que habían de luchar con la tormenta le parecía una crueldad odiosa.

Muchas veces, cuando desde lo alto del muelle veía entrar las lanchas pescadoras que habían sufrido el abordaje de las olas allá fuera, Zurita observaba la cara tostada, seria, tranquila, dulce y triste de los marineros viejos. Veía serenos, callados, tardos para la ira, y se le antojaban sacerdotes de un culto; se le figuraba que allá arriba, tras aquel horizonte en que les había visto horas antes desaparecer, habían sido visitados por la Divinidad; que sabían algo, que no querían ó no podían decir, de la presencia de lo Absoluto. En el cansancio de aquellos rostros, producido por el afán del remo y la red, la imaginación de Aquiles leía la fatiga de la visión extática....

Por lo demás, él no creía ya ni dejaba de creer.

No sabía a qué carta quedarse. Solo sabía que, por más que quería ser malo, libertino, hipócrita, vengativo, egoísta, no podía conseguirlo.

¿Quién se lo impedía?

Ya no era el imperativo categórico, en quien no creía tampoco mucho tiempo hacía; era.... eran diablos coronados; el caso estaba en que no podía menos de ser bueno.

Sin embargo.... ¡tantas veces iba el cántaro a la fuente!....

El cántaro venía a ser su castidad, y la fuente doña Tula, su patrona (¡otra patrona!), hipócrita como Engracia, amiga de su buena fama, pero más amiga del amor. Otra vez se le quería seducir, otra vez su timidez, su horror al libertinaje y al escándalo eran incentivo para una pasión vergonzante. Doña Tula tenía treinta años, había leído novelas de Belot y profesaba la teoría de que la mujer debe conocer el bien y el mal para elegir libremente el bien; si no, ¿qué mérito tiene el ser buena?

Ella elegía libremente el mal, pero no quería que se supiera. Su afán de ocultar el pasado era vanidad escolástica. No quería dar la razón a los reaccionarios, que no se fían de la mujer instruida y literata. Ella no podía dominar sus fogosas pasiones, pero esto no era más que un caso excepcional, que convenía tener oculto; la regla quedaba en pie: la mujer debe saber de todo para escoger libremente lo bueno.

Doña Tula escogió a Zurita, porque le enamoró su conocimiento de los clásicos y el miedo que tenía a que sus debilidades se supieran.

Gertrudis tenía unos dedos primorosos para la cocina; era, sobre todo, inteligente en pescado frito, y aun la caldereta

la comprendía con un instinto que sólo se revela en una verdadera vocación.

Con los mariscos hacía primores. Si se trataba de dejarlos como Dios les crió, con todos sus encantos naturales, sabiendo á los misterios del Océano, doña Tula conservaba el aroma de la frescura, el encanto salobre con gracia y coquetería, sin menoscabo de los fueros de la naturaleza; pero si le era lícito entregarse á los bordados culinarios del idealismo gastronómico, hacía de unas almejas, de unas ostras, de unas percebes ó de unos calamares platos exquisitos, que parecían orgías enteras en un bocado, incentivos voluptuosos de la pasión más lírica y ardiente.... ¿Qué más? El mismo Zurita, entusiasmado cierto día con unos cangrejos que le sirvió doña Gertrúdis sonriente, llegó á decir que aquel plato era más tentador que toda la literatura erótica de Ovidio, Tibulo y Marcial....

¡Cómo había comido, y cómo comía ahora el buen Aquiles!

En esta parte, diga él lo que quiera, le había venido Dios á ver. Sin conocerlo el mismo catedrático de Ética, que, á pesar de los desengaños filosóficos, se cuidaba poco de la materia grosera, había ido engordando paulatinamente, y aunque seguía siendo pálido y su musculatura la de un adolescente, las pantorrillas se le habían rellenado, y tenía carne en las mejillas y debajo de la barba. Todo se lo debía á Tula, á la patrona sentimental y despreocupada que ideaba planes satánicos respecto de Aquiles.

Era éste el primer huésped á quien había engordado expreso la patrona trascendental de Lugarucos.

Tula (Gertrúdis Campoarana en el siglo) era toda una señora. Vinda de un americanete rico, se había aburrido mucho bajo las tocas de la viudez; su afición á Jorge Sand primero, á Belot despues, y siempre al hombre, le había hecho insoportable la soledad de su estado. La compañía de las mujeres la enojaba, y no habiendo modo de procurarse honestamente en Lugarucos el trato continuo del sexo antagonico, como ella decía, discurrió (y discurrió con el diablo) fingir que su fortuna había tenido grandes pérdidas y poner casa de pupilos decentes para ayuda de sus rentas.

De este modo consiguió Tula rodearse de hombres, cuidar ropa masculina, oler á tabaco, sentir el macho en su casa, suprema necesidad de su existencia.

En cuanto á dejarse enamorar por los pupilos, Tula comprendió que era muy peligroso, porque todos eran demasiado atrevidos, todos querían gozar el dulce privilegio; había celos, rivalidades, y la casa se volvía un infierno. Fué, pues, una Penélope cuyo Ulises no había de volver. Le gritaba la tentación, pero huía de la caída. Coqueteaba con todos los huéspedes, pero no daba su corazón á forcer á ninguno.

Además, el oficio de patrona le fué agradando por sí mismo; á pesar de que era rica, el negocio la sedujo y amó el arte por el arte, es decir, agudó el vino, echó sebo al caldo, galvanizó chuletas y apuró la letra á la carne mechada, como todas las patronas epitelúricas. Era una gran cocinera, pero esotéricamente, es decir, para sus amigos particulares; al vulgo de los pupilos los trataba como las demás patronas que en el mundo han sido.

Mas llegó á Lugarucos Aquiles Zurita, y aquello fué otra cosa. Tula se enamoró del pupilo nuevo por los motivos que

van apuntados y concibió el plan satánico de seducción á que ántes se aludía. Poco á poco fué despidiendo á los demás huéspedes, y llegó un día en que Zurita se encontró solo á la mesa. Entonces doña Tula, tímida como una gacela, vestida como una duquesa, le propuso que comieran juntos, porque observaba que estando solo despachaba los platos muy de prisa, y esto era muy malo para el estómago. Aquiles aceptó distraído.

Comieron juntos. Cada comida era un festín. Pocos platos, para que Zurita no se alarmase, pero succulentos y sazonados con pólvora de amor. Tula se convirtió en una Lucrecia Borgia de aperitivos eróticos.

Pero el triste filósofo comía manjares excelentes sin notarlo.

Por las noches daba muchas vueltas en la cama, y también notaba despues de cenar un vigor espiritual extraordinario, que le impelia á proyectar grandes hazañas, tal como restaurar él solo, por sí y ante sí, el decaído krausismo, ó fundar una religión. Lo más peligroso era un sentimentalismo voluptuoso que se apoderaba de él á la hora de la siesta, y al oscurecer, al recorrer los bosques de castaños, las alamedas sembradas de ruseñores ó las playas quejumbrosas.

Doña Tula dejaba hacer, dejaba pasar. Creía en la Química.

No se insinuaba demasiado, porque temía la fuga del psicólogo. Se esmeraba en la cocina y se esmeraba en el tocador. Mucha amabilidad, muchas miradas fijas, pero pacíficas, suaves; muchos perfumes en la ropa, mucha mostaza y muchos y muy buenos mariscos.... Esta era su política, su arte amatorio.

Lo cual demuestra que Gertrúdis tenía mucho más talento que doña Concha y doña Engracia.

Doña Concha quería seducir á un huésped á quien daba chuletas de caballo fósil.... ¡Imposible!

Doña Engracia quemaba con los ojos al macilento humanista, pero no le convidaba á comer.

Así él pudo resistir con tanto valor las tentaciones de aquellas dos incantadas mujeres.

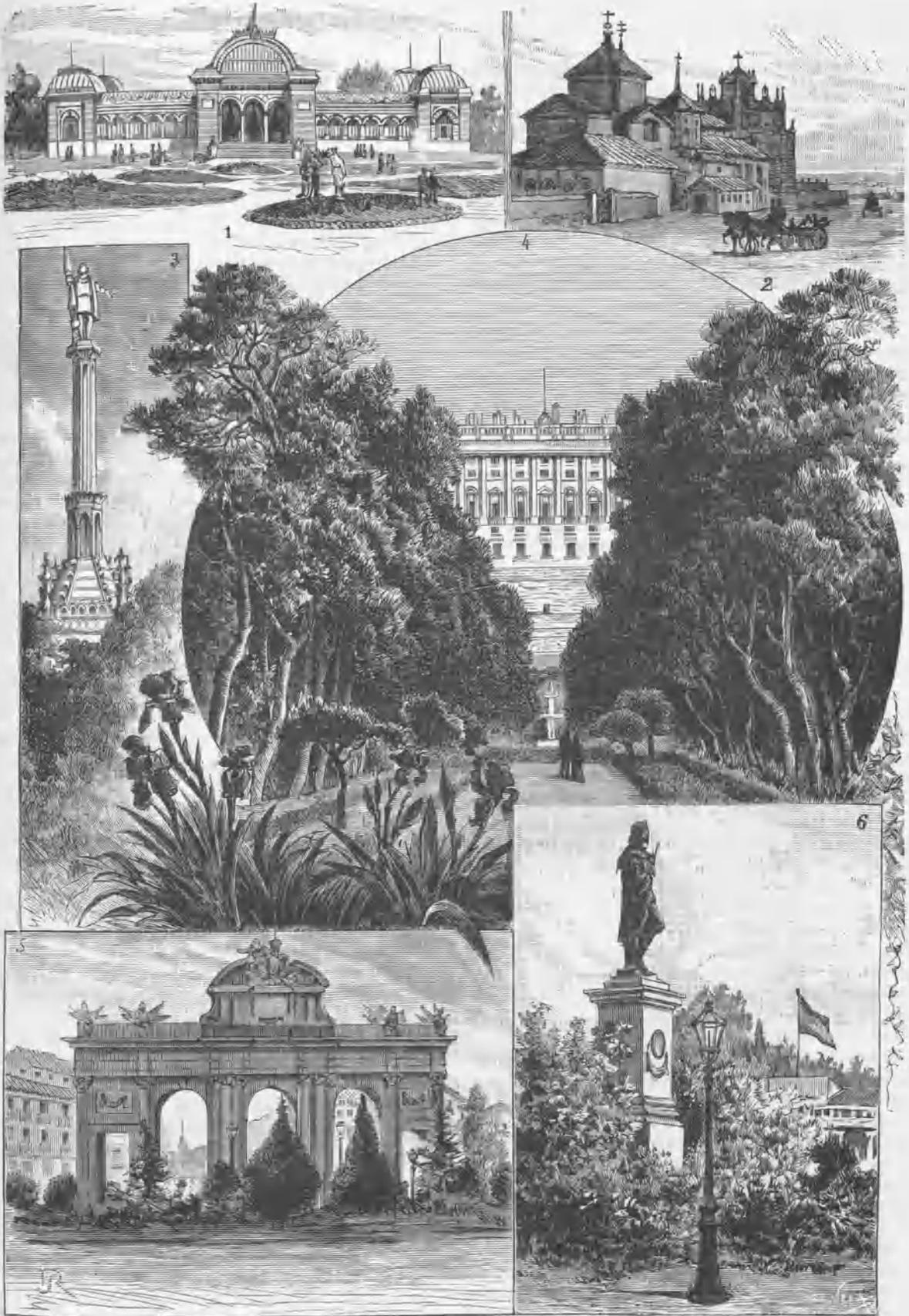
Ahora la batalla era formidable. Cuando Aquiles comprendió que Tula quería lo que habían querido las otras, ya estaba él bastante rollizo y sentía una virilidad de que ántes ni á un noticia tenía. La filosofía materialista comenzó á parecerle menos antipática, y en la duda de si había ó no algo más que hechos, se consagró al epicureismo, en latín por supuesto, no en la práctica.

Leyó mucho al amigo de Mecénas, y se enterneció con aquel melancólico consuelo del placer efímero, que es la unción de la poesía horaciana.

Ovidio también se le apareció otra vez con sus triunfos de amor, con sus noches en vela ante la puerta cruel de su amada, con sus celos de los maridos, con aquellos cantos rápidos ardientes, en que los favores de una noche se pagaron con la inmortalidad de la poesía.... Y pensando en Ovidio fué cuando se le ocurrió advertir el gran peligro en que su virtud estaba cerca de doña Gertrúdis Campoarana.

Aquella Circe le quería seducir sobre seguro, esclavizándole por la gula. Sí, Tula era muy literata y debía saber aquello de Nason;

MADRID



1. Palacio para Exposiciones. — 2. Basilica de Atocha. — 3. Monumento a Colon. — 4. Jardines del Campo del Moro. — 5. Plaza de la Independencia. — 6. Plaza de Murillo.

Aquellos cangrejos, aquellas ostras, aquellas langostas, aquellos calamares, aquellos langostinos en aquellas salsas, aquel santurme, no eran más que la traducción libre del verso de Ovidio

«*Et Venus in civis ignis in igne fuit.*»

«¡Huyamos, huyamos también ahora! — pensó Aquiles suspirando. — No se diga — le dijo al mar, su confidente — que mi virtud venció cuando tuvo hambre y metafísica, y que sucumbe cuando tiene hartazgo y positivismo. Yo no sé si hay ó no hay metafísica, yo no sé cuál es el criterio de la moralidad....; pero sería un cobarde sucumbiendo ahora.»

Y aunque algún neófito naturalista pueda acusar al pobre Aquiles de idealismo ó inverosimilitud, lo histórico es que Zurita huyó, huyó otra vez; huyó de Tula como había huido de Concha y de Engracia.

Y eso que ahora negaba en redondo el *imperativo categórico*.

La carne, aquel marisco hecho carne, le gritaba dentro: ¡amor, mi derecho!

Pero la Psicología, la Lógica y la Ética, que ya no estimaba siquiera, le gritaban: ¡abstencion, virtud, pureza!....

Y el eterno José mudó de posada.

## VI.

Aquiles salió de las redes de Tula con una pasión inventible: la pasión por el pescado, y especialmente por los mariscos.

Aunque algo se había enamorado de la patrona, al cabo de algunos meses consiguió olvidarla. Pero el regalo de su mesa para toda la vida se le había pegado al alma. ¡Como había comido allí no volvería á comer en la vida! Esta desconsoladora convicción le acompañó hasta el sepulcro.

Y con el mismo fervor con que en mejores tiempos se había consagrado á la contemplación del Sér en sí dentro del *yo* antes del límite, etc., se consagró á buscar en mercados y plazas el mejor pescado.

Él, que había sido un hombre insignificante mientras no fué más que catedrático de Psicología, Lógica y Ética, comenzó á llamar la atención de Lugarucos por su pericia en materia de culinaria fetiológica.

Meditó mucho y acabó por adivinar qué peces debían entrar y cuáles no en una caldereta clásica, y qué ingredientes debían sazonarla.

Pronto fueron célebres en todo el partido judicial las calderetas del catedrático de Psicología.

Cuando en la playa ó en el mercado se disenta si un besugo, un bonito ó una merluza estaban frescos ó no, se nombraba árbitro al Sr. Zurita si pasaba por allí.

Y él, sonriente, con aquel gesto humilde que conservaba á pesar de su gloria y de sus buenas carnes, después de mirar y oler la pieza decía:

— ¡Fresco! ó ¡apestado!

Y á nadie se le ocurría apelar.

Cuando los señores catedráticos tenían merienda, que era á menudo, Aquiles era votado por unanimidad presidente de la comisión organizadora.... y presidía el banquete y era el primero en ponerse alegre.

Sí, había acabado por tomar una borrachera en cada festín. *¡Ergo bibamus!* decía, recordando que era hijo de un dómine.

Y en el seno de la confianza, decía en tales momentos de expansión al que le quería oír:

— ¡Hul de la sirena, pero no puedo olvidar los primores de su cocina! ¡Podré volver á amar como entonces, pero no volveré á comer de aquella manera!

Y caía en profunda melancolía.

Todos sus compañeros sabían ya de memoria los temas constantes de las borracheras de Aquiles: Tula, el marisco, la Filosofía.... todo mezclado.

Mientras estaba en su sano juicio nunca hablaba ya de filosofía, ni tal vez pensaba en ella. En cátedra explicaba como una máquina la Psicología oficial, la de texto, pero nada más; le parecía hasta mala educación mentar las cuestiones metafísicas.

Pero en *alegrándose* era otra cosa. Pedía la palabra, se ponía sobre la mesa hollando los manteles, y suplicaba con lágrimas en los ojos á todos aquellos borrachos que salvaran la ciencia, que procurasen la santa armonía, porque él, en el fondo de su alma, siempre había suspirado por la armonía del análisis y de la síntesis, de Tula y la virtud, de la fe y la razón, del krausismo y los médicos del Ateneo....

— ¡Señores, señores: salvemos la raza humana que se pierde por el orgullo! — exclamaba, llorando todo el vino que había bebido, puestas las manos en cruz. — ¡Se os ha dicho *¡nihil mirari!* no maravillarse de nada; pues yo os digo, en verdad: admiradlo todo, creedlo todo, todo es verdad, todo es uno y lo mismo.... ¡Ah, queridos hermanos, en estos instantes de lucidez, de inspiración por el amor, yo veo la verdad una, yo veo dentro de mí la esencia de todo ser; yo me veo cómo siendo uno con el todo, sin dejar de ser este....

— ¡Este borracho, este grandísimo borracho! — interrumpía el catedrático de Agricultura, gran positivista y no ménos ébrio. Y cogiendo por las piernas al de Psicología lo paseaba en triunfo al rededor de la mesa, mientras Aquiles seguía gritando:

— ¡Todo está en todo y el *quid* es amarlo todo por serlo, no por conocerlo....! Yo amo á Tula en lo absoluto, y la amo por *serla* no por conocerla....

El de Agricultura daba con la carga en tierra, y Aquiles interrumpía sus reminiscencias de filósofo idealista para dormir debajo de la mesa la borrachera de los justos.

Y entonces, como si se tratase de un juicio de los muertos, en Egipto, empezaban ante el *cuero* de Aquiles los comentarios y censuras de los amigos:

— ¡Qué pesado se pone cuando le da por su filosofía!

— Bien; pero únicamente habla de eso cuando se emborracha.

— ¡No faltaba más!

— Y lo cierto es que no se puede prescindir de él.

— ¡Imposible! Es el *Brillat-Savarin* del mar.

— ¡Qué mapas!

— ¡Qué olfato!

— ¡Qué tacto!

— ¡Qué instinto culinario!

— Debía escribir un libro de cocina marítima.

— Teme el qué dirán. Al fin es catedrático de Filosofía.

## VII.

Ya hace años que murió Zurita, y en Lugarucos cada vez que se trata de comer pescado, nunca falta quien diga:

—¿Se acuerdan VV. de las calderetas de aquel catedrático de Psicología y Lógica?

—¡Ah, Zurita!

—¡El gran Zurita!

Y a todos se les hace la boca agua.

23 de Junio de 1884.

CLARIN.



«MIGUEL ÁNGEL.»



## Á CERVANTES.

Desde mi infancia te admiré : anhelante  
 Mi crédula y fogosa fantasía  
 Volaba en pos del *Caballero andante*,  
 Que de fiel escudero en compañía,  
 Llevado por su enjuto *Rocinante*,  
 Sus quiméricos sueños perseguía.  
 En lo interior de la encantada *venta*  
 Penetraba con él : le iba siguiendo  
 En combates y encuentros y aventuras,  
 Siempre el alma sedienta  
 De fatigas y gloria, y siempre viendo  
 Disiparse el tropel de sus locuras,  
 Cual polvo que se aventaja.  
 Mas, aunque fueron en mi edad temprana  
 Deleite y emoción nunca extinguida  
 Las gracias de tu p'uma soberana,  
 ¡ Oh gran Cervantes ! al seguir la huella  
 De tu azarosa vida,  
 Sin cesar combatida  
 Por los rigores de enemiga estrella ;  
 Al verte enfermo y pobre  
 Lanzarte osado en el feral combate  
 Para que el alma su vigor recobre ;  
 Luchar fiero y altivo  
 Con el hada cruel, que no te abate ;  
 Dar tu sangre en Lepanto ;  
 Ser en Argel cautivo,  
 Y olvidado en tu patria morir luego ;  
 Y al recorrer de tu inmortal *Manchego*  
 Las páginas risueñas, se divisa  
 Con penoso quebranto,

Que tras aquella inimitable risa  
 Está corriendo un manantial de llanto.  
 Alzada la visera,  
 Embrazada la adarga y empuñando  
 La fuerte lanza, en desigual carrera  
*Don Quijote* arrojábase do quiera,  
 Su escualido rocín espoleando.  
 Ni el peligro detiènele, ni el miedo,  
 Al emprender la hazaña  
 Que imaginara en su febril denuedo ;  
 No oye al rústico Sancho, que le advierte  
 Con un sentido que jamás le engaña  
 Lo infausto de su suerte ;  
 Ciego se precipita  
 Tras el fantasma que su mente engaña,  
 Y súbito recibe el golpe rudo  
 De su desgracia escrita,  
 Más fuerte que su lanza y que su escudo.  
 Poco importa que en su ánimo confie :  
 Siempre que se medita  
 El noble anhelo que su pecho agita  
 Se siente compasión aunque se ríe ;  
 El destino sañudo  
 Contempla el hombre y su fatal caída  
 Cuando ya empieza á remontar el vuelo,  
 Y cuerdo ó loco, su ilusión querida  
 Ve á sus plantas herida  
 Por los rayos del mundo ó los del cielo.  
 Sublime idealidad, triste realismo  
 En que se mezcla todo :  
 ¡ Una flor entreabriendo en un abismo ;  
 Una perla brillando sobre el lodo !  
 Por eso, genio audaz, cuando la fama  
 Tu libro, en que á torrentes se derrama  
 La inspiración, y es hoy nuestro alborozo,  
 Desde la España lo llevó á otra esfera,  
 El orbe entero lo aplaudió con gozo,  
 Porque vió en él la humanidad entera.  
 ¿ Quién no sintió, como el *Hidalgo* noble  
 Ante una empresa que soñó accesible,  
 Sin que jamás su voluntad se doble,  
 La pena de luchar con lo imposible ?  
 ¿ Quién no viajó encantado

Por el bello país de las quimeras;  
 Dió realidad á mágicas visiones;  
 Luchó desesperado  
 Con vanas sombras, que ahuyentó ligeras;  
 Forjó castillos sin ningún cimiento,  
 Y convertirse vió sus ilusiones  
 En *molinos de viento*?  
 Y al escuchar que el corazón golpea,  
 ¿Quién, si ya el desengaño no le abrumba,  
 No pensó en una amante *Dulcinea*,  
 Que entreve dibujarse  
 Con líneas de aire y de vapor y espuma,  
 Y que verá risueña  
 Á poco en el espacio disiparse,  
 Bella como una huri con que se sueña,  
 Y falsa como un sueño, al despertarse?  
 ¡Cuánta, cuánta riqueza  
 En ese libro espléndido se anida,  
 Y en torno del autor y de su vida,  
 Cuánta, cuánta pobreza!  
 ¡Ay! Cuando el pueblo que meció su cuna,  
 Magnífico florece,  
 Y el sol de la fortuna  
 Sobre la real diadema  
 Con un fulgor intenso resplandece,  
 Que no se sabe si ilumina ó quema,  
 Cervántes muere en la profunda sombra,  
 Y ve en la soledad, que no le asombra,  
 De su sepulcro yerto,  
 Los laureles caer que en otro día  
 En su frente ostentó la tiranía,  
 Y él solo vive, cuando todo ha muerto.  
 Desde el versátil imperial soldado  
 Que á los acordes del clarín sonoro  
 La Europa recorriendo, desbordado  
 Como la mar al extender sus olas,  
 La inundó con la sangre y con el oro  
 De las fértiles tierras españolas;  
 Hasta el imbécil que salió del lecho  
 Para echar en la tumba  
 Los últimos despojos  
 De su poder deshecho,

Todo ha querido el cielo que sucumba;  
 Y hoy se ofrece á los ojos  
 De aquella edad de gloria y poderío  
 En que cayó desde la cima España,  
 Su símbolo más grande y mas sombrío:  
 Un *panteon* al pié de una montaña.  
 Coloso del ingenio, al recordarte  
 Se despierta mi númen lisonjero,  
 Y en tí á mi patria, que llegó á admirarte,  
 La admiro, la saludo y la venero.  
 Yo, como tú, agobiado  
 Por la carga infeliz de la existencia;  
 Viendo surgir el ideal soñado,  
 Como un hijo, tal vez, de la demencia,  
 Del hado ciego por fatal sentencia,  
 Quizá pronto los lazos  
 Romperse mire de mis breves días,  
 Y arroje hecho pedazos  
 Un laud cuyas tristes armonías  
 La duda inspiran y el dolor. Mas ántes  
 Que el adios melancólico y postrero  
 Dé á las Musas, concédeme pretenda  
 Consagrar á tu genio, ¡oh gran Cervántes!  
 En pobres rimas, una humilde ofrenda:  
 ¡Á tí, gloria de España,  
 Pasma y admiración del mundo entero,  
 Astró que el arte con su lumbré baña;  
 Á tí, que entre miserias has escrito  
 Tu obra gigante en el lenguaje hermoso  
 En que el hombre dichoso  
 Habla mejor á Dios y al infinito;  
 En el cual expresé con alegría  
 Mi primer pensamiento,  
 Recé, amé, suspiré, canté algun día  
 La ilusión que da aliento  
 Y el padecer que oprime;  
 Á tí, que eres, en fin, eterno encanto  
 Del que te evoca, y creador sublime  
 Del grandioso idioma en que te canto!

G. BELMONTE MULLER.

Puerto-Rico.





## LA LIRA TRISTE.

### INTRODUCCION.

Hay horas en que todo, en torno mio,  
Se desespera y llora;  
Horas en que un espíritu sombrío  
En mi cerebro mora.

Horas en que pareceme la estrella  
Resplandor de blandones;  
Fuego de una pistola la centella,  
Y las rosas sangrientos corazones.

Un cementerio azul la mar salada;  
Un rostro amarillento  
De envidioso la luna nacarada,  
Y una lira de bronce el ronco viento.

En estas horas la escondida fuente  
Finge amargo sollozo;  
Horribles carcajadas el torrente,  
Y la noche un oscuro calabozo.

Y del reló en el golpe acompasado  
Oigo el martillo fiero  
Con que labra mi féretro enlutado  
El lúgubre y terrible carpintero.

Horas en que un espíritu sombrío  
En mi cerebro mora;  
Horas ; ay ! en que todo, en torno mio,  
Se desespera y llora !

### I.

En la tumba de mi amada  
Ha hecho el nido un ruiseñor,  
Que en las noches del estío  
Entona dulce cancion.

Cuando el pájaro da al viento  
Su argentina y tierna voz,  
Yo escucho en sus melodías  
El idilio de mi amor.

Y al comparar aquel tiempo  
De rosas, brisas y sol,  
Con estos lúgubres días,  
Se me parte el corazon.

En la tumba de mi amada  
Ha hecho el nido un ruiseñor,  
Que me arranca amargo llanto  
Con su amorosa cancion.

### II.

Hay una hada gentil de ojos brillantes  
Y sedosos cabellos perfumados,  
Que luce joyas, perlas y diamantes,  
Terciopelo y brocados.

Esta deidad de espléndida hermosura,  
De dulce voz y rostro sonriente,  
Oculta con su régia vestidura  
Un cuerpo de serpiente.

Con sus labios de grana y ambrosia  
Nos da en la boca un ósculo de fuego,  
Y nos conduce al mundo de la orgía  
Y al abismo del juego.

Es ella la que cambia el lecho honrado  
Y pobre de las jóvenes hermosas,  
En un lecho magnífico y dorado  
De encajes, seda y rosas.

Ella mata en el pecho la alegría  
Y roba al corazón virtud y calma.  
¡Ay, ella oscureció mi fantasía  
Y envenenó mi alma!

## III.

Desatados los bucles de oro,  
Desnudos los pechos  
Diamantinos, redondos, y blancos  
Cual flores de almendro;  
Encendida la faz, las pupilas  
Placer despidiendo,  
Y en la boca sonrisas, perfumes  
Y lúbricos besos;  
Las dos bellas al par presidian  
El banquete régio.  
Y yo al verlas marchitas y hermosas,  
Cantando y riendo,  
Con la aurora en la frente divina,  
La noche en el seno,  
De mis ojos cayó ardiente lágrima  
Al vaso bohemio,  
Dibujando en el rico champaña  
Un surco de fuego.  
Desde entonces, si llevo á los labios  
El vino extranjero,  
Se entristece mi alma y figúrome  
Que lágrimas bebo.

## IV.

En la alta noche, en las febriles horas  
En que mi herido corazón batalla  
Con mi ardiente cerebro arrebatado,  
Y en que mis sienas lívidas desgarra  
El insomnio fatal, rumor siniestro,  
Espantoso rumor llena mi estancia,  
Que ya finge silbido de huracanes  
Ó sonoro batir de recias alas.

Son los cantores del dolor, los genios  
En cuyo llanto se bañó mi alma,  
Que á visitarme vienen, y en las sombras,  
Bañados de fulgores, se destacan.  
Dante, el de la pupila apocalíptica,  
El gibelino de facciones trágicas  
Aparece el primero; luego surge,  
Con su frente de rayos coronada,  
El olímpico Shakspeare, y les siguen  
El ciego y dulce Milton; la bizarra  
Sombra del Lord sublime, el arrogante  
Lírico-tempestad; la triste y pálida

Imágen de Schellei; el gran Leopardi  
Con el buitro clavado en las entrañas;  
Heine, el sarcasmo en la risueña boca,  
Y en el doliente corazón las lágrimas;  
Alfredo de Musset, rota en la mano  
La copa de los goces; la romántica  
Figura de Espronceda y el satánico  
Bandelaire con su tétrica mirada.  
Todos á mi se acercan y á mi oído  
Algo terrible y lastimero cantan,  
Algo que aterra al ánimo esforzado,  
Y hondo gemido al corazón arranca.

¿Qué cantos misteriosos y fatídicos  
Murmuran en la noche esos fantasmas?  
Lo ignoro; sólo sé que está más triste  
Y amarilla mi faz por la mañana.

## V.

La bella virgen de las trenzas de oro  
Y su gentil amante se sentaban  
Al piano sonoro,  
Y las teclas en lágrimas bañaban.

Mas un día los celos penetrantes  
El corazón del hombre envenenaron,  
Y aquellas teclas de marfil brillantes  
En sangre, en roja sangre se bañaron!

## VI.

¡Oh, bebamos, bebamos, hermosa!  
Que los besos abrasan los labios  
Y el amor da una sed insaciable.  
¡Bebamos, bebamos!

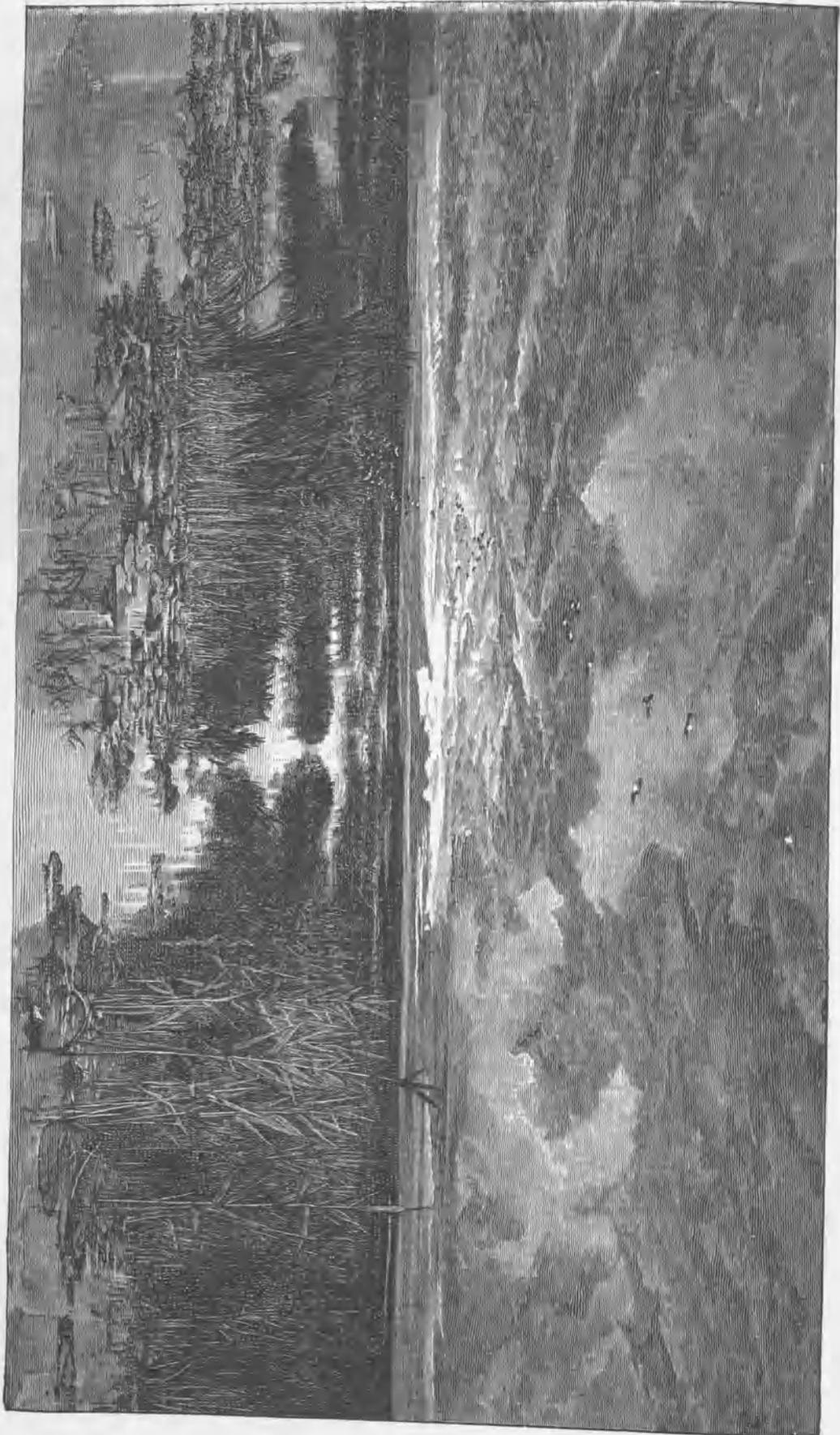
¡Á cantar, á beber! Este vino  
Tiene perlas, perfumes y rayos,  
Como tú, mi gentil adorada.  
¡Bebamos, bebamos!

¡Á gozar, á reír! Luego puedes  
Descansar en tu lecho de sándalo  
Bajo el rico dosel de oro y púrpura.  
¡Bebamos, bebamos!

¡Sí, bebamos! La vida es horrible,  
Y ahogar quiero en el fondo del vaso  
Mis angustias y negros dolores.  
¡Bebamos, bebamos!

## VII.

En mi loco cerebro de poeta  
Ha hecho su nido un águila,  
Un águila siniestra y arrogante,  
De poderosas alas.



\*LAGUNAS DE ESCOCIA.\*—(ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)

Cuando estalla en los aires la tormenta  
El ave el cielo escala,  
Y al huracan y al rayo desafía  
Con valiente mirada.

—  
Ama las espantosas tempestades,  
Las tempestades bravas;  
Ya se desencadenen en la altura,  
Ó rujan en el alma.

—  
Cuando la tempestad en su caballo  
De tinieblas y llamas  
Huye del cielo, en pos de la tormenta  
Baja á mi pecho el águila.

—  
Y en mi doliente corazon se ceba  
Con implacable saña,  
Dejando en él las huellas de su pico  
Y de sus fuertes garras.

—  
¡Ay! con el corazon despedazado  
Y la mente agitada  
Voy por el mundo, sin poder libramme  
Del ave negra y trágica!

## VIII.

Al borde del severo  
Y humilde camposanto de la aldea,  
Como bruñida lámina de acero  
El cristalino Bétis centellea.  
En las noches azules del estío,  
Entre brisas, aromas y fulgores,  
Cruza una barca el trasparente rio,  
Poblada de hermosuras y cantores.  
Y las tumbas heladas  
Del humilde y severo camposanto  
Repiten las sonoras carcajadas  
De los mancebos, y el alegre canto.

## IX.

En el vaso tallado y luciente  
Fulgura el ajenjo,  
Como el ojo de un tigre ó las ondas  
De un lago sereno.

—  
Bebe ansioso el licor de esmeralda  
Un pobre bohemio,  
Un vicioso poeta, y se abisma  
En plácidos sueños.

—  
De repente, fantástica, surge  
Del vaso de ajenjo  
Una virgen de túnica verde  
Y rostro siniestro.

Sus pupilas están apagadas  
Como un astro muerto,  
Y en sus lividos labios la risa  
Parece un lamento.

—  
Es la virgen la horrible *locura*,  
Que abraza al bohemio,  
Y se lanza con él á un abismo  
Fatídico y negro.

## X.

¡Todo es disfraz! Bajo una frente hermosa  
Descubro un pensamiento pervertido.  
Allá contemplo un sér empedernido  
Con tristes ojos y la voz llorosa.  
Aquí, la corrupcion con faz de diosa;  
Y allí, en risueño y apartado nido  
De amores, el rencor vela escondido,  
Cual vibora en el cáliz de una rosa.  
¡Todo es difraz! Con cara placentera  
Y en el labio la alegre carcajada,  
La horrorosa perfidia nos espera.  
¡Tuvo siempre el cobarde audaz mirada!  
¡Piel sedosa y brillante la pantera!  
¡Y resplandores la traidora espada!

## XI.

En verde primavera perfumada  
Nacieron mis amores.  
En la esfera azulada  
Todo era luz; aromas y colores  
En los risueños campos florecientes,  
Y sueños en el alma enamorada!  
¡Cuán dulce era la endecha apasionada  
Del tierno rui señor! ¡Qué melodiosas  
Las cristalinas fuentes!  
Qué encendidas y espléndidas las rosas!  
¡Dichoso tiempo! En mi cerebro hervía  
La inspiracion sagrada,  
Y en mi pecho el amor y la alegría.  
Mi vida no era más que una alborada:  
¡Cantos, perfumes, sol y poesía!  
Mi noble y dulce amada  
Era bella, tan bella como el cielo;  
Ojos puros, hermosos y lucientes  
Cual las noches serenas del estío;  
La piel de terciopelo;  
El cabello era fúlgida aureola,  
Y los perlados dientes  
Brillaban como gotas de rocío.  
En el fondo de vivida amapola.  
¡Bello tiempo de amor y de delicia!  
Como dos perlas que una misma ola  
En su albo seno mece y acaricia,  
Cual dos lozanas flores  
Que tienen enlazadas sus raíces,  
Y que al besarse, amantes y felices,  
Confunden su fragancia y sus colores,

Así los dos vivíamos dichosos.  
 ¡Oh tiempos venturosos,  
 Días de cielo azul resplandeciente,  
 En que en mi labio el beso aleteaba,  
 Y férvida estallaba  
 Del entusiasmo la canción valiente,  
 Y en que llevaba en mi atrevida mente  
 Los brillantes fulgores  
 Del áureo sol de Grecia, y en mi alma  
 Frescas rosas y arpados ruiseñores!  
 ¡Adios, por siempre adios, plácidos días,  
 Que os llevásteis alados, con mi calma,  
 Mi fe, mi juventud, mis alegrías.



En verde y perfumada primavera,  
 Al florecer la rosa  
 Y al bañarse la esfera  
 En olas de oro, de amatista y grana,  
 Una tarde risueña y luminosa  
 Sollozó la campana  
 Y trágica se abrió la negra fosa  
 Para la dulce compañera mía;  
 La musa generosa  
 De mi inspirada y noble poesía;  
 ¡La madre de mis hijos amorosa!  
 ¡Qué espantoso dolor!..... Me es imposible  
 Describir la catástrofe terrible;  
 Que cuando el alma siente  
 Tan rudas convulsiones,  
 Ni hay esplendor en la exaltada mente,  
 Ni en la lira canciones!



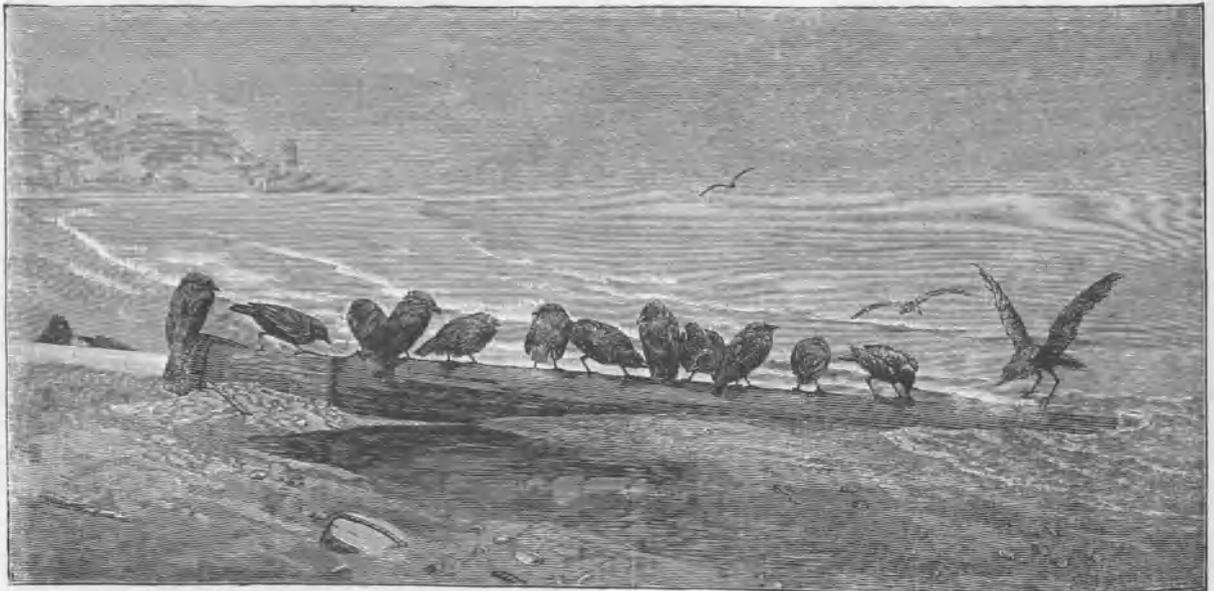
Muerta mi esposa, mi ilusión querida,  
 Una alegre mañana  
 Aire buscando y vida,  
 Para el alma viuda y dolorida,  
 Me asomé á mi ventana.  
 Radiante estaba el sol; puro el ambiente;  
 Los árboles frondosos;  
 Los pájaros cantaban dulcemente,  
 Y pálidos mancebos bulliciosos  
 Entonaban, de vuelta de la orgía,  
 Cánticos amorosos.  
 Todo era animación, todo alegría,  
 Mientras la pena inconsolable y honda  
 El corazón enfermo me rompía.

Una hermosa, feliz y tierna madre  
 Con una niña delicada y blonda  
 Ante mi puerta con amor jugaba,  
 En tanto el noble y venturoso padre  
 Risueño el bello grupo contemplaba.  
 ¡Ah! no pude seguir viendo esta escena,  
 Que acrecentaba mi terrible pena;  
 Y en lágrimas los ojos arrasados,  
 Estuve sollozando todo el día  
 En brazos de mis hijos adorados!

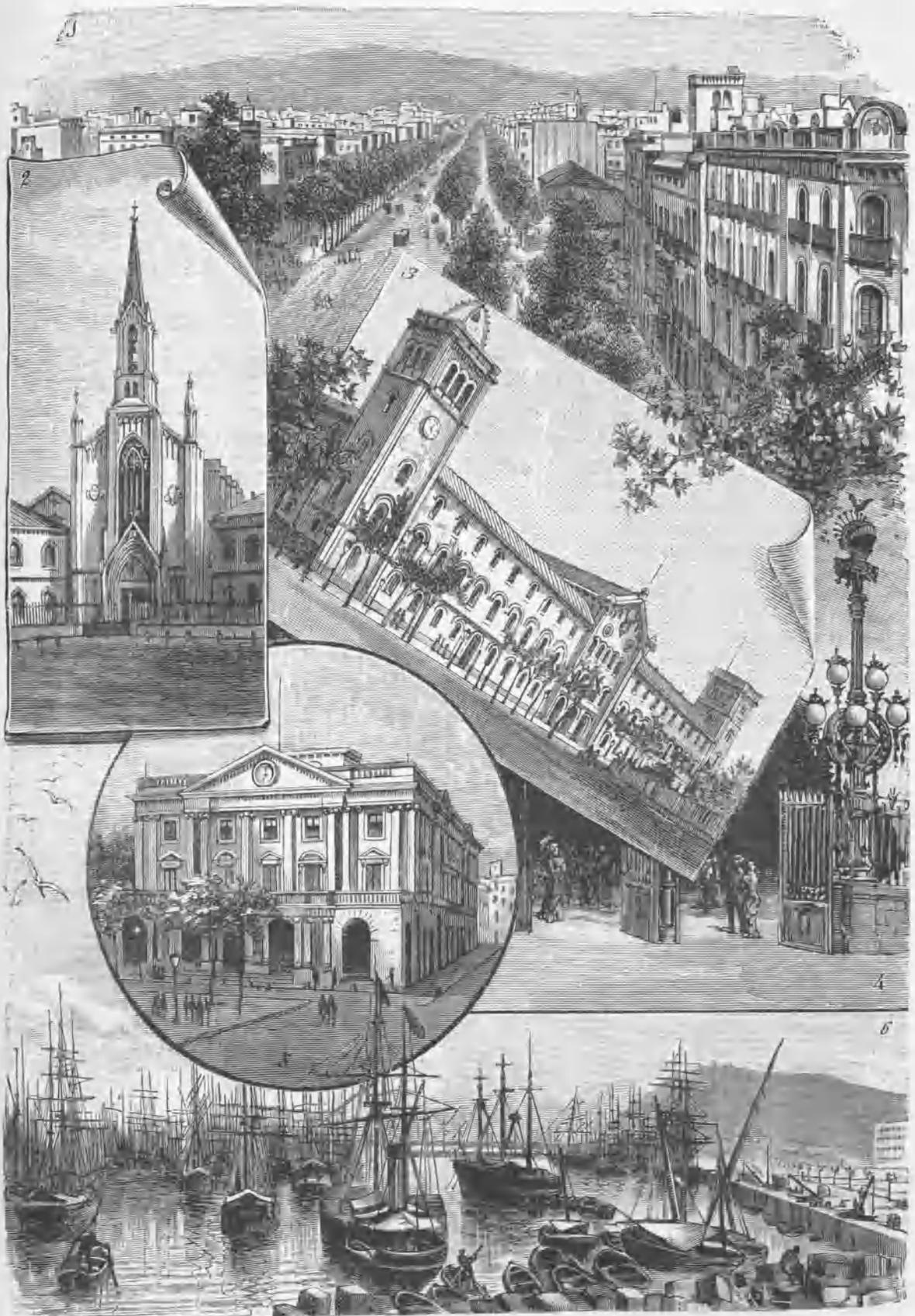


Hoy mi existencia es llanto y agonía,  
 Sombras, tristeza y duelo,  
 Y en esta noche lóbrega y sombría,  
 ¡Ay, no descubí el azulado cielo!

MANUEL REINA.



BARCELONA.



1. Paseo de Gracia. — 2. Convento de Adoratrices. — 3. Universidad. — 4. Entrada al Parque. — 5. Bolsa. — 6. Puerto.  
(DIBUJO DE RIUDAVETS.)

# DON RUPERTO DE ALGARRA

## (DE PROFESION CURIAL).

I.



TIENE cincuenta y dos años y es soltero.

Nació en tierra de Toledo, pero vive en Madrid hace treinta y dos años, y tiene casa puesta en la calle de los Ministriles, 55, tercero.

Habita con su hermana doña Gertrúdis, de cinco años ménos que él, viuda y modesta pensionista del Estado, que es la que lleva el peso de la casa.

Consiste este peso en limpiar una sala, dos alcobas, el despacho, un conato de comedor que hay ántes de entrar en la cocina, y en *azobar* á una alcarreña, de las de cuarenta reales al mes, soldado y río, para que cuide del puchero, haga el gnisado por la noche y compre la escarola fresca, y no *manida*; teniendo la precaucion de hacerse regalar el perejil por el verdulero.

Fuera de esto, doña Gertrúdis sólo se ocupa de ir á las Cuarenta Horas, mandar los cañamones para sus jilgueros y hacer media de estambre para su hermano D. Ruperto, que padece dolores reumáticos.

La casa es un modelo de órden: en la sala hay una consola de pata de cabra y piedra de mármol; encima hay dos floreros, algo lacios, porque las flores son de cera, y treinta y dos veranos de Madrid las han ajado mucho: entre los dos floreros hay un reloj de zinc, que representa á Juana de Arco despues de la batalla de Orleans (por un capricho del artista, al lado de la figura de Juana hay una cabra con cuernos plateados). Hay tambien un espejo de marco dorado, cubierto luna y todo con una gasa de color de fresa, sobre la que resaltan ciertos puntos negros; indudablemente vestigios del paso de las moscas.

En el suelo, debajo de la consola, hay un juego de café de porcelana blanca, con ramos dorados, y delante de él una cola de pavo real artísticamente colocada en forma de abanico.

La sillera es de reps verde, y el sofá, de forma de los llamados *vis-à-vis*, tiene, á la altura en que se supone ha de llegar la cabeza de los que se sienten, unos cuadrillos de *crochet*, para evitar que la grasa del pelo estropee la tela. Hay en el centro un velador de caoba, y encima del velador dos cajas de dulces, es decir, que fueron de dulces, algo deterioradas porque proceden de la boda de doña Gertrúdis; un juego de tresillo de *maqué* y una *chuffeta* de plata.

La alfombra es á rayas, de aquellas que se hacian hace cuarenta años, y se conocian en el comercio por de *empresas varias*.

Tambien hay cuadros: á la izquierda, en un marco y dentro de un cristal, hay un perro de aguas, bordado de relieve, con los ojos de abalorio verde y un leterrito bordado con

estambre encarnado, que dice: *A su tia Gertrúdis, su sobrina Paca.*

(Algo redundante es el letrero, porque tratándose de una obra dedicada á su tia, bastaba con que el artista hubiera firmado *Paca*, sin necesidad de añadir que era su sobrina.)

Hay otro grabado que representa á la reina Cristina en el acto de abrir las Córtes en 1833, y un retrato de D. Ruperto al daguerreotipo, de aquellos que no se pueden mirar por ninguna parte, y de que únicamente se hace cargo el espectador despues de haberse colocado en veinticinco posiciones distintas, y sólo á beneficio de ponerse la mano extendida sobre los ojos, en la posicion del que se quita el sol en el campo.

Entónces se ve á D. Ruperto con foques y corbatin; con un sombrero que ocupa la mitad del cuadro; con un baston artísticamente colocado entre las piernas y las dos manos encima del puño, entre las que estruja convulsivamente un guante; levita de talle largo y entallado, y la cruz del 7 de Julio en el ojal.

Como obras de arte fuera de las descritas, y un par de huevos fritos con jamon, esculpidos en piedra, que hay en una rinconera, no se ve en la sala nada más digno de llamar la atencion, si se exceptúa una guardamalleta que hay sobre la ventana y dos clavos romanos que sirven de alzapaños preventivos, porque no se tiene noticia de que haya habido colgaduras nunca.

El despacho es más sencillo. Hay una librería de un solo cuerpo, en la que están los *Códigos españoles*, el *Febreiro Navisimo*, el *Diccionario de Escribete*, las sentencias del Tribunal Supremo, algunos tomos de la coleccion de decretos, la ley de Enjuiciamiento Civil, la Criminal, algunos tomos del *Diccionario de Madoz*, y en la parte baja cierto número de autos, cubiertos de respetabilísima capa de polvo.

Hay cuatro sillas, dos mesas y un reloj de pared, con las pesas al aire y una viñeta en la esfera, que representa un valenciano en jarras y con zaragüelles.

La mesa grande es la de D. Ruperto. Hay una escribanía de metal dorado de San Juan de Alcaráz, de aquellas que tienen tintero, salvadera, obleera y hasta campanilla; una carpeta que ha sido de hule, y á la que una serie de sucesivas capas de arenilla y de tinta ha hecho pasar por diversos estados, desde el en que parece papel de lija, hasta el de badana.

La mesa está sembrada de papel de oficio y de citaciones á juicio de conciliacion, y cuyos blancos, para los nombres del demandante y demandado y objeto de la demanda, parece que están diciendo: «¡Llenadme!»

Hay tambien en la mesa un paquete de tabaco picado, un brillo de papel de fumar del *Leon rampante*, una caja de fósforos y un ovillo de hilo encarnado.

En la mesa chica, una falsilla, una carpeta hecha con varias *Correspondencias*, y una jicara con tinta; en ella se sienta una máquina de escribir y andar, que se llama *Fermin*; gana tres reales diarios, tiene las manos llenas de sabañones y apenas si llega con la barba á la mesa, por más de que es más útil á nuestro D. Ruperto que cualquier escribiente hecho y derecho.

## 11.

Conocida la habitación de D. Ruperto, lo cual nos da ya una idea de su economía, orden y concierto, prescindiendo de su historia, que nos llevaría demasiado lejos, vamos á estudiarle en sus ocupaciones.

Se levanta á las ocho en todo tiempo; extiende las citas que ha de llevar durante el día á los distintos Juzgados municipales, y da á *Fermin* una lista de las cuentas que tiene que presentar; porque D. Ruperto, en su cualidad de curial, se encarga de cobrar de los deudores incobrables, á los que representa como cesionario de sus cuentas: cita á juicio, y despues de que aquéllos, ó han reconocido la deuda ó han sido condenados en rebeldía por haberseles hecho las tres citas y no haber comparecido á ninguna, se entiene con ellos á pagar en plazos mensuales, cuyos recibos lleva *Fermin*, y se da el pobre chico tantos paseos, que mengua, y no es porque deje de crecer, sino porque se desgasta por los piés. Hecha esta operacion (la de la entrega de las cuentas), don Ruperto trabaja en sus asuntos particulares, que consisten en poner al corriente las cuentas de algunas viudas y jubilados que administra, y á quienes adelanta sus pagas y hace préstamos con interes, retencion y juicio convenido.

Recibe desde las once y media hasta las doce y cuarto, á cuya hora suelen visitarle los deudores que quieren evitarse un embargo mediante entrega á cuenta, los jubilados y las viudas que desean empréstitos, y algun alguacil que otro, con quienes conferencia reservadamente.

Come á las doce y media, y como él dice, mientras come no recibe ni al *Verbo divino*, y á la una se dispara, envuelto en su gaban, que lleva sobre el chaleco, á los Juzgados municipales.

Entra en todos como de casa, tutea al secretario, pasa la mano por el cogote al alguacil con aire protector; él mismo se extiende algunas citas en las mesas del Juzgado; paga cuentas al secretario y los oficiales, y recibe las consignaciones; sirve de hombre bueno si hay algun juicio y le necesita algun amigo; celebra los que tiene citados por su cuenta; pacta con los deudores los plazos en que ha de reintegrarse la cuenta que representa, y á pesar de ser sólo curial, se hombrera con algun abogado, que le firma los escritos que necesita.

Á las dos y media se dirige á las Salesas; conoce á todo

el mundo, desde el portero hasta el último escribiente de las Escribanías y el repartimiento.

Entra en la sala de procuradores y notifica y es notificado de la manera familiar y franca que se hacen las notificaciones en España.

Sube á los Juzgados; va de mesa en mesa; los oficiales mayores le miran con respeto y los escribientes se extasian ante aquella cadena de reloj, que ni la de *Los Puros reales*.

Lleva un papel y un lápiz, con el que apunta los distintos trámites por que pasan los negocios que representa; conferencia con otros procuradores; hace arreglos; firma diligencias que estaban sin firmar hace tres meses, á pesar de haberse actuado mucho despues de ellas, y por último, al salir de las Salesas, queda de acuerdo para el día siguiente con uno ó dos escribanos para los embargos que ha de verificar.

Asiste siempre á ellos, y designa los bienes que han de tasarse.

Quien le vea marchar por la calle airosa y apresuradamente, llevando á la siniestra mano al escribano, generalmente envuelto en su capa, debajo de la que va el rollo de papeles; á la diestra al alguacil, siempre con gaban, y el baston debajo del gaban, colgado en el chaleco, de forma que sólo se le ve la contera, que sale por entre los faldones, á guisa de espada de la ley, no sospecharía que aquella fisonomía fresca y casi juguetera va á dar la desazon á un ciudadano.

Concluidas sus operaciones á las tres ó tres y media, va al café Oriental ó al de Lisboa y toma café en vaso, una cucharadita de leche en la copa para hacerse un refresco, una copa de ron bajo el hipócrita pretexto de que le echen gotas, y aún se lleva tres terrones de azúcar; todo por cincuenta céntimos de peseta, con propina y todo, lo cual produce que el mozo, á quien él tutea y llama Pepe, le diga: «Vaya usted con Dios, Sr. D. Ruperto.»

Á las cuatro y media vuelve á su casa, pone en limpio las notas que tomó en las Salesas, prepara parte de trabajo para el día siguiente y toma las cuentas á *Fermin*, á quien increpa duramente si no ha cobrado cuanto se proponía.

Recibe, de seis á ocho, viudas, jubilados y curiales, despide á *Fermin*, que está trabajando desde las ocho de la mañana; cena á las ocho y media, y á las nueve y pico va al café del Siglo, donde le esperan varios procuradores, que le firman, con los que departe de política y caza, y esboza algun negocio; á las once vuelve á la calle de los Ministriles, á esperar el día siguiente, calculando que la propiedad es sagrada, la ley augusta, incorruptible la magistratura, muy leal la curia, y que despues de tanto trabajar, sólo había ganado trescientos reales en aquel día, dedicado, como todos los de su existencia, á aliviar las desgracias de sus semejantes y á velar por los intereses permanentes de la sociedad.

J. VALERO DE TOROS.





«LOS HERMANOS MOZART TOCANDO EN PRESENCIA DE LA EMPERATRIZ MARIA TERESA.»  
(CUADRO DE A. BORKMANN).

## EL SERMON DEL APOCALIPSIS (1).

(EPISODIO DEL SIGLO X.)

## CAPÍTULO PRIMERO.

MI INFANCIA Y ESTUDIOS.—EL ABAD Y EL MORO MADRILEÑO.—  
UN MILAGRO.—MURMURACIONES DE LAS VIEJAS.

A primera vez que oí anunciar el fin del mundo tendría quince años: terrible fué aquel día, y creí que, en efecto, el mundo acababa para mí. Es verdad que entónces me parecía muy estrecho, porque sólo había visto el terreno que se divisaba desde la torre del monasterio, á cuyo pié se iba formando un pueblo, destruido ántes de tener nombre. He visitado despues ciudades famosas, que no tenían bosques tan frondosos ni campiñas tan alegres como las de aquel rinconcillo de la costa poniente de Galicia. Murió aquel pueblo en su infancia, cuando el convento reunía ya treinta monjes y el caserío había enviado á D. Sancho en su última guerra dos hombres de armas y ocho peones; y no marchó á su frente el abad D. Lupo, porque, habiendo engordado con la edad, ya no cabía en su loriga. Por cierto que el buen monje se consolaba de aquel contratiempo con el ejemplo del monarca, que, de puro grueso, no podía en su juventud alzar los brazos, y tenía un criado para que le rascase la cabeza; y estaban tan asustados los que vivían en su palacio, que, oyendo una vez gran ruido en la cámara Real, acudieron despavoridos, y dijo á los suyos el jefe de los guardias:

— Ó ha estallado una rebelion, ó ha estallado el Rey.

Parecía yo destinado ó envejecer á la sombra de los castaños, entre los cuales se paseaba en invierno la venerable cofradía, pues estaba decidido que yo vistiese el hábito de novicio. Atraíame aquella santa casa, en donde había aprendido todo lo que sabían los monjes dedicados á enseñar: el abad me había ejercitado en el latin y en el manejo de las armas; el hermano Juan Crisóstomo, consumado helenista, me había dado lecciones de griego; y hasta el jardinero Yusuf, que hablaba torpemente nuestra lengua, me había enseñado el árabe á hurtadillas para tener con quiéer charlar. Se puede decir que me había criado en el convento, donde todos, admirados de mi buena memoria, se disputaban la

ocasion de cultivarla, no sin algun provecho de su parte, pues habiendo observado la claridad y hermosura de mi letra, así cursiva como redonda, y hasta francesa, me hacían copiar libros que pedían prestados á tierras muy lejanas; y es claro, hubieran sido las copias muy infieles á no saber los idiomas en que estaban escritos. Lo mismo manejaba la pluma mejor cortada para escribir con tinta de oro en pergamino de púrpura, que la caña más gruesa para copiar los libros de coro en letras grandes y signos muy visibles.

Sólo las lecciones de Yusuf no me sirvieron para mis trabajos de copiante, pues no sabía leer el jardinero. En cambio, cuando tuve más adelante necesidad de hablar en griego, ignoraba el nombre de las cosas más útiles y triviales, y se rieron de mí en Constantinopla, no sólo por mi acento, sino por hablar un griego tan antiguo, que, al oírme, se les figuraba estar conversando con Edipo; miétras que con las rústicas lecciones de Yusuf me hice entender fácilmente de los moros. La sabiduría suele estorbar cuando se trata de entenderse con el vulgo.

Yusuf había sido cautivado por el Conde de Castilla en una correría que hizo éste hasta el fuerte de Megerit (2), tierra excelente de madroños, cuyo árbol estimaban y cultivaban los moros, porque, prohibiéndoles su ley toda clase de bebidas espirituosas, podían, sin faltar á sus ritos, embriagarse á su saber comiendo aquella fruta. Había salido á cazar osos, cuando oyó ruido de gente armada; púsose á escuchar, y aunque no entendía lo que hablaban, sorprendido en aquel acto, le cortaron las orejas por haber escuchado. Cuando logró escaparse, equívocó el camino de tal modo, que, en vez de hallar su país, se encontró dos meses despues en un extremo de Galicia. El vino le hizo cristiano, pero siguió creyendo en el paraíso de Mahoma. Me ponderaba mucho las murallas de Megerit y su caudaloso río. Como había sido moro, y por el aspecto extraño que le daba el estar desorejado había adquirido gran prestigio entre las gentes del país, y aunque procuró excusarse algun tiempo, tuvo por fin que asistir á los enfermos, y áun llegó á creerse él mismo un físico excelente: la verdad es que los caldeos, tan ignorantes en lo que al alma se refiere, saben mucho de los achaques del cuerpo: en Córdoba hay escuela de curar y sastres que cosen las heridas; algunos los llaman cirujanos.

No conocí á mi padre: decían que era un hábil saetero; siendo yo muy niño marchó á la guerra y no volvió; ni madre enfermó algunos años despues y me dijo una tarde. —Hijo mio, véte al monasterio.— Los padres no me dejaron volver á casa, y á la mañana del dia siguiente oí en la iglesia un canto muy triste: dejé la celda en que había pasa-

(1) Este episodio no es sino el principio de una novela arqueológica, que empecé á escribir hace seis años, y tuve que interrumpir muy pronto en el capítulo sexto; el libro había de ser la relación de la vida y aventuras del personaje que las cuenta; como es posible que jamas continúe la novela, y los tres primeros capítulos constituyen un conjunto, he creído poder utilizar un trabajo hecho, pero inédito, para dar mi contingente á este almanaque.

do la noche, y bajé al templo: los monjes rezaban un responso ante una zanja abierta bajo las losas del atrio. Estaban enterrando á mi madre. Desde entónces fué el convento mi casa solariega.

Era el monasterio una especie de castillo á medio hacer, cuyas torres de ladrillo levantaban los monjes poco á poco; por fuera parecia triste, pero el interior de la iglesia era notable, por su suelo de mosaico y sus columnas, resto de un templo de Neptuno. En los dias de tormenta las olas embestian la peña como queriendo trepar al templo de su falso dios para derribar la cruz y colocar el tridente en la fachada. Cuando el mar estaba tranquilo salian á pescar algunos monjes, que eran á la vez marineros, agricultores y soldados, pero bendiciendo ántes las redes, porque á veces era calma engañosa, simulada por el enemigo, y llamada en el país la calma del diablo.

Nadie ignoraba en la comarca, aunque nadie lo había presenciado, que cien años ántes, una tarde apacible, estaba el mar tan sereno y tentador, que, provistos de redes, se lanzaron al mar seis monjes, alejándose y perdiendo de vista la cruz del monasterio. Era el tiempo caloroso, y el agua mansa y fresca convidaba á los regalos del baño, por lo cual, olvidando la hora del rezo, cinco de los monjes se arrojaron al agua, nadando con deleite al rededor de la barca, donde quedó el más grave cuidando de la red, en la cual sintió un gran peso: tiró de ella con fuerza, y creyendo sacar un pescado enorme, vió entre las mallas, que la servian de único vestido, una mujer hermosa que le miraba sonriendo. El monje, comprendiendo el peligro, se encomendó á San Benito, y la mujer se lanzó al agua, desapareciendo en el fondo; quiso llamar á sus compañeros, pero todos se alejaban rodeados de ninfas; y estando el mar tranquilo, sentia moverse la barca bruscamente y sin oleaje, levantada en las espaldas blanquitas de innumerables mujeres que se colgaban á los remos, asomaban las cabezas y los pechos por el agua, venian la embarcacion y amenazaban volcarla para recibirle entre sus brazos; á veces se juntaban en un grupo, semejando una ola gigantesca y entrando en aquella forma por un lado de la barca, salian por el otro: el timon no regia y la navicilla iba vueltas como si hubiera enloquecido en aquella borrasca de mujeres. El monje tuvo una inspiracion, y entonando los rezos que habian olvidado, hizo una cruz con los dos remos, y la barca por sí sola tomó la direccion del monasterio, á pesar de las innumerables manos que trataban de contenerla, y destrozando con la proa espumas que tenian apariencia de mujeres.

Toda la congregacion, con el Abad á la cabeza y con la cruz alzada, marchó procesionalmente hácia la orilla del mar: el mismo prior lanzó las redes benditas al agua y llamó á los monjes, que salieron envueltos en los aparejos y cubiertos de escamas. El pueblo, testigo del milagro, siguió la procesion hasta la iglesia, y colocaron en la capilla mayor dos remos en cruz como testimonio del prodigio. En cuanto á los monjes salvados, por más esfuerzo que hicieron, nunca perdieron las escamas, lo cual prueba que fueron grandes pecadores.

Las viejas del pueblo contaban más cuando murmuraban en voz baja: decian que desde entónces se suelen pescar en la bahía algunos peces con una especie de cerquillo y de cogulla, á que llaman el pez frásle. No se comen.

## CAPÍTULO II.

LA JUSTICIA DE UN RICO-HOMR.—EL TRIBUNAL DE LA ABA-  
DÍA.—AZOTES.—OTRAS PENAS.—LAS TRIBULACIONES DE  
YUSUF.

Fuera del caserío y en la distancia á que alcanzaba la jurisdiccion de la Abadía iba poblándose la tierra poco á poco, con gran regocijo de D. Lupo, cuya idea principal, fuera de los ejercicios piadosos, era poblar, y enviaba sus monjes á los señoríos inmediatos para catequizar nuevos colonos, porque entre los suyos era muy difícil arreglar matrimonios, por ser todos parientes. Favorecia sus designios y atraía muchos vasallos la crueldad de un rico-home vecino, tan duro en castigar, que no tenia ningun vasallo entero, habiendo perdido todos por justicia algun miembro de su cuerpo; y alguno se desnaturalizó, pasando al territorio abadengo, por ser tan mísera su suerte, que recibía una tanda de azotes con la misma regularidad con que perciben otros una renta.

En cambio, el juez que administraba justicia en la Abadía se inspiraba, por órden del prelado, en aquella máxima del gran rey Recaredo, que manda á los jueces templar el rigor de las leyes con los míseros, y no abrumarlos. Siempre que podia entreteníame en asistir al tribunal donde se celebraban los juicios. Sentábase el juez en un tripode, y á su lado el escribano, con recado de escribir por sí era necesario; el sayon (1) estábase de pié, y más léjos el pregonero y el verdugo; los pleiteantes á derecha é izquierda, con los testigos y parientes, y el público á la puerta.

Presentóse cierto dia una mujer acusando á un vejete de haber hecho caer con maleficios dos rayos en su casa, abrasando su cosecha, por lo cual pedia que se le castigase como á hechicero é incendiario. El caso era el siguiente:

El viejo habia pedido limosna á la mujer, y no habiéndola obtenido, se habia marchado murmurando, no sin lanzar una mirada á la acusadora, en la que ésta vió dos llamas azuladas, sintiendo un estremecimiento parecido al de las personas á quienes se hace mal de ojo. Varios testigos afirmaban que le oyeron decir al retirarse: «¡Así te abraza un rayo!», y haberle visto que estando á solas hablaba alto con alguien; uno aseguró haber observado que la sombra del viejo bailaba al rededor de su cuerpo. Por último, era evidente que habia pasado por delante de la casa y la habia mirado poco ántes de la caída de los rayos.

El viejo se santiguaba á cada acusacion y lloraba protestando ser inocente y buen cristiano. Acusadora y testigos protestaron asimismo que decian la verdad, comprometiéndose, en caso contrario, á sufrir la pena del delito que imputaban. La congoja del acusado era mucha, como si viese las llamas en que pretendian arrojarle.

La curiosidad era tal, que la gente amenazaba mezclarse con los testigos; á una señal del juez el verdugo hizo retroceder á la muchedumbre con su vara; estaba yo en primera fila y recibí el varazo sin quejarme por no perder el sitio.

—¿Son verdad los hechos de que te culpan?—dijo el juez severamente al acusado.

—Señor —contestó—; soy inocente!

(1) Aiguacil.

—¿Puedes jurar que mienten tus contrarios?

—Oh, no, porque hay algo de verdad en lo que dicen!

—Luego ¿eres hechicero? ¿Has hablado alguna vez con el diablo ó hecho sacrificios? ¿Le has pedido que arroje los rayos en la casa?

El viejo juró que no. Entonces el pregonero, por órden del juez, preguntó al pueblo si alguno podía declarar algo en contra ó en favor del acusado, y añadió:

—Todo el que niegue la verdad sabiéndola recibirá cien azotes y perderá la cuarta parte de sus bienes. ¿Hay alguien que haya consultado casos de adivinanza ó brujería con el linabro á quien se está juzgando?

La maldición hizo su efecto. Un infeliz amedrentado declaró haberle preguntado si mejoraría de suerte, á lo cual le contestó que mejoraría.

—Pues bien —le dijo el juez— recibirás los cien azotes que impone la ley (1) al que se guía de adivinos.

El testigo pidió misericordia, y el juez le rebajó los azotes á cincuenta.

—¿Tiene alguien que declarar alguna cosa más?— volvió á preguntar el pregonero, mientras el verdugo preparaba las disciplinas, mirando con amor la espalda que había desnudado, después de sujetar el paciente á la argolla.

Todos callaron como muertos y hubo tal movimiento de interés en el público por presenciar la azotaina del testigo, que perdi el puesto y sólo pude oír el chasquido de los azotes y los gemidos del que los recibía.

—No veo nada, madre —decía con angustia una rapaza.

—Se queja poco; es hombre fuerte—exclamaba una mujer.

—O es flojo el verdugo—replicaba un hombre.

—¿Flojo esa fiera?—repuso una vieja con rencor;—sus brazos son martillos.

—¿Qué, abuela, no le has perdonado aún los cardenales que te hizo?

—Cuidado con la lengua, que no sufro las injurias: si recibí azotes, no fué como castigo, sino por no poder pagar los tres sueldos de multa, y el juez declaró bien alto que aquellos azotes no me perjudicaban en la honra.

A fuerza de empujones había vuelto á mi sitio anterior y vi ensangrentada ya la espalda que poco ántes había visto sana y blanca. El reo protestaba de haber recibido más azotes de los justos, y el verdugo aseguraba que faltaban cuatro todavía.

—¿Ha contado alguien?—dijo el juez.

—Todos enmudecimos por temor de que alguna ley impusiera al que hablase alguna nueva pena. En vista del silencio, dispuso el juez que se diesen dos azotes más para partir la diferencia.

La atención recayó otra vez sobre el viejo, que confesó la maldición, su costumbre de hablar alto distraídamente, pero negó la hechicería.

—¿Y el baile de tu sombra?

—Juro que no le he visto; pero si fuera cierto, ¿qué culpa tendría de que mi sombra hiciese esas locuras?

—¿Y los rayos?

El viejo tuvo una inspiración y dijo:

—Señor juez, los rayos caen del cielo; ¿cómo puede lanzarlos el diablo?

El juez mandó á la acusadora que contestase, y ésta, anonadada, no supo responder. Los testigos no osaron auxiliarla, temiendo aventurar alguna herejía en aquella cuestión tan elevada: el mismo juez callaba receloso. Pero los acusadores no podían retroceder sin gran peligro, y uno de ellos contestó resueltamente:

—El año pasado cayó un rayo en la cruz del monasterio, ¿Lanzaria Dios ó el diablo el rayo contra la cruz?

El asunto se había complicado, y todos estábamos temerosos. El juez preguntó al acusado:

—¿Persistes en negar tu culpa?

—Juro que soy inocente.

—Verdugo, sométete á la prueba del agua hirviente.

El ejecutor se acercó al horuillo donde se calentaban las marcas y los garfios, y acercó al fuego una vasija mientras el viejo juntaba las manos implorando compasión. Hubo silencio y atenciones extraordinarios, como si todos quisiéramos oír hervir el agua. Por fin, el verdugo presentó al acusado la vasija de latón, que estaba por debajo roja como un ascua.

—Bebe—le dijo el juez—y demuestra tu inocencia.

El viejo tomó temblando el jarro, y oímos castañetear sus dientes de terror; aproximó el agua á los labios y el vaho caliente debió quemar su rostro, pues arrojó la vasija, diciendo:

—Pues bien, confieso todo.

Hubo un momento de satisfacción: temíamos que el brujo, valiéndose de su arte, habiése bebido el agua hirviente como quien bebe en una fuente.

El acusado se declaró brujo, y afirmó que eran suyos los rayos que cayeron en la casa.

Sólo faltaba sentenciarle; como incendiario merecía ser quemado, pero ántes debía recibir los azotes ordinarios y las penas de los hechiceros. El juez fué benigno y dictó una pena inferior, no sin que murmurase en voz baja la concurrencia.

—¿Es demasiada bondad—decían unos— perdonarle la vida!

—No habrá casa ni cosecha segura de sus rayos.

En tanto el viejo había sido atado, y el verdugo preparó un puñal agudísimo; aunque todos detestábamos al brujo, sus lágrimas y sus ayes empezaron á conmovernos. La misma acusadora quiso en vano perdonarle.

El verdugo, con gran habilidad, hizo un gran arañazo con el puñal en la cara del reo; después, alzando un ángulo de la piel, le desolló de un tiron toda la frente. El viejo dió una especie de aullido y cayó desmayado; entonces el ejecutor sacó del fuego una daga enconñida, y mientras estaba sin sentido, la aproximó á las pupilas del reo. El desdichado volvió en sí dando otro grito. Estaba ciego.

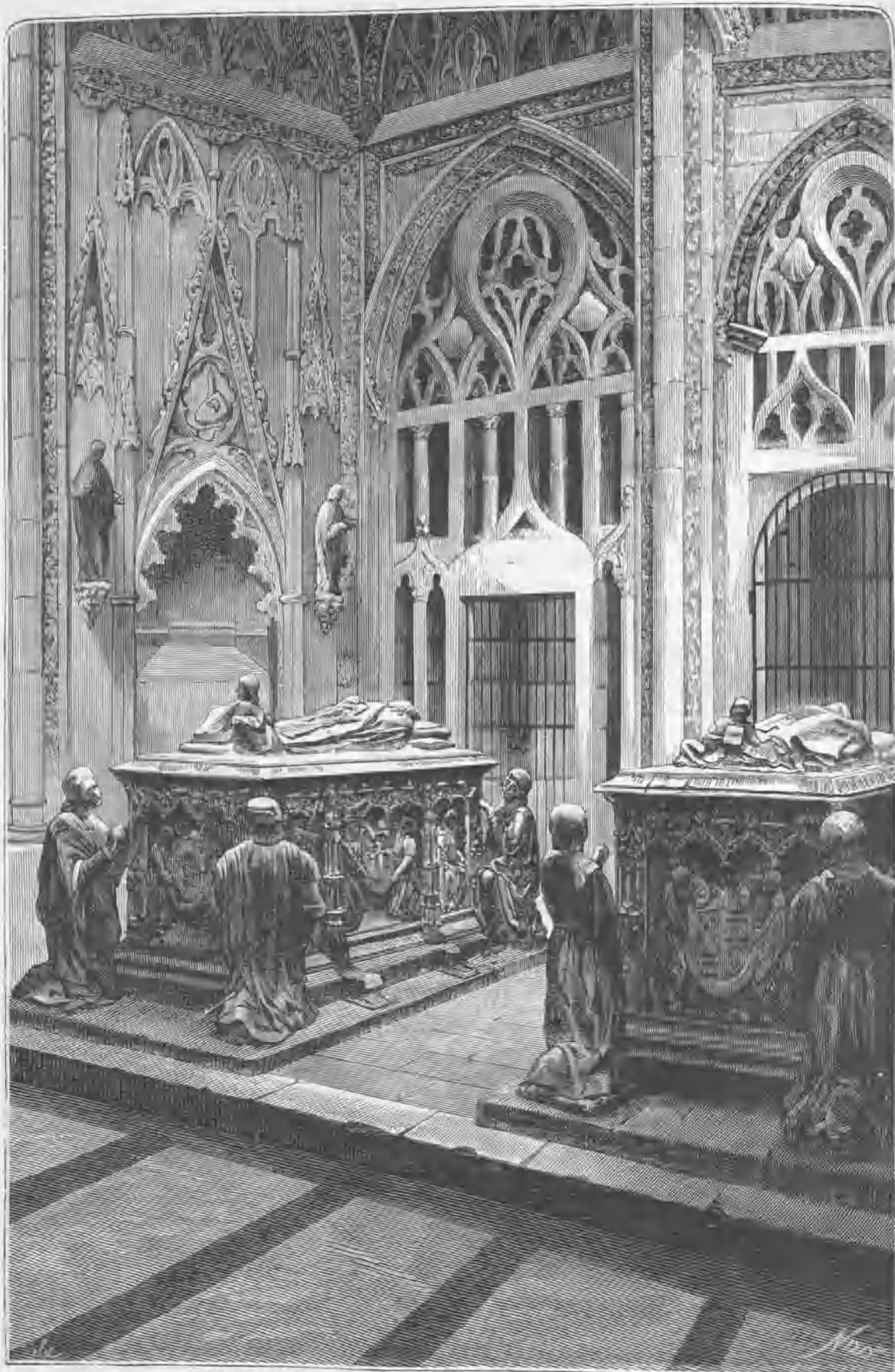
El juez se levantó y dijo:

—En vista del estado del reo se suspenden hasta mañana los azotes. Verdugo, cuida de no equivocarte. Son doscientos.

Aquella noche no se hablaba de otra cosa: todos convinieron en que el juez había estado muy benigno, y que si eso se sabía por el mundo, se llenaría de brujos la comarca.

Solia yo también bajar á menudo á la iglesia por si había acogidos á sagrado huyendo de la justicia. Yusuf me rogó un día que avisase al Abad de que había tomado asilo y necesitaba su socorro.

(1) *Fuero Juzgo*, Lib. vi, tit. ii, ley iii.



SEPULCROS DE DON ÁLVARO DE LUNA Y DE SU ESPOSA DOÑA JUANA PIMENTEL, EN LA CATEDRAL DE TOLEDO.  
(DIBUJO DE NAO.)

—¿Qué has hecho?—le preguntó el prelado con severidad.

—Una simple sangría..... y se ha muerto el enfermo.

—¿Y quién te manda sangrar?

—El hombre se moría y todo el pueblo opinaba que le sangrasen: la gente había recetado, y si no lo hubiera hecho me hubieran culpado de su muerte; dicen que soy el físico.

—Eres el verdugo. ¿Qué piden contra ti?

—Que me entreguen á los parientes del difunto para que hagan de mí lo que les parezca.

—Eso es lo que se acostumbra, y así debe hacerse. Serás entregado hoy mismo.

—¡Ah! ¡señor Abad!—dijo Yusuf juntando las manos con dolor.

—Tranquilízate—repuso D. Lupo—yo haré que los parientes no hagan de ti otra cosa que ponerte á mi disposición.

Pero á los pocos días ya estaba Yusuf en el altar.

—Vé á regar la huerta, perezoso—le dijo D. Lupo al verle.

—Es que..... también hoy me busca la justicia.

—¿Has muerto á otro enfermo?

—Todo lo contrario: he sanado á una mujer que se había caído y se desangraba en un camino: estábamos solos y la vendé la herida. El marido reclama contra mí por haber curado á su mujer sin testigos.

—Debes pagar la multa en que incurriste.....

—Es que son diez maravedís.

—Fuerte es la cantidad, pero puedes solventar esa cuenta con algunos azotes.

—Señor, me encuentro débil.

Yusuf tuvo una idea peregrina, consiguiendo, por mediación del prelado, que, por estar en asilo, le diesen los azotes en estatua.

### CAPÍTULO III.

EL PEREGRINO.—MODAS Y COSTUMBRES.—EL SERMON DEL APOCALÍPSIS.—TERROR DE LOS DEVOTOS.—DESEMBARCO DE NORMANDOS.—CATÁSTROFE.

Un día hubo gran animación en el convento, la cual se transmitió á todo el caserío y á los lugares inmediatos. Había llegado un peregrino, que se diferenciaba de los demás en que las conchas y el bordon eran complemento de un traje de gran autoridad, porque vestía el hábito de monje. Su hermosa barba negra y su estatura elevada daban majestad á su figura, y pronto cundió la voz de que era predicador y algo profeta. Había pedido al Abad licencia para hablar al pueblo desde el púlpito, y se decía que vendrían á oírle algunos señores vecinos. Todas las mujeres querían confesarse con él, por lo cual aseguraba el P. Santiago que las hombras gustan de confesores andariegos, que se lleven muy lejos sus pecados, y añadía:

—¡Quiera Dios que con ese fardo pueda hacer muchas jornadas el hermano peregrino!

Llegó el día del sermón y acudieron desde muy temprano á las puertas del convento gentes forasteras é hidalgas, pero no cubiertas con mallas, sino en trajes de fiesta muy lucidos. Gustóme, sobre todo, la comitiva de un señor anciano, vestido de paño muy modesto, mientras su hija y sus criados llevaban ricas sederías y herdados: montaba, en cambio, el mejor caballo, cuyos paramentos llamaban la atención, pues cada pié del jinete descansaba en un sosten de

plata pendiente de una cadena, y los borceguies concluían por detras en un pincho, que hacía correr al animal hiriendo sus ijares: más tarde vi otros muchos y supe que se llamaban estribos y acicates. La dama montaba de igual modo en su hacanea, cuya gualdrapa, bordada de oro, valía lo ménos un castillo; llevaba en la cabeza una montera muy grande, de terciopelo, en forma de media luna, cuyos picos caían hácia abajo; manto bordado y corto, embozado sobre el hombro; falda abierta por un lado sobre otra rica túnica. Los criados llevaban caperuzas bajas que les ceñían la cabeza, y trajes de seda que parecían hechos de una pieza, sujetos en el talle por un óngulo, y que, formando ancha bolsa por los muslos, iban estrechando luego hasta ajustar en los tobillos. Todo me pareció espléndido entónces, porque no había visto traje más vistoso que el del verdugo, cuya túnica verde, calzon amarillo y cintaron rojo cansaba mi admiración. No recuerdo el nombre del señor, pero nunca olvidaré á su hija doña Flavia.

Cuando el orador subió al púlpito, la iglesia estaba llena. Cuéntase que en la antigüedad había hombres de tal ligereza en escribir, valiéndose de signos, que seguían con el escrito la palabra: mucho siento no haber poseído aquel arte para trasladar aquí el discurso, que empezó el predicador en acento extranjero, aunque muy claro, y que dijeron ser acento castellano. Mi feliz memoria me permite sólo recordar algunos rasgos en conjunto, por estar basado el sermón en el *Apocalipsis* de San Juan.

« Los que fabricáis palacios y ciudades—decía—no hacéis sino hacinar leña para la hoguera que ha de consumirlos; los que engendráis hijos, sabed que ya se aguja el hierro que ha de exterminarlos; y grandes y pequeños sacerdotes y seglares, alzad la vista al cielo, que va á empezar la agonía de la tierra.

« El tiempo está cerca, dijo San Juan refiriéndose á la destrucción del mundo, y yo debo añadirlos hoy, consultando aquel terrible libro: el tiempo va á cumplirse, pronto se romperá el sello misterioso que guarda en el abismo al león encadenado.

« Y oirán muertos y vivos galopar el pálido caballo de la muerte, y verán la luna ensangrentada y el sol negro como un saco de cilicio, y las estrellas cayendo como el fruto del árbol movido por el viento, y el cielo recogándose como un libro que se arrolla» (1).

El auditorio, espantado con las sublimes imágenes del profeta, cayó de rodillas golpeándose los pechos; pero la emoción iba en aumento, á medida que describía la aparición de los siete ángeles y las plagas que debían caer sobre los hombres al estruendo de las formidables trompetas, lluvias de fuego sobre la tierra, olas de sangre sobre el mar, el oscurecerse de los astros; los alados y monstruosos escuadrones del ángel exterminador, y los jinetes de loriga de fuego, montados en caballos con cabezas de león y crines de serpiente, que echarán humo y llamas por la boca.

Frailes, mujeres, niños y ancianos postraban la cabeza sobre las losas, exclamando con voz que partía el corazón:

—¡Señor! ¡Misericordia!

El peregrino se arrodilló también; sus ojos brillaban, su rostro era imponente, y repetía con la multitud:

(1) Estas y muchas otras frases son del *Apocalipsis*.

—¡ Misericordia para todos!

« No os lo digo yo — exclamaba el peregrino con voz atronadora — sino el discípulo amado de Jesús, aquél de quien dijo desde la cruz á su Santísima Madre: — Mujer, hé ahí tu hijo. — En su libro se lee: que cuando fueren pasados los mil años (1), saldrá Satanas de sus prisiones y todos serán juzgados. Treinta y tres años faltan nada más, porque en los cielos no se cuenta por la Era del César sino por la de Jesucristo (2)

Y todos presenciaremos el espectáculo de la destrucción universal. Y veremos sobre su caballo blanco el Espíritu Fiel y Veraz, cuyos ojos despiden llamas, lleva sobre sus cabezas muchas coronas y viste ropas teñidas en sangre. Y oiremos al ángel convocar á todas las aves para comer carne de reyes, de tribunos, de poderosos, de libres y esclavos, grandes y pequeños. Los cuerpos temblarán de espanto y las almas sentirán el peso de sus culpas; las madres olvidarán á sus hijos para pensar sólo en sí mismas, y los hombres, acobardados, prepararán á las montañas como para salirse de la tierra al oír la voz que ha de gritar: — ¡ Fuera los perros y los hechiceros, los lascivos y los homicidas, los idólatras y los embusteros. — Y ni aún los que agobiados por la edad están para morir, evitarán, pudriéndose en la tierra, aquella angustia; porque hasta el infierno entregará sus muertos, y la mar devolverá los suyos, y todos asistiréis al juicio, y ¡ ay de los culpables! ¿ cual será su castigo, cuando hasta el Infierno y la Muerte hayan sido arrojados en el fuego? »

El sermón había sido interrumpido muchas veces por los tormentos y sollozos, pero cuando llegó á este pasaje, el clamoreo dominó la voz del predicador: hombres, mujeres y niños, levantándose casi á la vez, se dirigieron, atropellándose, hácia las puertas de la iglesia en horrorosa confusión y dando alaridos como si ya viniesen sobre ellos las visiones del profeta. Las puertas eran estrechas para desahogar el

(1) Por interpretación equivocada de las palabras de San Juan, se creyó en el siglo x que el mundo debía acabar al cumplirse el milenario del Nacimiento del Redentor.

(2) Sabido es que hasta época muy posterior no se contó por la Era Cristiana.

templo con la precipitación que deseaban los devotos, que se oprimían y dañaban, aumentando los ayes y el conflicto, cuando, para colmo de males, á la gritería de los que estábamos dentro, se unió por fuera otro vocerío aún más doliente, y una exclamación desesperada:

— ¡ Los hombres del Norte! ¡ Los normandos!

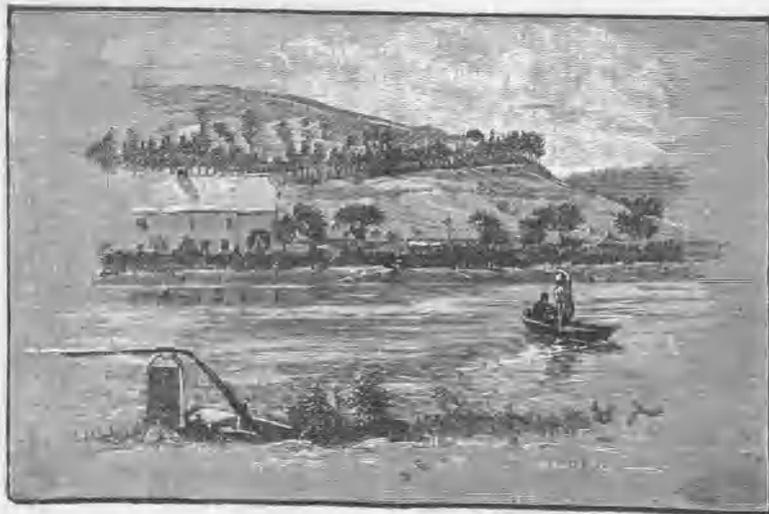
Entonces, los que habían salido pugnaron por entrar, produciéndose un remolino humano, tan rápido y violento, que muchas gentes quedaron deshechas en aquella rueda como el trigo en las piedras del molino. Parecía que empezaban á cumplirse las profecías y que se anticipaba el fin del mundo. Yo hui lleno de pavor hácia la torre; miré desde sus troneras, y lo que vi me hizo llorar.

Por las colinas inmediatas caía y circundaba ya el convento, algo semejante á un río metálico de léjos: era un ejército: brillaban al sol los yelmos y armaduras, las hojas de las espadas, los hierros de las picas y los clavos de las mazas; al crujir de las armias, los alaridos de los guerreros y el espantoso sonido de los cuernos que tocaban con furia, contestaban en la iglesia los lamentos de las mujeres y el voltear de las campanas echadas á rebato.

Como si no fueran bastante tantos horrores á la vez, un clamoreo anunció que las luces habían prendido fuego, en aquella confusión, á las colgaduras del templo. El temor de morir abrasado me hizo descender á la iglesia, y allí los resplandores del incendio, que trepaba por el altar hácia las bóvedas, iluminaban el desastre. Los guerreros, que asaltaban la puerta blandiendo sus mazas, empujaban á la multitud hácia las llamas; hombres y mujeres indefensos, horrorizados, retrocedían de la hoguera, y arrollando al invasor, salíamos con él revueltos por el atrio, pisando cuerpos y recibiendo cuchilladas. Parecía la realización de las profecías de San Juan.

Sentí un golpe junto á la sien y perdí el sentido: sólo recuerdo de aquella escena resplandores rojizos, el malestar de la sofocación, estrépito insoportable y un vacío en mi existencia, que jamás pude llenar.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.



## EN EL ÁLBUM DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA.

Cuanto se ama, se admira ó se respeta,  
Si en esfera encumbrada resplandece,  
Cuando lo ensalza el canto del poeta,  
Vana lisonja la verdad parece.....

Brillas, Eulalia, entre las más hermosas ;  
Mas tiene que callar la musa mía :  
Si no fueras Infanta, ¡ cuántas cosas  
Mi admiracion sincera te diria !.....

Pues de tus prendas mil justos loores  
Dar no puedo al conjunto soberano,  
Recibe al ménos las modestas flores  
Que con rudo pincel trazó mi mano.

Símbolo tuyo son : tú de su aroma  
Tienes tambien el peregrino encanto ;

Que es el pudor que en tu mirada asoma,  
De un pecho virginal perfume santo.

La flor y la mujer son en la tierra  
Las dos cosas más bellas que Dios hizo :  
Una en su cáliz el aroma encierra ;  
Otra en el alma su inefable hechizo.

Un aroma embelesa, otro acrisola ;  
Todo lo bello y puro de Dios vino :  
Mujer su corazon, flor su corola.....  
Muestran las dos el manantial divino.

La flor, con su fragancia y su misterio,  
Reina del valle en la apacible calma ;  
Más noble es tu beldad, mayor tu imperio :  
Tú reinas en los ojos y en el alma.

EL MARQUÉS DE VALMAR.



FLORES PINTADAS Á LA ACUARELA EN EL ÁLBUM DE LA INFANTA DOÑA EULALIA,  
POR EL MARQUÉS DE VALMAR.

# UN EMBAJADOR CASTELLANO EN GRANADA.

## LEYENDA DEL SIGLO XV.

**L**os señores de Solís vivían gozosos en el castillo de la Higuera, cabeza de feraces territorios, allegados por sus progenitores á fuerza de combates y de victorias, que las crónicas recogieron con cuidado en sus sencillos capítulos y los poetas cantáran con arte y armonía en sus cadenciosos romances. Fosos anchos y ceñudas torres á su defensa y resguardo servían; salones decorados por mudejares artifices, á su aposento; siervos fáciles de congregarse por el pendón y la caldera señoriales, á su defensa; huertas y jardines inacabables, á su recreo; y correrías de vária fortuna, pero de verdadera magnitud, á su engrandecimiento y á su gloria. Eran los señores aquellos representantes de la conquista cristiana en la férax Andalucía; y sus propias preeminencias les obligaban con privilegios, cebo de su soberbia y de su valor, al combate continuo, tan vistoso y pujante, dados los tiempos aquellos de guerra, como los desafíos, los torneos y demás fiestas militares de las usadas, ántes que por pedir las el tiempo y la necesidad, por entender el deseo cómo sin ellas no era la vida posible, ni fácil aquel imperio incontrastable, de antiguo ejercido por las añejas costumbres.

La paz volvía después de la guerra en sociedad tan batalladora, como viene después del invierno la primavera en el año, es decir, á modo de una estación alternativa y regular, engendrada por el tiempo y su movimiento continuo, que todo lo cambia y lo transforma. Desde los reyes primeros castellanos que superaron las empinadas crestas de Sierra-Morena y cayeran como una tormenta sobre las llanuras andaluzas convertidas en edenes de los árabes, podía el ménos previsor anunciar el desquite y la reconquista, como legado de unas generaciones á otras generaciones, por la natural solidaridad y perpetuidad irremediables en la duradera vida de los pueblos. En cuanto al comienzo de la centuria decimatercia los cristianos alcanzaron la victoria inmortal de las Navas, pudo asegurarse que serian suyas Córdoba, Jaén, Sevilla, y lo fueron á fines del mismo siglo, exaltado en el recuerdo patrio con tales conquistas, y con sus compañeras y complemento, Jaén, Murcia, Mallorca y Valencia. Si la debilidad irremediable del principio monárquico, muy quebrantado por la prematura revolución que para fortalecerlo intentára fuera de sazón el Rey Sabio, lo consintiera, no pasára tan ilustre siglo sin coronar el cobro de las dos sultanas del Guadalquivir con el cobro de la sultana del Darro. Pero los elementos aristocráticos y su pugna con los elementos municipales entrecogían al general verdadero de la cruzada constante, al monarca, en los remolinos de dos corrientes contrarias, y lo paralizaban para el común esfuerzo y para mayores empresas. Sin embargo, ese mismo

siglo decimotercero había visto al fantaseador de la incomparable Alhambra confundirse con los cortesanos de la victoria cristiana para respirar á su placer en Granada, y el siglo siguiente había visto más, llegar bajo las enseñas del oncenso Alfonso á las puertas de África la nación castellana por virtud y merced de la gloriosa victoria del Salado.

No importaba. Puede asegurarse que aquí acabó, en el Salado, la carrera tomada con soberano empuje por Castilla desde su triunfo gloriosísimo en las Navas. Don Pedro *el Cruel* no se curó sino de combatir con la nobleza capitaneada por sus hermanos los Infantes de Trastámara, ensangrentando más que fortaleciendo el principio monárquico en su durísimo reinado de verdadero terror. Muerto en los campos de Montiel, murió de la misma puñalada que le penetrara en el corazón, aquella causa del predominio monárquico, enterrada en la política impuesta por la usurpación y por el fratricidio á D. Enrique; política de complacencias con la nobleza y de mercedes á su peculio y á sus privilegios. Así, desde mediados del siglo decimocuarto á fines del siglo decimoquinto, sólo dos guerras se mantuvieron por los cristianos con Granada; guerras que más bien pueden llamarse relampagueantes correrías sin resultado alguno, como esas noches eléctricas de estío en que las chispas culebrean por los horizontes, y no retumba un trueno ni cae una gota de agua. Fué la primera de tales inútiles y lujosas correrías la emprendida por D. Álvaro de Luna cuando privaba con D. Juan II, terminada con el combate y triunfo de la Higuera; fué la segunda la emprendida por D. Enrique IV, limitada en término último á un simulacro, donde apareció el Rey de Castilla como un pobre comediante, haciendo de cetro y espada miserables instrumentos en la representación de una farsa.

Por fin llegaron los Reyes Católicos al que podía llamarse desde aquel entonces verdadero trono de nuestra España, por asentarse ya en la unidad indispensable de nuestra nación. Don Fernando parecía traer aquella política, un tanto doble, por sus predecesores allegada en Italia, que no excluía de ningún modo el heroísmo, y doña Isabel, aquella inquieta y gloriosísima indole de los grandes reconquistadores castellanos, que no excluía la prudencia. Con ellos, con los Reyes Católicos, debía extenderse la monarquía española, después de haber puesto en las Torres Bermejas la cruz y en las altísimas Alpujarras el blason español, por las tierras bañadas del Tirreno en Italia y por las tierras bañadas, en Occidente, de misterioso inexplorado Atlántico. Así el propósito firme de la reconquista movía entónces con su empuje soberano los dos cetros que, reunidos, iban á ser como el eje sobre cuya línea giraba nuestra patria. Los pobres y humildes montañeses, confinados por las vencedoras tribus del Desierto en los picachos de las cordilleras pirenaicas, des-

pues de haber probado suerte tan vária en Clavijo y Calatañazor, en Toledo y Alarcos, acercábanse al deseado logro de seculares anhelos bajo las enseñas de doña Isabel y D. Fernando.

Cuando, concluidas las dificultades várias de estos Reyes con Portugal, por la victoria de Toro, al espirar la tregua que los granadinos habían pactado con el rey de Castilla don Enrique IV, y decidirse la guerra de nuevo, por la resolución deliberada en los Reyes Católicos de reconquistar el hermoso reino de su corona separado, comienza nuestra historia. El castillo de la Higuera, cercano á Mártos, allá por Jaén, ardía en regocijo, porque aguardaba el arribo de la vistosa y pujante embajada, desde las riberas del Guadalquivir á las riberas del Darro expedida por los Reyes Católicos, y personificada en D. Juan de Vera, comendador de Santiago, quien había escogido la grande habitación, palacio y fortaleza para pernoctar en su viaje desde Sevilla á Granada. Veleábase por doquier las gentes labriegas adornadas con sus trajes de fiesta, dando vivas repetidos que atronaban los aires á la puerta del castillo; y bajo la torre del Homenaje, los guardias con sus relucientes armas, realizadas por el resplandor arrebolado del vespertino crepúsculo; entre las almenas los pajes y las damas señoriales con sus brocados y preseas, mientras camino adelante venían los caballeros de Santiago, jinetes en sus alazanes cubiertos de hierro, con el manto de su Orden sobre las espaldas, que dejaba entrever las damasquinadas armaduras, los cascos por plumajes varios rematados á la cabeza, los signos de su altísima dignidad en la mano; resplandecientes todos ellos de riquezas materiales, como cumplía en aquel acto á tan excelsos señores; y rebosantes de satisfacción moral por los agasajos de sus huéspedes, apercibidos á recibirles, cuya grande alegría se manifestaba por salvas y campaneos, difundiendo á largas distancias los ecos alegres de la fiesta. Y cuenta la tradición que allí el embajador Vera prometió por su honor á una dama pronunciar en voz alta y entre grandes loores el nombre de la Virgen Madre María, bajo los artesanos maravillosos de la musulmana y oriental Alhambra.

De aquella embajada sólo podía surgir la guerra, como brota la chispa naturalmente del choque rápido entre el hierro y el pedernal. Codiciaban los Reyes Católicos la corona cañida entónces por Muley-Hacem que, á un tiempo mismo completaba la reconquista y servía en sus creencias para entrar despues de muertos en el cielo y unirse como por propio derecho con las jerarquias angélicas. Todo los incitaba, todo, á la guerra, desde aquel amor primero que se siente por el suelo patrio hasta los intereses más positivos de su política y los cálculos más matemáticos de régias y soberbias grandezas. Por su España querían á Granada; por su religion querían á Granada; por su corona querían á Granada. Dominábales aquella idea de la unidad del Estado, que cerraba la Edad Media y abría la Edad Moderna. La sobreposición del poder monárquico á todos los poderes, idea puesta en fórmulas extrañas por D. Alfonso X á la cabeza de su colosal obra legislativa; idea defendida por D. Alfonso XI y, en parte, realizada por sus esfuerzos guerreros y por sus reformas legales; idea exagerada en aquel terror de D. Pedro el Cruel, verdadero revolucionario de su tiempo; el predominio, iba diciendo, del poder monárquico sobre todos los poderes imponía la guerra como una necesidad in-

evitable para reunir bajo la mano del monarca en los campamentos á los nobles y disciplinarlos, y someterlos, y reducirlos á la obediencia ciega en el ejército de la monarquía. Los Trastámaras habían interrumpido en mitad del siglo decimocuarto la obra que comenzara en mitad del siglo decimotercero D. Alfonso X, al resplandor de un ideal progresivo, sólo entrevisto por algunas almas privilegiadas desde las alturas del Trono y desde las aulas de la Universidad y del Colegio. Este abandono de la idea, que inútilmente quiso corregir D. Álvaro de Luna, descabezado al fin por tanto noble, patricio, señor ó infante como tenía interes en debilitar la monarquía; este abandono llegó á sus últimos extremos bajo D. Enrique IV, en cuyas manos se disolvía por completo el principio monárquico. Así, cuando los nobles, por su propio impulso y guiados por el interes natural á sus ambiciones desapoderadas, por el interes de agrandar sus feudos, salían á su arbitrio por los campos andaluces en demanda de conquistas, los Reyes Católicos veían con dolor cómo su gloria eclipsaba la gloria de los monarcas, y sus conquistas, convertidas en feudos, aparecían como muros y contrafuertes opuestos á su poder y á su autoridad, tanto más de cultivar con esmero, cuanto que representaban, como el espíritu en el cuerpo, la unidad interior de nuestra patria. Por consecuencia, la idea progresiva de la unidad del Estado llevábase al necesario logro de dos indispensables objetos: la destrucción del poder agareno en sus últimas guaridas del montañoso reino granadino, y la expulsión tambien de todas las razas que no participáran de sus católicas creencias. Era, pues, la conquista el remate de la unidad religiosa y de la unidad nacional; era una guerra de patriotismo, pero tambien una guerra de religion.

Y casualmente se hallaba encabezando el reino granadino un hombre de fuerza y de violencia como Muley-Hacem, que, lejos de contener, precipitaba la catástrofe. Tal es el triste destino de todos aquellos que representan y personifican las inevitables decadencias en el juicio de la historia. Lo mismo les da, lo mismo, igual resultado, la violencia que la flaqueza, desastrosos y destituidos de todo buen auspicio. Si llegan á resignarse, atribúyese á debilidad la suerte suya nefasta, y si llegan á combatir, atribúyese á su violencia; que nada exime, nada, ni el valor más probado ni el esfuerzo más titánico, de las responsabilidades que llevan consigo, si no ante la conciencia, de seguro ante la opinion, las grandes y nefastas desventuras, por involuntarias que parezcan. Vencedores, suelen perdonarse así el crimen como el error; vencidas, parecen criminales é ignorantes la virtud y la ciencia. Hacem nació con cualidades propias de aquellos que fundan y mantienen reinos; pero nació, por su mal, en adverso periodo y de bien triste decadencia. Sus ambiciones y sus ensueños de conquista no conocían límites, y se dilataban hasta donde podían dilatarse los impulsos del diosco. Desde los picos de las Alpujarras, que le mostraban á un lado el África y á otro lado España, el árabe inquieto, sintiendo la caldeada sangre de Alhamar en sus venas, prometíase á sí mismo restaurar el imperio musulmán aquí en la península de sus mayores y más envidiadas grandezas. El mundo helénico, la Iglesia bizantina, la península donde se levantan las Termópilas, el territorio donde radican Macedonia y el Epiro; aquella Constantinopla, sáculo de los Césares, templo de los cruzados, sede angusta de los patriarcas,



«LA ADORACION.»—(CUADRO DE MANTEGNA.)

con la basílica de Constantino y de Justiniano, cuyas cruces griegas parecían como astros conteniendo la luz de las ideas cristianas en los cielos de Oriente; aquel compendio de la religión griega y de la cultura europea, con todos sus recuerdos, con todos sus prestigios, se había rendido y entregado al Koran y á los más bastardos y menos legítimos entre los adoradores de Allah. ¿Qué mucho, pues, qué mucho, si él, Hacem, suspiraba por una empresa igual en Occidente? Aquella Granada lucía entonces como bello trasunto y compendio de todo lo que agigantara en la historia y en el mundo á la heroica raza de los árabes. Allí los que habían llevado sobre sus hombros el califato de Damasco, cuyo poder temporal y espiritual fuera un día la luz y el calor de toda la gente mahometana en el período providencial de su mayor poderío; allí los fundadores ilustres de aquel imperio cordobés, que con su ciencia esclareciera toda la tierra y con su grande aljama eclipsara el sacro recuerdo de la Meca y sus santos templos; allí los herederos de aquellos abditas, que levantaran la Giralda en Sevilla, y de aquellos Almamunes, que levantaran la Galiana en Toledo para estudio y contemplación de los astros anotados en sus tablas como notas místicas; allí los últimos continuadores de tantas revelaciones científicas, al mundo comunicadas por las madrias andaluzas, ricas en retortas que descomponían la materia, en astrolabios que investigaban el cielo, en fórmulas algebraicas que contenían cálculos é ideas; allí los destronados de tantos sáculos, los expulsos de tantas ciudades, los príncipes de tantas dinastías, los herederos de tantos héroes, contándose unos á otros en su poético lenguaje las hazañas inolvidables extendidas desde las tierras de Siria y Arabia en combates sin fin hasta los campos de Poitiers y las costas de Sicilia, resueltos en esta última hora de su dominación, y con el vigor que da un postrer empuje á todas las fuerzas del cuerpo, y con el resplandor que da un último destello á todas las ideas del espíritu, resueltos indudablemente á recomenzar su historia épica, sin comprender cómo se ocultaba y extinguía tras los cerros de la oriental Alhambra en los rojos matices de un inevitable ocaso.

Tantas y tan grandes aspiraciones como en el pecho de los musulmanes latían, productos de siglos y siglos, tomaban forma humana, condensándose y personificándose á una en aquel rey último de Granada, conocido con el nombre de Hacem. Así, pues, la embajada, que iba por la Vega, con sus banderolas que relumbraban, viejos signos heráldicos, y con sus armaduras que relucieran al sol de las batallas, y con sus mantos, en cuyas hombreras se destacaba la cruz, y con sus cascos, sobre los cuales campeaban ricos y raros plumajes, podría tomarse por la representación del mundo católico y sus cruzadas, yendo en pos de los orientales ensueños y de las islámicas ambiciones que se retorcián allá en los edenes de Granada con propósito firme de hundirlos y aplastarlos bajo el peso de sus victorias. Vera el embajador tenía tras sí todo el mundo cristiano, que demandaba un esfuerzo; el heleno recién sometido á la media luna de los fuertes otomanes; el húngaro amenazado á la continua en sus santuarios y en sus hogares; los habitantes de las islas y archipiélagos mediterráneos, quienes á cada paso creían encontrarse con los piratas berberiscos; el formado en las galerías turquesas, el cautivo en los calabozos de Orán, Túnez

y Argel; mientras Hacem tenía tras sí el Africa y el Asia, creídas aún, por aquellos tiempos, cuando el espíritu europeo florecía en el Renacimiento, de poder desarraigarlo y sustituirlo con la fe viva en el Koran y la dominación espiritual de su Profeta. Los vencedores de Constantinopla, los santones de la Meca, los soldados de Persia y Egipto, los árabes andaluces diseminados por las plazas de Africa, y que guardaban las llaves de sus casas de Córdoba y Sevilla, pedían con clamores contínuos al reino granadino y á su rey Hacem que sostuviese aquí, en la Península, donde más habría brillado, la causa del mundo musulmán é islámico en sus competencias con el mundo cristiano. Así, Hacem, guerrero por naturaleza y por educación, jinete ágil, montado en su caballo del color de los cuervos, cuando en aquellas guerras civiles y religiosas continuas iba como en alas del viento por las altas Alpujarras, y descubría desde cimas bajo las cuales muchas veces tronaba la tempestad, al són de los torrentes y de los aludes, el reino mediterráneo y el Africa, notando cómo las dos orillas de los dos continentes aún estaban, á la sazón aquella, unidas por el musulmán alfange y por el sublime Profeta, juraba componer una confederación musulmana, como la de almohades y almoravides, é ir, presidiéndola y encabezándola con su alfange, al rescate de la grande aljama de Occidente y al desquite de la horrible rota de las Navas. Por consecuencia, la embajada que iba camino de los palacios árabes tenía, no un carácter diplomático, un carácter guerrero, y llevaba en sí, no un tratado, un reto, el cual debía recoger y sustentar hombre como aquel Hacem, á quien los hados confiaron la representación del Imperio árabe-hispano en los días últimos de su terrible ocaso.

Estos y otros muchos pensamientos embargaban el espíritu de Vera conforme iba, con paso parecido á vuelo, dirigiéndose hácia el cerro de la Alhambra y acercándose á su codiciada sombra. ¡Qué alegría derramaba la vida oriental allí por todas partes! ¡Cómo relumbraba el aire azul purificado en la noche por el frío de los ventisqueros eternos, y tan trasparente y diáfano en aquella mañana, que transmitía la luz del sol, espléndida é intensa, como si no le pudiese oponer ninguna resistencia en su nativa pureza. La vista ménos embañada de los espectáculos con que brinda la Creación embobábase allí hasta el punto de arrojarse y desprenderse de todo cuanto no fuera una contemplación continua y extática. Las sierras de Loja parecían grandes turquesas, como las Alpujarras encendidos rubres, y el contraste artístico entre los conos violáceos de las extintas lavas que coronan las cumbres de la estéril filvira, con los brillantes de nieves eternas que al otro lado relucían, ese contraste único aumentaba su grandeza y en hermosura con la luz del día y la transparencia del aire. ¡Ah! Nada que recree la contemplación como aquellas colinas, las cuales parecen puestas adrede allí por un paisajista inspirado para dar mayor realce y majestad á las sublimes cordilleras y á los dentados picachos, relucientes por las reverberaciones del cielo. Diríase que no reinaba por ninguna porción de la tierra el mal, viéndola aquella riente naturaleza, tan dulce como las nubes destiladas por los troncos de sus árboles y por las corolas de sus flores, y tan melódica como las auras mecidas en sus prados y en sus florestas. Entre cortinas de yedra rodeadas de cármenes donde sus bases tienen pintados engarces, junto á las verdinegras palmas, levántanse las torres bermejas,

los minaretes blancos, las rotondas azules y argentadas, los kioskos rematados por tejas áureas, y á trechos, macetones de porcelanas brillantes en cuyo fondo radican rosales y jazmines entrelazando pintorescas guirnaldas. Aquellas enrisecadas cumbres, además, parecen como urnas, de cuyos senos brotan desatados en arroyos cristalinos los manantiales que llevan á una en sí la fecundidad á las plantas. Por las laderas de los grandes bancales, entre las hebras del heno y de la alfalfa, el rojo pétalo de la encendida amapola, en cuyo cogollo brillan los estambres negros y lucientes, de sedosa finura y de metálicas reverberaciones. Los trigos se coronan de crasas espigas que amarillean doradas por el estío, y las parras de pámpanos y de tallos verdes y fresquísimo que se transparentan como cristales. En todos los vergeles se mezclan las flores, las frutas, y encuentran con sus recreos el ánimo esencias, y aromas el olfato, música las oídas, colores y cuadros la vista. Son de ver por el campo los jornaleros afanosos y por las eminencias el centinela vigilante y sobre las mezquitas el mucicm absorto en sus plegarias. Lo cierto es que no ha encontrado el musulman labitante del Carmelo y del Libano, en que mezclan sus vibraciones los cedros y sus salmos los profetas; conquistador de aquel Bósforo, en cuyas orillas Europa y Asia se juntan, y en cuyos lagos gallardean el Olimpo y el Parnaso; rey en el Cairo, á las orillas feraces del misterioso Nilo, donde crecen palmas canoras como guzlas de poetas; dueño de las orillas del Tigris y del Eufrates, no ha encontrado tierra ninguna para vivir y morir, como esta tierra de los volcanes y de las nieves, fresca y abundosa cual una pradera virgen, de cármenes cortados en las peñas como los antiguos jardines babilonios, de confluencias como la que forman el impetuoso Darro y el sosegado Genil; de torres gallardas circuidas por florestas con tales plantas que semejan edenes y coronadas por almenas de tales facetas que semejan piedras preciosas al bruñido del sol y al esmalte de los aires. En cada recodo del camino, siempre que brillaba entre los ramajes una torre del encendido color de los corales, una rotonda con todos los matices del iris, una extensión amplísima confundiendo en dilatado cuadro varios y hermosos objetos. Vera suspiraba de impaciencia por que la corona de Castilla, el yugo y las haces de sus reyes pudieran grabarse pronto en aquel encantado paraiso donde los álamos de cimbreantes ramas se unían con los olivos, y los granados de rojas flores con los limoneros cuajados de azahar, los palmerales de majestuosas oscuras coronas con las moreras de hojas lustrosísimas, y las adelfas en el fondo de los secos y pedregosos torrentes con los castañares en las altas laderas de los frescos riosos, componiendo admirables consonancias de rumores y de matices.

Codiolando cada vez más á Granada, entraron Vera y su comitiva por aquellas puertas, que les abrian las leyes del honor, y que por sí mismas se hubieran convertido, acostumbradas á la defensa del último seguro mahometano, en losas de sepulcros para los embajadores españoles. Las herraduras de los brutos; las piezas varias de los armazones, donde sus cuerpos iban encerrados; la reverberacion natural de las armas al sol y el giro de las divisas y banderolas al viento, atraian hasta la triste mirada de los moros, henchida de relampagueantes odios.

Con los dormanes oscuros, con los alquiceles albos, con

los mantos de colores diversos, con los turbantes listados de sedas y gasas, con los rapacejos y bordaduras orientales contrastaban mucho aquellas férreas vestimentas de los embajadores castellanos, parecidos en su rigidez á figuras sacadas de las armerías ó estatuas yacentes venidas milagrosamente á caballo, por la luz y el aire, desde la humedad y el silencio de sus frios y oscuros panteones. Más que los enviados diplomáticos de reyes poderosos y vivos, parecian, á la verdad, todos los de tal cortejo, aquellos heraldos de piedra con que la grande arquitectura de la época, el gótico florido y el incipiente plateresco, blasonaba los palacios de príncipes, magnates y reyes. Con la misma indiferencia majestuosa que se ponian al servicio de su rey, penetrando en la ciudad enemiga, fueran todos ellos á morir y ofrecerse como verdaderos holocaustos de grandes sacrificios en las competencias bélicas y en las cruentas batallas. De paso para Palacio, hasta el cual un escuadron de moros á caballo, desde las puertas, les seguian y escoltaban por las calles, pudieron advertir como crecia la ciudad en el número de sus centinelas, apercebidos con gran vigilancia y armados de todas armas por los altísimos torreones; en la frecuencia de tiendas bien aderezadas y provistas; en el esplendor de bazares, donde se veian los más raros artículos expedidos á la sazón del Asia; en la muchedumbre de catalanes y de genoveses, los cuales afluan atraidos por las granjerías del comercio; en los ricos trajes de las recatadas moras, que, á traves de las celosias, brillaban con sus bordados de rales riquísimos y sus pedrerías relucientes como las noches orientales. Penetraron, por fin, allá en lo que podríamos llamar la ciudad especial de los reyes nazaritas, por la puerta que abre paso á la pendiente conocida hoy con el histórico nombre de Cuesta de los Gomeles. En su lengua erótica, un tanto atrevida ó temeraria, los árabes llamaban á la colina donde se levantaba la oriental Alhambra, el ombligo de la tierra. Y en verdad aquellos cármenes, que parecian titánicas macetas; aquellas umbrosas alamedas, á las cuales se dan cita los ruiseñores todos del campo, cautivos en su hermosura; el desate y susurro de los manantiales corrientes en todas direcciones y descendidos en trenzas desde las cumbres del encantado cerro; las gotas de los surtidores prendidas como un rocío matinal á los pétalos y á las ramas; el encuentro de las rosáceas torres cortadas por ajimeces de bordados mármoles y por áureas celosias; los arcos de herradura, en competencia con los arcos de arte gótico, que dan á tal estancia, tal jardín, tal castillo, ingreso; los paisajes que se descubren unas veces sobre los cristales de Sierra-Nevada, otras veces sobre las floridas bondonadas del Darro y otras veces sobre la inmensa Vega, divertían el ánimo de los embajadores, hasta del profundo pensamiento que los embargaba, y casi casi les hacia creer haber llegado á un planeta distinto de nuestro planeta en su extraña correría. Hoy mismo, despues que los siglos han pasado con la fuerza de sus torrenciales años; despues que los moros han huido al desierto africano; despues que la incuria y el abandono de tristes siglos ha cegado mil fuentes y derruido mil camarines hermosísimos, reduciendo tantas maravillas á polvo, por lo ménos absándolas con la triste sobreposicion de monumentos á ellas dispares; hoy, cuando entráis, os sobrecoge de tal suerte la magia propia del sitio encantador, que creéis oír las guzlas acompañando á las serenatas, ver

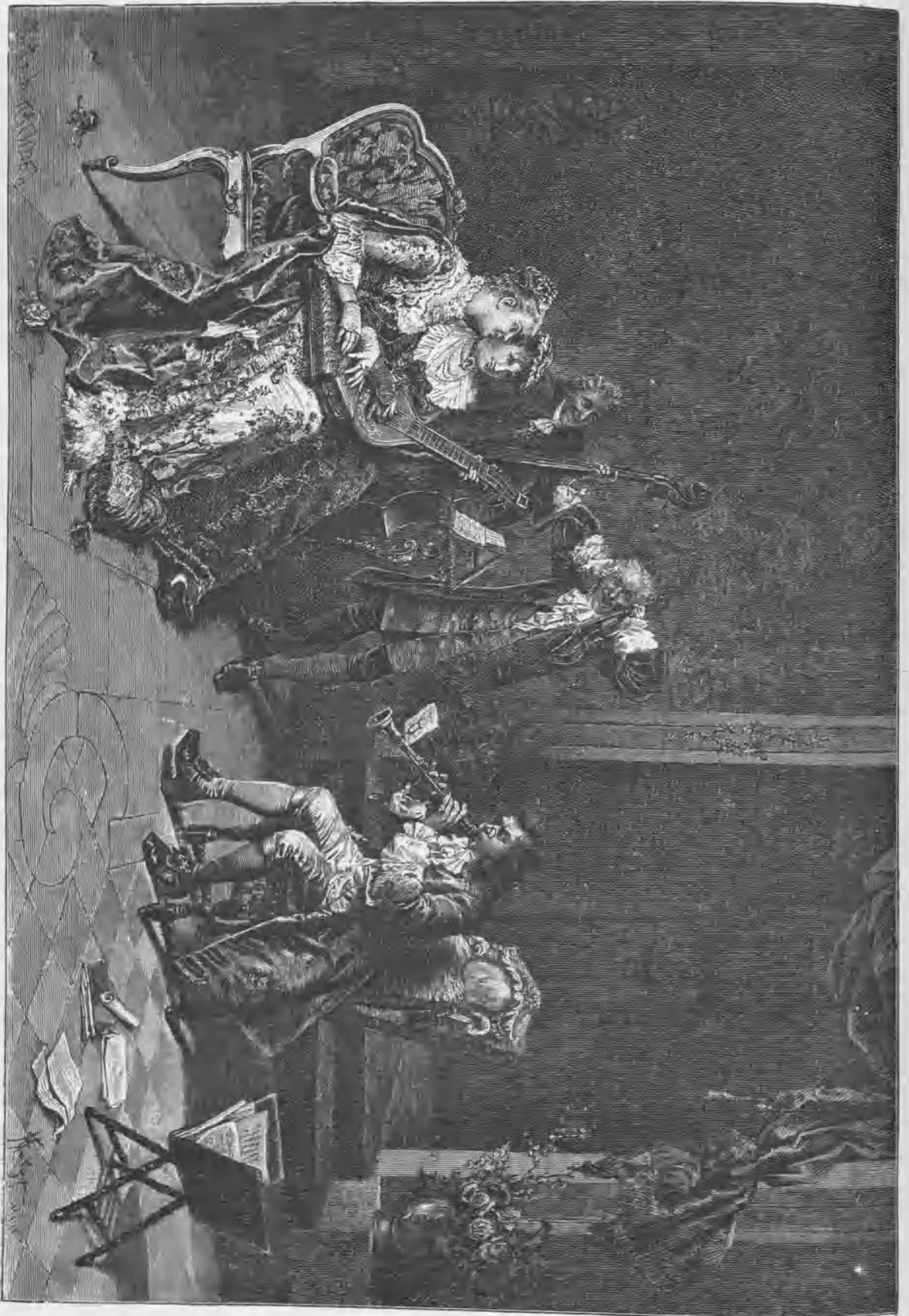
los ojos de las sultanas convertidas en hurles á través de las celosías, y habitar aquel mundo extraño, donde los caballeros juegan á la sortija en Bib-Rambla, los mouccines cantan allí sobre los minaretes de las mezquitas, y el postrimer ejército moro alardea en la Vega; mientras el romance morisco resuena sobre los pavimentos de jaspe, junto á los surtidores que brotan de alabastrinas tazas, bajo techumbres de alerce encajadas con varias incrustaciones de blanco marfil africano y estrellas relucientes de oro puro. Poned ahora con vuestra imaginación el árabe satisfecho de poseer tanta tierra; los cuerpos de guardias con sus soldados vestidos de varias túnicas y sus armaduras damasquinadas; las diversas tribus curtidas por el ejercicio de las batallas y por el sol de los desiertos, y ágiles como quienes se acostumbra á continuas guerras; la diversidad de trajes; la copia de objetos raros y artísticos; la riqueza de bazares tenidos por los primeros del mundo musulmán á la sazón; el cámen de raras plantas orientales; el vario juego de surtidores por tazas de tanto brillo recogidos; los baños con su luz tibia que finge un crepúsculo de Andalucía, y sus estrellas en la bóveda que tingien una noche de Oriente; las pajareras formadas con alambres de oro, en cuyas redes y jaulas cantan las aves más canoras; el concierto de las dulzainas y de las chirimías en paz, y de los atabales y clarines en guerra; las competencias propias para que los poetas cantasen, como á porfía, el amor y el heroísmo; los desafíos caballerescos; las zambras continuas; los torneos inacabables; la llegada de los emisarios idos á ofrecer sus presentes y á dar promesas de auxilio á los mantenedores del Islam en tierras de España: decidme cómo resplandecería Granada, con qué brillo, en esta última tarde, tan poética, de su historia, y en este último tinte y crepúsculo del ocaso de su vida. Los emisarios de Isabel y Fernando no se cansaban de mirar la presa que creían tener ya entre sus manos, según la fe que iluminaba y encendía sus corazones y sus conciencias. Sahedores de que se buscaba en aquel viaje, ántes motivo justo á una enemistad deseada que asientos de paz y concordia, arguíanse, no dirémos con provocativa insolencia, pero sí dirémos con aquel aire de orgullo satisfecho que cuadra tanto al natural castellano.

Pero sigamos viendo los sitios por donde pasan los embajadores. Á los dos ó tres reedos encuentran gruesa torre de aspecto africano, sombreada por altos álamos, cuyo follaje contrasta la ciclópea pesadez de las paredes con su gentil meneo y su dulcísimo susurro. Llámase aquel monumento la Puerta Judiciaria. Sus arcos de graciosas heraduras, amplos en guisa de romanos medios puntos, hallanse colocados, uno tras otro, con tal conocimiento de los efectos producidos por la mezcla de luz y sombras á distancia, que fingen todos ellos, con sus largas y hermosas perspectivas, fantaseadas galerías. Las brillantes lápidas de mármoles, proclamando los apellidos de los reyes nazaritas, mezclados con los nombres de Allah y su profeta; las puertas claveteadas de hierro y ceñidas en el dintel con arabescos de tierra cocida, bruñidos por barnices varios y semejantes á ricas porcelanas; la corona de almenas esmaltadas por la luz resplandeciente y destacadas en el cielo clarísimo; la llave y su mano, esculpidas sobre la mitad misma del arco, y que, además de simbolizar poderes históricos y políticos, simbolizaba religiosos amuletos contra la mala es-

trella y las naturales desgracias, evocaban las creencias católicas en el ánimo de los caballeros de Santiago y les movían á murmurar oraciones capaces de poner en fuga inmediatamente á los demonios visibles por aquellos simulacros de la mahometana idolatría, tan aborrecidos de un cristiano viejo. La Puerta Judiciaria franqueaba las primeras líneas de murallas, y la puerta conocida hoy con el nombre, bien extraño, de Puerta del Vino, franqueaba la segunda línea de murallas, abriendo paso á un patio, en cuyo centro se veía olmo gigantesco, del cual; oh! las ramas ofrecían saludables sombras al mufty, para que, interpretando los textos del Koran, administrase la debida justicia. Ya estaba, después de tal patio, cerca del ingreso al Palacio, cuando su vista quedó como embobada y extática en el espectáculo por doquier ofrecido á la contemplación, que no podía permanecer tranquila, y se avivaba en soberano entusiasmo. Á la derecha, y á través de los alicatados, ornamento de las galerías y arcos, cual si en el mismo pie de Sierra-Nevada se hallase aquel Generalife misterioso, entre cuyos escalonados bosques de cipreses y laureles relucían los miradores ceñidos y tachonados por multicolores porcelanas, que reflejaban los rayos del sol y producían en plena lumbre y esplendor de un soberbio día deslumbradoras estrellas; á la izquierda, y de trecho en trecho, la legión de las torres, todas sus alturas por vistosos guardas ocupadas; en el fondo las colinas, puestas casi en gradería por la Naturaleza, sombreadas por los cedros y por los pinos y por las palmas, colinas á cuyos pies el rojo Albaicín, ceñido de aloes y de nopales, mostraba las estrechas calles, cuyo recato aumentaban las recelosas celosías y los anchos patios, en que los mirtos y las adelfas y los limoneros y los naranjos entrelazaban sus ramas; cerca de aquel sitio, la carrera del Darro, arrastrando sus impetuosas corrientes, cargadas de oro, entre florestas parecidas por su espesor y por su follaje á selvas; y allá lejos, la sierra Elvira, con sus lavas violáceas concluidas por truncadas pirámides, poniendo un contraste necesario de aridez entre las varias manifestaciones de tanta y tan copiosa y tan exuberante vida, cuya savia parecía refluir en el corazón de los cristianos, y hacerles sentir y comprender cuánto había de costar á los árabes el desceñirse y apartarse de su predilecta misteriosa huri, de la incomparable Granada.

Mucho complacen las vistas extensas en las orillas encañadas del Darro y del Genil; pero áun complacen más, por lo extrañas, las abrevindas y reducidas en aquellos espacios fabricados por la increíble arquitectura de los árabes y embellecidos por sus soberanas artes de ornamentación. Acababan los embajadores de ver la bella mezquita, que habían dejado á su derecha, fundada por el jefe de los antiguos monarcas nazaritas; cubierta de mosaicos resplandecientes, en las cuales se reproducían las flores del campo y las estrellas del cielo; pintada toda ella de azul y oro; bajo cuyos artesonados ardían lámparas de plata, nécar y concha, difundiendo luz templada misteriosamente por rosadas gasas de seda finísima, en las cuales todas sus galas para la ornamentación lucían los artifices de Oriente. Pues áun vistos y admirados semejantes edificios, quedaron fuera de sí los emisarios cuando las puertas se abrieron y tras largo pasadizo, un tanto sombrío y oscuro, preparado para los grandes efectos de luz, penetraron allá en el patio,

«UNA NOTA FALSA.»—(CUADRO DE MANTEGAZZA.)



conocido ahora con el nombre de los Arrayanes, y conocido entonces con el nombre del Mesuar. Vistoso mosaico, de brillo semejante al de la pedrería, engalanaba las bases de sus aéreas paredes; mostaguerras vidriadas, azules y blancas, ornamentaban el suelo, tan brillantes como la veneciana cristalería; una grande alberca, por murmuradora fuente alimentada, retrataba en su alegre superficie los esplendores del aire aromado por las rosas y los azúcares; mesas de mirtos y arrayanes contrastaban el claro color de los mármoles con el oscuro y metálico verdor de su follaje, despidiendo juegos maravillosos de agua; innumerables puertas, á cual más bien ornada con marqueterías riquísimas, como se dice hoy, é incrustaciones de nácar, oro y marfil, abrían paso á misteriosas estancias y ornaban con sus primores las paredes artísticas del palacio; dos galerías brillaban al extremo Norte y Sur por maravilloso modo alicatadas con cubos parecidos á iris, con rombos circundados de alharacas ligeras, con extrañas cintas que parecían flotar al aire, con hojas de una vegetación casi paradisíaca, con innumerables conchas tan variamente pintadas como las producidas por el mar, con piñas de pinares fantásticos; aquí un arco semejante á los admirados en Córdoba y sus aljamas; allí cartelas indias con animales alegóricos recordando las orillas del Ganges, junto á tallados de madera con letras karmáticas; expresión de leyendas parecidas á las resonantes así por las riberas del Eufrates como por las riberas del Nilo; y de quier preciosas hornacinas ocupadas con vasos gigantescos de áureo esmalte, columnas torneadas como los troncos de las palmas, sosteniendo arquivoltas de proporciones armoniosas y arcos parecidos á joyas por sus adornos; alhamies ó sitios de descanso, especie de alcobas estrechas semejantes á capillas, con techumbres de ricas estalactitas lápizlázuli, con cornisas alacénadas, en las cuales se veían los vasos de colorado barro, las orinas damasquinadas á maravilla, los candiles de bronce, los pebeteros de aromas esencias, coordinado todo con tal arte, que hasta los más altivos desearían detenerse allí, entre tantas maravillas, y entregarse por completo á la contemplación del arte y sus milagros en una oriental soñolencia.

Á pesar de que parecían verdaderamente agotadas así las riquezas del Palacio como los afectos de admiración despertados en sus huéspedes, aun quedaba la maravilla de las maravillas, la sala de los Embajadores, cuyas grandes proporciones tenían algo de los monumentos romanos, por su magnitud, y cuyas bóvedas tenían algo también de la singular belleza gótica, por lo aligeas y lo complicadas. Imposible imaginar, ni con la fantasía más creadora, los mejuares con sus arcos de atarjas y sus filetes de jaizas; los semicírculos bizantinos por ramas de misteriosa encina realzados; las impostas circundadas de letreros cíficos que rezan misteriosas poesías. Aquí, en leyendas incrustadas por las paredes y el friso de las bóvedas, el poeta compara la sala con una novia enriquecida de todas las perfecciones, y con un trasparente vaso lleno de todas las esencias; allí confunde sus alharacas riquísimas con diademas de reinas, y las diademas de reinas con aureolas de luna llena. En el alhamí abierto por las paredes, la noble alcarraza rebosante de agua fresca, y á su pié los pebeteros lanzando nubes de aromas. En todas partes incrustada la dulce palabra *beracá*, la cual quiere decir felicidad. Por el techo

bóvedas alicatadas, que forman grandes polígonos, en cuyas líneas resaltan misteriosas estrellas. Á la parte del Norte tres balcones que dan sobre las corrientes del Darro, y que ostentan preciosísimas labores. En un lado el Serir—Almanach—ó sea el trono de los reyes de Granada, y en torno suyo los magnates del reino, los wadies, los alemas, los muftis, los alcaldes y alféreces, rodeados todos de arqueros. Difícil resucitar tanta grandeza ni con la imaginación más poderosa. Entre aquellas paredes, tan ligeras como los tapices persas, y empapadas en colores varios y embudidas de cristalizaciones fantásticas por esmaltes orientales realzadas; bajo aquellas bóvedas, compuestas de alerce y ébano, sobre cuyos pardos y negros fondos brillan plata, oro, marfil, lápizlázuli, nácar, hojas y flores en ramilletes increíbles, astros infinitos en constelaciones deslumbradoras; junto á los cojines y divanes de damasco, que pebeteros cuajados de pedrería perfuman, y que bordadas telas envuelven; frente á las alacenas ocupadas por los damasquinados alfanges y por las mayólicas que parecen reverberar una luz superior á la luz del cielo; respirando las auras perfumadas de la Vega, que penetran por ajimeces y celosías; oyendo la música melodiosa que sube de Granada y de sus cármencas y de sus bosques; mirando la palabra *felicidad* unida con la palabra *Dios* y entallada por todas partes; los caballeros de Santiago, con sus armaduras y sus cascos, frente á los últimos nazaritas, con sus turbantes y sus alquiciles, se declaran una guerra que ha de coronarse con la rota del árabe odiado y la completa unidad y la santa independencia de nuestra hermosa España.

Cuán opuestos sentimientos batallaban en aquella suprema hora, así dentro del corazón que latía bajo la túnica de Hacem, como dentro del corazón que latía bajo el férreo peto de Vera. El rey granadino miraba desde su trono al odiado nazareno, y no podía darse cuenta de las varias consideraciones y respetos bastante fuertes y coercitivos para impedirle aquello que le reclamaban todos sus instintos, lanzarse airado sobre los cristianos, y allí mismo despedazarlos. Vera, comendador de Santiago, nacido, por tanto, para la cruzada perdurable, veía en las paredes hermosísimas de aquel santuario donde campeaban el Dios y el monarca de sus enemigos, las leyendas más contrarias á sus creencias, y los recuerdos más odiosos á su corazón, que le movían é incitaban á declarar una guerra universalmente deseada por todos sus compatriotas. La cortesía natural en los asuntos internacionales tratados entre reyes y embajadores superó á todos los arrebatos del odio y le impuso un conveniente lenguaje, al par firme y comedido. Recordó con discreción castellana los orígenes de la dependencia que Granada, desde los tiempos de San Fernando, debía por costumbre á Castilla, y las pías convenidas en múltiples tratados. Corrió muy de ligero, como quien huía de un asunto enojoso y peligrosísimo, sobre los atrasos aducidos á la corona de su monarca, y sobre la necesidad imprescindible de satisfacerlos y pagarlos pronto. Un rumor de mal contenido enojo corría en la corte de aquellos musulmanes, vencedores y vencidos tantas veces, según que hablaba Vera evocando antiguas humillaciones y derrotas, dolorosísimas para sus corazones de granadinos y para sus conciencias de creyentes, Hacem, por su parte, no podía contenerse. Parecía un verdadero insulto aquella recordación de sus derrotas

tas, y hasta un reto aquella suavidad con que las contaba el Comendador, como si de lo más natural y corriente se tratase. Por tanto, perdida la calma, que había imperado en las palabras de su contrario, dió la siguiente respuesta: «Volved y decid á vuestros soberanos cómo han muerto los reyes granadinos capaces de pagarles tributo, y cómo aquí no se baté moneda para sustentarlos, sino que se forjan alfanges y lanzas para destruirlos.» Mucho imperio necesitó ejercer Vera sobre sí mismo para no desconcertarse y no redargüirle con palabras igualmente soberbias y guerreras. Contentóse con bajar la cabeza en signo de profunda cortesía, y decir con los ojos todo cuanto callaban adrede los labios. Su pecho se había indudablemente agitado con la vista de los ejércitos á quienes acometiera tantas veces, y con la lectura de aquellas frases árabes talladas en los alerces y en los mármoles, que decían las glorias del Profeta y recordaban los triunfos de los constructores de aquel maravilloso alcázar y las faenas de los cautivos cristianos que, aherrojados, habían puesto piedra sobre piedra en sus maravillosas paredes. Todas las iras de una raza guerrera se agolparon á su corazón, pero ninguna fué bastante poderosa y bastante fuerte á romper la natural clausura de sus labios. Callóse, pues, é indicó bien á las claras con tal silencio cómo iba en aquel momento á comenzar una furiosa guerra, quizá la última entre cristianos y moros.

De haber salido con otra persuasión, quizás callára lo que realmente le iba por los labios y le henchía el corazón, la promesa dada en el castillo la noche ántes á la castellana, de invocar entre los esplendores del granadino alcázar las grandezas de Maria. Y en efecto, al volver por uno de aquellos patios y observar diversas maravillas en ellos aglomeradas, no pudo contenerse y dijo cómo era imposible que un cristiano viejo envidiase la dulzura de aquel clima, la belleza de aquel horizonte, las delicias de los innumerables verjales y florestas, el esplendor de un palacio construido por las huries y digno de ser habitado por la felicidad, cuando se

acordaba, con recuerdo bien doloroso, de que allí no se oía por ninguna parte resonar el nombre más grato á los oídos cristianos, el nombre de la Madre del Verbo, de la Hija del Eterno, de la Esposa del Espíritu, de la immaculada Maria. Los musulmanes, que le acompañaban cortésmente, y que le iban mostrando todas las bellezas de aquellos sitios, como si quisieran, ciegos é impreviosos, despertar su codicia, no pudieron, al oír la extraña expresion de Vera, contener un maligno asomo de burla y escepticismo. La idea que andaba por las mientes de todos había de ser dicha por alguno. Y en efecto, sabio ulema de los más industriados en las dos teologías enemigas, de los ménos capacitados para comprender el misterio de la Encarnacion, repulsivo á toda la raza semítica, observóle cómo, en su concepto, no cabía que tuviese padre ni madre quien era de suyo anterior al tiempo; y que cupiese dentro del vientre de una mujer quien jamás cupo ni puede caber en la inmensidad del espacio. Oír tal palabra Vera y poner la mano sobre la empuñadura de su espada, obra fué de un solo momento; ver los musulmanes que acariciaba el Comendador sus armas y requerir ellos cimitarras y alfanges, fué obra tambien de otro momento; ver á los árabes en actitud de guerra y apercibirse los castellanos al combate con impulsos de resistir unos y de acometer otros, tambien fué resolucion instantánea de las que vienen como un relámpago al ánimo y estallan como una centella. En los tranquilos y encantados patios de aquel maravilloso palacio hubiera comenzado la guerra, si Hacem, bien pronto instruido por algunos cortesanos de lo que sucedia, no sale á recordar el respeto debido al Embajador y al huésped. En las puertas del mágico alcázar montaron los nuestros sus caballos, y, saliendo pronto de Granada, se perdieron en la Vega, despues de dejar, con todo cuanto había ocurrido, tras de sí una guerra que, á la verdad, había comenzado en aquel supremo minuto.

EMILIO CASTELAR.



# EN EL ARROYO.

(BOCETO.)

I.

Curtido el rostro moreno,  
Que crespos cabellos orlan,  
Cayendo desmelenados  
Bajo la terciada gorra;

Descalzos los piés menudos,  
Sobre la pierna nerviosa  
Un pantalon de uniforme,  
Regazado hasta la corva;

Tan desmedrado de cuerpo  
Como gracioso de formas,  
Con el dormir de la grulla  
Y el despertar de la alondra,

*Primavera*, el rapazuelo  
Que así en el suburbio nombran,  
Por las calles, vagabundo,  
Corre ó juega, duerme ó ronda,

En el alma la alegría,  
En los labios una copla,  
En las carnes un harapo,  
Y en los ojos una aurora.

Cómo se encontró en el mundo  
Con su libertad á solas,  
Si en alguna parte hay álguien  
Que le recuerda ó le llora,

¡Qué sabe él! ¿quizás al viento  
Pregunta la débil hoja  
De qué rama la ha arrancado,  
Ni por qué causa la arrolla?

Nunca supo si se nace  
De una madre, si en la boca  
Con que el negro pan se muerde,  
La oracion y el beso brotan.

Se dijera que en el limo  
Del arroyo encontró forma,  
Que prestóle vida el viento  
Que en las calles, libre, sopla.

Tiene apenas trece abriles,  
Pero ya las frescas rosas  
De su faz la adolescencia  
Precozmente descolora;

Y á veces á sus pupilas  
Los relámpagos asoman.  
De instintos que se despiertan,  
De pasiones que se esbozan.

Así corre á la ventura  
Las veredas mil tortuosas  
Del azar; así, jugando  
Con la suerte, la provoca.

Pajarillo volandero,  
Que, perdido entre la fronda,  
Cualquier fruto picotea,  
En cualquier rama se posa,

No hay reparo que le ataje,  
Ni peligro que le imponga,  
Ni aprension que le desvele,  
Ni pesar que le conozca,

Y en el borde del abismo  
Se columpia sin zozobra,  
Suspendido á un hilo de oro  
Que los ángeles le arrojan.

Hállasele entre una turba  
De arrapiezos de su estofa,  
Porque gorriones y niños  
Por propio instinto se asocian.

Asistiendo en los cuarteles  
Al reparto de las sobras,  
Come el rancho, y con pimienta  
De donaires lo sazona;

Duerme, ya sobre los bancos  
De una plaza, entre la sombra,  
Ya en el quicio de una puerta,  
Ya de un átrio en las baldosas.

En verano, á los caminos  
Vase á coger zarzamoras,  
Con las cuales, cara y manos  
Embadurnadas, retorna;

Por el invierno hace hogueras,  
Donde, saltando, se goza  
Con ruidosos palmoteos  
Y carcajadas sonoras.

Flota en el vivo tumulto  
De la ciudad, como flota  
Grano de arena en el viento,  
Copo de espuma en las olas;

Busca el ruido, que le atrae  
Con atraccion imperiosa,  
Y acude alli donde hay gente  
Que se empuja ó que se agolpa.

Cuando, alegrando la calle,  
Pasa formada la tropa,  
Y las cornetas resuenan  
Y los tambores redoblan,

Él va, silbando, en la fila  
Que los gastadores forman,  
Á los marciales sonidos  
De la charanga ruidosa.

Si procesion ó rosario  
Salen de alguna parroquia,  
Lleva su cirio entre un grupo  
De cofrades y devotas;

Si hace corro la vihuela  
De un ciego, asmática y ronca,  
Ganada á fuerza de puños,  
Plaza en el círculo toma.

Lo mismo da á las campanas  
En una iglesia de monjas,  
Que en las pedreas del rio  
Hace zumbiar á la honda;

Igual se le halla gritando  
Junto á una casa en que hay boda,  
Que se le ve en un incendio  
Correr detras de las bombas.

Formada está de contrastes  
Su alma adorable, aunque tosca,  
Lo mismo que de jirones  
Está zurcida su ropa;

Pues inculta y delicada,  
Descreida y generosa,  
Tan inclinada á las burlas  
Como á las lágrimas pronta,

Á merced de los impulsos  
Contrapuestos en que choca,  
Bien y mal, á un tiempo, en ella  
Se disputan la victoria;

Pero virtudes y vicios,  
Que en su fondo se eslabonan,  
Á la luz de su inocencia  
Siempre en gracias se trasforman,

Como, en flores ó en guijarros,  
Si un rayo del sol las dora,  
Del agua que el cielo llueve  
Perlas son todas las gotas.

¡Oh infancia, eden que, perdido,  
Ya nunca más se recobra,  
Patria de que en breve el hombre  
Deja llorando las costas;

Mar de encantadas riberas,  
En cuyas tranquilas ondas  
El ave azul de los sueños  
Sus plumas diáfanas moja;

¡Contigo, hasta la miseria  
Lujo de fiesta se torna,  
Y sabe á miel perfumada  
Dolor bebido en tu copa!

Por eso el niño, que aún lleva  
En sus pupilas absortas  
El vivo deslumbramiento  
De las eternas auroras;

Que aún de los dedos divinos  
Conserva la marca roja  
En su carne, en que amasados  
Fueron jazmines y rosas,

Encuentra luz y alegría  
En la desgracia y la sombra,  
Y como en púrpura y sedas,  
En un andrajo se arropa.

Pues al descender el ángel  
Sobre una nube de aromas,  
Desde la estrella que deja  
Por nuestra morada lóbrega,

En tí halla un rayo postrero  
De los cielos que abandona,  
De los conciertos lejanos  
Oye en tí la última nota,

Y se detiene en los limbos  
De tu region misteriosa,  
Donde ya empieza la vida,  
Y aún no concluye la gloria.

## II.

Una tarde estiva, en que era  
La atmósfera aliento de horno,  
Sobre el lecho de una acera  
Despertóse Primavera  
Tras las horas del bochorno.

IVORY VASE  
XVI CENTY

AMBRAS COLLECT<sup>II</sup>



COPA DE MARFIL.—(SIGLO XVI.)

Al par que él, del aura al beso,  
Que ya se alzaba á anunciar  
Del crepúsculo el regreso,  
Templando un tanto el exceso  
Del ardor canicular,

La ciudad, también repuesta  
Del letargo de la siesta,  
Volver en sí parecía,  
Y al despertar, se movía  
Con el rumor de una fiesta.

En los rústicos verdoros  
De jardines y de plazas  
Saltaban los surtidores,  
Como polvo de colores  
Deshaciéndose en las tazas;

En las puertas, platicando,  
Se juntaban las vecinas,  
Y allá arriba en loco bando  
Perseguíanse, chillando  
Sin cesar, las golondrinas;

Mientras dábanse señales  
De trabajo en los talleres,  
Salían, entre cristales,  
Blancas manos de mujeres  
Á cuidar de sus rosales;

Se plegaban las persianas,  
Rechinando en su cornisa,  
Y como bocas humanas  
Se entreabrían las ventanas  
Á los soplos de la brisa;

La lumbre del sol poniente  
Fingía, á su refracción  
En las nubes de Occidente,  
El cráter incandescente  
De un volcan en erupción;

Y á su resplandor postrero,  
La calle, de gente llena,  
Tenía en su ámbito entero  
El bullir del hormiguero  
Y el zumbir de la colmena.

Mientras, sus párpados flojos  
El rapaz abrió confuso,  
Se irguió hasta hallarse de hinojos,  
Y, restregando sus ojos,  
Bostezó y en pié se puso.

Miró en torno, vió la hirviente  
Marejada del gentío,  
Y de un salto, alegremente,  
Fué á lanzarse en la corriente  
Como un ánade en el río.

Allá va, huérfano oscuro,  
Bien hallado con su cruz  
Y su destino inseguro,  
Saciándose de aire puro  
Y embriagándose de luz.

En su franca risotada,  
¡Cuál contrasta con lo fresco  
De su boca sonrosada  
La mueca desenfadada  
De su rostro picaresco!

¡Con cuánta desenvoltura  
Contonea el cuerpo breve,  
Y, una mano en la cintura,  
Con qué jovial travesura  
La cabeza airosa mueve!

El sol, que ya sus destellos  
Lanza cada vez más bajos,  
Pero cada vez más bellos,  
Al derramarse sobre ellos,  
Borda de oro sus andrajos;

Alguna trémula gota  
De sudor, que rutilante  
Por su tersa frente brota,  
De diadema en ella rota  
Finge un líquido diamante;

Y en aquel triunfal paseo,  
En que él trueca su camino,  
Cada risa es un gorgojo,  
Cada brinco, un aleteo,  
Cada vuelta, un torbellino.

Ya en tal punto, la ámplia vía  
Con el tropel desbordaba  
Que creciente la invadía,  
Y el muchacho, en compañía  
De otros varios, avanzaba.

«¿Veis — diciendo iba al pasar,  
Con aquel encantador  
Y atropellado charlar,  
Semejante al borbotar  
Del agua de un surtidor; —

»¿Veis esas grandes señoras  
En sus coches, arrogantes,  
Vestidas á todas horas  
Con galas deslumbradoras,  
Y llenas de oro y brillantes;

»Esas que tienen ujieres  
Y cuadras con tantos potros,  
Que viven entre placeres,  
Y que no parecen seres  
De carne, como nosotros?

» Una así era..... ; más hermosa  
 Todavía y principal!  
 Séria sí, y algo llorosa,  
 Como aquella Dolorosa  
 Que hay puesta en la catedral.

» Me llevaban..... la veía  
 Aturdido unos momentos ;  
 Despues á hallarme volvía  
 En la calle..... Sucedia  
 Todo, así..... como en los cuentos.

» ¡ Si viérais qué horas aquellas  
 Las que á su lado pasaba !  
 ; Tenía cosas tan bellas !  
 Y yo jugaba con ellas !  
 Y eran de oro ! Y las tocaba !

» Sentándome en sus rodillas,  
 Me contaba alguna historia  
 De guerras y maravillas ;  
 Alguna vez, á hurtadillas,  
 Me besaba..... ; Era la gloria !

» Luégo no la he vuelto á ver.  
 Yo no puedo comprender  
 Aquella felicidad.  
 Pero así debe de ser  
 Tener madre, ; no es verdad ? »

Y quedóse mudo un rato,  
 Como abortó en algo grato,  
 Hasta que, por fin, de pronto  
 Pronunció con arrebató:  
 « ¡ Ea, al diablo ; es que soy tonto ! »

Con vivo caracoleo  
 Pasan, miéntras, los carruajes  
 Entre el polvo del paseo  
 Y el crujiente traqueteo  
 De varillas y de herrajes.

Del látigo á los chasquidos  
 Y á las sordas vibraciones  
 Con que ruedan confundidos,  
 Retiemblan estremecidos  
 Los vidrios de los balcones.

Y las yeguas, engalladas,  
 Sacan chispas de los suelos,  
 Agitando, alborotadas,  
 Las cabezas coronadas  
 Con movibles espejuelos.

Y en la niebla del ocaseo  
 Se ven flotar, á su paso,  
 Pliegues de faldas y plumas,  
 Como un mar de olas de raso  
 Con encajes por espumas.

Se alza, en esto, de repente  
 Sordo clamor, y la gente  
 Se aparta : una carretela,  
 Desbocado el tiro, vuéla  
 Por la rápida pendiente.

Va en su interior una dama  
 Que, del indómito tronco  
 Á merced, favor reclama.  
 Mira el niño, y — ; ella ! — exclama  
 Con un grito ahogado y ronco.

Entónces, á la manera  
 Que en el mar la indócil ola,  
 Paso se abre, al coche espera,  
 Se abalanza á la carrera,  
 Y ase brida y muserola.

Los caballos, que se espantan,  
 Suspendido del rendaje,  
 Con un bote lo levantan,  
 Pero al ímpetu se plantan,  
 Resoplando de coraje.

Un momento el niño queda  
 En el aire ; al cabo rueda,  
 Choca el hierro, salta el lodo,  
 Y á la par lo envuelve todo  
 La revuelta polvareda.

Cuando á poco, de tropel,  
 Corrió el pueblo hácia el rapaz,  
 Ya de un salto alzábale él,  
 Ensangrentada la piel,  
 Pero radiante la faz.

Leíase en sus miradas  
 El celestial apetito  
 De esas venturas soñadas  
 Allá en las noches heladas  
 De desamparo infinito.

Parecía despertar  
 Á un destino superior,  
 Y con ánsia adivinar  
 El abrigo del hogar,  
 Las caricias del amor.

El ángel que en él dormía,  
 Las luminosas escalas  
 Entre sus sueños veía,  
 Y esperanzado batía,  
 Por vez postrera, las alas.

No bien, roto y polvoriento,  
 Se halló en pié, con paso lento  
 Junto á la dama se puso,  
 Y descubrióse un momento,  
 Embarazado y confuso.

Tendiéndole ella una mano,  
Del fino guante ceñida,  
Corrió á estrechársela ufano,  
Y fué á darle un sobrehumano,  
Un primer beso en su vida.

Pero al asirla, sintió,  
Con el roce de la seda,  
Algo frio, el beso ahogó,  
Y en las suyas oprimió  
La vil paga: una moneda.

.....

Aun vió á la dama, anhelante,  
Volver, temblando, la adusta  
Pálida faz, un instante;  
Oyó en seguida vibrante  
El restallar de la fusta;

Fué con ira y desconsuelo  
Perdiendo de vista el coche,  
Alzó los puños al cielo,  
Tiró el oro contra el suelo.....  
Y tuvo hambre aquella noche.

EMILIO FERRARI.



CÁRLOS GOUNOD.

CÉLEBRE MAESTRO COMPOSITOR



«EN EL PARQUE.»—(CUADRO DE HENNINGS.)

## PLATOS DEL DÍA.

**P**ARA apreciar con exactitud nuestros adelantos no hay mejor medio que repasar la historia contemporánea de la cocina española.

¿Qué comían nuestros mayores?

Platos vulgares, casi repugnantes.

¿Cómo comían? de una manera absorbente, que hoy serviría para estropear el estómago de cualquiera persona delicada.

La cocina se hallaba en la infancia del arte.

Las fondas, escasas en número, no hubieran sobrevivido á la competencia con el último de nuestros restaurants actuales.

Las familias de medio paso no comían *de fonda* sino en día de fiesta de guardar, ó cuando solemnizaban un acontecimiento fausto, como un matrimonio ó un nacimiento.

—La comida de fonda perjudica al estómago.

Este aforismo económico ha llegado hasta nuestros días y aun hay personas que le observan.

La vida del restaurant es una traducción «del francés y extranjero», según he leído en un periódico español.

Como el negocio ofrecía menor lucro, en otro tiempo las fondas no se esmeraban, como ahora, en complacer á los parroquianos.

Por parroquiano se entendía al individuo que visitaba el establecimiento una vez en el mes, y aún en el trimestre.

Esto podrá demostrar que entonces se vivía más en familia.

Pero las leyes del progreso material se cumplen, y hoy, merced á este cumplimiento, puede pasar cualquier subteniente de memorialista por un personaje complicado en duque.

No ofreciendo porvenir brillante la carrera de cocinero del reino, la juventud más estudiosa no pensaba siquiera en abrazar la marmita ni el asador.

Hoy es otra cosa.

Los jóvenes más pingosos del país y «franceses y extranjeros» están en la corporación de marmitones, pinches, catasalsas y demas jerarquías.

Á esto se debe el adelanto visible de la ciencia culinaria.

La mecánica y la física ensanchan sin cesar los horizontes de la cocina, inventando máquinas y aparatos para facilitar las penosas tareas de esos voluntarios de la libertad del arte de guisar.

En otro tiempo hubo tres ó cuatro sistemas principales, y cada cocinero optaba por uno y se afiliaba en un bando, según su nacionalidad, las necesidades del servicio, ó sus gustos particulares le aconsejaban.

Se conocía la cocina francesa, la inglesa, la italiana, la española; hoy se ha subdividido cada una en diversas hijuelas.

En este ramo del saber humano, así como en esgrima y en política, aumenta el número de fracciones, con arreglo al de capacidades que salen á luz.

El joven que se siente con bríos para fundar escuela, funda escuela y no le faltan discípulos.

Así el público mejora su gusto y es en cada día más exigente.

Un ronejo clásico, esto es, laureado, producía entusiasmo en otra generación de gastrónomos de buena fe y buen estómago.

Los calabacines rellenos seducían á los inocentes.

Las albóndigas parecían obras sublimes en el arte.

¡Cuántos centenares de personas morirían sin haber acertado á explicarse el cómo, siendo formadas de picaduras de carne, las albóndigas, resultaban tan regularmente esféricas!

Presentar un pavo asado al natural era ya un exceso de lujo en el arte.

Un plato de natillas, ó un templete de turrón de guirlache con huevos hilados y alguna otra porquería, revelaba tal suma de conocimientos en cocina y repostería, que excitaba la envidia del vulgo.

No se comprendió cómo aquella sociedad viviera sana sin haber conocido ni la legítima nomenclatura de los platos.

Hoy es otra cosa. Cualquiera pelagatos sabe lo que se come, y aún pedirlo en francés convencional.

El francés, así como es el idioma de la diplomacia, es también el de la cocina.

El secreto del arte en nuestros días consiste en disfrazar los platos de suerte, que no pueda adivinar el parroquiano lo que come.

El primer obstáculo que ha de vencer es el de la traducción de la *carte*.

Por ejemplo:

«Filets de petite poule mariée à la champagne.»

Un amigo mío, que aspira á joven de lenguas del Norte, traducía así el plato indicado:

«Filetes de patrona en el campo.»

«Perdrix au Perigord.»

—¡Esto es una injusticia para los parroquianos!—exclamaba un señor grueso, ó «metido en carnes», como dicen.

—¿Por qué?—preguntó el camarero, asombrado.

—Lea V.: «¡Pérdis ¡oh! pero gordo!» Yo no puedo tolerar ese insulto; si los demás lo sufren, buen provecho les haga.

—Tenga V. en cuenta, caballero, que está mal escrito: es francés del cocinero.

En tiempo de la cocina primitiva nadie preguntaba lo que iba á comer.

Ahora las exigencias del gusto van más allá.

Hay platos del día.

Lo cual induce á suponer que los que no son del día son rancios.

Los parroquianos piden platos del día.

La exagerada afición al clasicismo me parece algo censurable, pero el delirio por la novedad llega á lo ridículo.

—No hay ingenio suficiente—me decía un cocinero de los más avanzados—para satisfacer las exigencias del público. Figúrese usted, caballero, si podemos nosotros, ni está en nuestras facultades, reformar los faisanes, variar la constitución de la perdiz, ni convertir el jamón en ave.

El afán de la novedad nos conduce al género bufo.

En todo encontramos los platos del día.

En pintura los platos del día son los cadáveres frescos.

En literatura dramática, los adulterios fiambres.

En sociedad, *ces dames*, género que no conocían los aficionados de otros días, los *bebés* precoces que nacen fumando y se suicidan en la dentición ó se declaran capacidades al salir de la lactancia, y se enamoran de su nodriza para empezar.

Hoy se exige ménos al hombre para llegar á persona notable.

Hoy se exige más al hombre para llegar á parecerlo.

Según sea el hombre y según quien le juzgue.

Las mujeres honradas han de esforzarse para llegar á parecerlo á los ojos de los conquistadores género Offenbach.

Las progresistas, en cambio, están mejor tasadas que en otro tiempo.

En todo ocurre lo mismo que en la cocina.

Se pide más y se toma ménos.

El principal cuidado de un cocinero ha de ser disfrazar los platos.

Con esto, y con llamar al conejo *lapin*, y *asperges* á los espárragos, y *beef*, sin alusión al parroquiano ó al dueño de la casa á quien guisa ó á quien sirve, puede llegar á la meta.

Si quiere figurar en cualquier otro ramo, no tiene más que hacer lo mismo.

Disfrazar los platos ó disfrazarse.

Tenemos ya el estómago perdido, y nos gusta que nos engañen.

EDUARDO DE PALACIO.





## ADAN Y EVA.

### I.

#### EL NUEVO PARAÍSO.



RA verdaderamente un paraíso.

Para que lo fuera, don Feliciano había empleado toda su fuerza de voluntad y no pequeña parte de los frutos de sus campañas en América.

La pérdida de su buena esposa y algunos desengaños sufridos por su buena fe en las luchas mercantiles, le habían hecho regresar á España con su única hija, dispuesto resueltamente á entregarse al cultivo de sus dos únicos amores: el amor de la familia y el amor de la Naturaleza.

Salvaje, ruda, inextricable se presentó ésta á sus ojos en la extensa y riega posesion que eligió para su retiro y el de la hermosa Clara; pero el dinero y la inteligencia se dieron cita con la constancia y el asiduo estudio para buscar esas

expansiones de gratitud de la madre más pródiga de beneficios y más rica en consuelos que puede encontrar el que no conoció otra madre.

De un inmenso bosque secular, cuya rudeza espontánea hubiera vencido con sus resistencias á la voluntad más firme, hizo don Feliciano, á medio kilómetro de la costa cantábrica, una finca á la vez de positivos productos y de recreo deleitoso.

Á fuerza de brazos, y siempre bajo su sábia dirección, había conseguido modificar los terrenos, dándoles distintas aplicaciones; y, con el estudio de las influencias atmosféricas en el país, y de los vientos especialmente en el terreno de sus dominios, logró tener en el Norte una exposicion permanente de los más ricos frutos de todas las provincias españolas.

Respetó en su atrevida reforma la parte alta, la más próxima al monte, donde quiso quedase inviolable la virginidad resistente de aquel suelo, como si quisiera así hacer mayor alarde de lo atrevido de su empresa, pues al llegar á lo alto, y ya con fatiga, los visitantes de su posesion, podria decirles con orgullo legitimo: «Todo era como esto.»

»

Y ¡con qué íntima satisfaccion, en los dias serenos y en las tardes apacibles, iba el bueno de don Feliciano á buscar á su hija, para que le acompañase á recibir una sorpresa nueva, á admirar un nuevo punto de vista de aquellas lomas, pero magnificas, transformaciones!....

Era Clara una preciosa niña de diez y seis años, indolente y dulce como son generalmente las criollas, y sólo por amor á su padre daba aquellos paseos largos de estudio y de re-

creo, en que ella se fatigaba con facilidad al lado del viejo infatigable.

Eran entónces de ver aquellas dos interesantes figuras. Él, fuerte y curtido por los aires del campo, pero surcada de arrugas la frente y encanecida la lengua barba, que se acariciaba con apacible calma de hombre satisfecho; ella, delgada, fina, flexible como una caña de azúcar de su país nativo, pero debilitada por su misma molice y andando con esa cadencia acompasada y casi rítmica que tanto seduce, tomando al fin sonriente y tímida el brazo de su padre, en que se apoyaba con dulce abandono, como pudiera apoyarse un rosal naciente y fresco en el tronco de un añoso roble.

El punto final de los paseos de Clara era la parte de jardín que á su reinado exclusivo habia dedicado su padre; y como era la más próxima á la casa, de sus regias prerogativas tomaba ella pretexto para quedarse allí muellemente arrellanada en una mecedora rústica, con algun ameno libro entre las manos.

—Déjame aquí, papá—decía;—yo debo quedarme en mi reino á recibir en perfumes el homenaje de las flores, que son mis cortesanas.

Las veladas se pasaban, para el viejo, entre la lectura de los periódicos que de Madrid recibía y las sesiones musicales con que, al piano, le obsequiaba su hija.

Era feliz don Feliciano. Pero empañaba el cielo de su dicha una nube, es decir, una duda. El prometido esposo de su querida Clara, próximo á volver de Cuba con una fortuna hecha en el bufete, ¿se resignaría á la vida de aquel paraíso, ó tendría la crueldad de arrebatarse su hija, llevándosela al centro de las temibles ambiciones?....

Se resolvió al fin el problema en favor de las aspiraciones paternales de don Feliciano, que, realizados todos sus proyectos de ingeniero agrónomo *pro domo sua*, vió á su hija unida en lazo indisoluble con Luis, su amor de la adolescencia, que habia conservado su candor envidiable en medio de las luchas de la vida, y que ante el limpio cristal de los ojos de Clara habia prometido vivir conyugalmente en aquel paraíso, hecho por el padre de su esposa para recreo y encanto de sus hijos y nietos hasta la quinta generacion.

La vida patriarcal, soñada por el ex-comerciante honrado como descanso merecido de sus largas tareas bursátiles y como bálsamo á sus heridas interiores, era ya una realidad hermosa, y áun le parecia un sueño cuando se veía en medio de Clara y de su nuevo hijo, en aquellas tardes hermosas del estío, bajo el tupido toldo del emparrado que sombreaba la entrada de su rústico palacio.

Porque era un palacio aquella casa, construida con arreglo á todos los deseos de don Feliciano, y tambien á algunos caprichos de Clara, que habia planeado con mucha gracia y buen gusto la factura y ornato de sus particulares habitaciones, cuya prolija descripción exigiría la tercera parte del espacio convenido para este bocetillo de novela.

El lecho virginal se habia convertido en tálamo, y el gabinete y tocador de Clara en dominios comunes de los conyuges, donde los libros de Luis se confundían con los papeles de música de la criolla, envuelto todo en una atmósfera suavemente perfumada, que apenas se distinguía de la que habia

respirado Clara sola, acariciando sus sueños de virgen, balanceándose en su mecedora americana.

Desde sus balcones dominaban los esposos la parte más hermosa de la posesion, el jardín y la inmensa pomarada que se extendía en alineadas plantaciones hasta los límites del bosque, ofreciendo en la primavera los manzanos en flor el aspecto de un país nevado, cortado á trechos por los matices verdes de la hierba.

¡Qué paseos tan deliciosos los de Luis y Clara por aquellos sitios, donde iban recordando las primeras frases melódicas de su luna dulce! ¡Qué correrías infantiles, en la época de la madurez de la fruta, por los recintos más sombreados, donde la higuera destilaba miel y el naranjillo de la China se doblegaba al peso de las mandarinas apiñadas!

Don Feliciano les gritaba desde lejos para que acudieran á su lado á presenciar los trabajos de modificación de alguna mejora proyectada, que á ellos les tenia sin cuidado, por lo cual seguían su camino, apresurando el paso, haciendo como que no oían, ocultándose á la sombra de los espesos avellanos que, en fila interminable, les servían de guia en aquella escapatoria que ellos celebraban riendo alegremente, como chicos que hubieran dejado el estudio á hurtadillas y se vieran ya lejos de la vigilancia paterna, con los compañeros de sus diabluras.

— Ese *Padre Eterno* no nos deja ni á sol ni á sombra—decía Luis sin suspender la risa, que redoblaba al explicar lo de *Padre Eterno* con viva pintura del aspecto bíblico que daba la lengua y canosa barba á don Feliciano.

— ¡Pobre papá! —decía sonriendo Clara.— Él, tan bueno para nosotros, que nos ha hecho esto, que él llama *el Paraíso*, para nuestro recreo, para nuestra gloria, para teatro ricamente decorado de nuestros santos amores.

— Es cierto—replicaba Luis.— Y hay que hacer justicia á este *Eterno Padre*; no nos ha prohibido ninguna de las ricas frutas que produce su grande obra. Somos *Adán* y *Eva* en toda la plenitud de nuestras satisfacciones, sin restriccion alguna en nuestro apetito desordenado de frutas de todo tiempo.

Y seguían corriendo alegremente, oyendo cada vez más lejos las voces del viejo, ocultándose en la fronda como dos pájaros que temiesen dejar descubrir al impertinente curioso la rama sagrada donde se oculta su nido.

Es verdad. Allí no hay para ellos fruta prohibida. Antes que la manzana vaya á los lagares á deshacerse en espumosa sidra, los dientecitos de Clara han marcado el punto por donde las parte con su esposo; cuando el goloso mirlo picotea la cereza ó abre una ventanilla en el higo, Luis ha puesto ya á su mujer los pendientes de coral rosa arrancados á la rama, ó se ha divertido en tirar desde el árbol la miel de la higuera sobre los labios abiertos y sonrientes de su *Eva* cubana.

*Questo è un idillio.*

Si; esto es el idillio conyugal de dos corazones que se entregaron al amor con la integridad de la inocencia. Esposos así hacen naturalmente el idillio y hasta el madrigal. Lo malo es que se empeñen luego en hacer tambien el epigrama.

Bien se lo temía don Feliciano, el *Padre Eterno*, como

Luis le llamaba. Estaba encantado de la inverosímil actividad que se había desarrollado en la vida de Clara, que no se había permitido saltar y correr hasta que llegó á ofrecerle participación en sus infantiles habilidades otro niño. Pero pronto observó síntomas alarmantes para su paternal solicitud.

Las correrías de Adán y Eva eran más breves y menos bulliciosas. Adán, para ser un hombre tan primitivo en sus gustos, se interesaba mucho en la *cosa pública*, y se permitía leer periódicos, mientras su Eva soñaba no sé qué fuera del paraíso, mecida en una fuerte hamaca que su esposo le había suspendido entre dos limoneros.

Ya no se contentaban con ver el mar de lejos, con los gemelos de campo que les habían servido desde la azotea de la casa. Abandonaban á sus tareas agronómicas al *Padre Eterno*, y dejaban á la codicia de los pájaros el paraíso de que eran señores, para acudir como hastiados fugitivos á la vecina playa.

Allí, haciendo rayas en la húmeda arena con el bastón y la sombrilla, ó recostados entre las rocas en el salitroso césped, con la mirada vaga sobre la espuma de las olas ó en las variadas tintas del horizonte, hablaban poco y pensaban mucho en algo que estaba fuera de la jurisdicción paradisíaca de los benditos esposos.

Ella no acertaba á definir sus pensamientos nuevos, nacidos acaso de la lectura de una página de novela, quizás de una revista de salones. Él sí definía los suyos, y los definía mejor cuando recibía los correos de Cuba, en que amigos muy influyentes le ofrecían una diputación á Cortes y le instaban para que la aceptase. El demonio de la ambición se había despertado en aquel corazón de ángel, si no era, como en Clara, sencilla atracción del mundo de lo desconocido.

## II.

### EL DESTIERRO VOLUNTARIO.

En las primeras horas de una noche melancólica de otoño, en la solemne sencillez de la vida íntima, se tradujo en altas voces el proyecto de Luis, á que respondían vagamente las aspiraciones de Clara.

Don Feliciano los veía transparentarse hacía tiempo. Les arrancó la confesión como esos hábiles padres de almas que leen en los corazones tímidos y vergonzosos, y van con paso suave y seguro apuntándoles los pecados que han de ir penosamente confesando.

Veía ya en sus dos hijos dos hijos prodigios de la inocencia, y á vuelta de prudentes reflexiones, en que casi asomaban las lágrimas del viejo, pudo en él la debilidad del amor más que la fuerza de sus temores, y les dió su bendición cariñosa despues de haber oído á ambos que presentian la familia propia, y que ésta había de exigir morales sacrificios en medio de las luchas del mundo.

Los presentimientos de Adán y Eva eran, á pesar de la conciencia, el pretexto santo de un feroz egoísmo, espolcado por un deseo vivo, aun para ellos indefinible.

En una fresca mañana de Octubre abandonaron el paraíso á la triste soledad del pobre *Padre Eterno*. Iban á Madrid, y no iban solos con el demonio de la curiosidad. Les acompa-

naba también un ángel, y la misma Clara, en su candor, no aparentaba darse cuenta de tan dulce compañía. Sus sueños de mujer no la permitían dar importancia á los ligeros fenómenos fisiológicos que algo hablaban ya de la realidad de los pretextados presentimientos.

En el viaje reinó un silencio triste, apenas interrumpido por exclamaciones del pesar más sincero de Clara, cuyo ánimo tenía sus desfallecimientos de arrepentido al imaginarse la soledad con que, por abnegación casi maternal, se había conformado don Feliciano. Para que aquella imagen dolorosa se desvaneciese algo en el espejo de sus tristes ideas, llegó rápidamente el espectáculo movido de la corte, con las absorbentes exigencias de la instalación de los jóvenes esposos.

•••

La jugosa manzana del árbol plantado en el paraíso por don Feliciano quedaba detras, esperando en vano los inocentes mordiscos de los dos niños voluntariosos. Pero la serpiente de la peligrosa concupiscencia entró, enroscada por igual á los dos corazones incautos, en las lujosas habitaciones que el buen gusto de Clara había dispuesto en uno de los barrios más elegantes de la corte, ayudada por las felices ideas que en tarea tan delicada se le ocurrían á su marido.

En los primeros dias todo fué muy bien; aquella vida tenía los encantos de la novedad, y hasta se permitieron ofender, sin intención, por supuesto, la grande obra del saber y del inmenso amor del bondadoso padre, escribiendo á éste que se habían ellos fabricado un nido delicioso, paraíso conyugal, en que el arte suplía con gracia y bizarría á la misma Naturaleza.

La contestación de don Feliciano fué muy breve: «Queridos hijos: Cuando me abandonasteis en el campo para ir á estableceros en la corte, tuve miedo; pero no por mí, sino por vosotros. Hoy, que me decís que vuestro mutuo amor os ha formado un pequeño paraíso en medio de ese infierno, tengo miedo todavía, y no quisiera que se os cayese la venda de feliz ignorancia que cubre vuestros ojos. Procurad ser dichosos en ese temible Eden, con este solo recuerdo: «No hay paraíso en medio de la sociedad sin árbol prohibido y, sólo que es peor, sin serpiente.»

Esta carta conmovió, por su sencillez, especialmente á la sensible y bondadosa Clara, sin que, pasada la primera emoción, dejase por eso de provocar la risa de ambos esposos por las que ellos llamaban exageraciones medrosas del cariño del *Padre Eterno*.

Mientras duró el atractivo de lo nuevo y lo brillante y lo cómodo, sin las exigencias y hasta sacrificios que trae consigo el cultivo de las relaciones sociales, Clara y Luis eran los mismos niños de las orillas del Cantábrico, envueltos en el oro y la seda y los perfumes de la civilización más refinada, y juntos y solos gozaban de los más insignificantes detalles de aquella nueva existencia, alegrándose tanto como el espectáculo en la Ópera, la taza de café ó té dispuesta despues en colaboración por los dos seditos, con buen punto de azúcar, entre los tapices del conyugal santuario.

•••

Pero ambos habían soñado algo más que aquello, y el paraíso artificial íntimo era más estrecho y ofrecía menos

recursos que el amplio y esplendoroso en que les tuvo mimados la Naturaleza por el amor de un padre sin ejemplo.

Los círculos políticos y los de recreo de la aristocracia fueron poco á poco atrayendo á Luis con la fuerza mayor de la lisonja de aquellos que, directamente ó por referencias de opulentos cubanos, conocían las grandes dotes de ilustración y de talento del que, tan jóven, había sido ya gloria del foro y defensor eminentísimo, en la prensa, de los intereses insulares de España.

La rosaca fué arrastrando mar adentro á aquel inocente Adán, que en la playa cántabra nunca pasó de hacer rayitas en la arena. Eva sentía sus soledades cada vez más largas, y una mujer indolente y sola con las teclas de su piano siente palpar, más que el gérmen de una nueva vida en sus entrañas, el gérmen de ideas que toman cuerpo en su pensamiento, y que ayer en sueños y de lejos acariciaba, y hoy ve realizar á dos pasos en el mismo mundo que la reclama á voces.

La serpiente silba á dos pasos de ella, y silba con más dulzura que el mirlo en la época del celo, al requerir de amores á la hembra entre avellanos y zarzamorales.

La serpiente vive sobre su techo y no tiene que bajar más que un tramo de escalera para penetrar sonriente y seductora en el gabinete de las soledades de Clara. Era una viuda de general, bella y encantadora aún con sus cuarenta años, acostumbrada al lujo y á los homenajes de la galantería en los salones, que ella misma tuvo abiertos en sus prósperos y brillantes días de casada con aquel hijo de Marte, que, preso entre la política y las armas, dejaba á su hermosa Venus entre los juegos y oficiosidades peligrosas de Cupido y Mercurio.

Recordando al suyo, ¡con qué epigramático aticismo pintaba la viudita á Clara todos los maridos que conocía en el gran mundo! Describía después Milagros todos los que ella había hecho durante su reinado de salón, con los encantos de aquella vida de irresponsabilidad libre, á que la invitaba, como único remedio eficaz contra el aburrimiento forzoso en las prolongadas ausencias del marido, alejado por glorias de más resonancia, pero menos dulces.

Una hora después de alejarse Milagros, cubriendo su cola de seda sobre la tupida alfombra, todavía penetraba el halagador silbido, persuasivo é insinuante, en el corazón de Clara que, al fin, se resolvió á dar una viva sorpresa á su marido.

Juzgaba nuestro Adán que, durante sus largas horas de Casino y de Salón de Conferencias, Eva dormitaba inalterable y tranquila bajo la ancha copa del manzano, sin apetito de frutas ignoradas por ella y temidas por el *Padre Eterno*.

La sorpresa estaba imaginada por la serpiente. Milagros había logrado un palco platea para una función extraordinaria en la Ópera, y Clara había quedado algunos días antes en acompañarla con todo el aparato que tales palcos y semejantes fiestas requieren. La modista más hábil cumplió su promesa de tener en cuatro días dispuesto un magnífico traje de esos de telón corrido, ó de atrevidísimo descote, que todavía no habían sido público pretexto de las desnudeces esplendorosas de nuestra Eva antillana.

Llegó la hora crítica. Con las doncellas de Clarita estaba

ya Milagros, haciendo muchos en obsequio del más ruidoso *debut* de la hermosura de su amiga. El marido, un tanto aburrido y en extremo descuidado, dormitaba en un diván.

Clara, avisada por una de sus doncellas, aprovechó el momento. Salió de su tocador trasfigurada, espléndida, vaporosa con su traje de raso blanco y sus adornos de blonda de riquísimo encaje, sobre los cuales destacaba la mórbida y rosada carne palpitante que el desencafado descote descubría, humedecida aún por la rociada del pulverizador perfumado. Parecía la Venus afligrida ligeramente por la espuma de las olas, pero inundada toda su hermosura corporal por el suave resplandor de púdica modestia que envuelve la desnudez de las virgenes cristianas.

Cuando apareció entre los tapices de una de las puertas del salón donde Luis reposaba descuidado, Clara temblaba como si fuera á confesar un crimen á su marido. Tentada estuvo á volverse atrás y á abandonar aquel traje de su estreno de mujer de mundo. Pero estaba ya comprometida, y la serpiente, que esperaba en el tocador, la hubiera acusado de cobarde.

Avanzó lentamente. Con temblor de mujer y sonrisa de niña adelantó el esbelto cuerpo sobre el brazo del diván, y rozó con sus cabellos la frente de Luis, que despertó sobresaltado. Se puso de pié y se halló frente á frente de aquella revelación inesperada, que contempló ya con el presentimiento de los celos.

□ □

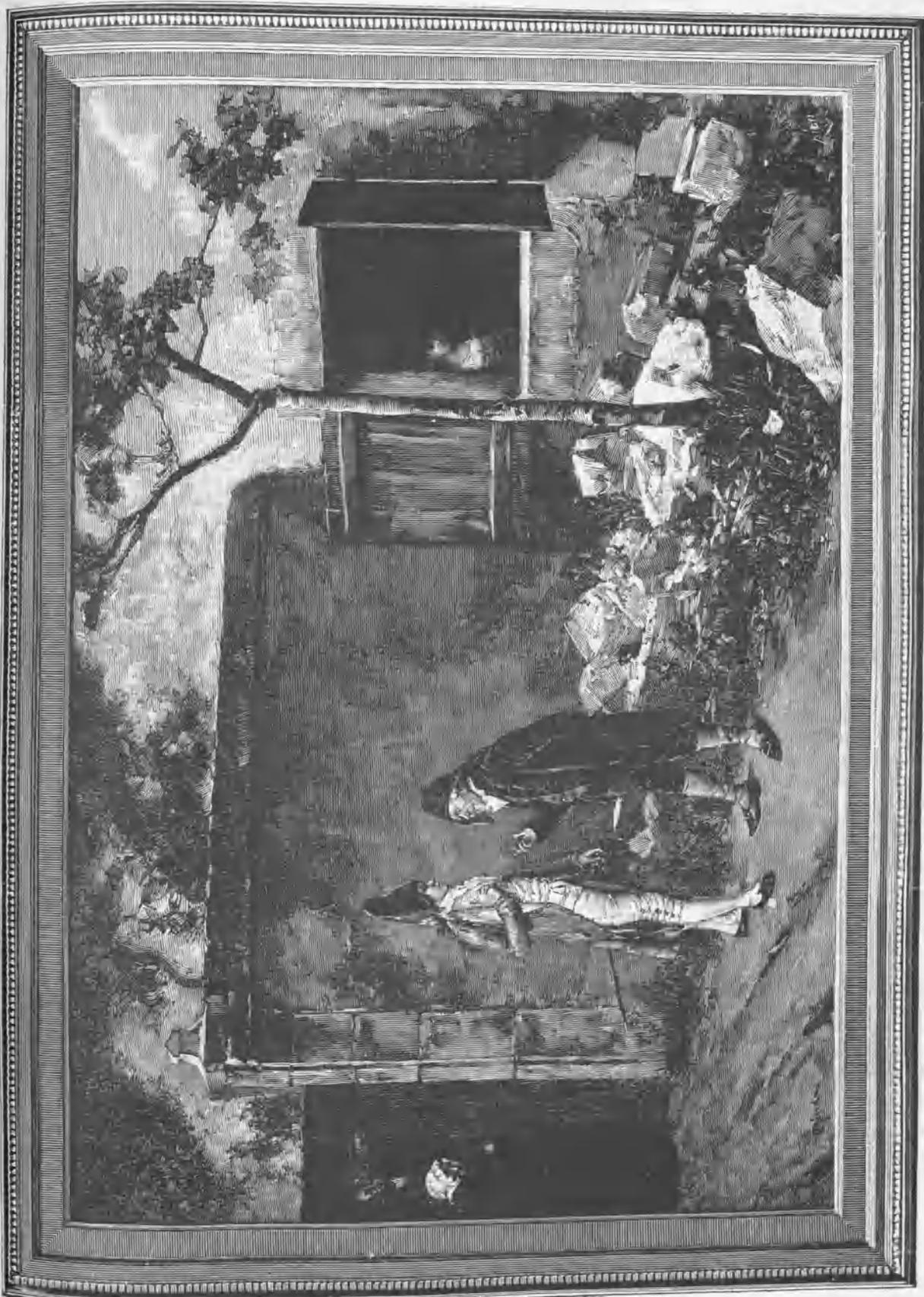
La sociedad se llevaba á Eva y, para lucirla, empezaba por desnudarla. Los hijos del *Padre Eterno* parecía que se habían puesto de acuerdo para iniciar el epigrama apenas terminado el idilio del matrimonio. No podía faltar un tipo que le diese viveza, color y, sobre todo, publicidad.

El tipo era un tal Angelito Salinas, ex-adorador de Milagros; pero que aún conservaba influencia en el ánimo de la coqueta perdurable y empedernida, y por su osadía y su jactancioso afán de aparecer conquistador, alardeó ya de tal en el teatro de la Ópera, donde el triunfo de Clara robó mucha atención pública á las gracias y méritos de Massini en *Rigoletto*.

Angelito no había salido de su ya popular diminutivo, ni aún entrado en los treinta y seis años. *Angelito* era ya un renombre, y el apellido apenas se pronunciaba en aquel mundo frívolo, que celebraba peligrosamente las que él llamaba *cosas* de Angelito, entre las cuales no faltaban indignidades punibles, y en las que eran cómplices todos sus ociosos é imbéciles cortesanos.

Metidos hasta el cuello en el mar del gran mundo, y celebrada la hermosura y elegancia de Clara en unos círculos, y enaltecido en otros el talento de Luis, en quien se pensaba ya como en un futuro ministro; Milagros, constituida en consejera de la corona de la nueva reina de los salones, hizo que éstos se abrieran en la casa del joven matrimonio, segura de ser ella la directora envidiada de las espléndidas fiestas.

Tenia además la ex-general la manía de la conquista de los hombres de moda, como Luis, y en el primer baile, la serpiente seductora de Eva se armó de todas sus gracias de atracción eléctrica de los sentidos, y se enroscó al cuerpo esbelto del inocente marido de su propia amiga, que hallaba



BELLAS ARTES. — HERRAR, ó QUITAR EL BANCO. — (Cuadro de Mérida.)

nuevas é irresistibles aquellas seducciones, en nada parecidas á las puras y angelicales de Clara.

Esta, por su parte, tuvo que sufrir con resignacion y sin pizca de malicia las obsesiones del fatuo de Angelito, que tomó, con pretexto del calor, su abanico, precioso regalo de boda, y prenda para él de alardeo de confianza mientras mucha gente y la misma Clara ofendida se fijaban ya en los prolongados duos intimos del incauto Adán y la graciosa y atrevida serpiente paradisiaca. El epigrama conyugal estaba fundado en el *centicello* de que habla don Basilio; pero ya tenía colorido, viveza y publicidad.

### III.

#### LOS PRÓDIGOS DE LA INOCENCIA.

La venda de feliz ignorancia de que habló á sus hijos don Feliciano, había ya caído desde el brusco despertar de Luis en el diván ante tesoros mal velados de la hermosura de su Eva, guardados antes en el santuario que Dios bendijo, y heridos ya por la profanadora mirada de la malicia pública.

Quedaba sólo á la obra caritativa disipar el asombro que produce la rápida transición de la oscuridad á la luz, y no faltó voz piadosa que, con el mejor deseo de hacer el prodigio, llevase la perturbación á los corazones confiados.

Para Milagros era la cosa más sencilla y natural distraer á un marido con las asechanzas de la coquetería; pero Clara sentía ya cierta mortificación al verla cerca y al oír la celebrar los encantos de la palabra galante y de la expansión candorosa del que, á su vez, sufría exasperado ciertas chanzas alusivas á atrevimientos corrientes del célebre Angelito.

La sociedad se cobra de una manera cruel los favores de admiración que concede á sus ídolos. Arroja coronas á los piés del poeta que le entusiasma una noche á telón corrido, y luego las cobra revolviendo el lodó que á la sombra le rebusca en lo más hondo de la vida privada: celebra entre el vertiginoso movimiento de un baile los esplendores de una belleza, y luego goza en propalar los rumores, justos ó injustos, que afectan á la honra de aquella misma mujer que ha sido su encanto.

De la desconfianza en silencio, á la injuria de viva palabra no hay en el matrimonio más que un paso. Había algo de remordimiento y de asomos de vergüenza en la actitud de aquella Eva y aquel Adán, á quienes el mundo había tan brillantemente desnudado para gozarse en el martirio de su rubor mutuo.

¿Quién sabe si el silencio se hubiera roto y la tempestad hubiera estallado si, en medio de la reaccion dolorosa que trajo el aislamiento, no hubiera llegado para Clara la persuasión íntima y dulce de la maternidad? Luego, al calor de la pasada fiebre, habían olvidado del todo al pobre *Padre Eterno*, que, alarmado con aquel injusto olvido, se presentó providencialmente á conjurar temporales.

La aparición repentina de don Feliciano produjo el natural efecto, Clara se hallaba sola en aquel instante, y no tuvo una palabra que supliese en elocuencia á aquellas silenciosas lágrimas que la inundaban al arrojarse en los brazos del pobre viejo, que exclamó conmovido:

— Desde el momento en que dejasteis de hablarme de vuestra dicha, vuestro mismo silencio me hablaba de vuestra desgracia. Nada me digas, pues todo lo adivino; mis temores ya ves que tenían fundamento; vengo á ver si el mal se remedia, pues no puede ser tan grave cuando no es la perversión, sino la inexperiencia, quien lo causa.

Confirmó Clara, con su ingenia y franca confesion, cuanto podía sospechar su padre, que, con vivisimos colores, le mostró lo difícil que es brillar en el gran mundo y en la política cuando para ello no se ha nacido y la naturaleza del carácter repugna todas esas convenidas transacciones que turban al espíritu recto con los dorados vicios que engendran y autorizan.

Cuando Luis entró en su despacho, de vuelta de sus excursiones por un mundo tan en pugna con la sinceridad de sus sentimientos, y en el que veía anteponer los intereses de un partido á los más sagrados de la patria, y la conveniencia y amor propio de una personalidad al triunfo de la fe en una idea, el viejo leyó en su rostro el desencanto y la fatiga, y le costó muy poco trabajo explicar su presencia en Madrid y convencer á su yerno, con la palabra de la experiencia y la sonrisa de la piedad, de que las prodigalidades de la inocencia y la paz del alma sólo pueden repararse lejos del mundo, que no las agradece.

Colocado el *Padre Eterno* entre sus dos hijos, leyó en sus ojos y en su actitud el tiempo que los tenía separados la vergüenza más que el amor propio. Con el tono festivo de una autoridad suave y conciliadora, les recordó aquellos sentimientos de familia que fueron manto de una curiosidad impertinente, y la realidad de la situación de Clara, coloreando con el tinte de un rubor santo el rostro de ésta, se definió con uno de esos abrazos dulces, espontáneos, que disipan todas las nubes del cielo de los verdaderos matrimonios.

•••

No había tiempo que perder si el ángel esperado había de venir al mundo en la época de las flores y en medio de las maravillas de aquel paraíso donde germinó con ellas, y de donde fué arrojado por la pecadora inconsciente. ¡Qué dulce halla ahora Clara perdonar á la pérdida Milagros por las glorias que encuentra en la despedida!

Adios para Luis las luchas estériles y dolorosas de su buena fe; las transacciones obligadas para un voto arrancado en contra de la conciencia; las oficiosidades influyentes en pro de un interés bastardo y egoísta; la contribucion de su inteligencia y de su palabra para elevar á la altura á la injustificada soberbia ó á la nulidad pernicioso.

Adios los aristocráticos mentideros, donde se llama caudor declarar los méritos de un adversario; donde se tiende por tonto al que no sabe hacer epigramas contra la honra; donde se califica de avaro y miserable al que no sabe arrojar á una carta la fortuna de sus hijos, y de cobarde al que no los expone á la orfandad en las contingencias de un duelo con algún perdido.

¡Adios todo aquel mundo tan soñado de lejos! El tren avanza hácia el Norte, dejando detras un penacho de humo, digna corona de las vanidades cortesanas; haciendo oír un prolongado silbido, como en són de protesta contra las inverosímiles comedias imaginadas por la malicia y mal representadas por el interés miserable.

Allá va el tren, llevando á un padre que arranca á sus hi-

jos de las doradas garras del sacrificio inútil de la inocencia; á una madre que acaricia mentalmente el fruto aún invisible del amor puro y santo; á un esposo que busca en los ojos de su compañera la luz del único sentimiento humano que no admite los seductores trajes de gala de la mentira.

El viaje tiene algo de doloroso en medio de las infantiles expansiones de Clara, porque á ésta y á Luis les duele como un remordimiento el recuerdo de aquel otro viaje silencioso y sombrío que les aconsejó la satisfacción egoísta de una concupiscencia á la vez insaciable y temerosa.

La distancia se acortaba y las rojas y secas llanuras de Castilla iban desvaneciéndose á lo léjos, dejando en el alma una penosa melancolía, como las memorias señaladas por el fuego asolador de una juventud estéril. La Naturaleza abría ya en la montaña, con sus vigorosos y reverdecidos brazos, el camino por donde había de recibir el saludo de sus dos hijos pródigos.

Entre dos colinas coronadas de pinos silvestres apareció al fin una ventana rasgada ante los ojos codiciosos del espíritu, sediento de espacio, y ante los ojos del cuerpo, debilitado por la molición é impregnado aún en la atmósfera artificial y enfermiza de los salones.

Por aquella ventana llegaba la vivificante brisa salitrosa del ya próximo Cantábrico, cuyos rumores se percibían apagados por la distancia, como una vaga canturía acentuada por el ritmo de esa dulce melancolía que es el alma de los cantos populares del Norte.

Nuestros viajeros miraban aquellos cuadros, oían aquellos rumores, aspiraban aquella brisa, con el silencio solemne de una satisfacción tan íntima y profunda, que sólo callando podía comunicarse.

Así llegaron á las puertas de su verdadero paraíso aquel Adán y aquella Eva, más felices que los dos protagonistas del sencillo y terrible drama de la Biblia. Ellos recobraban su Eden, cuya entrada les cubría de flores un ángel, sólo sentido y acariciado en la nativa cuna del amor materno.

Aquella naturaleza, vestida espléndidamente con el traje más rico y de más hermosos colores que da la época de la florescente renovación de la vida, parecía como que dedicaba sus galas á la recepción de los pródigos de la inocencia, que entraban allí alegres, pero como avergonzados ante tantos inmerecidos homenajes.

Llegó la sonrisa más viva y espiritual de aquel Eden que tanta parte de sus primores debía á la inteligencia y á la constancia de don Feliciano. Sobre el balcón del gabinete conyugal, tanto tiempo cerrado, volaba y revolaba en circulares giros la golondrina que allí se había hospedado con franqueza, fabricando alegremente su nido. En la parte interior todo parecía hallarse lo mismo que ántes, y sin embargo había un huésped más que al entrar apenas se percibía, y que era el que allí lo llenaba todo desde un rincón donde se escondía otro nido de dorados mimbres y de blancas y transparentes coladuras, que suavizaban la luz al penetrar hasta la carita sonrosada y sonriente de un ángel dormido.

Clara era el ave que giraba sin cesar en torno de aquella mecedora cuna, atenta al menor suspiro que reclamase su maternal cuidado.

La criolla se había desarrollado y fortalecido con los generosos esfuerzos de la naturaleza al aspirar al santo título de la maternidad. Celosa de sus inviolables derechos, se los disputaba al mismo amoroso interés de su padre, y no permitía que se pensase siquiera en suplirla con una mujer asalariada en el deber que ella encontraba más lleno de encantos.

Llegó una de las tardes más hermosas de la época de recolección de los frutos. Los jornaleros de don Feliciano se alejaban ya hacia sus humildes caseríos, con los aperos al hombro y cantando alegres canciones del país, cuyos ecos iban apagándose lentamente hasta confundirse con los rumores lejanos de las olas del mar, que la caída de la tarde hacía más solemnes.

Bajo el emparrado se apiñaban cuatro hermosas figuras. Clara acariciaba á su niño, que ensayaba alegres saltos sobre las rodillas de la madre. Luis dejaba con indiferencia un periódico político para embobarse con la alegría del niño retozon, y don Feliciano se acariciaba su larga barba, diciendo:

—Así, así comprendo la vida, y Dios me la prolongue en este paraíso, para ser, entre Adanes y Evas más ó menos curiosos, el padre de los hijos de mis hijos, ó, como vosotros me llamais en broma, el *Padre Eterno*.

EDUARDO BUSTILLO.

2 de Julio, 1844.





«ALAMEDAS DEL CASTILLO DE SCHLEISSHEIM.»—(CUADRO DE HENNING.)

## LAMENTO.

*Forse un destin che intendere  
Dato al celest è solo,  
Quaggiù mi esse a piangere  
Nacer mi fece al duolo.*

Bien lo conozco. Misterioso hado,  
Que sólo el cielo comprender podría,  
Me hizo nacer para llorar cuitado,  
Y destinó mi vida á la agonía:

Cual tórtola á la queja,  
Cual aura á suspirar.

Siento á veces que el alma, en su desvelo,  
Cansada ya de su mortal gemido,  
Tiende con ansia ardiente á mejor cielo,  
Aspira á un dulce bien desconocido:

Cual chispa á los espacios,  
Cual arroyuelo al mar.

¡Cuántas dulces mentiras me engañaron,  
De juventud en la inexperta hora!

Una tras otra al fin se disiparon  
Al ceño cruel de realidad traidora:  
Cual neblina á los vientos,  
Cual sueño al despertar.

Tornóse el mundo para mí en desierto,  
Donde agoniza el corazón herido;  
Ilusion, esperanzas..... todo muerto,  
Sepultado en las olas del olvido:

Cual sonido en el éter,  
Cual naufrago en el mar.

Sólo espero en mi Dios. Ea mi desvelo  
Oigo á veces su acento conmovido,  
Que está llamando mi alma á mejor cielo  
Y me promete un bien desconocido:

Cual pastor á la oveja,  
Cual madre al consolar.

EDUARDO CALCAÑO.

# CUADROS DE ESPAÑA.

## DE CÓMO SE PELA LA PAVA.

A LA SEÑORA DOÑA S. Z. DE B.

I.

Fondo, un cármén granadino;  
Figuras, Jacinto y Laura;  
Clavo del lienzo, la luna;  
Y el marco, abierta ventana.



Un pretil de siemprevivas  
La reja cubre y abraza,  
En cuyos hierros imprimen  
Rastros de flores las plantas;  
De un maceton, al que cubren  
Rojas tintas de escarlata,  
Arranca una madre-selva,  
Que las paredes escala;  
Oculto el menudo tronco  
Entre tiestos de albahaca,  
Sube un jazmin, que esparciendo  
Al aire vago sus ramas,  
Cuelga cortina de estrellas  
De la desierta ventana:  
Hay suspiros en el viento;  
Entre las hojas, fragancia;  
Entre las luces, sonrisas;  
Y tras la reja, una jaula,  
Donde un canario amarillo  
Preludia, gorjea y canta.



Dejando flotar en ella  
Un limon de piel dorada,  
Detras del ramaje brilla  
Una luciente alcarraza;  
Fino plato la sostiene,  
Rica cubierta la tapa,  
Humedécela la brisa,  
Le dan las flores guirnalda,  
Y á través del blanco muro  
De aquella prision del agua,

Las claras gotas destilan  
Leve rocío de lágrimas.

Da á la ventana la noche  
Sus misteriosas plegarias;  
Los céfiros, sus arrullos;  
La luna, manto de plata;  
El ruiseñor, armonías;  
Los manantiales, romanzas;  
Y bajo el friso labrado  
Que la defiende y resguarda,  
Embozándose en las hojas,  
Está la verde persiana  
Replegada y recogida  
Como las plumas de un ala.



Nadie la reja embellece,  
Nadie la reja engalana,  
Y desierta está la reja  
Porque está en la fiesta Laura.  
La que contesta á este nombre,  
Llena de amor lleva el alma;  
Y si Laura es de un Jacinto,  
¡Un Jacinto es su Petrarca!  
Los dos se quieren y adoran,  
Los dos se adoran y aman,  
Y tienen los dos sus vidas  
Una con otra enlazada.  
Ella cifra su ventura  
En la risueña ventana,  
Cuando la noche la trueca  
Nido feliz de dos almas.  
Él á la ventana acude,  
Y su cerebro se abrasa,  
Y su corazon palpita  
Cuando allí contempla á Laura.  
Ella es alta, y como Ofelia,  
Lleva su escultura humana  
Hebras de sol en el pelo,  
Rosas de Abril en la cara.  
Él la sigue por doquiera,

Y tiene, entre ciegas ansias,  
 Por boca dulces panales,  
 Con los que tierno le habla.  
 Cantan los dos solo un himno,  
 Los dos sola una plegaria,  
 La del amor, que en sus labios  
 Adquiere notas de cántiga.  
 Y están sus vivas pasiones  
 Tan fuertemente enlazadas,  
 De tal manera se adoran,  
 Tan ciegamente se aman,  
 Que aquellos divinos seres  
 Tienen, por ley soberana,  
 ¡ Un corazon y dos cuerpos!  
 ¡ Dos existencias y un alma!

## II.

En lo artística y espléndida  
 No tiene rival Granada:  
 De encaje son sus mil torres;  
 De verdes toldos, su Alhambra;  
 De hermosas flores, su vega;  
 De limpias hebras, sus aguas;  
 Sus palacios, de arabescos;  
 Sus riberas, de esmeralda,  
 ¡ Y su Genil es á un tiempo  
 De luz, de espuma y de plata!

Aunque en tí ya no resuenan  
 Los murmullos de tus zanbras,  
 Aún pienso ver tu recinto,  
 Granada, dulce Granada,  
 Con tus regios camarines,  
 Tus brillantes cimitarras,  
 Tus turbantes y tus guzlas,  
 Tus alegres serenatas,  
 Y tus bellas odaliscas  
 Dulcemente reclinadas  
 En lechos de tersa pluma,  
 De oro, de púrpura y nácar.

Aún pienso ver tus alfanges,  
 Y tus marlotas de grana,  
 Y tus pórticos sombríos,  
 Y tus pebetes de Arabia;  
 Tus alquiceles lucientes,  
 Tus cúpulas elevadas,  
 Tus cotas y tus preseas,  
 Tus escuadrones y aljabas,  
 Tus mil pájaros azules  
 Presos en jaulas doradas,  
 Tus belicosas contiendas,  
 Y tus muros, y tus plazas,  
 Y tus fértiles llanuras,

Y tus yeguas africanas  
 Tendiendo la crin al viento  
 En la carrera gallarda.  
 ¡ Oh Granada encantadora!  
 ¡ Oh deliciosa Granada!  
 ¡ La de las dulces leyendas!  
 ¡ La de las cruces cristianas!

Del Darro junto á la orilla,  
 Y sobre la arena blanda,  
 Á la que de verdes hojas  
 Teje dosel una parra,  
 Entre bancos y entre sillas,  
 Que fuertemente se enlazan,  
 Presa del vago delirio  
 Que le aturde y embriaga,  
 El concurso de una fiesta  
 Bebe, rie, triunfa y baila.

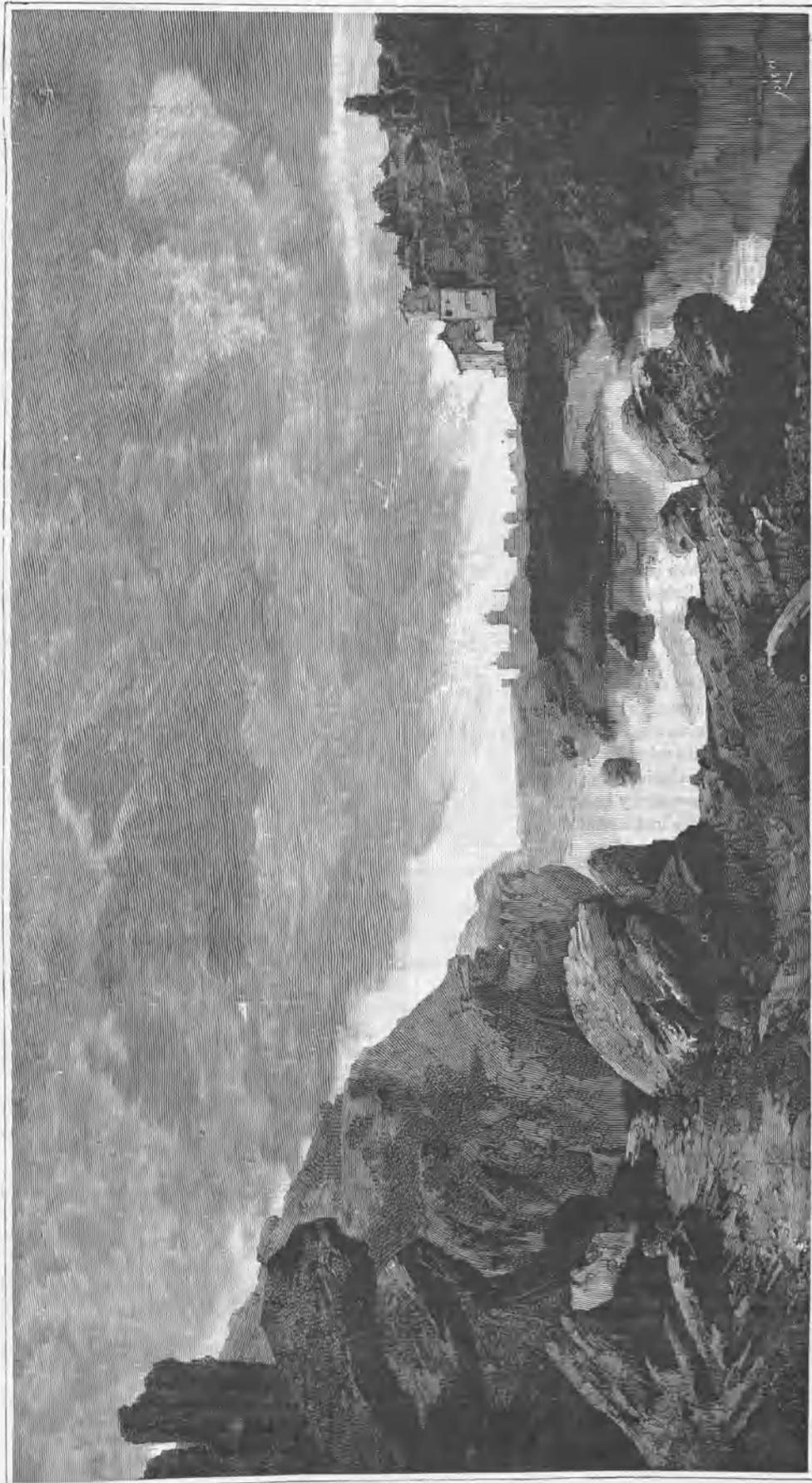
Lanza sus notas al viento  
 La imprescindible guitarra,  
 Que pulsa, tañe y rasguea  
 Un mozo de faz tostada,  
 En cuyo pecho, que encienden  
 Las del amor dulces llamas,  
 Luce y muestra su blancura  
 Una pechera rizada,  
 ¡ Donde una virgen morena,  
 Al combinar las puntadas,  
 Dejó á las hebras prendidos  
 Anhelos, dudas y ansias!

Rasga de pronto los aires  
 Una voz vibrante y clara,  
 Que entre gorjeos y trinos  
 Salidos de una garganta,  
 Lanza esta copla al ambiente,  
 Que llevan brisas y ráfagas:

« De la Iberia, Andalucía;  
 De Andalucía, Granada;  
 Y de Granada, una reja,  
 Donde puesta tengo el alma. »

Sólo con palmas primero,  
 Despues con dichos de gracia,  
 Y aún no acabada la copla,  
 Con estruendo y algazara,  
 Ronco tumulto la fiesta  
 Entusiasmada levanta,  
 Que ya aumenta con los sonos  
 Y el chasquido de las cañas,  
 Ya con los brindis diversos,  
 Ya con las risas cambiadas,  
 Hasta que voz argentina,

BELLAS ARTES.



«SILUETA DE TOLEDO.»—(CUADRO DE J. ESPINA.)

Que á un tiempo suspira y canta,  
Echa esta copla á los vientos  
Entre el tumulto, que para :

« En la reja donde lloro,  
Un hombre ha puesto su alma;  
Y aquel alma y mis amores  
Han hecho nido en las ramas. »

Recia tormenta de gritos,  
Y de voces prolongadas,  
Y de amorosos lamentos,  
Y de sentidas palabras,  
Sigue al cantar, acogido  
Entre risas mal veladas,  
¡Que devoran los cien ecos  
De la atmósfera inflamada!

Todos rebosan las copas,  
Y á ofrecerlas se preparan  
Á la cantora divina  
Que es de Jacinto sultana,  
Cuando alzándose la diosa  
En rico chal embozada,  
Del que pende y del que ondula  
Fleco de seda naranja,  
Mostrando altivo desprecio  
En la arrogante mirada  
Hacia los vasos lucientes  
Con que la obsequian y halagan,  
Al són de alegre instrumento  
Dice con faz colorada :

« El licor que me deleita  
Lo bebo en copa de grana,  
Que tiene labios por bordes  
Y está de perlas orlada. »

Marcha triunfante la hermosa,  
Entre las risas y chanzas,  
Hacia la reja indolente  
Donde la dicha le embarga,  
Y Jacinto, con voz dulce,  
Que lentamente se apaga,  
Ó que ya vibrante sube,  
Ó que dulcemente baja,  
Al irse en pos de la bella,  
Con honda tristeza canta :

« Por este mar de la vida  
Me conduces con tal maña,  
Que te mueves, y voy siendo  
Estela de tu pisada. »



Toma incremento la fiesta,  
Ruedan botellas y cañas,

Y ondas de luz y sonidos,  
Y de entusiasmo se abrazan.

De un salto un gallardo mozo  
Sube á la mesa en que irradia  
Régia alfombra cristalina  
De limpios vasos formada,  
Y apoyando en las caderas  
Las duras manos cerradas,  
Y luciendo en la cintura  
Azul y brillante faja,  
Baile ruidoso comienza  
Dando fuertes taconadas,  
Que con oles, y con vivas,  
Y con golpes acompañan,  
Mientras que dando más fuego  
Y más color á la zambra,  
Ya el tocador que puntea  
Diestramente la guitarra  
Dándole golpes sonoros  
Con arte sumo en la tapa;  
Ya el confuso clamoreo  
De la infantil algarada;  
Ya el són de las castañuelas  
Que repican los que bailan;  
Ya las risas; ya los sones;  
Ya el girar de las mudanzas;  
Ya el chasquido de las copas,  
De reflejos coronadas;  
Ya las salvas y los vivas;  
Ya los brindis y las palmas;  
Ya de los mil pregoneros  
Las voces desordenadas;  
Ya el vivo rayo de nieve  
Que atraviesa como banda  
De los colgantes racimos  
Entre las perlas tempranas;  
Ya el suspirar de las cuerdas;  
Ya el bullir de las palabras;  
Ya el acrecer del estruendo;  
Ya el ondular de las danzas;  
Todo en variacion diversa,  
Todo en reñida batalla,  
Todo en furioso desórden,  
Todo en horrenda algazara,  
¡Deleita, excita, enloquece,  
Gira, choca, zumba y brama!

### III.

Todo ha cambiado; la fiesta  
Huyó fugitiva y rauda,  
Dejando impreso en el suelo  
Laberinto de pisadas.  
No se escuchan ni canciones,  
Ni bravuras, ni amenazas,  
Ni chocar de castañuelas,  
Ni bandurrias acordadas,

Y solamente á lo léjos  
Arrastra el Darro sus aguas,  
Fingiendo enorme serpiente  
De esplendorosas escamas.

Presa de amores Jacinto,  
Muestra en la reja sus  nsias;  
Negro congreso la noche,  
Para su ruta estrellada;  
Hablan callando las ondas;  
Corre rumor en las plantas;  
Resplandecen las estrellas  
En sus escaños de plata;  
Llenan pájaros alegres  
Las tribunas de las ramas;  
La blanca luna preside.....  
  Tiene el Amor la palabra!



—   Infiel! — Jacinto murmura, —  
Mujer engañosa y vana,  
De mis ternuras la dueña,  
De mis afectos la ingrata.

Ayer, cuando de fulgores  
Se coronó tu ventana,  
Recibiendo los mil besos  
De las mil luces del alba;  
Cuando amoroso sonido  
Nuestros labios separaba,  
Y te alejaste   tu lecho  
Y yo alej  mis pisadas,  
Un hombre vi que espiondo  
En torno con la mirada,  
Detuvo el paso inseguro,  
Lleg se   esta reja infausta,  
Alzó el tapiz que tejiera  
Con flores la pasionaria,  
Y ocultando receloso  
Entre las hojas la cara,  
  Con  lguien pasó aquí mismo  
Platicando la alborada!

Dime quién es ese hombre,  
Dime quién es si me amas,  
Que si fuera el que pretende  
Nublar la luz de mi alma,  
  Juro por la sangre mora  
Que en mis venas se avasalla,  
Que he de pedirle razones  
Con el hierro de mi daga!  
—   Malas razones pidiera —  
Exclama, gimiendo, Laura, —  
El que en tierno desagravio  
Debiera   su amante darlas!  
No he visto   nadie en la reja,  
Y te juro que te enga as  
Si tan infiel me supones,  
Que te falte   mis palabras.

Cuando ayer vivos colores  
Lanzó de su frente el alba

Y vinieron mil reflejos  
  quebrarse en mi ventana;  
Cuando amoroso sonido  
Nuestros labios separaba  
Y yo busqué el blando lecho  
Y t  alejaste la planta,  
Mientras que infiel   mi dicha  
Tus celos me imaginaban,  
Ni culpable, ni traidora,  
Yo en el lecho recostada,  
Entre amorosos anhelos.....  
  Contigo sólo soñaba!!

—   Quién escucharte procura  
Sin ceder y amarte, Laura,  
Si en tu voz hay el sonido  
De las sedas que se arrastran,  
Y el de perlas que rebotan  
En luciente porcelana,  
Y el de lagos que se rizan,  
Y el de pájaros que cantan?

Al oirte, por mi mente  
Ruedan en anchas cascadas  
Rios de sol que se estrellan  
Y en rayos brillantes saltan.  
Al escuchar tu suspiro,  
La congoja que me embarga,  
Ni pensamiento me deja,  
Ni sollozo en la garganta.  
Mas si advierto tu sonrisa.....  
Ante mí giran y vagan  
Enjambres de mariposas  
Que llevan de luz las alas!  
  V n, acércate! y de modo  
Que de tu voz la plegaria  
Forme remanso en mi oido  
 ntes de entrar en el alma,  
  Dime si así tú me adoras!  
  Dime si así me idolatras!!  
—   Y lo preguntas? Contesten  
Mis ojos, que en t  se graban  
Orlados   un tiempo mismo  
Por el lirio y la escarlata.  
  Si, te adoro!

— Dilo siempre,  
Mil veces dime esa c ntiga,  
Y tus labios la pronuncien  
Como clavel que se rasga;  
  Que t  cantarla, y yo oirla,  
Ser  mi gloria más alta!  
  Me olvidar s?

—   Nunca!   Acaso  
Puede olvidar quien bien ama?  
—   Ser s firme?

—   Ser  firme!  
—   Como la nube y el agua?  
—   Como la roca y el bronce,  
Donde se estrella la bala!  
—   Lo juras?

—   Por nuestro anhelo,  
Por la fe que nos abraza,



Por el cielo que nos mira  
 Y la cruz que nos ampara!  
 — Son juramentos arenas  
 Que el viento las arrebató,  
 Y el aire, que las reúne,  
 Con fuerza igual las separa.  
 — No dudes, Jacinto mío,  
 Que dudando me maltratas,  
 Y son mis palabras roca  
 Que no conmueven borrascas  
 — ¿Serás mía?

— Seré tuya.  
 — ¿Y nunca voluble y vana?  
 — A serlo contigo, fuera  
 ; Con mi misma vida ingrata! —  
 Y así el coloquio prosigue,  
 Y las manos se entrelazan,  
 Y los rostros se aproximan,  
 Y se prenden las miradas,  
 Y á la sombra de una nube  
 Brota un rayo de dos llamas,  
 Se oye un beso entre las flores....  
 ; Y la nube brilla y pasa!

o o

Más ya abre el alba indecisa  
 Sus miradores de grana,  
 Y ardiente palio de fuego  
 Tiende en la atmósfera vaga;  
 Rompe el lirio su corola;  
 Cúbrese el suelo de lágrimas;  
 Arroja el sol los colores  
 De su paleta inflamada,  
 Y de regazos y nidos  
 Salen voces y plegarias,  
 Que en espirales subiendo,  
 Se confunden y dilatan,  
 ; Siendo á un tiempo el dulce coro  
 Lánguida orquesta sagrada,  
 Y eco de todos los ecos  
 Y arpa de todas las arpas!

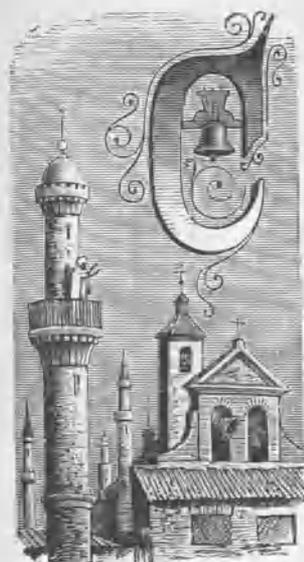
o o

Luégo una mano rugosa,  
 Que descorre la ventana,  
 Pone en orden lo que finge  
 Que derribó duende ó maga;  
 Limpia cristales y reja;  
 Riega y enfile las plantas;  
 Pone al canario de oro  
 Verdes hojas en la janla,  
 Y amortiguando el incendio  
 Del sol, que invade la estancia,  
 Telon de dicha, entre flores....  
 ; Se desriza la persiana!

SALVADOR RUEDA.

Madrid, 16 de Abril de 1854.

## ALMINARES, TORRES Y CAMPANARIOS.



CUANDO recorremos las poblaciones andaluzas, solicitan siempre nuestra atención las flechas, veletas, agujas y espadañas que decoran de pintoresca manera sus techos y dan á sus perspectivas ese extraño tono de los paisajes japoneses, en los que tanto abundan las torrecillas puntiagudas, alzadas sobre horjaracas vivas y lujuriosas flores.

Ciudades hay en Andalucía que, como he dicho en otra ocasión, tienen tantas torres como lanzas el cuadro de Velazquez, y si

el fuego del cielo, como ya lo ha intentado más de una vez, lograra robar á alguna de ellas esas notables presencias que se llaman Giraldas ó Torres del Oro, no habría un solo andaluz que dejara de entonar el *Tibi soli peccavi*, cual si presintiera el comienzo de los días apocalípticos.

Y no debieron de ser ménos aficionados los árabes y moros andaluces á sus minaretes y alminares, si hemos de juzgar por los repetidos ejemplares de este género de construcción que nos dejaron en Sevilla. El bellísimo alminar de San Marcos, que se conserva íntegro; el de Santa Catalina, que manos inhábiles mutilaron hace poco, y otros muchos, que son todavía gigantes mauritanos con sobrevesta tunzarabe, nos revelan palpablemente que la voz de los muezines resonaba al mismo tiempo en todos los ángulos de la ciudad favorita de los príncipes Abbadidas, y que bellos alminares de segundo orden rodeaban, como centinelas de honor, al gran Alminar, admiración de propios y extraños.

Mas no porque cristianos é infieles mostraran predilección por alminares y campanarios; no porque el *eclecticismo* mudéjar, que se revela tan notablemente en Andalucía, lograra convertir los minaretes en torres y las mezquitas en basílicas cristianas, pudieron jamas avenirse los gustos de unos y otros en lo que á las campanas atañe. Aunque no hubiera venido la mano de los hijos de Hiram á superponer á los alminares las campaniles ó cuerpos de arcadas donde se balancean los sagrados bronce, la sola presencia de éstos en cualquier vano de la construcción habría alejado para siempre de sus plataformas la sombra dolorida del Profeta.

Los musulmanes han creído siempre que el tañido de las

campanas amedrenta á los espíritus que vagan en el éter y priva á los muertos del reposo eterno; por eso, no sólo no las adoptaron en sus ritos, sino que las permitieron á duras penas en las ciudades conquistadas. Su encono contra esta manifestación de nuestra liturgia se tradujo en constantes hechos, y más de una vez el ciego almuédano llamó á los fieles musulmanes á la oración, levantándose sobre un pedestal de campanas mudas y cubiertas de escombros.

Acaso por esto mismo, los campanarios se multiplicaron tan notablemente después de la Reconquista, acomodándose con verdadero ensañamiento sobre aquellos orgullosos alminares, cubiertos de axaracas, lazetas y profanos balconcillos. Titanes vencidos por la cruz, soportaron, mal de su grado, el resonante bronce, y cruzieron conmovidos por sus alegres campanadas.

Para dar una leve idea del terrible pugilato entablado entre musulmanes y cristianos con este motivo, recordáremos que, habiéndose sublevado los alpujades contra Alman de Marruecos en 1228, y pedido éste el auxilio de San Fernando, el santo Rey accedió á su súplica, enviándole un cuerpo de 12.000 guerreros, mas con la imprescindible condición de que había de permitir levantar iglesias á los cristianos, establecidos allí desde 1220, y convocar á los fieles á la oración por medio de campanas. En cuanto al odio inveterado de los árabes á las campanas, bastará citar el hecho de las de Compostela, mandadas traer á Córdoba por Almanzor, á hombros de cautivos cristianos, para fundirlas y hacerlas servir de lámparas bajo las naves de la gran Aljama.

Si estos datos no bastaran para confirmar la idea apuntada más arriba, haría prueba plena el detalle que cita el historiador sevillano Ortiz de Zúñiga, al relatar los preliminares de la entrega de la ciudad del Bétis.

En las condiciones propuestas al santo Rey figuraba una asaz extraña: la autorización que había de concederse para derribar el precioso alminar de la mezquita grande, que más tarde había de ser ornato y orgullo de la capital de Andalucía. «San Fernando — dice el historiador citado — se dispuso á concedérselo, pero su hijo D. Alfonso el Sabio, como *artífice en todas las ciencias*, respondió: *Que por un ladrillo solo que le quitasen, los mandaría descabezar á todos.*»

¿Tuvieron los vencidos que resonáran también allí las terribles campanas nazarenas? Es posible: las sombras de las favoritas de Alhama, que vagaban á la luz de la luna por el calado patio de los Leones, buyeron, según afirmaba un moro granadino, al escuchar el estridente són de la campana de la Vela.

La poesía árabe ha consignado en sus rimas este espíritu de repulsión hacia el sagrado bronce, común á toda la raza mahometana. En una kásida que el poeta embajador



«EN EL JARDIN.»

Ibn-ul-Abbar recitó ante el poderoso príncipe de los Hafsidas en 1238, se lee la expresiva lamentación siguiente:

« Los cristianos, por culpa, nos cambian las mezquitas en conventos, llevando doquier la destrucción, y doquiera encienden las campanas malditas á la voz del almuédano que llama á la oración » (1).

La ofensa hecha por Almanzor á las iglesias de Santiago tuvo también completa revancha. En 1236, el reconquistador de Córdoba devolvió á los compostelanos los bronces sagrados que robára el vencedor de Alarcos, los cuales fueron llevados, á su vez, á hombros de cautivos sarracenos.

Así como el mahometano se estremece de terror y cólera al escuchar el alegre tañido de la campana, el hijo de Occidente se deleita á veces con sus ruidosos volteos, y cae en melancólicos éxtasis, si le despierta el toque del alba ó le sorprende en sus faenas el severo anuncio de la oración de la tarde.

Recordaré siempre el crescendo de las calendas de San Pedro, tocado con notable arte por los pequeños campaneros de la iglesia de Santa María de Écija, en el mes de Julio. Aquel golpear acompasado, que va aumentando lentamente como río que sube y sube hasta desbordarse con sonoro estruendo; aquel apianar del bronce, despues de la nota más alta, semejante al trueno que se aleja ó á la bandada de aves canoras que desaparece poco á poco; aquel contraste de golpes de yunque y de suaves latidos, producian en mí tan extraño efecto, que más de una vez me hicieron inclinar la cabeza tristemente, sumiéndome en pensamientos inexplicables y en nebulosas cavilaciones. Las campanas de Santa María de Écija, que han volteado en mi natalicio y han doblado en los funerales de mis padres, tienen para mí tal encanto, que las conocería en un concierto universal de bronces cristianos: hay algo del fonógrafo en los campanarios de nuestros pueblos: parecen guardar en misteriosas urnas las voces de los seres queridos.

Meditando en este punto he encontrado la clave de las simpatías que generalmente despiertan las campanas. Sabido es que Napoleón I era poco aficionado á los instrumentos músicos; sin embargo, echaba de ménos, en su destierro solitario, el amigo sön de la campana de la aldea.

Un párrafo de sus Memorias dice así: « Cuando oía el *Angelus* en los bosques de Saint-Cloud despertaba en mí dulces ensueños. Muchas veces creían los que me acompañaban que meditaba un plan de campaña ó una ley para el imperio, cuando era sencillamente que, descansando en mis pensamientos, me dejaba conducir á las primeras impresiones de mi vida. »

Rambosson, que cita estas palabras del gran ambicioso, halla muy naturales estos poéticos éxtasis; mas ¿quién puede penetrar en las sinuosidades del cerebro humano? ¿quién sabe si el toque del *Angelus* recordaba al Emperador algo más triste y desastroso?

Francesco Foscari, el célebre dux de Venecia, murió de pena al escuchar el repique de las campanas de San Marcos, queregonaban la exaltación de su sucesor; Napoleón, más grande que aquél, no olvidó despues de Waterlóo el clamoreo de las de *Nötre-Dame* de Paris.

Si la campana se insinúa de tal modo en nuestro ánimo, débelo á la propiedad que tiene de unir sus voces á las manifestaciones más trascendentales de la vida, de ser como el pentágrama, donde se escriben las notas comunes de los vivientes. Calendas y láudes, dobles y repiques, glorias y señales de entierro, succédense en ellas con tal rapidez, que sólo forman una atronadora y colosal armonía: la escala ascendente y descendente de los seres, el incomprendible *pot-pourri* de la existencia.

Goethe y Schiller, los dos grandes genios del país de los Nibelungos, rindieron valioso tributo á los bronces vulgarizados por Sabiniano y Paulino de Nola; el primero abrió con los repiques de Pascua una de las más bellas páginas del *Fausto*, y el otro escribió la magnífica canción de la *Campana*. Lamartine, estremeciéndose al oír el toque de la esquila que había doblado por sus muertos; Victor Hugo, deleitándose con Quasimodo, el horrible campanero de Nuestra Señora; Gounod, sorprendiendo las notas íntimas de la oración de la tarde, nos indican claramente la suma de relaciones desconocidas que hay en esos ecos agudos y penetrantes, que, llevados en ondas sonoras á través de senderos y breñales, dicen al viajero extraviado que sus hermanos no están lejos; revelan al proscrito que vuelve á su hogar; que aun late allí algo de lo que dejó al partir; avisan al vanidoso, llámese Rancé ó Napoleon, Miguel de Mañara ó Carlos V, de cómo acaban y fenecen las vanidades de la tierra.

## II.

Dice un viajero, también poeta, que uno de los espectáculos más bellos del mundo es el de ver ocultarse el sol tras la cúpula de San Pedro. Ese viajero no había visto, sin duda, columpiarse la luna sobre la estatua de bronce de la Giralda, ni tenderse la sombra del almuinar gigantesco sobre los pináculos y arbotantes de la celebrada Catedral de Sevilla.

Así como Roma no sería Roma sin el Vaticano, Sevilla no sería Sevilla sin su Giralda. El gran almuinar, que hoy podemos admirar en su pristina belleza, como si se tratara de una de esas huries eternamente jóvenes, de que nos hablan los sacros suras, es de tal valía, tiene para los sevillanos tan irresistible encanto, que va unido á sus canciones y memorias. Cuando sus campanas se ochan á vuelo, la ciudad se estremece de alegría hasta en los cimientos; cuando doblan, una corriente de tristeza pesa en la atmósfera y hace emudecer hasta á los pájaros de sus naranjales.

Infútil es que os empeñeis en demostrar que la torre de la catedral de Strasburgo es más alta y más perfilada; que la de Rouen es más esbelta y airosa; que las de Bolonia y Pisa la vencen acaso en dificultades arquitectónicas: los andaluces os dirán que donde raya su Giralda no raya la flecha de Amiens ni la celebrada aguja de Viena; que donde están sus labores manritanas y sus graciosos ajimeres, se quedan en mantillas los adornos del celebrado Munster y los tréboles y hojarascas de cuantos campanarios se miran en el santuario de los grisones.

La apoteosis de la Giralda se halla hecha en todas partes: en los sellos y en los edificios, en las vidrieras del gran templo y hasta en sus propios altares. Ya se ve coronando las

(1) Schae, traducido por Valera.

portadas entre dos floridos jarrones; ya estampada al pié de las doradas andas; ya sobre los libros santos; ya, en fin, sostenida por aquellas hermosas mártires y patronas, de las cuales dice el pueblo todavía:

Santa Justa y Rufina  
Son dos hermanas,  
Y las mejores mozas  
Que hubo en Triam.

Su graciosa silueta, que domina por todas partes las perspectivas de la ciudad, es familiar á los amantes de las joyas arquitectónicas, á pesar de las omisiones de Dufour y del olvido de Byron. Elevada, severa, vestida con elegantes franjas de axaraca, entre las que descuellan ciento cuarenta columnas, coronadas la mayor parte de primorosos chapiteles latinos-bizantinos, hermoçada por ojivas túmidas y primorosos ajimeces, aseméjase á una esclava oriental, para cuyo adorno se han destinado las ajercas más ricas y los aderezos más costosos.

La historia, con su prudente ambigüedad, nos dice que comenzaron las obras de la gran torre en 13 de Safar del año 580 de la hegira (1184 de J. C.), y se terminaron en 1196, empleándose acaso, en las magníficas esferas que la coronaban, gran parte del botín alcanzado por Almanzor en la célebre batalla de Alárco. Antes de soportar el pesado campanil y la colosal estatua de bronce que hoy ostenta, terminábala un cuerpo rectangular cubierto de azulejos y alzado sobre antepechos de almenas dentelladas; así nos la muestran antiguas pinturas y modernas reconstrucciones.

Las crónicas de Alonso X dan los curiosos detalles siguientes del notable monumento:

«Otro si, en somo adelante a otra torre á la cima, que a ocho brazas, fecha de gran maestria.... A la cima son cuatro manzanas redondas, una encima de otra, de tan grande obra, é tan grandes que non se podrian hacer otras tales. La de somo es la más pequeña de todas, é luego la segunda que en ella es, mayor empués; la tercera mayor que la segunda; mas la quarta hazuana non podemos retraer de hablar de ella, ca es de gran labor, é de tan grande é extraña obra, que es dura cosa de creer; toda obrada de canales, é ellos son doce, et la anchura de cada canal cinco palmos comunales é cuando la metieron por la villa non pudo caber en la puerta é ovieron quitar las puertas ó á ensanchar la entrada; é cuando el sol da en ella resplandece con rayos lucientes mas de una jornada.»

Hoy no brillan esas *extrañas é grandes manzanas*; porque, como si simbolizáran las glorias del Islam, cayeron para siempre, rompiéndose en mil pedazos (1); pero la gigantesca estatua de la Fe, que se divisa á grandes distancias, levantó su pesado labaro á los cuatro vientos y se yergue triunfadora como la Minerva del Parthenon, bajo este cielo, hermano del de Grecia.

Remontándonos con la imaginacion á la época en que relucian las esferas de la Giralda, y dando por sentado que la célebre torre no fué construida, como quieren algunos, para servir á los musulmanes de observatorio astronómico, sino para minarete de la mezquita que mandó levantar

Jussuf de Marruecos, comprenderemos facilmente el efecto que producirian en los creyentes sevillanos las iluminaciones del Ramadan y las voces del muezzin al declinar la tarde, mediar la noche ó apuntar el alba.

El misterioso encanto de las azalás árabes, recordadas por el muezzin ó almuédano desde el sagrado alminar, resulta del origen de esta costumbre, que entra, como el de otras muchas prácticas mahometanas, en los dominios de la leyenda.

Cuéntase que, reunidos los discípulos de Mahoma con objeto de deliberar acerca del modo más á propósito de anunciar al pueblo las horas de la oracion, no pudieron entenderse. Las campanas, las trompetas, las banderas y las láminas de metal fueron desechadas porque recordaban los usos profanos de las religiones enemigas, y el caviloso Abdallah se separó del grupo preocupado seriamente. Al llegar á su retiro tuvo una celestial vision: vino á visitarle en sueños un ángel vestido de flotante ropaje verde, y subiéndose al terrado de la casa, dió en alta voz la fórmula de la oracion, que viene repitiéndose desde entónces.

Sabedor Mahoma de lo que habia acontecido á Abdallah, autorizó á uno de ellos para que hiciera el oficio de muezzin siguiendo las indicaciones del ángel color de esperanza. Hé aquí las palabras reveladas:

— ¡Dios es altísimo! ¡No hay más Dios que Dios, y Mahoma su profeta!

— ¡Venid á la oracion! ¡Venid al templo! ¡Dios es grande! ¡No hay más Dios que Dios!

En la azalá de azohbi, es decir, en la oracion del alba, añade el muezzin:

«— ¡La oracion es preferible al sueño! ¡Venid!»

Hoy el tañido de las veinticinco campanas de la Giralda han hecho huir al querubín oriental, que acaso se deleitaba llorando las cuitas de los creyentes en la plataforma de la gran Torre. A las luminarias del Ramadan y las invocaciones del almuédano se han sustituido los gallardetes y las fogatas cristianas; han desaparecido los dentellados antepechos, y si aun se conservan las arosas arcadas, que parecen haberse trazado sobre la sombra de la cadera de alguna huri paradisíaca, cercanlas pesados balaustreros, que ha herido el rayo en los últimos tiempos como si protestára de la profanacion arquitectónica.

Si la Giralda ha perdido el muezzin, posee, en cambio, otros encantos no ménos dignos de memoria. El que haya ascendido por sus treinta y tres suaves rampas, y podido soportar con ánimo sereno las peripecias de un repique general en el cuerpo de campanas, podrá comprender tan sólo lo que son los soberbios bronceos que tienen la mision de llevar á los cuatro puntos cardinales de la ciudad las alegrías y las tristezas de las solemnidades cristianas. A ningunos mejor que é ellos puede aplicarse aquel antiguo epigrafe latino grabado sobre el borde de muchos de estos instrumentos de penscion:

*Lando Deum verum: populum voco:  
congrego clerum: defunctum ploro; per-  
tem fugo: festa decuro.*

Las campanas de la Giralda alaban á Dios, llaman al pueblo, congregan al clero, lloran por los difuntos y decoran nuestras fiestas, de manera más acordada y perfecta que cuantas se conservan en España. Hasta hay quien asegura

(1) Á consecuencia del terremoto de 1305, rompió el espigón de hierro en que estaban sujetos, vinieron á tierra, haciéndose mil pedazos.

que puede hacerse la misma afirmación en lo que se refiere á la frase *pestem fugo*: cosa que sería mucho más difícil de probar.

Se citan torres que cuentan con mayor número de campanas que la Giralda: en la de Brujas, por ejemplo, pueden señalarse cuarenta y ocho, y los antiguos carillones ó juegos de campanas armónicas de Dunkerque, Malinas y San Quintin no poseen ménos seguramente. No creo, sin embargo, que puedan vencer éstas á aquéllas en variedad y armonía, porque sabido es que el carillon da siempre el mismo toque, á pesar de usarse pedal y teclado. Las campanas de la Giralda, ya se tañen á martillo, como las seis que se hallan suspendidas bajo la bóveda interior, ya se echen á vuelo, como las que se balancean en las cuatro caras del notable gigante mauritano, se combinan indefinidamente y producen toques apropiados á cada festividad religiosa.

Rety decia, refiriéndose á las campanas de la catedral de Lyon: «Ninguna iglesia ha conservado tan fielmente como ella la tradición religiosa respecto á las campanas. Allí cada vuelo, cada toque, cada doble, obedece á un pensamiento. Prestando oído á esas expresivas notas, el cristiano comprende si debe dar gracias á Dios por alguna victoria, ó contar las postreras pulsaciones de un moribundo, ó rezar por un muerto.»

Estas frases pueden aplicarse á todos los campanarios de Andalucía, y muy especialmente á las campanas de la Giralda. Los que las tañen os dirán por qué debe ser dulce y melancólico el toque del *Angelus*, y de qué modo quiso Gregorio IX que resonara el bronce al alzarse la divina forma.

Nada más notable que los campaneros de la catedral de Sevilla. A un conocimiento profundo del ritual y de la tradición, reúnen un valor heroico y un atrevimiento á toda prueba.

En los días de repique general sostienen una verdadera lucha con las campanas y no cesan de hacer prodigios hasta dominar completamente á estas vocingleras reinas de las alturas. Apagan sus voces á fuerza de imprimirles rápidos movimientos, las detienen en sus vertiginosos volteos, sirviéndose de las cuñas y de las cuerdas, logran armonizarlas admirablemente, sin necesidad de disponer de los gigantescos teclados y pedales propios del carillon, y verifican un juego peligrosísimo, que consiste en alzarse hasta el arco con el atornador instrumento, colocar un pié sobre su cabeza de madera, á trueque de balancearse en el abismo, y permanecer algunos segundos en esta peligrosa y difícil posición, como si fuesen *Perseos* ó *Arcángelos vengadores*, encaramados triunfalmente sobre el lomo de su monstruo humillado.

Siempre que he recorrido las hermosas páginas de *Nuestra Señora de París*, libro que guarda la savia de las inspiraciones juveniles de Victor Hugo, he recordado los campaneros de la Giralda. Aquel Quasimodo, pegado, como la esponja á la roca, á los bronces y á las arcadas de *Nôtre Dame*, tuvo tal vez existencia real en el titan mauritano que llamamos Giralda; vagó acaso por las azoteas pobladas de esfinges y endriagos de nuestra catedral; vió á la Esmeralda peinar su abundosa cabellera en las márgenes del Bétis.

Con efecto, en ninguna parte se registran con más fre-

cuencia esos atrevimientos originales, que muestran al vivo nuestro carácter apasionado y retador, que se complace en desafiar el peligro, sólo por ser tal, y sin esperar ulteriores recompensas. Las victorias de los campaneros, siempre solicitados por el abismo, son esencialmente españolas y pueden ser tan dignas de Quasimodo como de Gil Blas ó Don Quijote.

Hé aquí la prueba.

Cuenta Fray Bartolomé de las Casas (1) que con ocasión de hallarse visitando la célebre torre de la catedral de Sevilla la reina Doña Isabel la Católica, realizóse un hecho digno de relatarse. Un hidalgo llamado Alonso de Ojeda, queriendo dar muestras de su valor y gallardía, y probar que era digno émulo de los Garci-Perez y Pulgares, «subióse á una gran viga que se proyectaba unos veinte piés fuera de la Giralda, á doscientos cincuenta piés del suelo y que había servido para izar una campana, y andando con gentil desembarazo por ella y llegando á su extremidad, levantó una piedra al aire y girando rápidamente sobre la otra, arrojó una manzana por alto y volvió hacia la torre con la misma desenvoltura, pruebas todas, dice el historiador citado, de impavidez é inmensa fuerza muscular.»

Este hecho, que no puede ponerse en duda despues de haber asistido á los repiques de la Giralda, prueba que el Alonso de Ojeda fué, ó pudo ser, un hidalgo campanero, que si no encajó entre las calderas y los roeles de su escudo una esquila ó una manzana de plata, fué sin duda porque, ántes de él, habria verificado la peligrosa operacion algun Cortadillo descamisado.

### III.

Las primeras noticias históricas que tenemos de alminares y campanarios se remontan respectivamente al siglo sétimo. La mezquita de Damás, mandada construir por el califa Abd-el-Malek en la sétima centuria, ostentaba ya un primoroso alminar, y en la propia época, la basilica de Saint Etienne tenía bronces de grandes dimensiones en su campanario. Si los arquitectos bizantinos, como quieren algunos sabios arqueólogos, tuvieron parte en la erección de los alminares de Oriente y Occidente, ó los alarifes mauritanos, como quieren otros, trajeron á Andalucía esta forma de torres, despues de la venida á España de los rudos Almohades, cosa es que no me he atrevido á dilucidar; sólo sí debe tenerse en cuenta que en África abundan alminares semejantes á los de Sevilla, y que la torre de San Marcos de Venecia y otras no ménos celebradas de Italia tienen grandes analogías con nuestra Giralda.

Las campanas se vulgarizan en *la Campania* con las prescripciones de San Paulino de Nola, y en toda la cristiandad con las disposiciones del papa Sabiniiano, que rigió la Iglesia en los comienzos del siglo VII; sin embargo, ya en el VI eran usadas, como se desprende de un antiguo códice que trata de la vida de San Colombiano. En Oriente parece que fueron puestas en alto por vez primera hácia el siglo IX: Orso, dux de Venecia, regaló al emperador Miguel doce campanas, que debieron ser notables, supuesto que se fa-

(1) Citado por el actual cronista de Sevilla.

bricó el campanario de Santa Sofía expresamente para ellas.

En 1494 resonaron por primera vez en América; es decir, hicieron su entrada triunfal en la isla de Santo Domingo

pañado en sus éxtasis y en sus convulsiones, ha llorado ó cantado con él; más que bronces solitarios levantados sobre el haz de la tierra, las campanas han sido siempre sus alegres amigas ó sus cariñosas plañideras.

Hay entre nuestros romances uno que pregona bien á las claras cómo responde el campanario á las alegrías y tristezas populares. Es aquel que comienza así:

Á los piés de don Enrique  
Yace muerto el rey don Pedro,  
Más que por su valentía,  
Por voluntad de los cielos.  
Al levantar el puñal,  
El pié le puso en el cuello,  
Que, áun así, no está seguro  
De aquel invencible cuerpo.  
Los ejércitos movidos  
Á compasión y contento,  
Mezclados unos con otros  
Corren á ver el suceso,  
Y los de Enrique  
Cantan, repecan y gritan:  
¡Viva Enrique!  
Y los de Pedro  
¡Clamorean, dóblan, lloran  
Su Rey muerto!!

La familiaridad de las campanas con los hombres de la Edad Media se revela en la participación que parecían tomar hasta en los hechos más vulgares de la existencia. Ayudaban al parto de las mujeres, ahuyentaban la peste y las tempestades, limpiaban la atmósfera de malos espíritus y anunciaban la muerte de los enfermos, resonando por sí mismas.

Chateaubriand tenía razón cuando decía: «Si al tiempo de la siega y al rayar el alba se oye, con el canto de la cogujada, el grato repique de las campanas de nuestras aldeas, nos parece que el ángel de las mieses, para despertar á los trabajadores, suspira en algún instrumento hebreo la historia de Sófora ó de Noemi. Tanto esa campana, agitada por los fantasmas de la antigua capilla de la selva, como la que para alejar la tempestad echa á vuelo en nuestros campos un religioso temor, ó se tañe en los puertos de mar para dirigir

al piloto á través de las brumas, tienen en sus confusos rumores sus encantos y maravillas. ¡Todavía se erizan los cabellos al recordar aquellos días de incendio y de muerte en que la campana resonaba con el lúgubre toque de alarma.»

Un poeta moderno ha dicho también, interpretando fielmente el sentir popular:



«DIA DE CAMPO.»

con el célebre fray Boil, llamado el primer apóstol del Nuevo Mundo.

Las campanas se han insinrado en el ánimo del pueblo porque han asistido á sus tristezas y á sus alegrías, á sus dolores y á sus placeres. Su voz, ora atronadora y vibrante, ora grave y solemne, ora vengadora y bravia, le han acom-

Un amigo voy buscando  
 Qué consuele mi desgracia;  
 Allí en la torre vecina  
 Toca á muerto la campana.  
 Toca á muerto la campana  
 Y será mi amiga siempre,  
 Porque no hay mejor amigo  
 Que el que recuerda la muerte.

Hay en Écija tal número de campanarios, que bien puede permitírseme la metáfora usada al comenzar este apunte: vistos desde lejos parecen un bosque de lanzas. El pueblo tiene predilección por ellos, y si la pliqueta revolucionaria ó la mano del tiempo ha herido torres como la de los Jerónimos del Valle, ó espadañas como la del Espíritu Santo, restan aún tantas, airosas, delicadas y bellas, que, á ser posible trasladarlas de un punto á otro, podría bordarse la provincia con sus veletas.

Allí, como en toda Andalucía, y acaso más que en parte alguna, tuvieron las campanas su imperio desde el reinado de los Reyes Católicos, y bien puede asegurarse que Mendizábal sacó de Écija en 1837 más quintales de bronce que del resto de la región andaluza. Hoy se conservan aún campanas, como la de la iglesia parroquial de Santa Cruz, que pesan 2.600 kilogramos.

Las torres de planta romana y de proporciones majestuosas son muchas; pero lo verdaderamente típico y original son las espadañas y campanarios de sus conventos, ora adornados de azulejos brillantes, ora cubiertos de labores platerescas, ora cercados de primorosas mirillas, semejantes á paños de ligero tul, tras cuyos labrados hierros descúbrese las siluetas de las novicias campaneras, como fantásticas apariciones que tienen por fondo el azulado celaje.

Corrian, y aún se conservan en Sevilla, picantes diálogos en que intervenían las campanas; en Écija sucedió otro tanto, aunque el sentido de éstos, que no eran más que inconscientes ensayos de onomatopeya, fué más cándido y púdoro.

Las monjas Marroquies (1) y las Florentinas tienen en sus campanarios sonoras esquirlas, que repican locamente á las oraciones; algunos chicuelos dicen al oír las:

Las monjas Marroquies  
 Son, son, son  
 Como alieles.  
 Las monjas Florentinas  
 Son, son, son  
 Como clavellinas.

Debo á un episodio en extremo sencillo, aunque hasta cierto punto romántico, el recuerdo de estos alardes de onomatopeya popular, inspirados en el clamoreo de las esquilas de dos de los más celebrados conventos de monjas de Écija.

Contaba yo apenas doce años, y solía pasar las tardes en el terrado de mi casa paterna, desde el cual se divisaban perfectamente los campanarios citados. Dos azoteas vecinas alzábanse á uno y otro lado, y casi á la misma altura, dominando, como la mía, los tejados y los miradores próximos: la una era amplia, decorada, ostentosa, llena de porcelanas y flores; la otra, estrecha, humilde, conida de verdina, luciendo tan sólo algunos planteles de alieles y varios tiestos de albahaca.

En la una jugaba, casi todas las tardes, cierta niña de mi misma edad, rosada, fresca, morbida, semejante á una de aquellas clavellinas rojas de los maceteros del terrado; en la otra miraba á todas horas las musarañas mi vecina número dos, niña también de pocos años, pálida, marchita, escuálida, que se parecía como una flor á otra flor á los alieles de los desboquillados tiestos que lucían á veces en la balastrada.

Cuando más áridas ocupaciones vespertinas — remontar mi cometa y dar de comer á mis palomas — me permitían dirigir la palabra á las vecinas, siempre solía conversar con la de la azotea de los maceteros; ésta, no sólo me agradaba más por su cara, sino también por sus ropas. En efecto, Carmela, como niña rica, lucía botitas de charol, medias de seda y telas tomadas de encajes; mientras Julia, como menestralilla pobre, sólo usaba zapato de becerro, medias de algodón y vestidos de percal, no siempre desprovistos de desgarrones.

Las tardes en que no subía al terrado Carmela, mi reina en miniatura, dignábame yo bramear con Julia, á quien agradaban mucho mis menores atenciones; sin embargo, no dejé escapar por ella, ni una sola vez, la tramilla de mi pandero ni la paloma más querida.

Pocas veces nos reuníamos los tres, aún cuando era cosa fácil pasar de azotea á azotea, salvando las ligeras separaciones de ladrillo; sólo una hermosa tarde de Abril, en la que llovía con sol, como suele acontecer con frecuencia en Andalucía, nos agrupamos para guarecernos del agua bajo el tejadillo de madera de mi palomar, entreteniéndonos en cantar á coro la siguiente coplilla, que saben de memoria todos los chicuelos andaluces:

¡Agra Dios, que viene Mayo!  
 Que se moje el campanario;  
 Salga una, salgan dos,  
 Salga la Madre de Dios  
 En un caballito blanco,  
 Pasando todo el campo.  
 Campo chiquito,  
 Verde y con sol;  
 Repique, repique  
 La iglesia mayor.

Desde aquella tarde, Julia, notando los cuidados que yo prodigaba á Carmela, se puso grave y seria conmigo hasta un punto maravilloso, y como elogiaba, ántes de separarme de ella, los encendidos colores de la aristócrata, frotóse cándidamente las mejillas con una rosa, hasta deshojarla por completo, y me dijo, usando de cierto tonillo duro y presuntuoso:

—; Si yo fuera rica, estaría colorada como ella!...

Omito detalles, que serían insignificantes, dada la escasa importancia de este relato infantil; yo logré ser el novio de Carmela, y Julia lloró largamente.

Un día, que esperaba á mi diminuta adorada, hallé en la azotea á Julia, que me preguntó, clavando en mi rostro sus grandes ojos azules:

—Las monjas Florentinas son como las clavellinas, ¿no es cierto?

—; Y las Marroquies, como alieles! —añadi yo, terminando el cándido juego de onomatopeya.

—; Pues bien —dijo— yo seré la clavellina de aquel campanario!...

(1) Así son llamadas vulgarmente las del hábito de la Concepción.

En estas palabras, como he podido adivinar despues, encerrábase un delicado simbolismo: el campanario de las Florentinas se alzaba al lado de las azoteas de Carmela, como al lado de la de aquella el de la Concepción; además, los alfajores, que tan bien hacen las primeras, eran el dulce favorito de Julia, mientras que los bizcochos celebrados de las Marroquitas hacían la delicia de la caprichosa Carmela.

Estoy seguro de que pensé preguntar á la pobre Julia lo que me quería decir con aquellas palabras; pero asomaba al otro lado de la azotea la picaresca y bien peinada cabeza de Carmen, y me fui á contarle cuentos de pescadores y princesas.

Dejamos de ver á Julia varias tardes. Esto no era extraño: la niña sufría fiebres pertinaces, que la obligaban á guardar cama semanas enteras.

Una tarde de Mayo, charlábamos Carmela y yo como pájaros, cuando sentimos resonar de modo extraño una campana próxima. Llamándonos la atención el que las madres subieran tan pronto al campanario á preparar el toque de oraciones, dirigimos la vista á la torrecilla triangular, bañada aún por el sol poniente, y ¡cuál no sería nuestra sorpresa al reconocer á Julia, cubierta con sus arreos de novicia y convertida en florentina campanera!

Carmela agitó su pañuelo, y mi antigua vecina correspondió á aquel saludo, llevándose el suyo al corazón y á los ojos: cuando yo le hice señas con el mío, me pareció que se había cubierto el rostro con las manos. Siete días tan sólo turbaron nuestras infantiles pláticas las esquilas del campanario de las Florentinas, que golpeaba Julia dulcemente. Sin duda, como otras muchas, tenían extraña virtud aquellas campanas.

Carmelita tuvo que vestirse de largo aquella misma semana, y partió alegre y dichosa para la corte á pasar una eterna temporada con su aristocrática familia: cuando volvió se hallaba en relaciones con cierto pariente suyo, más feo que rico, y más entrado en años que en malicias, y no se acordaba ya de mí.

Es verdad que tenía coche y matrimonio en perspectiva.

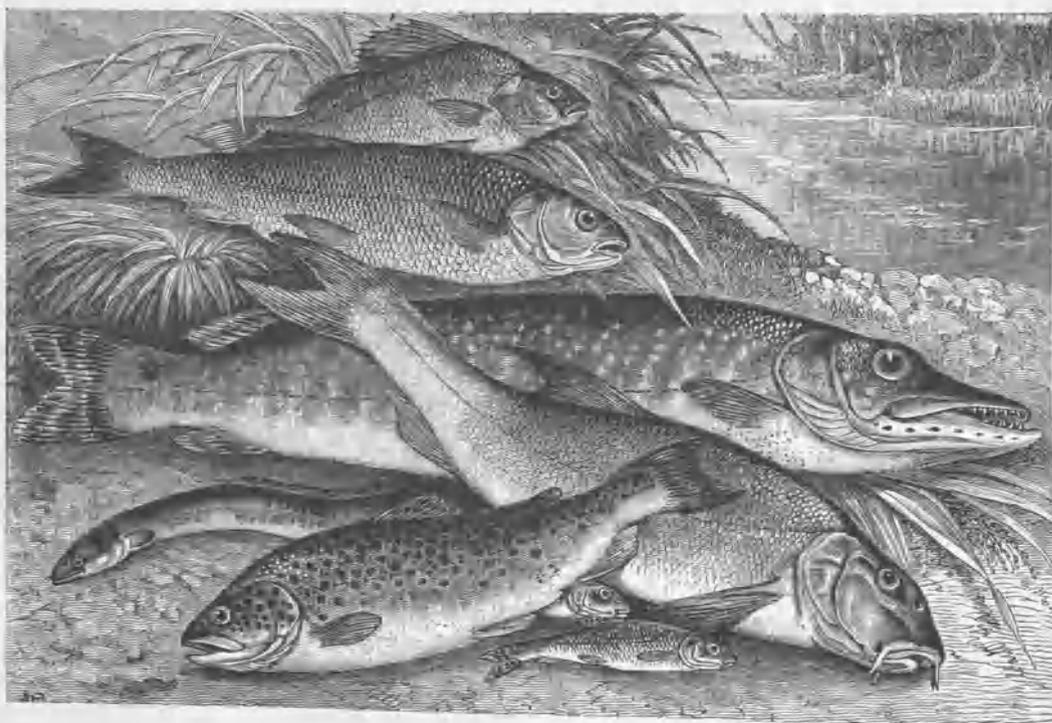
Desde entonces tomé, no sé por qué, ojeriza á las conjetas, á las azoteas y á las campanas, y me consolé del olvido de Carmen comprando un perro perdiguero y una escopeta. El perro se llamaba *Leal* y se encargó de desplumar á aquellas de mis palomas que no cayeron en las trampas de los palomares vecinos.

Pocos meses despues, en una apacible tarde de otoño, oí doblar las campanas del convento de Julia. Al propio tiempo, en el piano de la casa próxima, una voz fresca y juvenil, acaso la de Carmela — que aún no había doblado el cuello al santo nudo — cantaba esta conocida malagueña:

Si oyes doblar las campanas,  
No preguntes quién ha muerto,  
Que te lo habrá de decir  
Tu propio remordimiento.

Subí á la azotea, arrastrado por la irresistible fuerza de la inconsciente y miré hácia el convento de las Florentinas. El resplandor de algunos cirios iluminaba el grupo de cipreses y el ángulo del patio que desde mi terrado se descubría, y allá en lo alto, en la graciosa espadaña, una madre rechoncha, antipática y nariguda tocaba con aire descompuesto las campanas.

BENITO MÁS Y PRAT.



PECES DEL TÁMESES

## ¿CAEN PIEDRAS DEL CIELO?

**C**ERTAMENTE que sí, y ya los antiguos comenzaron á entrever esta verdad, como lo demuestra el hecho de que Plutarco y Plinio hagan mención de una piedra de colosal tamaño que cayó en la Tracia, en donde se conservó largo tiempo, y que, en opinión de Anaxágoras, fué desprendida de un astro. Las historias de los pueblos están llenas de hechos análogos, pues aparte de la lluvia de piedras que destruyó á los enemigos de Josué, de que nos hablan los Libros Santos, Tito Livio cita muchas, entre otras, la que cayó sobre el monte Albino, y en los *Comentarios* de César se lee que «en el mes de Febrero, hácia la segunda vigilia de la noche, se elevó repentinamente una nube negra y siguióse una lluvia de piedras.» En Alsacia se conserva memoria de una piedra que cayó en 1492 y pesaba 300 libras; y en la Provenza cayó, en 1636, otra más pequeña, en estado de incandescencia. En nuestro siglo ha sido hasta tal punto evidenciado el origen extraterrestre de estos cuerpos, designados con el nombre de *meteoritos* ó *uranolitos* desde que yacen en el suelo, y de *bóidos* en tanto que recorren el espacio, que no es posible en modo alguno ponerlo en duda.

Desde que el naturalista alemán Chladni estableció, en 1794, una teoría racional sobre este origen, el asunto ha ido llamando más y más la atención, por el interés que entraña bajo el punto de vista geológico y astronómico, comprendiéndose desde Inégo cuánta luz puede arrojar en el estudio de la constitución del Universo el análisis de estos mensajeros de los espacios celestes. Ellos son, en efecto, los únicos eslabones que nos hacen tangible la misteriosa cadena que enlaza nuestra Tierra y nuestro Sol con otras tierras y otros soles sumergidos en las profundidades del éter, y el único elemento de prueba que permite elevar las deducciones del análisis espectral, del orden de la analogía al de la certidumbre casi matemática. Y no son hechos en exíguo número, ni ocurridos en determinados tiempos, ni en un lugar circunscrito del globo los que han dado argumentos á la teoría y peso á esta certidumbre, sino numerosos y diversos, en todas las épocas del año y en todas las latitudes, abriendo así en el gran libro del Cósmos un capítulo extenso, nuevo y fundamental, que lleva el nombre de *Geología sidérea*.

Todas las caídas de piedras ofrecen una serie de fenómenos comunes. Un cuerpo luminoso que aparece de súbito en las alturas, se desliza con rapidez vertiginosa y estalla durante su carrera, dando lugar á una fuerte detonación y á un enjambre de puntos incandescentes que se proyectan en todas direcciones y cuyo paso suele revelarse por un silbido por efecto de la violencia con que hienden el aire. Hé aquí

la fâcies general del fenómeno. La luz ha llegado á hacerse visible en pleno día, y no es raro el caso en que ha eclipsado á la de la Luna, por más que de ordinario la vivacidad es menor, aunque siempre muy apreciable. Bien se deja entender que la detonación ocurre en el momento mismo en que el bólido estalla, no oyéndose, sin embargo, sino mucho despues, á causa del tiempo que el sonido necesita para propagarse, como sucede con el rayo y el trueno, los cuales, no obstante de ser simultáneos, parecen producirse sucesivamente y con intervalo tanto mayor cuanto más léjos se halla la tormenta; su intensidad ha sido comparada á un cañonazo, y aun al trueno, segun la distancia á que se percibe, citándose más de un ejemplo de que la caída de un mismo meteorito ha ido acompañada de muchas detonaciones.

El color de la luz suele ser blanco verdoso ó amarillento y aun el rojo encendido. Su vivo resplandor, y la producción del fenómeno en las altas regiones de la atmósfera, explican su visibilidad desde puntos muy distantes. El bólido de que provino la célebre caída de piedras acontecida en Orgueil, departamento de Tarn-et-Garonne, en Francia, el 14 de Mayo de 1864, fué visto desde Gisors, departamento de Eure, á más de 500 kilómetros de distancia, y el estruendo que la acompañó percibido en muchas leguas á la redonda. Su aparición fué observada desde Santander, recorriendo del Oeste al Este su trayectoria, con una velocidad de 20 kilómetros por segundo, hasta el punto de Francia en que se hizo pedazos. Su altura se ha calculado ser de 100 kilómetros cuando pasó por encima de Nérac, y de 25 á 30 en el momento de la explosión. El bólido que en la noche del 1 al 2 de Enero de 1862 cruzó por el horizonte de Onda (Castellón), visto por algunas personas de la población, y cuya marcha tuvo la fortuna de observar, tenía un diámetro aparente como un tercio del de la Luna y despedía una vivísima luz de color blanco verdoso; describió una trayectoria rectilínea, estalló poco ántes de quedar oculto por los montes lejanos que limitan el horizonte hácia el S. O., y cinco minutos despues se oyeron fuertes detonaciones parecidas á cañonazos.

La luz de los bóidos procede de la elevada temperatura que se desarrolla durante su carrera á través de la atmósfera. Animados de una velocidad enorme, comprimen en grado sumo la masa de aire con que van tropezando, se calientan por efecto de esta compresión y resultan luminosos; ni más ni ménos que lo que sucede en la experiencia llamada del *eslabon neumático*, clásica en las cátedras de Física, que consiste en comprimir rápida y fuertemente, por medio de un émbolo, el aire contenido en un recipiente cilíndrico, en cuyo fondo se coloca una sustancia fácilmente combustible, como la yesca, la cual se inflama en el momento de la compresión. Es verdaderamente inconcebible el extraordinario

cular desarrollado en la marcha del bólido á través del aire; baste decir que, segun los cálculos de Hirn, el más insigne entre los geómetras de nuestros días, en un bólido animado de una velocidad de 30 kilómetros por segundo, la elevación de temperatura llega á ser de 3.400 grados centígrados, ó sea vez y media mayor que la obtenida en los hornos más potentes. La reacción que las capas comprimidas y calentadas ejercen, á su vez, contra el bólido, explica por qué los fragmentos en que éste se divide después del estallido caen al suelo con una velocidad incomparablemente menor que la suya; es, en resúmen, un efecto de fuerzas encontradas, que amortigua la velocidad propia del fragmento en su mismo origen, ó la anula por completo, desde cuyo momento se halla éste sensiblemente en las condiciones que una simple piedra abandonada á su propio peso desde un punto elevado.

De la abundancia de piedras procedentes de un solo bólido puede juzgarse con sabor que el de Orgueil sembró sus restos en un espacio oval de 20 kilómetros en su mayor dimensión, segun ha podido averiguarse por la situación de sesenta localidades en donde se han hallado aquéllos. De otra caída no ménos célebre, que tuvo lugar en 1803 en Laigle, departamento del Orne, se han recogido cerca de 3.000 meteoritas, y en más crecido número y en espacio mucho mayor de la que ha ocurrido el 30 de Enero de 1868 en las cercanías de Pultusk, en Polonia. Esta abundancia de fragmentos procedentes de una sola caída no es ménos notable que la de meteoritos de distintas procedencias coleccionados ya en los museos de Europa y de América; el de Paris posee una de las más ricas colecciones del mundo, debida, en gran parte, al celo desplegado por el eminente geólogo M. Daubrée, quien ha hecho el asunto objeto predilecto de sus estudios, y á cuyo cargo se halla esta sección de la Historia Natural, por corresponder á su cátedra de Geología en el mismo Museo. Su coleccion comprendía, á principios del año próximo pasado, representantes de 307 caídas, cuyo peso ascendía á 2.131 kilogramos. De la caída de Pultusk posee nada ménos que 950 ejemplares intactos.

El peso, las dimensiones, la composición y el aspecto de los uranólitos son muy variables. Entre los más pesados se citan los que proceden de Santa Catalina, en el Brasil, y de Charcas (Méjico), constituidos por hierro puro, y cuyos pesos son, respectivamente, 2.250 y 800 kilogramos. Otro ejemplar encontrado en el Brasil tiene de volúmen cerca de un metro cúbico y un peso de 7.000 kilogramos. Estos ejemplares son, en verdad, extraordinarios, pues lo más frecuente es que el peso no exceda de algunos kilos, sobre todo en aquellos en que el hierro no es la sustancia predominante. Entre los de menor dimensión figuran los de la caída que tuvo lugar cerca de Upsala, en Suecia, el 1.º de Enero de 1869, encontrados sobre la capa de nieve que cubría el terreno, circunstancia que permitió recoger pequeñísimos fragmentos, del peso de un decigramo y hasta de seis centigramos. El no existir meteoritos de gran tamaño es, por lo demás, una consecuencia muy natural de su modo de formación, pues sería, en efecto, poco compatible la existencia de grandes fragmentos con la formidable explosión del bólido.

El análisis químico de los meteoritos ha puesto de manifiesto que en su composición no intervienen otros elementos que los que nos son conocidos y, por decirlo así, familiares,

ó que tocamos y comemos á cada paso, clasificándose en cinco tipos perfectamente distintos, con arreglo á la abundancia relativa del hierro en estado metálico. Estos cinco tipos, establecidos por Daubrée, se reparten, segun el mismo geólogo, en dos grandes grupos, todo lo cual se expresa en el adjunto cuadro:

SIDERITOS.	Caracén de metales pútreos....	.....	Holosideros.		
				Contienen hierro en estado metálico.....	Contienen hierro y materias pétreas.....
				El hierro se presenta en granos diseminados....	Esporadosideros.
ASIDERITOS.	No contienen hierro en estado metálico.....	.....	.....	.....	Asíderos.

Estas divisiones han de ser, como es fácil observar, forzosamente artificiales, porque los materiales clasificados no permiten una rigurosa especificación, no respondiendo, por consiguiente, á otro objeto que á facilitar el estudio.

Entré la clase de los holosideros, formados casi en totalidad de hierro puro, llamado *meteorico*, y la de los asíderos, en que el metal libre apenas interviene, hay una serie de transiciones, en que descuellan tipos completamente análogos á ciertas rocas terrestres, por constar de los mismos minerales, y de ahí la razon que justifica el nombre de *piedras* con que de tiempo inmemorial se conocen. En los sidáeros el hierro se presenta como esponjado, con las cavidades llenas de materias térreas, donde abunda el mineral llamado *peridoto*. Los esporadosideros suelen ofrecer superficies lustrosas y aún francamente brillantes, el aspecto de su rotura es muy semejante al de la roca llamada *traquita*, especie vecina del basalto antiguo, y en su composición entran el peridoto mezclado con el piroxeno, y también el hierro níquelado, el cromado, el sulfurado, el oxidulado magnético, el feldespató, la hornblenda y la apatita. Casi todos los meteoritos de estos tres grupos presentan signos evidentes de una fusión superficial. Los asíderos se distinguen por la presencia del carbon en combinación con el oxígeno y el hidrógeno, por el agua y las materias salinas solubles. La presencia de los tres primeros elementos, cuya intervencion en las materias vegetales es fundamental, ha dado margen á conjeturar que los meteoritos de este grupo fueron asiento de la vida orgánica, y hasta se ha pretendido descubrir sobre un fragmento meteorico señales de un organismo; pero, mejor examinado el ejemplar, ha quedado fuera de duda lo infundado de la determinación. La figura 1.ª representa, en escala de un dozavo, un meteorito holosidero encontrado en Caille, departamento de los Alpes Marítimos.

El resultado del análisis químico de los uranólitos comprendidos en las tres primeras secciones ha permitido apreciar sus estrechas relaciones con las rocas terrestres cuya erupción se efectuó, durante las últimas épocas geológicas, de las profundidades del globo, las cuales, por carecer en general de sílice ó ácido silíceo libre, y preponderar en ellas metales densos, como el hierro, se designan con el nombre de *rocas básicas ó pesadas*, para distinguirlas de otra gran familia de rocas cuyo tipo es el granito ó piedra